A black and white portrait of an elderly woman, Carmen Naranjo, with short, light-colored hair, looking slightly to the left. The image is framed by a dark border.

EOE

CARMEN NARANJO
DIARIO DE
UNA MULTITUD



Las voces, las voces furibundas,
s que tienen algo que contar, algo
e reclamar, algo que desahogar. Las
oces sin parar, cargadas de energía,

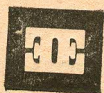
DIARIO DE UNA MULTITUD



**COLECCION
SEPTIMO DIA**

CARMEN NARANJO

Diario de una Multitud



EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA (EDUCA)

863.6
7218d

PRIMERA EDICION
EDUCA, Centroamérica, 1974

01

Hecho el depósito de ley.
Reservados todos los derechos.

220 27.



(C) EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA
(Organismo Cultural de las Universidades Nacionales Autónomas
de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala)
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, San José, Costa Rica.

PARTE PRIMERA

Hilos

"En la noche temo llegar hasta la madrugada despierta y en la mañana temo dormirme y no despertar a tiempo. ¿Cómo me puedo quitar este miedo? Si duermo más o duermo menos, la situación es la misma. No se puede dejar de dormir ni se puede estar despierto siempre."

Juana Sánchez,
cocinera de la familia Pérez.

"No he dormido en toda la santa noche. No he podido pegar los ojos. ¡Cómo ha podido creer semejante cosa de mí, de mí! A ratos me enfurecía. Ha bastado una mala información para que así piense. No hay derecho..." No se despertaba del todo. Sus ojos parecían pegados a una imagen lejana. Las palabras juntas sonaban a locura y aquel tono feroz, combativo, con quién diablos quería hablar. "No todos tenemos la suerte de caer bien, pero no merezco lo que ha sucedido, tan sin intención de mi parte. No he dicho nada de lo que se me ha puesto a decir, lo juro. Es tan fácil jugar con las palabras..." ¡Qué dolor de cabeza! Despertarse de esta manera, quizás sea parte de la última pesadilla. La noche larga y la mesa llena de ceniceros sucios. Este olor a cuarto encerrado. ¿Por qué no se respeta esta manera de despertarse por partes, poco a poco? "Mi vida entera ha sido un gesto honorable, nunca he abusado de la confianza de los demás. Sé que apenas nos conocemos, pero usted debía leer en la cara la honradez, la buena intención, la absoluta conciencia de la verdad. Yo antepongo siempre la verdad. Si hubiera dicho algo, ahora ni siquiera estaría aquí y habría pasado una buena noche..." Una noche larga, infinita, con tantas voces. Lo último que se oía era un disco dando vueltas y vueltas y la aguja tal vez comiéndose las letras del título. No recuerda si se dispidieron, qué importancia podría tener ahora. En los bares se deja una propina y en las casas se dice adiós y muchas veces gracias. Quizás lo dijeron, es la costumbre. "Comprenda mi indignación, eso de usar mi nombre, mi propio nombre, con quién sabe qué

ilegítimos intereses, es un abuso, un abuso y no lo puedo permitir. ¡Es demasiado! Está bien ser el pato de la fiesta, cuando se quiere reír y burlarse, pero eso de traerlo a uno como banderillas y ponerlas con un fin premeditado de hacer daño, eso es inmoral e intolerable..." Cierra los ojos, la cabeza gira sobre la suavidad encorvada de la almohada. No es posible que el atropello de nuevas palabras aturda ahora. Siempre ha habido tantas palabras, demasiadas, y todas sin significado, ninguna trascendente, ninguna fuerte. Y sin embargo... "Puede hacerse lo que se quiera conmigo, no ando por ahí cuidándome demasiado y me importan un pito los comentarios y el qué dirán. Pero, no puedo soportar, no aguanto, que me tomen al antojo y me pongan a decir lo que nunca he dicho..." He dicho, qué he dicho y qué ha dicho usted. Hemos dicho tanto. Literalmente nos hemos comido a la gente, a todos, inclusive a hermanos, cuñados, padres, profesores, íntimos amigos, conocidos, primos, vecinos. ¿Por qué negarlo? ¿Por qué indignarnos cuando se hace una cita de lo que hemos dicho? ¿Por qué ese sufrimiento cuando se comete una infidencia? ¡Cuántas veces, cuántas infinitas veces, hemos contado secretos, confiados en la pulcritud de un entierro, bajo la promesa de solemnes y calladas tumbas! "Lo que más me duele es la confusión producida y que mi nombre ande por medio. Es fácil adjudicar la culpa a otro. Es cosa de decir ése me lo contó, ése fue el de las palabras, ése fue el de los falsos testimonios. ¿Tengo yo cara de eso? ¿Tengo así puesta la falsedad sobre mi rostro, para que usted pueda pensar de mí tales bajezas?..." ¡Qué fino alegato! Digno de un abogado, realmente somos buenos defensores de nosotros mismos, es cosa de tener una oportunidad de hablar y hablar. Siempre nos estamos presentando en los mejores términos, siempre estamos buscando la aceptación, siempre luchamos por siquiera ser admitidos, un pedestal para

cada uno y el mío un poco más alto ... "De todo esto, lo más imperdonable es que usted haya creído que yo pude haber dicho tal cosa. Comprendo que personas inescrupulosas quieran deshacer a las honradas, pero que las honradas sin prueba alguna admitan y acepten esa cruel tendencia, es insólito y demasiado duro. Hiere y duele ..." Y los gestos no se acomodan a las palabras, van lentos, el tono es más veloz, pasional, los ademanes quieren encontrar expresión y no pueden, las manos están pesadas, casi dormidas ... "Yo soy la víctima y usted es la víctima, nos han puesto a jugar sin querer. A mí me ha tocado el peor papel, pero el suyo no es muy bonito. Le toca creer como un tonto todo lo que le dicen, aceptarlo, ofenderse, sentirse mal, reclamar ..." ¿Cómo se reclama con estas manos lentas, casi dormidas? ¡Con rabia en los ojos! ¿Dónde tiene los ojos? Esos pobres que han visto demasiado y cuando se trata de ver, ven tan poco. Cuando todos han hecho sus observaciones, se comienza lentamente a elaborar las propias sin la más mínima originalidad. Se está viendo lo que vieron los otros, a través de sus ojos ... "No he venido a dar explicaciones, he venido a exigir. ¡Usted me ha ofendido! Creer de mí tal cosa es una ofensa grande, irreparable. Por eso no quiero de usted ninguna réplica, ni explicación, ya acabó lo que pudo haber sido una gran amistad ..." Y el sonido de esos portazos ... por qué diablos la gente no se contenta con sólo hablar, tiene que romper cosas, dejar atrás de sí un ruido feroz de vidrios quebrados. No se aguanta más eso, hay que protestar en alguna forma. Levantarse, despertarse del todo, sentir que los ojos ven la realidad y después convencerse que se odia, se odia a todos, a todos, inclusive al yo feroz, rencorosamente susceptible. "Es tonificante el odio, casi igual a una ducha fría. Hoy odio al mundo, vaya declaración. Declaro la guerra, suena mejor la revolución. Parece que ya me desperté del todo, qué horri-

ble, un baño me caería bien, pero es mejor llamar por teléfono. ¿A quién? José me dirá lo que está opinando Daniel, Daniel me dirá lo que opinan Nicolás y Ana, Ana hablará de lo que piensa ella, Nicolás contestará en abstracto y quizás se refiera a Miguel, Miguel responderá en nombre de todos. Pues a Miguel primero, él me ayudará a odiar, a odiar más y más."

Café, café solo, sin pan, caliente. Café y ligero. Café como un grito en las casas. Llego tarde, me esperan, la cita, el encuentro. Unos minutos que se oyen, se respiran, se regatean. Café. ¿No oyó? Caliente y rápido. Me llaman, me necesitan. Un deseo de unirse a algo perdido, interés de encontrar un tiempo que espera, nos espera, cita donde un oficio complementa. Caliente, el aroma hecho vaho transparente arde sobre los párpados casi extraños, como si pesaran, como si no fueran nuestros. Frío de objetos, el rocío entró por la ventana. Las manos tropiezan con la lentitud del gesto que se aprende, un gesto que fue y será el mismo gesto a punto de ser otro gesto. Café, negro, caliente. Ligero. ¡Oh, la ilusión de la mañana! El sol está encima, avanzando, sin tregua, sigue adelante, es el único que tiene un camino. Implacable marca la hora. ¿No entienden? Estoy listo, listo con mi café dentro del estómago y los minutos detrás, porque siempre van detrás, persiguiéndome. El sol no espera, sigue adelante, adelante como una historia que se empieza y se debe terminar. El café, ¿pero qué pasa con el café? Rápido. Luego, las calles, detenidas, allí, donde están siempre. Los saludos, los mismos, los pesados saludos del día, cómo te ha ido, cómo diablos me va a ir, y las historias, las triviales historias del tiempo, anoche, anoche hice o no hice, anoche, y la memoria repleta de noches confundidos con otras noches. Después, café, otro café, más café, para desper-

tarse, para seguir el camino del sol, para no detenerse, para no acobardarse. Y... los lugares, esos sitios donde se entra y se dice buenos días, siempre los mismos sitios iguales. El aburrimiento sostenido con el café, la droga permitida, la droga decente. Café, por favor café, caliente, negro, dos cucharaditas. El lenguaje se hace paladar. Eso es cómico. Las palabras se comen como un postre, se saborean. Café, necesito estar despierto porque nada cambia, todo es igual, el sol está arriba, caminando, y yo y usted y todos un poco atrasados, lentos. Café. No puede haber cambio. ¿Cambio? ¿Alguien cambia? ¿Algo cambia? Café. Las sillas están ahí, como siempre, aunque uno esté muerto, ahí con el gesto servil de siéntese para eso estamos. Las sillas no necesitan café, pero las gotas caen sobre las sillas, el aroma las pone amarillas, amarillas, todas las sillas debían ser amarillas, rima, suena, el sonoro giro del idioma, igual a la cosa petulante. Y, ¿el sol? Sale, camina, gira, nos ve, nos encontramos, cara a cara. Pero, no se detiene. Ve la absoluta redondez de su luz dando más luz. Un ritmo perseguido y la persecución es un fin. Empieza a levantar los árboles, como si la luz realmente despertara, y no se detiene, sigue. No se detiene sobre las flores, las abre, las madura. ¡Oh viejo conquistador! El don Juan del mundo. Adelante, adelante, nada vale la pena quedarse un rato, romper el ritmo, ese ritmo pesado del que va y viene, como si se paseara por un cuarto redondo, el entra y sale, el me voy y regreso, como el día. Café, negro, caliente. Para despertar y encontrar que todo está en su sitio, y los demás juegan al movimiento, hablan, comen, fornican, ni siquiera simulan incendios, tampoco arden y se queman, apenas juegan. Café, para caminar en las calles, las calles claras de la mañana. Un paso, otro paso y la luz que se pierde, el tercer paso parado en la esquina, con una condecoración de disciplina. Las calles y los encuentros, dos con caras de despistados,

dos intimidaciones expuestas y las mentiras como un juego de ping pong, de un lado y del otro. La luz y los pasos y los perdones, disculpe usted, doscientas libras contra ciento cuarenta, claro perdón, no fue intencional, no puede ser intencional quebrarle los dedos a un pobre cristiano. Y café, café negro y caliente, sin azúcar, para los dedos rotos. Oh, las calles, las calles que cada uno ilumina, descubre, despierta y por las que se van las miradas detrás de un joven con pelo largo, para verlo de frente y constatar que no tiene pechos y más abajo hay una cosa de que las muchachas carecen. Y café, rápido, café para caminar, para detenerse, para hablar, para empezar y despertar. Café para llegar hasta las puertas. Esas puertas, esa ficción del cierre y un lugar propio, ese rectángulo laberinto que se va gastando con el tiempo, con la huella de las manos que tocan, interrumpen, se atreven a interrumpir. Una limosna, tengo a mi mamá enferma, se me murió la menorcita, acabo de salir del hospital. El tono lastimero frente a la puerta, quizás con miedo de tocar. Un no rotundo, un portazo, no tengo, pase otro día, tome usted y no vuelva, estamos para que nos den. Y la fama de la puerta, ésa no, no toquen, tienen perro y lo sueltan. En ésa sí, hay una muchacha bonita que a veces da centavitos. La puerta se toca y algo se interrumpe aunque el sol siga su camino implacable. ¡Ah las sorpresas frente a las puertas! Café, café negro, rápido, caliente. Café para hablar. Las voces, las voces furibundas, las que tienen algo que contar, algo que reclamar, algo que desahogar. Las voces sin pararse, con emoción, cargadas de energía, sin dar alternativa, dispuestas a todo para que se las oiga, se las oiga con devoción, reclamando la atención, completa, ni un ojo perdido, ni una oportunidad para abrir la boca. ¡Oh, las voces disparadas acribillándonos, fusilándonos, consumiéndonos en cárceles de opiniones, comentarios, criterios, ideas, pensamientos, sucesos! ¡Oh, el martirio

de los relatos! ¡Oh, esa herida de las susceptibilidades y los resentimientos! ¡Oh, la soledad comiéndose la soledad mientras sirve palabras, grita palabras, dispara palabras! ¡Oh, las voces, las voces furibundas, violentas, monótonas, aburridas, inflamadas, las voces creando el ruido, el ruido de uno mismo, las voces acosando, consumiendo el tiempo, relatando la importancia de la misma voz, que al poblarse de voces es la voz, la voz, la misma voz que no oye, no puede oír, no deja oír! Café. Caliente y rápido. Quiero despertar. Me esperan. Café negro con dos cucharaditas.

—¿Listo?

—¡Listo!

—¿De verdad, listo?

—Parece increíble, pero ya está listo.

—Francamente no lo esperaba.

—Fue cosa de proponerse.

—Estoy sorprendido.

—¿Ha perdido usted la fe en todo?

—No en todo, más bien casi en todo.

—Un poco de fe no estorba.

—Diría que entona.

—Supongo que ahora estará satisfecho.

—Mucho. Hoy mi horóscopo era tremendo. Mal día desde que empezaba.

—Me alegro de contribuir a cambiar su suerte.

—Gracias, lo merezco, he sido paciente.

—Eso no lo discuto, no se pudo tener antes.

—Cuando recuerdo, desde hace más de una semana vengo todos los días. Estaba desesperado.

—No fue fácil empezar, siempre se presentaba algo.

—No quiero hacer reclamos, menos ahora, pero para otras oportunidades es mejor dar una fecha fija.

—No se puede, no se puede.

—Eso lo perjudica, da idea de desorganización.

—No me importa. Trabajo por placer y si cambio mi manera de ser, me arruino.

—No lo entiendo.

—Me buscan porque soy bueno, entonces tienen que respetar mi forma de trabajo.

—Para usted también es mejor fijar un plazo.

—No, jamás, me atormentaría, me sentiría vendido, con el tiempo comprado. No, eso no, de ninguna manera.

—Es peor estar recibiendo la gente y atender sus preguntas y decirles que todavía no.

—Me gusta hablar con la gente, me gusta oír razones y dar las mías.

—Algunos a veces se enojan, yo ya estaba un poco bravo.

—Sí, lo sé, pero se enojan sin razón, porque quieren enojarse. Yo no prometo fechas. Cuando me preguntan, respondo con sinceridad que no sé. Entonces vienen todos los días.

—Sinceramente, con ese sistema pierde usted muchos clientes.

—Le confieso que quisiera tener menos.

—¿Por qué no emplea a alguien y así tiene ayuda?

—¿Yo? ¿Emplear a alguien? Usted no me ha entendido. Si quiero mantener mi independencia, ¿cómo quiere que contrate a otro para que la pierda? No soy capaz de eso, lo que quiero para mí, lo deseo para los demás.

—No he querido discutir.

—¿Discutir? No discuto con usted. Le hablo y me gusta hablar.

—A mí también, lamentablemente no siempre tengo tiempo.

—El tiempo vendido, la tragedia, no se puede hacer lo que uno quiere.

—Es usted muy peculiar.

—Un poco loco, querrá decir.

—De ningún modo. Bueno, me alegra que esté listo.
¿Puedo llevármelo ahora?

—¿Ahora? No, de ningún modo. Está listo, pero le faltan los detalles, unos pequeños detalles.

—Entonces no está listo.

—Le digo que está listo, se lo dije desde el principio. Listo llamo yo al problema resuelto, al grande, no a las cosas secundarias.

—Y, ¿los detalles cuándo estarán?

—Un día de éstos, le aseguro me gustaría darle la sorpresa pronto.

“Nos encontramos a las doce.” A las doce, no hubo réplica. No era posible engañarse. El sol estará pleno. Las doce se sienten. No dijeron del almuerzo. Tal vez sea una reunión breve. Una de esas que empiezan por “qué han hecho de nuevo” y acaban con el último chiste. “Sabés la torta que hizo el Ministro.” ... Siempre el ministro y el presidente, y sus metidas de pata. No había nada nuevo. Lo mismo. Sin embargo, la reunión se hará y vendrán los de siempre, para al final decir que hubo una reunión más. Lo peor es que a las doce no es fácil evadirse y alegar que el tiempo pasó sin darse cuenta, o se olvidó la hora o el reloj se descompuso. Las doce se extienden en el centro de la calle y miran con rabia a los que se pasean o simplemente se mueven de un sitio a otro. Y, ¿el almuerzo? Habrá que llamar otra vez y preguntar. Aguantar las suspicacias, porque seguramente se creará que hay más interés en ese horrible arroz con pollo que en la reunión misma. A más de uno le gusta sacarle la punta al lápiz y luego dar bromas con el apetito y ese deseo de aprovechar la oportunidad para comer y comer. Juzgan por lo que son: unos terribles contabi-

listas de su propia avaricia. Saben cuántos wiskys se tomó fulano y cuántos mengano. Sienten la necesidad de inventariar el placer de los otros. ¿Y si al llamar, responden que no se ha decidido todavía lo del almuerzo y lo importante son los datos que encargaron? Esos datos, esos datos del demonio, que todos creen facilísimos y cuestan paciencia, trabajo, organización mental y hasta fe en que podrán ser útiles y orientar hacia alguna solución positiva. Preguntarán: dónde están los datos, sin ellos no podemos actuar. Después de que estén extendidos sobre la mesa, ya los datos no tendrán importancia. Los verán, los volverán a ver, los seguirán viendo mientras alguno dice un chiste y otro tiene el mal gusto de contar con detalle lo que le sucedió al salir de la casa, tomar el automóvil y luego la conversación insulsa con su secretaria. Y los datos estarán allí, sobre la mesa, completamente inútiles. Como no se animan a tomar decisiones pedirán otros datos, muchos más para la próxima reunión. Entonces se sentirán satisfechos, alegres, comerán con apetito y cada uno verá en la seguridad de sus gestos la importancia de ser importante, sonreirán ante su propio espejo con una sonrisa amarga, porque han aprendido a sonreír amargamente en consonancia con la seguridad de ser hombres importantes. Conscientes de su tiempo, de su momento histórico, dirán finalmente que tienen muchos asuntos pendientes y se irán con una tirantez de hombros para abrir la vista a su camisa blanca, impecable, y a su corbata cara, con esos lindos colores de los pájaros que no ven, de los crepúsculos que ignoran, de esos dibujos que pintan los niños con la pureza cruda de los bosques que se reflejan en los riachuelos. Y cuando guarden los papeles en sus carteras de cuero, cuyo precio han comentado con la avidez de las señoras que persiguen gangas, se olvidarán de los datos y ya al atravesar la puerta sus memorias estarán libres para entrar a la otra reunión con el ademán preciso de un

encuentro ininterrumpido. Haya o no haya almuerzo, qué importa. Será la misma lata de siempre, igual a tantas veces. La repetición es una forma de ganarse la vida. Además, todo es igual, siempre igual, los actos que se repiten forman la historia trivial de cada ser humano. La pretensión de algo diferente nos hace soñar en vano. A las doce. A las doce con los datos ...

¡Qué desvergüenza! Citan a las ocho y aquí me tienen con el pelo lavado esperando. Ya no se puede confiar en nadie. Ahora todo es informalidad. No consideran. Tengo las uñas horribles, necesito con urgencia un nuevo tinte y sólo quiero un peinado sencillo, que me vea natural, nada de esos moños. Me repugnan los postizos. Me gustó el peinado que llevaba anoche la rubia de la embajada. Sabe vestirse esa chica y sacarse lo mejor. Logra transformarse. El otro día la vi en el supermercado. Seguro estaba en un apuro. No tuvo tiempo de arreglarse. Parecía un espantapájaros. Anoche era una reina. El rojo le va insuperable. Llevaba el pelo suelto, como una seda. Tal vez era peluca, ahora es tan difícil saber qué es natural. Todo es fácil en estos tiempos, hasta aparentar la belleza. Un poco dinero y narices bonitas. Leí en una revista que ahora se quitan las estrías de un día para otro. No se necesita operación. Sólo una crema especial, claro bastante cara, pero maravillosa. He estado probando una nueva, está anunciada en Pretty Faces. Mi problema es esta arruga, a veces no se ve. No sé cómo estará hoy. Tiene sus días. Me amarga profundamente. Cuando menos pienso, quizás por los nervios, parece una cicatriz. ¿La ve usted? Aquí. Ha sido mi martirio. Una arruga afea mucho y aumenta los años. Se debe a una contracción del rostro, se me pegó como una maña. Antes hacía así todo el tiempo. Me he podido corregir. Cuando tengo muchos nervios, prefiero rascarme aquí

atrás. Lo que se haga allá por lo menos no se nota. ¿Cuándo me irán a atender? Son eficientes, pero incumplidos no es palabra. En estos días he tenido muy mala suerte. El jueves me citó el dentista a las dos de la tarde. Sabe a qué hora me atendió. Cerca de las seis. Ya tenía forma de silla y me había leído hasta los avisos económicos del periódico. Fui por un problema de una calza. Una estupidez, pero no he podido encontrar un color fijo que vaya con el diente. Ve usted. Cuando el sol me entra en la boca, se nota el parche. Detesto esos contrastes. Me gusta sonreír. No es sólo porque la sonrisa es juvenil y confortante. Es cosa de carácter. Me da risa las cosas tontas y las serias. A mí las tragedias no, menos la gente trágica. Qué latosas se vuelven las personas que sólo amarguras cuentan. Bastantes penas se tienen que pasar para estar haciendo más penosa la vida. Lo mejor es buscar el lado bueno y todo lo tiene. Es cosa de filosofía. A los malos tiempos, buena cara. Mi carácter no se presta para lo triste. Mire usted: a mí hasta la lluvia me gusta. Creo que es una oportunidad de ponerse una buena capa y lucir una sombrilla bonita. No sé por qué tantas mujeres son descuidadas con las sombrillas. Compran cualquier cosa. Se ve cada color y cada forma. A mí me fascinan las sombrillas italianas. Son confortables y elegantes, además duran una barbaridad. La que tengo ahora la compré en Nápoles. No sé si usted sabe que estuvimos allá este año. Italia es preciosa. Me gustó más que Francia y España. Los italianos han sabido combinar lo moderno con lo antiguo. Esos hoteles que tienen lo hacen sentirse a una en Nueva York. Tapices, cuadros, colorido, alfombras y una atención de primera. Debe ir a Italia. Yo no entiendo a la gente que no viaja. Eso de sentirse encerrada en este país, sin salir a ninguna parte, es algo que no paso. Hay gente que se pasa toda la vida aquí, sin necesidad de moverse. Los viajes instruyen una barbaridad. Yo antes

confundía una pizza con una lasagna. Ha podido ver qué ignorancia. Hoy parece que va a llover. Mire usted como están las nubes negras cerca de las montañas. Espero que me atiendan pronto, no quiero mojarme a la salida y tuve que estacionar el carro un poco lejos. Qué problema ahora con estas calles estrechas. El presidente debía poner alguna prohibición a la importación de más vehículos. Vamos a explotar. Ya no caben los camiones, los autobuses, los carros. Yo quiero encontrar un chofer. Alguien que maneje mientras yo doy mis vueltas en el centro. Bueno, parece que llegó mi turno. Nos vemos.

Uno por uno, uno. Cantan los pájaros afuera y el parque está solitario. Dos por dos, cuatro. Las hojas más altas de los eucaliptos brillan como si fueran de plata. Cuatro por cuatro, dieciséis. El agua de la fuente va creando su propia sombra. Cinco por cinco, veinticinco. Sobre la monotonía de la voz alguien va inventando sus propias mentiras. Uno por uno, dos por dos, tres por tres, cuatro por cuatro, cinco por cinco. Se empieza otra vez. Unos ojillos azules saltan por la ventana: allá, por aquel rincón, mi papá tiene una casa y en ella vivimos con un gato que se lame las patas y corre detrás de las bolas. Voy a invitarlos a todos para que se suban a los árboles y coman mangos. Les prestaré también mis bicicletas porque tengo más de una, uno por uno, dos por dos, y correrán por los potreros y no necesitaré esperar a que me llamen. Correrán detrás de mí y me pedirán permiso para acariciar mis perros. El sol se refleja en un lápiz plateado. Y tendremos un bote para cruzar el mar. Una golondrina desarmoniza con la simetría de una torre. El mar llegará hasta la pradera y tendré una colección enorme de conchas. Dos por dos... Otro rayo de sol calienta una página en blanco. Mi papá vendrá en un barco y me traerá una corneta. Dos por

dos... La fuente se filtra por un borde verde negro sobre el que crecen filas de hongos amarillos. Tendrá un saco azul con botones dorados y una gorra de capitán. Dos por dos... Y la paciencia se rompe en la tranquilidad de la ventana que refleja el parque.

—Usted iba a cruzar en esta esquina.

—Con usted puedo seguir hasta el final de la avenida.

—No se moleste, no es necesario.

—Insisto en acompañarla.

—Gracias, pero voy de prisa.

—Iré también de prisa.

—Estoy preocupada, no tengo ganas de conversar.

—Iremos en silencio.

—Prefiero estar sola.

—Le aseguro que no la molestaré.

—Otro día será, hoy no podría aguantarlo.

—No se preocupe, con estar a su lado me basta.

—No quiero ser descortés, pero...

—Si quiere voy detrás.

—Necesito estar sola.

—La calle es libre.

—Puestas así las cosas, prefiero cruzar en esta esquina.

—Magnífico, ése era mi rumbo.

—Es usted un majadero.

—Es usted una belleza.

—Le juro que me harta.

—Le confirmo que usted me enloquece.

—Me estoy enfureciendo.

—Eso aumenta su belleza.

—No tiene usted otra cosa que hacer.

—Con mirarla lleno mi día.

—Es usted inaguantable.

- Es usted tan liviana.
- ¡Con este calor y usted por delante!
- ¿Podríamos tomar un café?
- No es mala idea.
- Insistir es mi método.
- Ya lo veo.
- En la otra esquina hay un sitio lindo.
- Pues andando.
- Me gustan sus ojos brillantes.
- No puede hablar de otra cosa.
- ¿Podríamos ir al cine esta noche?
- Primero lleguemos a la esquina.
- Es usted fascinante.
- Es usted imposible.
- Nadie le ha dicho que tiene los ojos más lindos del mundo.
- Soy una persona seria.
- Preciosa es el adjetivo que le va.
- Con sus palabras me inflo.
- No debo ser el primero.
- Nadie me ha dicho tantas tonterías.
- Pues están ciegos los otros.
- Me cansa.
- Está usted sonrojada.
- Hablemos de otra cosa.
- ¿Qué tal de pretendientes?
- Ni uno, no me gustan los coqueteos.
- ¡Qué suerte la mía!
- Soy muy tímida.
- Apenas la medida de mi timidez.
- ¿Usted tímido? ¡Qué risa!
- Las apariencias engañan.
- Habla usted como un don Juan.
- Es la inspiración de su presencia.
- ¡Cuántas mentiras!
- Es la primera vez que me siento así.

- No lo creo.
- Se lo aseguro.
- ¿Entramos?

Seguro pronto me va a decir que es muy temprano. Siempre es temprano para ella. No entiendo por qué le gusta regatearse los placeres. No nos queda más que mirar. Pues miremos. Y si los vecinos piensan que es una vida vegetativa, para qué preocuparse. Peor pienso yo de ese afán tan suyo de comprar cosas y cosas. Me gusta estar aquí. Para eso se hicieron los corredores. Claro, ya no los hacen. Ahora no se usan. La gente prefiere encerrarse, meterse dentro de las paredes, sepultarse en vida. No entiendo cómo pueden vivir así, cada uno en su cuarto, a puerta cerrada. Prefiero el aire fresco, la libertad de ver a los demás, de adivinar lo que piensan y sienten. Ya oigo sus pasos. ¿Qué extraño? Se ha parado al frente y me ha sonreído. Tal vez está en uno de esos días en que lo permite todo. Quizá le esté fallando la memoria y no se acuerde quién soy. Dicen que con los años se llega una a olvidar de todo. Vendrá el día en que le diga: soy tu hermana, no me recordás. Me verá con ojos raros y me sonreirá como ahora. Siempre quise ser vieja, infinitamente vieja. Dejar atrás tantas cosas molestas, abandonar la mortificación del tiempo, vivir en la misma esencia de la majadería, no tener obligación de soportar a nadie, babearme los vestidos con la insolencia de un niño... despedirme lentamente de las cosas, encerrarme en mis memorias, recordar cómo fue todo y saber con seguridad que nada tuvo importancia. ¡Qué sabiduría! No se puede aspirar a algo mejor. Sin embargo, es cansada esta época de entrada a la vejez completa. Unos tratan de adelantarnos, otros simplemente nos miden, algunos nos encuentran todavía demasiado hábiles. Es la misma situación incó-

moda cuando ella se sienta a mi lado y me pregunta qué pienso. ¿En qué pensás? ¿En qué pensás? Me siento obligada a pensar en algo, a salir de esa flotación agradable, en que me tiendo sobre tantas cosas sin estar aferrada a ninguna. Es mi propio cine interior, pasa una imagen, otra, otra, todo incoherente, como si estuviera midiendo mi propia capacidad de evocar y ésta fluyera sin conocer medida alguna. Entonces, digo que no pienso en nada o me aferro a la última imagen y hablo de ella o miento para decir la primer tontería que se me ocurre. Y no me atrevo a preguntarle lo que piensa ella. No me gusta alterar esa atención con que observa lo que pasa en la calle o esa manera de estar siempre a punto de dormirse con la mirada perdida sobre un punto fijo. A lo mejor también ha aprendido a flotar sobre los recuerdos. En verdad es temprano hoy. El señor Sánchez no ha sacado el carro. Puede ser que se haya tomado el día libre o quizás esté enfermo. Ayer me pareció verle un catarro de esos que convierten la nariz en un tubo. Tenía en la mano un pañuelo horrible. Esos pañuelos de los hombres. Siempre parecen sucios, aunque estén limpios. No sé por qué la gente trata de ponerle color a las cosas que se ensucian, como si la suciedad no se viera. Es peor. El color mismo fija la suciedad para siempre, ya no se puede borrar. Un pañuelo de cuadros, es un pañuelo sucio desde lejos, sucio sin usar. El señor Sánchez llevaba un pañuelo cerca de la nariz, que estaba roja. También se le pone así cuando toma sus tragos, pero en esas ocasiones me saluda en forma diferente. Casi me grita que ya llegó, que lo puedo ver y pase muy buena noche y no me preocupe por él. Es una forma de desahogarse. No le gusta verme aquí sentada, mirando hacia la calle, debe creer que lo estoy vigilando. Es una tontería de su parte. Lo que veo ahora, lo puedo oír más tarde. Mis ojos no son tan crueles como las lenguas de otras personas. A mí me gustan sus movimientos, la forma en que rítmi-

camente hace lo mismo todos los días. Para su automóvil, deja la puerta abierta, me vuelve a ver y luego mueve su carro, baja la puerta del garaje y camina hacia su casa. Uno, dos, tres... diez pasos justos, por el sendero de los geranios. Nunca cambia. Cuando llegó con su nueva esposa, me miró con aire de indignación. Me sonreí. Ahora recuerdo, ese día cambió el camino, tomó la acera y entró a la casa por el camino de piedrecitas. Quiso ser más ceremonioso. Las pequeñas cosas de los seres humanos son cómicas. Muy cómicas, y también significativas. Era un día distinto. Valía la pena un cambio. Claro que valía. Ahora de nuevo ella. Ya sé que es muy temprano. Lo que la gente piense no me importa, me gusta estar aquí. Muy bien, muy bien, no discutamos, es una tontería. Ya voy a sacudir. Todo perfecto. Primero quito las cosas, paso un trapo, cojo una por una y las limpio, después espero a que sean las diez y me siento un rato hasta que me llamen a almorzar. Ya sé. Entiendo perfectamente. Y me tengo que meter precisamente cuando el señor Sánchez está abriendo la puerta del garaje...

Estuvo perfecto, nadie puede opinar otra cosa. Francamente si lo hacen, es porque están enfermos de esnobismo y quieren ser diferentes. Ahora no es fácil conseguir una aceptación general. Disentir es la distinción y se está detrás de eso. Hay que ver lo que vale localizar un defecto, enseñarlo a los demás, decir ahí estuvo el error, si hubiera hecho esto o lo otro, habría estado perfecto. Pero... el estudio, la técnica, la gracia, el ángel, no se consiguen así no más. Sobran los necios hoy día. Los absolutamente necios. No pueden admitir su papel de espectadores asombrados. Se resisten a creer en la destreza absoluta de los maestros. Nadie quiere tener maestros, ni reconocerlos siquiera. En la

actualidad, se odia más a los que enseñan que a los mismos padres. No existe el complejo de Edipo, salvo para los hijos de padres maestros y profesores. El complejo de hoy es el de Sócrates. Hay que envenenar a los que saben, a los que crean, a los que pueden demostrarnos algo, a los inteligentes, a los que hacen arte, a los que dan un poco más de lo normal. Vamos contra ellos, contra los Sócrates, y los condenamos en la forma más salvaje, más cruel, los ponemos en ridículo, contagiamos el frío a los demás, nos callamos, negamos la admiración, los rodeamos de silencio, de indiferencia, y acercamos la cicuta. Beba porque usted no puede hacer otra cosa que beber, no tiene oficio ni beneficio. Enferma una situación como ésta, enferma, enferma. Todos los mitos son trágicos, porque nunca hubo comprensión. Jesús murió mientras los otros pedían un milagro como si estuvieran en un circo. Cada uno pide que los demás den lo que les falta. Cuando alguien encuentra ese algo y está dispuesto a darlo, entonces vuelven la espalda. Prefieren negar y decir eso no es, no es, aunque no sepan de qué están hablando. Eso enferma, enferma. Espero que en otras partes sea diferente, aquí esto asfixia, ahoga, mata. No puedo entender por qué la gente es así. Ayer, francamente, no se podía pedir algo más. Completo, perfecto, sobrecogía de emoción. Era un lenguaje de paz, de armonía, de hermandad. Nuestro teatro estaba iluminado por un tipo de luz distinto al convencional. Es difícil entender esto, pero fue así. Las mismas cosas estaban contagiadas por una fiebre especial y adquirieron un brillo inusitado. El teatro se volvió un lugar lindo, a pesar de la carga que estaba aguantando de gente idiota. Hasta las lámparas parecían otras, llenas de antigüedad digna, de luces auténticas, es decir de velas resplandecientes, con ese deseo de iluminar sonidos y sensaciones. Las sillas y los balcones iguales, con una sensibilidad creada en el instante, como si se

hubieran hecho para ese momento y nada más. Es difícil entenderlo, es difícil decirlo en palabras, pero fue así. Espectacular y simple, sublime e imprevisto, ingenuo y conmovedor, en una dimensión completa, escalofriaba desde la punta del pie hasta la sacudida intelectual que hace pensar en dónde estoy y por qué vivo. Es difícil describirlo. Pero, esos tontos de siempre disimulando los bostezos, diciendo debió ser más corto en unas partes, debió poner más énfasis en otras, simplemente se repitió con menos entusiasmo que en otros lugares porque creyó estar ante un público de campesinos. ¡Idiotas! Perfectos idiotas, que sólo saben usar los mismos adjetivos para un concierto de piano, para un libro, para una película, para una comida.

—¿De misa o a misa?

—De misa y de comulgar.

—Usted ya tiene ganado el cielo.

—El cielo se gana poco a poco, querida.

—Su vida tan ejemplar, la envidio.

—Una vida llena de tentaciones, como la de los demás.

—Usted no es como los demás, con sólo verla se contagia un aire de santidad.

—No exageremos. Devota, eso sí, para mí la religión es ante todo disciplina.

—Caritativa.

—También, lo debo reconocer. Amo al prójimo, cómo no amarlo, así lo ha ordenado el Padre, nuestro Señor.

—Humanitaria.

—Ese es el camino de la salvación, no olvidar la cruz que cargamos.

—Bondadosa.

—¿Cómo no serlo? Hay tanta necesidad alrededor. No se puede negar una sonrisa, una lágrima, un pedazo de pan.

—Comprensiva como ninguna.

—Hija, eso no es virtud, es el arte de mirar el punto de los otros.

—Generosa, tan generosa.

—No hay quien carezca de algo bueno, es cosa de saber mirar.

—Ejemplar.

—Es la única forma de vivir en paz con la conciencia.

—La envidia.

—No hay nada que envidiar.

—Un hogar perfecto, unos hijos maravillosos, una fe indestructible, una comunión con Dios.

—No lo diga muy duro, a veces me da miedo.

—¿Por qué? Usted merece eso y más.

—Pasan cosas tan extrañas en la vida. Cuando menos se espera, un golpe.

—Los designios de Dios a veces son incomprensibles.

—Todos son para bien, buscan la perfección, el sufrimiento nos hace más espirituales y dignos de su presencia, pero...

—Duelen y desorientan.

—No desorientan, querida, sólo duelen porque somos humanos y soberbios.

—La soberbia es terrible.

—Es la sombra del diablo sobre el mundo.

—¿El diablo? Hace años no oía del diablo. No se nombra mucho ahora.

—El diablo está en todas partes, querida, y cuando menos se piensa se establece puertas adentro.

—¡No me diga!

—¿Quién si no el diablo organiza guerras, hace a la gente comunista y pone tanta tentación a la juventud?

—Tiene usted razón, en otra forma no se comprendería un montón de cosas raras que están pasando.

—Y se mete en las casas, ahora está donde los Sánchez y cómo pelea esa gente, es horrible.

—Los pobres niños, los inocentes siempre cargan con las culpas de los otros.

—Aquello es el desastre, él se ha vuelto un irresponsable, ella ya no sabe más que ponerle un cuerno tras otro. Rezo todos los días por ellos.

—Dicen que el escándalo de anoche fue pavoroso.

—¿Qué pasó?

—Ella llegó muy tarde, él la estaba esperando, primero se gritaron, después empezaron a quebrar cosas, parece que le pegó, cuando llegaron los vecinos la casa estaba patas arriba.

—Y, ¿qué más?

—Nada, lo de siempre, una gran batalla y después una reconciliación.

—¡Increíble! Pelean, se gritan, hacen escándalo y después como dos periquitos de amor. Dan asco.

—Y, ¿sabía usted que los Castro están teniendo problemas con su hija?

—¡No me diga!

—Por el vecindario la han visto bajándose de un carro ya en la madrugada. Se murmura que el tipo es casado.

—¡Válgame Dios! Querida, ve las cosas del diablo, ella es apenas una niña.

—Pues ya no tanto. Si las cuentas no me salen mal, un año mayor que la mía.

—No sé qué pensar. No me gusta opinar, pero siempre he creído que se les pasó la mano en la educación de esa muchacha. Demasiados libros, demasiada universidad, demasiada vida en la calle.

—Lo mismo digo yo.

—Ya ve usted: hay quienes creen que el recato pasó de moda.

—Más de uno cree eso y por eso sus hijos andan a la deriva.

—Ya vio lo de la niña Bustamante. La casaron apenas a tiempo, un mes después alumbraba.

—No sabía eso, realmente me sorprende.

—¡Dios se apiade de tanto paso falso!

—¿La pobre Luisa no ha seguido bien, supo lo último que le pasó?

—De Luisa no quiero saber nada.

—Pensé que ya había pasado el problema entre ustedes.

—Desde que estuvo hablando tonterías por ahí, corté para siempre la amistad. A mí me gusta la gente clara, confiable. Ella, Dios me lo perdone, se alegra con el mal ajeno.

—Ahora su situación es terrible.

—A cada uno, algún día, le toca comerse lo que ha sembrado.

—Tiene razón.

—Claro que la tengo.

—Usted siempre tan sabia.

—No, querida, no es para tanto, la experiencia enseña, y las canas.

—Está muy bien, no pasa ni un día por usted, siempre tan fresca.

—Cuidado, cuidado, me puedo inflar y eso no sería bueno. Recuerde, acabo de comulgar y la vanidad no es la mejor compañera.

Ayer el teléfono estuvo descompuesto. Fue una tragedia completa. Nos perdimos la fiesta de los Castro. Nos estuvieron llamando desde las tres y al no contestar

creyeron que no estábamos. También me llamó Marta, me quería contar las últimas. Ahora ya las sé, pero demasiado tarde. En el intervalo cometí varias tonterías. Me la encontré con Juan y le pregunté por Luis. No sabía nada del pleito. En fin, ellos se habrán dado cuenta de mi despiste. En todo caso, fue gracioso. Después vi a Julia y no le pregunté por el accidente. Creyó sin duda que era terriblemente desatenta, pero ignoraba lo de su pequeño. Fue un día aburridísimo. Dejé a los niños en el colegio y después tuve unas ganas inesperadas de comprar algo. Me fui a las tiendas. Entré a varias. Me pasó algo extraño. Al entrar a la quinta sentí náuseas con el olor de las telas. ¿Te ha pasado alguna vez algo semejante? Me fui entonces al estante de las colonias. No tenía intención de comprar nada. No era mi día de perfumes. Después de un rato, me decidí por un desodorante nuevo, pero no lo compré, porque en ese instante recordé a alguien, no sé cuándo ni por qué, me había dicho que algunos muy buenos para todo producen un escozor muy desagradable en la piel. Me limité a seguir mirando y después... qué hice después... no recuerdo. A veces me dan unas lagunas raras. Sólo recuerdo que me acosté con una sensación de aburrimiento, que todavía persiste. Ahora recuerdo, regresé a la casa y me encontré a mamá. Hablamos de cosas insignificantes, pero me contó que le parecía muy extraña la situación de los Alonso. Parece han renovado la casa, la remodelaron por completo, les ha quedado bastante moderna, además compraron un carro nuevo y cambiaron los muebles. Que se sepa tienen los mismos ingresos de siempre, no han recibido herencia alguna y no se han sacado la lotería. Mamá sospecha de un día para otro se va a descubrir la torta. Ella cree que han tomado por suyos los dineros que administra el bufete. Ya sabés, los viejos tienen un olfato para esas cosas, a veces da miedo. Cuando mamá se para a mi lado, muy cerca, y adivino

que me anda olfateando, hasta me escalofrió. No sé qué cosas puede pensar, no tengo secretos para ella, pero no me gusta que intervenga en mi intimidad. A veces soy muy descuidada, hablo demasiado. Debía ser más silenciosa. No puedo. Siento necesidad de hablar y de hablar. Lo hago sin pensar, sin meditación alguna. Hablo y hablo, después no me acuerdo de lo que dije. Tampoco tengo tiempo de acordarme porque ya estoy hablando de nuevo. Después mamá se fue, pensé en llamarte, pero en eso la cocinera que estaba esperando una oportunidad para pedirme aumento de salario, me dio la lata casi media hora, con la lista de los trabajos que hacía, aun cuando yo le había dicho sólo atendiera la cocina. Es una vieja necia, neurasténica, pero ahora es difícil conseguir otra. Le dije consultaría con Carlos el aumento y haríamos lo posible. Le lloré un poco, para que no espere mucho. Sin embargo, no le conmovió mi discurso. Mantuvo sus ojos fijos en mí, con una mirada altanera de exigencia. Creo obtendrá su aumento, pues en otra forma se irá. Saben no necesitan presionar mucho. Ahora la situación está difícilísima. Conseguir una es una tragedia. Cuando terminé, me sentí completamente agotada. A mí esos detalles de la vida diaria, me dejan exhausta. No tengo fuerzas para aguantar nimiedades. Tuve que recostarme un rato y creo que me dormí. Sí, me dormí hasta la hora de almuerzo. Recuerdo, soñé con unos gatos. Una noche espantosa, llovía a chorros. Los gatos tocaron la ventana. No era exactamente mi cuarto. Era más bien una especie de buhardilla. Una ventana larga que bajaba casi al nivel del piso, con una cortina de organdí. Al lado de mi cama... cuando quise abrirla porque los gatos maullaban lastimeramente, vi no eran gatos, el cuerpo y la cara sí, pero en vez de pelos tenían plumas. A pesar del miedo que le tengo a los animales, inclusive a las moscas, abrí la ventana con una tranquilidad pasmosa, y en vez de entrar los gatos me

puse a jugar con ellos sobre el techo hasta que sentí el frío de la lluvia, entonces me resbalé, fue algo horrible, una caída larga y yo iba arrastrando los gatos y con ellos rompiendo todo lo que me encontraba, espejos, vidrios, puertas, plantas. Cuando Carlos me despertó, me sentía muy mal, pero en ese momento no recordé el sueño, le dije me había dormido y no quería hacerlo, no me gusta en realidad dormirme en plena mañana con tantas cosas por hacer. En la tarde me extrañó no sonara el teléfono, pero no creía estuviera malo. Creí simplemente el mundo se ha olvidado de mí. No recuerdo qué hice en la tarde. Seguramente vi un rato la televisión. Me encanta ver televisión cuando ojeo revistas. Me da una sensación de sentirme acompañada y llena de cosas por hacer. Hasta cierta ilusión me invade. Son mis momentos poéticos, recuerdo ciertas canciones y hasta algunas conversaciones tontas del colegio. Más tarde llegaron Luisa y María, hablamos largamente, casi hasta que oscureció. Recuerdo encendí las luces de la sala, y aún María estaba contando las cosas que le habían sucedido cuando su madre se enfermó y se tuvieron que ir a la finca por varios años. Llevaban una vida de salvajes ahí. María tiene una forma de contar que me gusta. Lo hace con simplicidad al principio, pero después se entusiasma y cambia las voces como si de verdad recordara diálogos y partes enteras de conversaciones. María es una mujer interesante, más que Luisa, a pesar de que no es un cerebro. Tiene gustos definidos y sabe por qué le gustan las cosas. Yo nunca he sabido exactamente por qué me gusta lo que me gusta, y esa es una sinrazón que en algunas ocasiones me molesta. Es raro no saber por qué me gustó y me sigue gustando Carlos, por qué siempre escojo los vestidos azules, por qué hablo tanto. María sabe razonar sus gustos y los hace sentirse sólidos dentro de ella, como si tuvieran una razón. Luisa también contó algunas cosas interesantes, pero no de ella misma. Es notorio que se

detesta. O quizás se idolatre en una forma absoluta. Muy compleja es, no siempre la entiendo y su tristeza me conmueve. No he visto a nadie más triste en mi vida. Es triste hasta cuando se divierte. Y qué formas de divertirse tiene. Ayudar en los barrios pobres, hablar de la caridad que no hacemos, recordar somos iguales a los otros, a todos, y reflexionar cuando sólo se está hablando paja. Se siente satisfecha cuando su tristeza logra romper la alegría de los demás. Es realmente complicada. Bueno, así se fue la tarde y un día aburrido, porque en la noche Carlos trajo unos amigos de negocios y hablaron sin parar de precios y condiciones, condiciones y precios. Un señor gordo, sudaba constantemente aunque abrí todas las ventanas. Otro flaco, zopetas, y un joven que no hablaba mucho porque seguramente estaba aprendiendo y todavía no sabía cómo desenvolverse. Estuve atendiéndolos. Un día aburridísimo. Ahora recuerdo, al pasar cerca del teléfono, me pregunté si estaría descompuesto. Era imposible que todo el mundo me hubiera olvidado así por así. ¡Aló! ¡Aló! ¡Aló! Parece se cortó la comunicación. Bueno, no importa, creo ya había terminado. Quién me habrá dicho lo del desodorante. Tengo ganas de salir un rato y pasar por la tienda. Quizás allá sepan si produce alguna irritación.

¡Aló! ¿Quién? Las identificaciones. Yo, no me conocés, yo tu amiga, yo tu amigo, yo fulano, yo men-gano, yo tu hijo, yo el primo, yo el que te presentaron, yo el de anoche, yo el de hoy, llamando, comunicando, con el auricular entre las manos, la noticia, la conversación, el te llamo para algo que se me olvidó, no importa, decí no más, tengo tiempo, hay moros en la costa. Qué impertinente, hablá de otra cosa, todo bien, ¿cómo querías que fuera?, tiene que salir bien, te llamaba porque llueve y me siento solo, ¡qué majadería!, hoy no llueve,

pues te llamo porque no llueve, y el ring rang de un lado para otro, acumulando tarifas y después al mes por qué tanto. ¡Aló! Urgente, un timbre detenido en el aire. Aquí. ¿Por dónde? De este lado, más allá, en la calle, en la casa, en el baño; ¡qué indecente!, llamar desde el baño. Ring rang. ¡Aló! Qué hora es, el tiempo, el tiempo exacto, a los tres minutos cortamos, no puedo gastar un minuto más. ¡Aló! Número equivocado, los dedos se enredaron y la memoria es un número al que le falta una cifra. ¿Cinco? Claro el cinco de la suerte, el fabuloso cinco, que se asocia con 15 menos 10. ¡Aló! No está, es imposible no esté, tiene que estar, dónde puedo encontrarlo. Ring, rang. No puedo esperar, los timbres son largos, ausentes, misteriosos, ¿por dónde entran?, ¿cómo llegan?, ¿no se han entrecruzado? Ring, rang. ¡Qué suerte perra! Nadie. Un timbre solo, frustrado, chocando con las paredes. El insólito timbre de una casa vacía que asusta a los ladrones. ¡Aló! Al fin, pensé no ibas a responder nunca. Te quiero, necesito decirte te quiero. Clic, clac, el clicclac de la violencia, del mal carácter, de la agrura que llega a la boca y se hace agrura. ¡Aló! No me puede cortar, eso es un atentado contra la libertad de palabra. Es usted un necio, un necio estúpido y sin gracia, no tiene carácter ni personalidad, es usted un amargado. ¡Aló! Usted es un hijo de puta, maricón. Clic, clac. El clicclac del misterio. La opinión eléctrica. ¿Quién diablos es el insolente? Clicclac del misterio. ¿Quién? ¿Quién habla? Silencio, el mensaje está despachado. ¡Aló! Me llamaron de ese número y quiero saber quién fue. Este es el asilo de inválidos. ¡Inválida será su alma! Clic, clac. ¡Aló! Ya no respetan, éste es el convento de los dominicanos y estamos rezando. Habla el diablo desde el infierno. ¡Aló! Larga distancia. Silencio. Miedo, la distancia larga es un minutero en los oídos con ruidos extraños. ¡Aló! Comunicando. Aquí, New York, el contrato está listo, felicita-

ciones. Número equivocado. Se busca a Mr. Stranger. Ring, rang, las campanas con cuchillos. ¡Aló! Doctor, urgente, véngase ya, los dolores empezaron, cada diez minutos, ¿qué hago? ¿Quién habla? Su mamá, pedazo de mula. ¡Aló! Número equivocado. Ring, rang. La esfera, el número, el dedo del dos, el dedo del uno, no es un tablero, el dedo de todos los números y el cero, en el cero no cabe el pulgar, un lápiz entre los dedos. ¡Aló! Sabía usted que me acuesto diariamente con su esposa, es deliciosa, me encanta, me tiene enconado, ella, la pobre, está cansada de dormir con un maricón como usted. Clicclac. El cuento se acabó. ¿Quién habla? ¿Quién es el cabrón que habla? ¡Aló!, ¡aló! Esto no puede terminar así, diga su nombre, diga su nombre, mierda del demonio. Ring, rang. ¡Aló! Querida, por ahí anda un loco llamándome por teléfono, para decirme que se acuesta con vos. No contestés el teléfono, por favor. Clicclac. Ring, rang. ¡Aló! Querido, no entendí nada, ¿qué pasa? ¿Te preocupa algo? ¿Te duele la cabeza, mi amor? Hoy estabas muy bravo cuando te fuiste y no me atreví a decirte que quiero el divorcio, no es problema tuyo, vos naciste así, lo comprendo, yo nací diferente, completa, ¿entendés? Clicclac. Ring, rang. ¡Aló! Te llamaba para contarte la película de anoche. Un sueño, no te podés imaginar. Ese hombre maravilloso, un mango, cada día mejor, qué bárbaro, no le duele nada. Ella algo feíta, pero el argumento, qué brutal, se querían como locos, pasaron por todo, el marido era un idiota, no se dio cuenta, lo empleó como secretario, un puesto de sueño, buen sueldo, buena comida y un cuarto de doble cama. Perfecto. El final fue un poco triste, un sacerdote los convenció de que no era correcto, vos sabés, por los niños, esas cadenas tremendas, entonces decidieron separarse, y el end con una música exquisita, pero es lo más seguro, lo más probable que no llegaron ni a la vuelta de la esquina, se querían de verdad, vieras cómo

la desvestía, con qué ternura, con qué gracia, y los besos, un episodio, andá vela, vale la pena. Chao. Ring, rang. ¡Aló! ¿Quién? ¿Usted? Sí, usted, lo he pensado, le doy los veinte, aunque es caro, bastante caro, se está aprovechando de mi capricho. Ring, rang. Mamá, aló mamá, tu hija, estoy aquí, en la casa de Marta, no te preocupés, dentro de un ratito te vuelvo a llamar. Ring, rang. ¡Aló! Gracias por las flores, es usted una bella persona, por qué se molestó, sus atenciones son maravillosas y las flores una belleza. Gracias. Estoy feliz. Gracias, muchas gracias. Clicclac. Ring, rang. ¡Aló! Me mandó flores, qué se cree el estúpido, me está cortejando al estilo floristería, es un idiota, detesto a los idiotas, además tiene espinillas y mal aliento, ni con flores, ni con caramelos. Clic, clac. ¡Aló! No se ha marcado ningún número ni ha sonado ningún timbre. Señora, señores, la voz en su casa, la seguridad, el bienestar, un incendio y las bombas enseguida, un ladrón y la policía de inmediato, un dolor y un médico a su disposición. Eso y su propio bienestar por una tarifa módica. Suscríbase hoy mismo. ¡Aló! Llamada de prueba, está todo okey, gracias, le ruego tomar nota del eficiente servicio. Clic, clac. ¡Aló! Lo llamo porque le tocó el premio, quiero ser el primero en decírselo, felicitaciones. Clicclac. Ring, rang. ¿Está Osquitar? Lo llama Juancito. ¡Aló! Te encuentro a las nueve en el sitio de siempre, por favor sin falta, tengo una botella de ron, unos cigarros y varios discos nuevos. Clicclac. Ring, rang por la desolación, por el insomnio, por los pasajes tristes, por las cosas abandonadas, por la lluvia, por la tristeza honda, por las palabras disfrazadas y por las palabras crudas, por el aburrimiento, por la soledad, por el instante vendido, por los falsos testimonios, por los momentos sombríos, por el ansia de lujuria, por el estremecimiento de la muerte, por la alegría incontenida, salpicante, por la necesidad de ser, de oír, de ver, de saber, de sentirse

y sentir por el desatino de estar sin estar, por la encrucijada de las verdades y de las mentiras, por la inocencia misma de crecer en el vértigo poblado de tantas cosas. ¡Aló!. La hora, por favor, las nueve y uno, las nueve y uno, las nueve y dos, las nueve y dos. Gracias. Clic, clac.

Te digo que las cosas no pueden seguir así. El cambio se necesita, lo exige la situación, y nadie puede detenerlo. El curso de la historia sigue su marcha. Ayer en la clase no quise opinar porque ya tengo demasiada fama de rebelde. No es agradable ser siempre el señalado, ya los otros me ven con cara extraña. Estos profesores no viven, por eso no sienten la palpitación del momento. Ellos saben de libros y de teorías, y las quieren acomodar a la fuerza a nuestra propia realidad. No somos la cosa inerte que se figuran, esperando siempre la oportunidad de seguir la corriente. No sé qué siento ante sus definiciones: una clase alta, una clase media, una clase baja, con sus descomposiciones horizontales y su cuantificación estadística. La perfecta proyección de la naturaleza misma a través de escalafones que suben y bajan los seres humanos con el gesto previsor de emplear las energías en ubicarse y desubicarse, para ascender o bajar, según la orientación de las fuerzas y los resultados de los juegos en que han colocado toda su capacidad. Así se sintetiza el esfuerzo humano, en dos terribles consecuencias: el triunfo de unos, o sea su ubicación hacia arriba, y el fracaso de otros, los que bajan. Los demás, los que se mantienen, realmente han logrado mucho, y son en todo caso los que menos problemas tienen en la vida. Qué triste cuadro: un esquema escueto y frío de miles de seres con nombres y apellidos, con problemas sexuales, ontológicos, sociológicos, y sobre todo con apetitos de vivir una vida no esquemática, una vida real, que en alguna forma sea

su propia creación. Se necesita un cambio. Creo que he empezado a detestar la cultura. Definiciones, mentalidades diccionarios, memorias enciclopedia, y un aislamiento intelectual, desprovisto de comunicación. Hemos avanzado mucho dicen los profesores, con esa voz sonora con que afirman sus conclusiones, como si las palabras fueran un recurso de oratoria más poderosas que las fuerzas orgánicas. Detesto los oradores, detesto los discursos, los sermones, las voces altas que lo saben todo y ponen las cosas en una organización de principio y final, porque a la primer palabra sigue la segunda, en una cadena de sujeto, verbo, complemento, en la simple dinámica de las causas y los efectos. Hay un momento, y eso no lo comprenden los profesores, en que las causas dejan de tener efectos y los efectos se vuelven efectos de efectos. Todavía no sé explicarme bien. Soy un inútil con las palabras. Nunca seré orador, ni escritor. Detesto lo que es organización y no puedo asumir el papel de organizador. Soy un desastre, pero sé que el cambio viene, se siente en el aire, en esta inercia de las calles, en esta pereza de ser siempre iguales, en esta necesidad de romper las estructuras para que haya un acomodo sincero, acorde con la demanda que contiene la vida. El hecho de vivir, que es el de gozar y aprovechar un tiempo previamente medido, exige una libertad de caminos y de espacios. No se puede vivir en un mundo ocupado por organizaciones, que anulan el tiempo y niegan lugares. El cambio por supuesto responde a una demanda de imperativos vitales. Yo estoy con la causa anárquica, pero es terrible eso de no tener partido ni bandera. Sin embargo, no me gusta que me llamen rebelde, ni que me señalen con el dedo. Me basta con sentirme por dentro como una bomba que debe explotar en algún sitio, que no encuentro y tal vez no encuentre nunca. Bueno, ya terminó el recreo y nos quedamos sin tomar café. El servicio de la soda es

imposible. Viste cómo nos miraba Irene. Creo que sigue interesada en vos. Aprovechate viejo, esas oportunidades no se presentan a menudo. Es simpática, de buena familia y tiene lindas piernas.

—¿Estás solo?

—Pasá y hablemos un rato.

—¿No te molesto?

—Vos no molestás nunca.

—Gracias, necesito hablarte.

—¿Qué pasa? ¿La mujer de Juan o la de Pedro?

—Ya me retiré de esos líos.

—¡Imposible de creer!

—Así es. Ahora son mis nervios.

—¿Qué te sucede con los nervios?

—Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Miedo. Aquí donde ves estoy haciendo un esfuerzo por no temblar.

—¿Es en serio?

—Desgraciadamente sí, ve esta mano.

—Puede ser cansancio.

—No lo creo, en la cama no puedo quedarme. Siento más y más miedo, si apago la luz me ahogo.

—¿Has visto al médico?

—A más de uno, prácticamente los he consultado a todos.

—¿Qué te dicen?

—No hay ningún daño físico.

—¿Y qué te han dado?

—Pastillas, calmantes, consejos... Hasta me han ordenado que tome, mujeree y me vaya de parranda como antes.

—¿Y los psiquiatras?

—Me han sacado hasta el último secreto y nada.

- ¿Qué sentís?
- Miedo.
- ¿Miedo de qué?
- Miedo de todo, de las cosas, de los animales, de los hombres, de las mujeres.
- ¿Inclusive de mí?
- A vos te tengo mucho miedo.
- ¿Por qué? No muerdo, no arañó, no te voy a pegar. Te estimo, soy tu amigo.
- Lo sé y te tengo miedo.
- No hay razón para temerme.
- No la hay, pero te temo.
- ¿Alguien te ha dicho algo?
- Nadie me ha dicho nada.
- No te entiendo.
- Ni yo tampoco.
- ¿Y, por qué has venido si me tenés miedo?
- Quiero curarme, darme cuenta de tu aprecio, de tu amistad...
- Te estimo, siempre te he estimado, desde el colegio. Estoy dispuesto a ayudarte en lo que sea.
- ¿De verdad?
- Te lo juro.
- Me siento mejor.
- Si mi amistad te hace bien, podemos pasar algunos ratos juntos. Estoy muy ocupado en estos días, pero la semana entrante...
- ¿No te estás burlando?
- Claro que no, te lo juro, soy tu amigo.
- ¿Mi amigo? ¿Mi verdadero amigo?
- Tu amigo, tu verdadero amigo.
- ¿Para todo?
- Para todo.
- ¿Me podrías prestar cien pesos?
- ¡Cien pesos! ¡Estás loco!
- Estoy temblando otra vez.

- No puedo, no tengo dinero.
—¡Estás mintiendo!
—No creo en las peticiones.
—Me ofreciste tu amistad.
—Es tuya, pero otra cosa es el dinero, eso es sólo del que lo tiene.
—Me ahogo también aquí. Adiós.
—¿Sabés una cosa? He empezado a sentir miedo.

Esa necesidad horrible de decir frases solemnes. No me contento con la trivialidad de lo corriente. Me paro en la misma cuenca de los labios y suelto mi solemnidad, lo peor es que me doy cuenta, siento el efecto que hago en los otros y hasta oigo sus comentarios. Este pesado, este estúpido necesita hacerse notar, ése quiere ser diferente, cuando no el aburrido, el pobre hombre dándose ínfulas. Y yo con mi carga, este deseo de ser sencillo se transforma en pedantería, en difíciles palabras, en giros de vocabularios que detesto, sinceramente detesto. Ayer cuando ella me preguntó por mi madre, una pregunta tonta, esas para matar el tiempo, por qué no pude contestarle de una manera simple: está bien, gracias. Tuve que decir la dama se encuentra ahora en el disfrute de su armonía corporal. Se sonrió, tenía vergüenza de burlarse abiertamente, tal vez sea tímida, pero la impresión fue espantosa, lo mismo me sucedió a mí y no pude evitarlo. La pedantería la cargo como un pecado, como una contradicción interna, como un deseo de ser viejo, empacado de viejo, oloroso a viejo, apergaminado, y me traiciona, siempre me traiciona. He visto cómo se cuchichean antes de llegar a mí y cómo se codean al comprobar que soy un idiota, porque no sé ser como los demás y hablar como hablan ellos, poniendo las cosas en su lugar, con los nombres debidos, conforme a la corriente. Necesito ser el hom-

bre diccionario y sacar los dichos raros, las anotaciones inusitadas, y quedar como el necio, el idiota necio, el renegado necio. Me insulto todos los días y a todas horas. Mi consuelo es decirme a mí mismo que no hablo como pienso, pienso como cualquier otro mortal y tengo un mecanismo enemigo en la conversión de los pensamientos. Cómo explicar esto a los otros, cómo decirles que no soy un pedante y menos un pretencioso, que no sé lo que soy porque... ¿Por qué? ¡Qué difícil resulta explicarse! Es más sencillo decir una mentira, inventar una historia, hacer una fábula dentro de uno mismo y decirla a los demás. Argüir, por ejemplo, que me he creado en un mundo artificial, y así se gestó en mí una segunda naturaleza. La farsa da la farsa, esa es una consecuencia lógica. Ese que ha cruzado la esquina, viene evitándome hace días. Ya no me debe aguantar. Tampoco puede decir que él es un dechado de simpatía, pero reconozco que tiene por lo menos el buen gusto de rehuirme. Muchos se pueden dar ese lujo. Mis defectos son visibles, no los escondo, no puedo esconderlos, me traicionan, se enseñan ellos mismos. Me dicen Alfredito, como si no entendiera yo el desprecio que significa el Alfredito, me niegan, me están negando el derecho de crecer, pero ése es mi destino por mi culpa, por mi verdadera y exclusiva culpa. En esta ciudad pude ser cualquier cosa, pero llegué a ser Alfredito porque merezco ser Alfredito. No basta el querer ser algo, hay que serlo. Siempre quise ser muy hombre y dejar la huella de mi masculinidad por todas partes. Quise tener un vocerrón, con repercusiones hondas, con un dejo interminable de hombría. Pero, mi voz quebrada, de tenor desentonado, se encarga de anular la intención de mis palabras. Firmo Alfredo José, con las letras claras, pero a nadie se le ha ocurrido llamarme Alfredo José, ni siquiera en la casa. Mamá con esa manía del niño, papá con ese terrible acento importado del Freddy, mis tías

con esa zalamería del Alfredito y los amigos de la casa repitiéndolo como si estuvieran cumpliendo con la formalidad de quedar bien. En la escuela la cosa siguió. Pronto noté que los compañeros más simpáticos me tiraban la bola suave cuando era mi turno de atajarla y los que me tenían esa antipatía de blusa y zapatos nuevos cada semana, me daban duro, muy duro, y le tuve miedo a las bolas, a las patadas, a las palabras gruesas, a los gritos. Alfredito no juega, la mamá no lo deja. Alfredito no sale cuando está lloviendo. Alfredito ya se sabe el catecismo y lee. Alfredito es un mamita. La misma historia en el colegio, después en la calle y por donde voy. Alfredito no pudo hacer nada para cambiarla, ni con las letras enteras de su nombre Alfredo José. Y me resulta insoportable, como me resulto yo mismo cuando me examino, esos largos exámenes de conciencia que me acompañan antes del sueño y se vuelven pesadillas, siempre iguales. Llego de pronto a una reunión y todos se callan, cuando hablan lo hacen con palabras de un idioma que no conozco y se ríen, se ríen. Ella quizás tenía interés en hablarme, en intimar... qué sé yo, tal vez haya gente que se interese en mí, aun cuando esté catalogado y no puedo quitarme la etiqueta. Recuerdo aquel profesor que me llamaba Alfredo José y la clase estallaba en carcajadas y por allá gruñía uno con el Alfredito te llaman. Al principio creí que realmente simpatizaba conmigo, quise reconocer el gesto y le llevé un libro, luego le regalé un cenicero, después lo invité a comer. Apenas si me daba las gracias y la comida no la aceptó. Más tarde, cuando comprendí su chiste, cómo me dolió. Aquí en el estómago, en los pies, en las manos. Quise mandar todo al demonio, matarlo y luego pegarme un tiro. En forma de deseos instantáneos y desordenados, pero intensos porque los recuerdo como si en este mismo momento los estuviera viviendo de nuevo. Nunca he tenido fuer-

zas para nada, ni siquiera para quejarme. Mi castigo fue el silencio, el disimular lo que estaba pasando, el comprender que me presto para los chistes y para que la gente se ría. No hago nada, nunca hago nada, ni siquiera me pongo de mal genio o me deprimó mucho. Disimulo, disimulo. Me tocó nacer así, con ese nombre, en esta ciudad, con tantas limitaciones por delante, qué puedo hacer yo, ¿puede hacer alguien algo para ser diferente? Me he llegado a conformar odiándome, solo y en silencio, y odiando a los demás, sin hacerles daño, sólo odiándolos. A veces los odio tanto que deseo una oportunidad de hacerles bien, de consolarlos, de regalarles algo, de aliviarlos en sus penas. Y mis actos son muy formales, así como hablo. Bueno, ya acabó mi confesión de hoy. Gracias por oírme. Quizás mañana nos veamos.

El griterío y la carcajada, la fiesta gratis, alguien se resbaló, alguien gritó, alguien dijo alguna grosería. ¿Vio usted?, ¿lo vio bien?, lo vi todo, desde que empezó, sabía que iba a pasar, ¡qué divertido! No fue un resbalonazo, fue un desmayo, pobre gente, a lo mejor no ha desayunado, ni ayer comió, es el hambre. No sea simple, mire el color, la secuela del alcoholismo o las drogas, un sinvergüenza. ¡Qué risa! Está meneando la pierna izquierda como si de repente fuera a patear. Claro que va a patear, va a patear la vida, es una forma de decir adiós. Hay que llamar a alguien, este hombre se está muriendo. Puede ser un ataque al corazón. Sigamos, el asunto se está poniendo trágico y no es bueno, bastantes cosas tenemos para ver morir a un hombre. Sigamos, hoy no es el día de mis buenas acciones, ando con la camisa nueva y me la puede ensuciar. Andemos, nos esperan. Caminemos, la vida es así, hoy unos, mañana otros. ¡Pobrecito! Voy a llamar una ambulancia.

¡Qué curioso! Se queja como un gatito pequeño. ¡Qué suerte! Un tipo muriéndose, no se ven estas cosas todos los días. ¡Qué animal! Perder esta oportunidad y con la cámara en la casa. Abran campo, abran campo, abran campo. Este hombre necesita un sacerdote. ¡Qué idiota! Necesita otra cerveza. ¿En la calle, como un perro? Perro fue y perro será siempre, reencarnará en un precioso foxterrie, todavía está olfateando. ¡Tengan piedad! ¡Llamen un doctor! ¿Y, usted qué? ¿Desde cuándo se convirtió en general, no tiene boca y pies? ¡A mí con ordencitas! ¡Qué miedo! Echa espuma por la boca, un epiléptico, no deberían andar sueltos por la calle, son un peligro. ¿Cómo quieren que anden? ¿Amarrados? Somos como barcos, en cualquier lado puede suceder el naufragio. Yo, una vez, casi me muero, fue horrible, todo se me venía encima. ¡Qué tontos! Perder el tiempo viendo eso. No hay nada nuevo bajo el sol. ¡Piedad para este hombre! ¡Déjenlo respirar! ¡Lo están matando! Las mujeres son insoportables cuando se excitan. Apenas consiguen un pretexto para darse importancia, empiezan a gritar, a mandar como si en vez de dos pechos cargaran dos pistolas. El gran ejército del mundo, las madres mandonas, las novias sargentos, las esposas comandantes, las secretarias generales, las putas capitanes, las hijas coroneles, las amigas espías, las abuelas el museo de la armería. ¡Es horrible! Lo peor es que está vivo, campo, campo, voy a tener un niño y no puedo soportar estas emociones. ¿Qué pasa? No sé, pero seguro la culpa la tiene el presidente, él tiene la culpa de todo lo que pasa. Un campito para ver: consideren que soy chiquito. Un campito no más: no ocupo mucho espacio, soy muy flaco. Un campito por favor: sólo una mirada y me voy. ¿Qué hacemos? Irnos y rápido, después nos echan la culpa. ¿Usted cree que se está muriendo? Yo no creo ni en lo que veo, estoy seguro de que apenas haya mucha gente se levanta y pide limosna,

hay cada lázaro en este mundo. ¡Pobre hombre! Pobre yo que tengo dos pies y todavía camino, no te doy lástima, muerto de amor por vos y vos tan tranquila. ¿Qué hay ahí? No lo sabía: el monstruo de la calle once que sólo se aparece a estas horas. ¿Qué dijo? No le entendí, algo de un animal. ¿Qué es? Una serpiente, larga y furiosa, es mejor correr. ¿Qué? Un perro rabioso que mordió a alguien. ¿Ve usted algo? No mucho, me han tocado unas caderas que no me dejan ver nada más. ¿Qué pasó? Lo mismo de siempre a estas horas. ¡Sinvergüenza! ¡Este tipo me ha pellizcado! ¡Sátiro! ¿Qué dicen? Algo de un robo. Sí, un carterista que agarraron. Está bueno, son unos bandidos. ¿Qué? El elefante del circo. Mamá, yo quiero ver el elefante. Perdón ¿me podría informar? Entiendo que alguien está dando a luz. ¿En la calle? ¡Qué desvergüenza! ¿Mi cartera, qué se me hizo mi cartera? Usted, por favor, si me vuelve a empujar le desfiguro a perpetuidad esa sonrisa idiota, se la siembro para siempre en el ombligo. ¿Qué fue? Nada, aquí no pasa nada, un tipo que se ha puesto a vender en media calle. ¿Y el gobierno? ¿Cómo permite estas cosas? Aquí no hay gobierno, nunca ha existido, nuestro gobierno es el desgobierno. Vámonos, esto es aburrido. El pito de la ambulancia. Sí, y el de la policía. ¿Niño o niña? Niña, rubia y de ojos azules para la felicidad de los güebones. ¿Y, la madre, cómo se siente? Un poco adolorida, se está quejando. ¡Campo, campo a la autoridad! Miren los humos que se dan para capturar un mono. Aquí abundan los monos, por qué se impacientan, están por todas partes. ¡Campo, por favor! Traen una camilla, qué ridículos. La cruz roja tiene que exhibirse. Llegó la hora del desfile. Primero los enfermos, después los periodistas, luego los policías. Uno, dos, tres, cuatro, marchen, adelante. ¿Qué pasó? El desfile de la independencia. Uno, dos, tres, marchen adelante. En las calles están las puertas abiertas, pero

ellos necesitan empujar. Señora, quítese del medio, esto es una emergencia. ¡Qué maneras! Estos policías no han ido nunca a la escuela. Mire, a mí me robaron. Mire, a mí me pellizcaron. Mire, a mí ese tipo me está molestando. Mire, se me perdió el niño. Mire, podría decirme dónde queda el correo. Mire, qué desastre, han quebrado el florero que compré en la esquina. Mire, usted debe poner orden. Esto es un relajo. ¿Qué pasó? Nada, aquí no pasa nada.

Es la primera vez que me veo en estos enredos. Usted tendrá que ayudarme. No soy pariente, pero tuve que asumir este compromiso. Sé que necesita el tamaño, el mío servirá, más o menos será como yo. No sé si usted lo conocía. Es muy posible. Siempre trabajó en el mismo sitio, en la ferretería de los Aguilar, atendía el despacho de las herramientas. Un hombre honrado, muy honrado. ¿Lo recuerda? Yo soy amigo de su hijo menor y ahora no está, vive en los Estados Unidos. Parece que le va de lo más bien allá. Se gana mucho, aunque el trabajo es fuerte y se vive una vida un poco mecanizada. Aquí de vez en cuando puede disfrutar uno de sus canas al aire. Allá eso es muy caro, cuando no imposible. Lo llamaron, pero todavía no se sabe si vendrá a tiempo. Imagínese qué golpe para él. Aunque estamos expuestos a estas cosas, la verdad es que uno nunca las espera. Debe haberlo impresionado mucho la llamada y después el enredo de un viaje precipitado. El lleva cerca de diez años de vivir allá y tiene tamaño tiempo de no venir por acá. A mí me llamaron a las cuatro de la mañana y pensé que algo malo había sucedido. Esas llamadas tan temprano, siempre llenan de espinas. Los encontré muy conmovidos. Nadie esperaba una cosa así. Me contaron que estuvo bromeando en la comida y se quedó frente al televisor hasta el último programa.

Chocheaba con la televisión, apenas llegaba del trabajo la encendía y se veía todas las series, hasta las repetidas. Cuando frecuentaba la casa, era un maniático del radio. Tenía un montón de aparatos raros, para localizar estaciones de otras partes del mundo. Imagínese qué entretenimiento, oír otros idiomas sin entenderlos y un montón de ruidos. Así fue siempre, un hombre sencillo, buscando sus propios pasatiempos, sin molestar a nadie, ni ofender al prójimo. Buena persona. Me ha dolido muy sinceramente, así se los dije allá, tanto vagabundo en esta ciudad y él tenía que ser el escogido. Los vagabundos no se mueren con facilidad, los conserva como en el alcohol su propia pereza. Hay que ver cómo está el país ahora. Nadie quiere trabajar. Se habla de pobreza, de problemas, de escasez y la verdad nos sobran tierras y gentes, pero no quieren moverse, lo único que los atrae es un puestecito en el gobierno. Para eso sí hay colas y usted los ve correr detrás de una recomendación y de un empujón, pero para lo demás, para joderse y ganarse la vida decentemente, para eso no se encuentra a nadie. No hablaron de precio. No me dijeron nada. No estaban para pensar en esos detalles. Me ofrecí para venir aquí y encargarles lo necesario. Supongo debe ser algo modesto, no sé muy bien de su situación económica, pero siempre ha sido gente discreta. No debía decírselo, aunque la confianza que me ha dado y el hecho de pasar todos los días por aquí y conocerlo desde hace tiempo de vista, me mueve a pedirle que veamos esto en calidad de amigos y simplemente me aconseje lo más conveniente. Le agradezco en nombre de ellos y en el mío propio su colaboración. Así es bonito tratar, se evitan los enredos, las ceremonias y se entra en un plan de amistad. Usted debe ver casos como éste todos los días. Es una vaina no tener experiencia, aunque es una felicidad no haber pasado por estos trances. Alguien lo tendrá que hacer por mí algún día. Espero sea uno de

mis hijos y Dios me dé la fortuna de verlo grande, un profesional. Gracias, me he empeñado en predicarles la necesidad de estudiar. Hoy día no se hace nada con un título de bachiller. Antes, apenas con la escuela, era fácil conseguir un empleo, y con el tiempo tener una buena posición. Ahora, la cosa ha cambiado. Conozco a muchachos, con título universitario, que se darían golpes en el pecho si tuvieran un empleo como el mío. No es nada del otro mundo, pero lo he podido conservar y me he ganado la confianza de los patronos. Tienen sus mates como todo el mundo, y a veces está uno con la cachimba llena de tierra, pero son puntuales con el pago y tratan bien. La cuestión está en conocerle la comba al palo y yo lo he logrado. Cuando amanecen de luna, pues me pongo a distancia. Si quieren conversación, pues a conversar. Si quieren pelear, pues a no contradecir, aunque digan burradas y propongan cambiar lo que habían cambiado ayer. La empresa tiene su nombre, y siempre es bueno trabajar para algo que está acreditado. Muchas veces me han ofrecido mejores sueldos, pero esas aventuras con gente que puede ser o no ser, no me gustan para nada. Ese color está bien, muy bien. Son lujosos. Se ve que los hacen con cuidado. Me voy con los que llevan la caja con hielo, así no se pierden. El presupuesto parece aceptable, si dice usted que es lo más apropiado para el tipo de familia. En todo caso, creo prudente consultarles. Cuando llegue allá lo llamo para cualquier cambio. ¿Se puede pagar a plazos? Eso está muy bueno, así se les hace menos duro el trago. Es realmente una consideración, porque casi nunca se está preparado para estos gastos. Les diré que los demás servicios son gratis, estoy seguro se lo agradecerán. Es una suerte que usted lo haya conocido. Una buena persona, ahora ya no se puede hacer nada más que ayudar a su desconsolada familia. Creo que la puerta del cuarto es pequeña, mejor insta-

larlo en la sala. Llegará mucha gente y el lugar es ventilado, se pueden abrir las ventanas, estos días ha hecho un calor espantoso. Mi esposa me dijo lo del café y el azúcar. ¿No le importa que lo compre ahora que vamos para arriba? Gracias, es otro favor que le debo, pero en la vida andamos y en cualquier vuelta del camino usted me puede necesitar y le aseguro sabrá lo que vale mi agradecimiento. Gracias de nuevo, tenga la seguridad de que lo recomendaré en cada oportunidad... Pues le digo sinceramente, antes cruzaba de acera cuando me acercaba, ahora me parece que no lo volveré a hacer. Entonces quedamos en que lo llamo. De nuevo gracias.

Queridos míos: desde aquí un saludo efusivo, espero se encuentren bien, yo perfectamente, muerto de risa, ja, ja, ja. Con tres basta para demostrar mi alegría. Tengo un repertorio de chistes sensacionales. Aquí la gente se ríe. Da gusto. No les importa nada. Una oportunidad de contar una historia y están felices. Cuando me canse, regreso. Las ventas estuvieron buenas y la ganancia neta se ha distribuido bien, ya saben no me gusta dormir solo y aquí sobra la compañía siempre que medie una esperanza vaga de matrimonio. Soy experto en colocaciones a largo plazo. Las anécdotas después. Cariños y saludos.

—Te digo, esa mujer iba llorando.

—Catarro, un simple catarro.

—Lloraba, vi las lágrimas en las mejillas.

—Tonterías, nadie llora en la calle.

—¿Por qué no? Las ganas de llorar no se pueden contener.

—Las ganas de llorar no existen.

—¿Qué te pasa? Ahora vas a decir que no se llora.

—Sí, se llora, pero ganas de llorar no se tienen.

—Iba llorando por algún hombre, son tan canallas.

—El melodrama, las mujeres sólo lloran por los hombres, ¿cuándo vas a crecer?

—Detrás de cada tragedia, siempre hay un hombre.

—¿Y los pobres hombres?

—Los hombres no lloran, los que lloran son maricones.

—Tenés lógica de cotorra.

—Ya sé, me despreciás.

—¿Qué querés? Lamentablemente no soy sordo y hablás cada tontería.

—Seguro el dinero que te doy a fin de mes lo gano por cotorra.

—El dinero, ese maldito dinero que me quema las manos.

—Tus lindas manos que no conocen el trabajo.

—Tengo ganas de morirme.

—Por mi podés satisfacer tus ganas, siempre que tengas para el entierro.

—Ya sé, te gustaría verme dos metros bajo tierra.

—Boca abajo, no se te olvide.

—Esos sentimientos de las mujeres tan finos. Para ellas sólo la poesía.

—Y para los hombres la porquería, estamos de acuerdo.

—Si tuviera algunos años menos, te daría aquí, en media calle.

—Empezá no más, no será la primera vez.

—No me provoqués.

—¿Provocarte? Vos pegás porque hace calor o porque llueve. Siempre sin razón.

—La bestia...

—Vos lo dijiste.

- Mejor camino solo.
- ¡Para lo que sirve caminar con vos!
- Más tarde recojo mis cosas, ya no aguanto.
- Después decís que las mujeres no lloran en la calle.

Así se comienza. Bravo muchacho. Tenés porvenir, mucho. Hay que patearlas, es lo mejor, patear antes de que te pateen. Te felicito. Mucho pantalón, mucho huevo, lo demás sobra. Si la cosa se pone mala, aflojás un poco, siempre con las riendas bien cogidas. Son mulas, no hay mejor definición. Entienden por mal. Golpear con las manos y con la voz. Entonces, la ropa está bien planchadita, la comida lista, la casa limpia, y ellas bien dispuestas para todo. Si te ponés con finuras, hombre al agua. Son unas vividoras, quieren acabar con tu virilidad. Si pudieran robar la hombría de un golpe, lo harían. Son insaciables, cuando terminan ya quieren empezar. Se ponen loquitas, Lo mejor es cargarlas y dejarlas solas con sus dolores. Eso les gusta, los únicos hombres que recuerdan son los que las han hecho sufrir, ésos y los primeros, los que se comieron el pastel. Vas bien, muchacho, muy bien. Te vi en la esquina. Por ese camino vas a ser muy buen ciudadano, te lo digo yo, que ya cumplí con mi deber y no he hecho cuentas todavía.

Con fe, te lo pido con fe. Con humildad, estoy de rodillas, con los ojos cerrados. No quiero abrirlos. Espero la respuesta pacientemente. Te pido que sí. Es poco para tu inmenso poder. Muy poco, casi nada. Para mí tanto. Y aunque no me lo pidás, ni me lo advirtás, te prometo no volver a pedirte. No quiero ser como los demás, insaciable, siempre con un pedido, agotando

tu paciencia, abusando de tu bondad. Tampoco deseo hacer comparaciones. Otros tienen mucho, más de lo que deben. ¿Quién soy yo para juzgar? Me imagino que lo merecen, o serán esas pruebas extrañas que ponés sobre el mundo. He tenido muy poco, no me quejo. Hambre a veces, dolor, soledad, pero me diste fuerzas para aguantar y aquí estoy, sin amargura, ¿para qué amargarme? Te debo reverencia, lo sé, me diste la vida y me la podés quitar, no me quejo, creo y mi fe me pone a tu servicio. Esto de ahora lo necesito, sabés que lo necesito, no puedo mentirte, todo lo sabés, todo lo conocés. Ves el fondo de mi alma, quizás no es pura, te prometo mejorarla, hacer lo posible. La impureza me molesta, te lo juro. Es para mí un estorbo doloroso. Lucho con mis debilidades, pero es tan fácil doblarse. Cuando me doy cuenta, es tarde, he caído otra vez. Te prometo tratar de no hacerlo más. Haré lo posible. ¿No sentís mi sentido arrepentimiento? Andaré de rodillas, compraré otras velas, rezaré todas las noches. ¡Por favor! Sé que se va, se está yendo desde hace tiempo. ¡Por favor! En tu poder está, en tu inmenso poder. No podría soportarlo, no podría. Necesitaría valor y no lo tengo para vivir en el cuarto vacío. ¿No ves mi desesperación? Parecíamos no ser felices, pero lo somos. Es nuestro modo de ser un poco extraño. A veces peleamos, a veces nos gritamos cosas horribles, a veces nos odiamos. Nos queremos, eso es todo. No nos educaron para las finuras, nos cuesta expresarnos. ¿Qué es un golpe, una palabrota, una suciedad cuando dos se quieren? Nada, ni siquiera tiene importancia. No sé tu sabia opinión, pero para mí es una manera de hacer más puro el amor. Ya en mí no hay campo para el odio, ni para el rencor, ni para los malos deseos. Sólo pido que no se vaya. Si se va, no podré responder de mis actos. Enloqueceré, qué sé yo. No, no es una amenaza. En tus manos estoy, conozco tu poder. ¿Cómo amenazarte

con mi vida, si me la diste y me la podés quitar? Lo que te deseo decir es diferente. Si se va, no quiero mi vida. ¿Para qué? Todo habrá acabado, aunque el sol salga de nuevo, no habrá más luz para mí. No te debía hablar de esta manera. Es insolente. No lo puedo hacer en otra forma, de por sí lees mis pensamientos. Mi ruego debe ser humilde y yo soy humilde, quizás no pueda encontrar las palabras humildes que te gusten. Ves mis manos, no pueden ser más humildes. Ni siquiera me atrevería a ponerlas encima de una mesa con mantel. Están siempre sucias. La suciedad del trabajo se lleva las uñas. Están abiertas casi como tus llagas. Estoy de rodillas, y de rodillas, tantas veces, majando las piedras, he pensado en mi calvario, en tu calvario. Quizás no soy humilde, me cuesta bajar la cabeza, pero aquí la tengo doblada, ofreciéndote lo poco que tengo, cualquier sacrificio, pero que no se vaya, no se vaya, no se vaya. Es muy poco para tu poder y es tanto para mí. Por favor, que no se vaya.

Para todo hay una primera vez. No quiero asustarte. Podemos jugar, nada más que jugar. Me dejás coger tu mano y presentarte mi cuerpo. Luego, cogés la mía y la llevás por donde querás. Cualquier parte tuya es mi vida, mi sueño... Un juego, un simple juego. Inofensivo. Ves qué fácil, tomar tu mano, aquí sobre la camisa y caminar por mi pecho. Podés oír mi corazón, tiembla... De sólo pensar que es tu mano, tu santa y bella mano. Cualquier cuerpo es hermoso. No debemos temer. Te acordás cómo los griegos exaltaban los cuerpos desnudos, completamente puros. También Miguel Angel lo hizo. Tu mano está fría, quizás tiene miedo. Te tengo que enseñar algunas esculturas y unos cuadros. Son tan bellos. Mujeres tendidas en sofás enseñando con tranquilidad su cuerpo y con los ojos al

frente ven nuestra vergüenza de ser humanos. Ahora tu mano está más suave, se deja guiar. No, no quiero que se vuelva de nuevo rígida. Este es sólo un camino, un paso hacia el yo entero que no querés conocer, te negás a aceptar. Me gusta que tu mano ande sobre la mía, es como una especie de pacto, de unión. Ahora es mi turno... Es sólo un juego, no tenés por qué asustarte. Nunca iría más allá de lo que vos misma querés. Soy incapaz de forzarte a alguna cosa que no sea apropiada o vos no la considerés así. Ves, es tan solo mi mano, con la tuya dominando, la que se mueve por tus piernas y conoce aquello que deseás enseñarme. Unicamente eso. Me conmueve profundamente tocar tu piel. Pienso que todas las esculturas, todas las pinturas, todas las palabras, no pueden siquiera reemplazar esta sensación de tu mano guiando mi mano en el conocimiento de tu cuerpo. Para qué otro tipo de ceremonias, para qué otra clase de reverencias. Me agrada esa sonrisa triste de tu boca. Me gusta como se cierran tus ojos. Me fascina acercar los labios y recoger el movimiento de tus pestañas. No, no estoy yendo más allá de donde me lleva tu mano. Quizás lo desee con todas las fuerzas de mi alma, pero no puedo forzarte a nada. Soy el primero en comprender tu timidez, respeto la forma en que ves las cosas, el mundo rígido en que te han creado, tu apego a las buenas costumbres. Sé que no todos los hombres son buenos y te repito me repugna esa manera que tienen de forzar y sacar ventaja. Estoy a tu disposición, voy donde querés que vaya. Tenés los pies fríos. ¿Sabés cómo los calientan los japoneses? Es muy fácil. Así... así... Es un modo de besar buscando el vaho, para darlo como una ofrenda. Me encanta esa inocencia de los orientales. Finos, exquisitos. ¿No estás incómoda? Un poco más para acá, creo así estás mejor. El juego tiene una segunda parte, las manos empiezan a caminar solas y luego se vuelven

a encontrar. Antes quiero enseñarte como se abrazaban los antiguos persas. Cruzás tu brazo por aquí, yo paso el mío. Ahora apretamos los dos al mismo tiempo. El abrazo en aquella época era una cosa sagrada, se trataba de demostrar un verdadero sentimiento, por eso esta trabazón de cuerpos. Algo tan diferente ahora, apenas un toque inofensivo, frío, alejado, hipócrita, no desea demostrar calor, humanidad, cariño. Un reconocimiento escueto: ése es usted y éste soy yo, y sigamos adelante. En cambio, este abrazo sí es una verdadera fusión. Estás bien, no te has perdido. Ves, éstos son nuestros cuerpos, ellos se conocen, se encuentran, no necesitan presentación. Sin embargo, nuestra mente pone barreras. A veces la cabeza no anda al mismo ritmo del cuerpo. Pierde el compás, por eso parece una vieja majadera. Ahora las manos. Ves qué fácil es. Ellas solas, que escojan los caminos libremente. Se es tan poco libre en esta vida, vale la pena dejar un rato que corran al antojo. Sí... ya sé que ésta es la zona prohibida. ¿Por qué? Quiero me contestés honestamente por qué. Bueno, está bien, no hay necesidad de sonrojarse. Digamos es prohibida y no más. Me atrae lo prohibido. Sin culpa tuya y sin culpa mía, esa parte de tu cuerpo es la que ahora más me interesa. La enseñás y punto, no se puede entrar. Ahora pienso que estás en el baño y te ves, no hay partes prohibidas, a todas llega el agua, el trapito, el jabón, el desodorante y lo demás. Cosas impersonales. Lo personal ajeno está prohibido. Tus zonas sagradas, las veo, las adivino, entro clandestinamente, mi imaginación es muy veloz, pero mis manos no pueden, resulta extraño. Sabés que los aborígenes de las islas malayas celebraban sus ceremonias eróticas a la orilla del mar, con el movimiento de las olas se van desnudando y después se tienden en la playa, sin vergüenza del cielo abierto, de los pájaros, de la luz. Una forma de conocerse maravillosa. Dejá mi mano aquí, sólo

un rato, así, inmóvil. Ves como no perturba. Está tranquila. El único problema es que esta otra mano no quiere permanecer fuera de sitio. Quiere acomodarse también. ¡Pobrecita! No te da lástima. Así está mejor... No sé si sabés el juego de la pulguita. Es un juego muy antiguo. Lo aprendí de niño. Es inofensivo. Te gustará. Además, es un juego muy decente. Se trata sólo de modelar. Lo primero es imaginarse que no sos de carne y hueso. Pura arcilla. Empiezo a construirte. Tenés que estar inmóvil. Todavía no te he hecho, te estoy apenas construyendo. Debés recostarte, ahora relajá los músculos. Te he contado que los antiguos romanos... Tu cuerpo es algo maravilloso. La arcilla está abajo, tengo que abrir estos botones. No te asustés, es sólo un juego y te gustará. Pues sí, los antiguos romanos tenían sus cosas especiales, por eso usaban las togas, eran muy fáciles de quitar en el momento dado. Ahora nuestra ropa es complicada, tanto botón, tanta prensa, los obstáculos de la vergüenza, ese saberse defendido cuando no hay necesidad de defensa. La arcilla me vuelve loco. Esa forma de crecer que tiene, de hacerse perfume, de quemar las manos. No te movás, ya no puede detenerse el juego. Si se empieza un juego hay que acabarlo...

Mirá: un gato en media calle, qué lindo, es persa, un gato persa, ¡no puede ser!, un gato persa, ¿cómo vino?, ése es un gato cualquiera, quizás tuvo un pariente persa, ese rabo huele a cosa exótica, un bisabuelo persa, dos abuelas y un padre criollos, una aventura repetida de techos con maullidos agudos, ¡qué ganas de llevarmelo! ¿Te imaginás?, debe haber venido de un carro a todo dar y se escapó por la ventana, tiene su cadenita, por supuesto debe ser de una vieja loca, lo perfumará, lo entalcará, le pondrá desodorante debajo de los soba-

cos, ¿los gatos tienen sobacos? Lo que está debajo de algo es sobaco, lo podemos tener por un rato y luego cuando aparezca el aviso en el periódico lo entregamos y nos dan la recompensa. La pura verdad lo que está en la calle es de todos, del primero que lo agarre, ni corto ni perezoso, gatito, gatito, no se deja, es ágil, está asustado, con un pedazo de carne, ése debe comer lomito, se nos va, un pie en la cola, ¡cómo grita! Es mi gato, se llama tarzán, se nos escapó y lo estamos cogiendo, nos ayuda, vení tarzancito, vení, ya está. Gracias. Ahora sin correr, lentamente, no vayan a creer que no es nuestro, cuánto darán de recompensa, a lo mejor nada, bueno, lo dejamos en la casa, las ratas un día de éstos la botan. Este gato no come ratas, para algo servirá, lo podemos vender, el gato asado es delicioso. No seás idiota. Sabe a pollo. Cochino, ahora corramos.

¿Cómo está usted? Tanto tiempo. Qué extraño, estaba precisamente pensando en este momento qué se había hecho. Alguien me habló de un viaje. Eso es bueno. La vida lo ha tratado bien. Se nota. Buena salud, buen dinero. Usted viaja en primera. No todos lo podemos imitar. Ya ve, yo, un pobre infeliz. No, no diga nada, ya he aceptado la situación. Al principio fue difícil, yo, yo, yo, merecía otra cosa. Así me lo dije una y otra vez. Un puesto importante, una distinción de vez en cuando, una lotería, un premio, un buen salario, unas vacaciones en el puerto, unas felices navidades, unas pascuas alegres. Me lo repetí, pero no resultó. No llegaron las oportunidades, ni las suertes. No nací para eso. Ahora estoy contento o conforme, como quiera usted decir, alguien tenía que nacer para rellenar, y me tocó el turno. No soy muy desgraciado. Un pariente me ayuda con la ropa usada, estos zapatos son de mi primo rico,

este vestido perteneció a mi otro primo acomodado, esta camisa me la regaló el primo con puesto público, la corbata es de un primo bohemio, y los dos billetes que llevo dobladitos dentro del bolsillo me los regaló el primo finquero, que me mira como a la vaca flaca. La paso más o menos, y estará pensando usted dónde estará mi vergüenza. La perdí hace mucho tiempo, era la única jodedera que me estorbaba.

Uno es como el tango, un largo lamento, con muchos reproches. ¡Qué brutal! Yo quiero un corazón sangrando para el día de San Valentín. Bien cursi. Soy un cursi, ¿para qué negarlo? El ridículo es una miel que se me pegó desde que estaba pequeñito. En la cuna me decían: A ver, mi chichí, háganos ojitos, qué lindo, qué divino, qué bebecito. ¿Cómo quieren que cambie? Veo una mariposa con las alas rotas y lloro, veo un corazón con flechas y me enamoro, veo un gato negro y me persigno, veo un día azul y desato las velas de mi bote. ¿Qué voy a hacer? Así me hicieron, ridículo por fuera y por dentro. Soy el producto de la degeneración. Mi abuelo se acostaba con la nieta y la nieta se deleitaba con los perros de cacería, éstos con buen olfato para las cabras en celo. No se lo digás a nadie, recordá que sólo se fuma marihuana con los amigos. ¡Qué risa! No la puedo contener. ¡No puedo! Voy a vomitar. Ahorita vuelvo, amigos, por favor espérenme. Soy un bruto para reírme. Si quieren saber de cochinas, les puedo contar una lista larga. No se vayan, no me gusta quedarme solo.

Comprendo sus puntos de vista, de verdad los entiendo. Son iguales a los míos. La única explicación posible es el costo de la vida. Eso es igual para todos.

Si el arroz vale ahora más, y usted come arroz y yo como arroz, y ninguno de los dos siembra arroz, pues es lo mismo. El costo de la vida, una línea recta hacia el cielo, la torre de babel, estamos alcanzando el cielo, a punto de sacrificio, no hay otra manera, porque si el precio sube ni usted ni yo comemos arroz. ¿No es cierto? Es cierto, usted me da la razón y yo se la doy a usted. Luego, el azúcar, esto es peor todavía, ha visto las cañas, tan rectas, tan delgadas, tan hurañas con su doble filo. Pues valen por el peso, como el Alí Kahn. Cada cucharadita que usted pone, un cinco, un redondo cinco. ¿Cuántos cincos hay en un millón de pesos? La torre de babel, se lo digo yo, que me desayuno con una cuarta de ron, porque el ron es lindo, lindo, bellísimo, un paisaje interminable, con el sol en un crepúsculo brillante. ¿Qué le vamos a hacer? Unos nacen para masticar y otros para mamar.

—¿Leyó el periódico?

—Apenas los titulares.

—¡Lo que se ha perdido! El discurso del presidente es una metida de pata histórica.

—¿Qué dice?

—¡Pura paja y qué clase de paja!

—Entonces no he perdido nada.

—No crea, el presidente dice que esto es un paraíso, somos la envidia de otros países, aquí no hay pobreza, no hay mala situación todos nadamos en plata, nadie se queja, la comida sobra, el bienestar inunda las calles.

—Se le debe haber ido la mano en los tragos.

—¿Sabe cómo le dicen?

—Tiene ya tantos apodos...

—Ahora lo llaman el extranjero.

No vengo a decirles nada nuevo. Casi podría poner comillas a lo dicho en otras oportunidades. Vamos de picada, esto no puede seguir así. Hemos invertido capital y trabajo, ha resultado sólo trabajo que se ha comido el capital. No podemos hablar de pérdidas, pero lo triste es que tampoco podemos hablar de ganancias. Eso lo enseñan los números: inversiones en máquinas, mayor producción y poco, casi nada efectivo. Si bien es asombrosa la deuda que hemos contraído, no dejan de sorprender los índices de mercado. El crecimiento es notorio, aun en lo incierto de la zozobra que estamos pasando. Un negocio es como un niño, tiene un proceso largo de desarrollo, hay que tener paciencia para verlo andar con pasos seguros. Esta es la etapa en que se puede tropezar, caer, o seguir adelante para siempre. La curva nos lo demuestra gráficamente. Si tuviéramos computadores, podríamos hacer proyecciones sobre las posibilidades que tenemos delante de nuestras puertas. Podemos subir hacia allá, en una forma increíble. Podemos hundirnos hacia acá. Todo depende de esto, de las manos que manejen las riendas, del miedo que debemos vencer para seguir, de la comprensión absoluta que exige el vaivén del negocio, de la flexibilidad que demanda la dirección y sobre todo de la estrategia previsoras que oriente los pasos. Como ven, las noticias son las mismas y temo cansarlos con la repetición. Sin embargo, hay algo nuevo. No es que alegren los fracasos de otros, con intereses muy legítimos de competir, pero es alentador ver el campo libre. Ya es del dominio público que X y Z cerrarán en corto plazo. Han perdido el crédito en los bancos y en consecuencia la confianza de la gente. Nuestro medio es difícil, cada ciudadano se siente contralor de los actos ajenos. Cuando surge una mala noticia, la cuestión se divulga en cosa de minutos. Ayer me pararon en la calle para contarme que se les había negado un nuevo

plazo para las operaciones vencidas. La resolución se había dictado exactamente a las nueve de la mañana y a las diez unos a otros se la comunicaban, con esa efusión y nerviosismo alegre que producen los males de otros. No quiero especular sobre esa costumbre que nos caracteriza como pequeña aldea, un grupo que se vigila constantemente, que sus antiguas costumbres de canibalismo se han disfrazado en una caza silenciosa de la intimidad de los demás. Si bien tendremos un enemigo menos a corto plazo, también heredaremos más interés en nuestros negocios. Ya X y Z se han encargado de divulgar ciertas cosas falsas de esta empresa. Han dicho que nos hemos aprovechado de las influencias políticas para conseguir créditos, que hemos marchado al son de la protección gubernamental. Nos han querido "oficializar" y muchas son las murmuraciones en ese sentido. Aquí prospera cualquier señalamiento y al hombre de dos piernas iguales, el día que lo llamen cojo, se convertirá en cojo y andará cojeando. Sin embargo, nuestra estrategia ha sido mejor que los rumores. Nos hemos distribuido bien y el color político no es fácil identificarlo, en la buena combinación que hemos hecho de blancos y azules. El día que necesitemos rojos, ya los encontraremos o habrá un voluntario dispuesto a cambiar de ideas. La política no es nuestro problema, es parte simplemente de la estrategia. Por eso no nos deben preocupar las murmuraciones. Les hemos encontrado un buen antídoto. El campo que nos deja X y Z lo debemos aprovechar bien. No es cosa de caerles encima por el momento. Es mejor esperar a que cierren las puertas. En esa forma no nos pueden señalar como inmorales. Los informes que tenemos son buenos, además dignos de toda confianza. El contabilista de X y Z ahora trabaja con nosotros. Fue un caso terrible. Estaba muy asustado. Eso de perder el empleo con cinco de familia y una casa hipotecada, con fuertes intereses.

Tuvimos que ayudarlo. Con el fin de que no se confundan las buenas acciones con la posible piratería de empleados, le rogué que se quedara con X y Z hasta el final, y los fines de semana colaborará con nosotros. No lo hemos forzado a dar detalles confidenciales, el asunto se ha tratado en términos técnicos y así se ha convertido en una lección que nos debe orientar para siempre. X y Z tienen un camino señalado por la mala suerte y en los negocios existe la mala suerte: esa es una realidad evidente, aun cuando muchos estudiosos lo nieguen. Pero, ¿cómo se puede llamar la conjunción de elementos que sumados todos dan cifras negativas? Eso es lo que sucedió y está sucediendo. Empecemos por los socios. Primero, don Juan con su dinero no es ningún apoyo, ya se sabe, si pone un cinco al término de la semana quiere que le devuelvan un diez. Al pasar el primer año sin recibir dividendos y sin entender la reinversión, empezó a patear y a exigir el reembolso inmediato. Lo calmaron, pero no lograron que pusiera un nuevo centavo y cuando la situación se puso de más o todo se pierde, prefirió perder. Faltó el elemento confianza. Brenes es un buen hombre y se ha arriesgado muchas veces, sabe de negocios, lo lleva en la sangre, recuerden su padre fue el que más especuló con las urbanizaciones, cuando nadie creía que la ciudad se extendería tanto hacia el norte. Sin embargo, últimamente se ha descentrado. Su caso es muy interesante porque a cualquiera le puede pasar lo mismo o le está pasando con cierta diferencia de escala. Se puso a pensar en muchas cosas a un tiempo, siguió con las urbanizaciones, se metió en las minas conforme a ese ancestral deseo de encontrar el oro puro, legendario, en la nada fácil excursión dentro de las traicioneras rocas, le dio por jugar a empresario de construcciones, se aburrió un poco de todo y se le ocurrió el mundo era bonito, interesante, y valía la pena darse la vuelta

por el Asia, por la India, por Europa, y luego cometió la tontería de construir una casa museo, que apesta a cosa vieja, totalmente inservible e invalorable en nuestro medio. Aquí se compra lo nuevo, lo que tiene uso inmediato, lo antiguo no se cotiza, ni se cotizará hasta que logremos tener una cultura, cosa que no nace espontánea, ni se da de un día para otro. Ya conocen ustedes a González. Nunca ha podido sentar los pies en la tierra, cuando deposita mil colones en el banco, cree que el depósito es de cien mil. Un iluso, un saco sin fondo cuando se trata de su propio dinero y el de los otros. No estoy haciendo en ninguna forma un festín con los caídos, pero eso de pensar en que González pondría su parte en la sociedad, fue una verdadera estupidez. Ese vive de coger un préstamo para pagar otro, y de creer que la fortuna anda por ahí suelta y un día amanece a la par de uno. Lo peor fue nombrar a Esteban como gerente. Por supuesto, es talentoso, pero no tiene imaginación. Piensa que los números corresponden a una realidad cuantificable y se asusta mucho con las restas, como todos los aprendices a banqueros, que se acuestan y se levantan con los balances. A este conjunto, sin unidad alguna, se agregó el desconocimiento del mercado. Pensaron en la calidad, pobres inocentes. Creyeron en la fórmula escueta de duración, diseño agradable y precio. Eso ya no tiene importancia en nuestra época, son detalles de la propaganda. Lo básico es la trampa de la novedad y lo necesario crear el hábito, sin que el producto dure una eternidad para que el mercado tenga su movimiento de demanda. En resumen, hemos podido comprobar: no hubo equipo y comunión de ideas, inexistencia de estrategia para arraigarse en el medio, carencia absoluta de pensamiento en cuanto al proceso de consolidación que necesita cada empresa, empirismo en las curvas de proyección y especialmente inconsciencia de la influencia política que encierra en sí la

responsabilidad empresarial. Consideramos que ha sido importante este análisis, porque la experiencia da experiencia y porque no somos ajenos a las zozobras. Precisamente ahora esto es muy importante. Nuestro gobierno en estos días se ha puesto algo demagógico, quién sabe qué cabeza caliente está asesorando al presidente. Tenemos que partir del hecho de que no es muy inteligente. Se puede convencer fácilmente de esto y de lo otro, según le suenen las palabras. Parece que los últimos discursos se los ha encargado al aventurero ese, recién llegado de París, con la idea de que necesitamos un cambio. Zúñiga, si mal no recuerdo es el apellido, un cualquiera, con un título de sociólogo, esas profesiones de la palabra que no tienen ninguna importancia, pero dan dolores de cabeza. Hemos estado pensando en hacer algunas demostraciones para escarmantar a la gente. El asunto se discutió en la Cámara con gran reserva, por supuesto. El plan es perfecto: una invasión de tierras en el sur, un intento de huelga en el norte y aquí, en mera ciudad, un desfile de protesta por el aumento al costo de la vida. Nos hemos puesto de acuerdo con los sindicatos, les hemos ofrecido financiación, en el entendido de que compartimos su preocupación social, por aparte y en secreto nos encargaremos de los hechos que abrumarán al país. Si el gobierno no baja el tono de voz y se decide a poner orden, pues entonces es cuestión de imaginar otras cosas. Les ruego la mayor reserva, estén simplemente a la expectativa y espero de todos las protestas más agudas, o sea los discos de siempre, el peligro de la barbarie comunista y la necesidad de orden, economía, trabajo y fuerza. La próxima reunión la dedicaremos a examinar los costos, todo parece anunciar que ha llegado la hora de aumentar los precios. El público se va acostumbrando a nuevas tarifas y nuestros productos ya se han hecho costumbre. La base medular del precio es sumamente

interesante y responde muy bien a la psicología del medio. Algo que aumenta es algo de éxito, tiene un dinamismo ascendente. Aquí gusta lo que cuesta.

—¿Nada?

—¡Nada!

—Nada.

—Nada...

La calle se hace larga. La misma de siempre. Cada rótulo, cada ventana, cada puerta, iguales, sin cambio alguno. El viejo espera el cambio del semáforo, ve la luz verde con los ojos fijos y se queda en la misma esquina. Tal vez el que viene. Pero el que viene no lo ve ni lo oye. Quizás el otro. El otro le sonríe. La señora de falda azul lo mira sin mirarlo. A la colegiala se le caen los libros y el monedero. Un diez rueda hasta su pie, pero la agilidad de la muchacha impide que lo esconda debajo de su zapato roto. El vendedor lo empuja y el movimiento de la gente lo lleva hacia la otra esquina cuando la luz se pone amarilla. Allá están los mismos de siempre. La barba azulada del junta basura, con su gesto hostil de éste es mi sitio, la ventana sin puerta de las revistas. El cojo es imposible, se cree que la calle le pertenece. La vieja es más suave, pero quiere siempre la mitad y tiene una manera de hacer las cuentas que se queda con todo. Vuelve a ver el semáforo y cuando la luz está verde regresa a su esquina, con un paso ruidoso para que lo oigan y sepan que sabe cuál es su sitio. Un día hermoso, demasiado, la gente pasa contenta, no quiere ver ni oír. Se ríe, habla, una palabra suelta, un saludo, esa corriente de electricidad que se disparan unos a otros. El viejo llega a su sitio y se detiene con un gesto de abandono. Quizás ahora, quizás más tarde. El movimiento lo anima, pero él no puede animarse. Sabe que no debe avivar

su mirada, ni poner atención, sumergido en su tristeza, con esa cosa horrible de exhibir la dejadez de su propia miseria, esa concentración de aparecer miserable, naturalmente en la esencia misma de su triste salsa. Algo lo distrae. La calle larga, la lectura de caras y signos, el cansancio de ver pasar narices sueltas, cabellos que no se unen a rostros, ojos que al encontrar los suyos lo rehuyen velozmente, manos, espaldas y pies, esos pies que se entrecruzan, danzan, saben no tropezar, siguen con tanta habilidad los caminos y van hacia algo, donde alguien... esos pies tan distintos a los suyos, tan seguros de sí mismos, tan llenos de vida, tan abiertamente dispuestos a moverse de un lado a otro, tan extraños, guiados quién sabe por qué pensamiento, por cuál necesidad, por un destino. Al frente los pies de la vieja, le está preguntando y él responde que nada, no hay nada que dividir, no hay nada, no hay suerte. Empieza a caminar por la calle que sabe larga, igual, con su olor a calle que ya no se huele, se pasa, se camina. Se detiene, está sudando, hace calor. Envidia al muchacho de camisa abierta. El lleva tres o cuatro camisas rotas y aquel saco enorme, descosido, sucio, sudado, muchas veces sudado, hasta sentir el frío de su propia humedad. Quitárselo sería desvirtuar esa idea de que los pobres tienen frío, siempre tienen frío. Un niño con pantalones grises y camisa de cuadros lo mira asustado. "¡Es el coco, es el coco!" La madre lo coge de la mano y lo encamina hacia el extremo de la acera. No hay razón para ser cortés, es un pobre diablo. "Sí, es el coco, y si no te estás quieto, te llevará." El viejo sonríe con una sonrisa que nadie le agradece, sí, él es el coco, el coco de los niños bonitos, con pantalones y camisas nuevas, de los niños graciosos con su pelo recortado, las orejas muy rosadas y con ese olor a agua colonia fresca. Alguien lo maja con una brutalidad aguda, no se queja, el grito no encuentra voz, no sabe gritar, cierra

los ojos y traga el dolor silenciosamente. No espera la disculpa, no la hay, da lo mismo majarlo, es una piedra. Ahora lo empujan hacia la pared, de ahí lo arrancan hacia el borde de la acera, después lo llevan, lo llevan, lo llevan, y lo dejan. La calle sigue larga, pero en esta parte es más tranquila. Una escolar mira la ventana con libros de colores, tiene la boca abierta y la mente en algún punto distante. El viejo se acerca también, a ver, se acerca por detrás con el saco abierto. —Nada...

—A mí no me meten un cinco con hueco así no más.

—¿Qué dice?

—No me engañan fácilmente, no señor.

—¿Le pasó algo?

—Escogí cuidadosamente lo que quería y me envolvieron otra cosa.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

—Debe ser alguna equivocación.

—De eso no estoy segura.

—Recuerda usted quién la atendió.

—Una muchacha bajita, rubia... aquélla.

—Apenas se desocupe la llamaré.

—No puedo esperar, dejé la cocina encendida.

—Lo siento, hay que comprobar los hechos.

—¿Cuáles hechos?

—El cambio que usted alega.

—Mire: yo no alego, exijo lo que corresponde, para eso pagué.

—No discutamos, por favor, no hay necesidad de ello, éste es un establecimiento serio.

—Eso lo empiezo a dudar, primero me hacen un cambio y después se niegan a atenderme y hablan de un reclamo.

—Baje la voz, los clientes nos empiezan a notar.

—Pues que nos noten, así quedan advertidos de que les puede pasar algo similar.

—Siéntese aquí, procuraré arreglar su situación tan pronto la muchacha se desocupe.

—Le digo que no puedo esperar.

—¿Puede enseñarme lo que se le cambió?

—Sí, es esto.

—Pero esto está usado, tiene una mancha.

—Claro, así me lo vendieron.

—Eso es imposible.

—Ahora soy una mentirosa, me engañan y resulto mentirosa.

—¿Cuándo lo compró?

—Ayer, en la mañana.

—¿Por qué no vino antes?

—Usted cree que no tengo obligaciones.

—Y ¿la factura?

—La boté, no las colecciono.

—Este caso es muy difícil, tendré que consultar.

—Eso quiere decir que yo deberé llamar a mi abogado.

—No pongamos las cosas en esos extremos.

—Sólo hay un extremo comprensible: tome lo suyo, deme lo mío.

—Esa mancha es de grasa, aquí no hay grasa.

—Si va a ponerse de detective, puede tomar las huellas digitales.

—¿Es usted cliente?

—Claro que sí, en otra forma no hubiera comprado aquí.

—¿Me podría dar su nombre y apellido?

—¿Esto es un interrogatorio? Usted me quiere tomar el pelo y no estoy para esas cosas. ¿Me la cambia o no me la cambia?

—Estoy estudiando el caso.

—Si no fuera por mi educación, lo mandaría a la ... en fin, me estafan, ME ESTAFAN y todavía tengo que dar explicaciones.

—Por favor, las palabras groseras y los gritos sobran.

—Y, ¿la cocina encendida y el tiempo y los pases del autobús, también sobran?

—La serenidad es buena consejera.

—Para los que son de palo.

—He decidido no hacer el cambio.

—¡Esto es un robo! ME ESTAN ROBANDO. Atención a las consecuencias ...

Un vidrio. De esa puerta salió un vidrio. Mirá el pedazo de vidrio. Pero, ¡qué maravilla! Una mujer loca quebrando vidrios. Mirá, allá adentro. Vamos, a lo mejor se agarra algo, aunque sea otro pedazo de vidrio. Animate, ya sé, te aburre todo. ¡Es sensacional! ¡Qué agilidad! Se saltó a las dos empleadas y le arrebató los anteojos al dueño. Está saltando encima de ellos. Pulverizados. Está de remate. No bostecés. Esto vale la pena. Volcó la vitrina. Ves cómo el teatro vivo existe. ¡Fenomenal! Ya la agarraron. ¡Qué palabrotas! Una escena digna de los mejores escenarios. Fuego vivo, pasión, locura desnuda. Ahora, me pregunto si esto realmente pasó o no pasó. ¿Lo viste también? No sé cómo te aguanto, te entretiene más comerte las uñas. Caminemos.

El baratillo es Increíble. Compré de todo. La manta a un peso menos la yarda, el lino casi regalado, los manteles estaban en promoción, uno precioso al precio de costo sin cargarle impuestos, las medias tres pares por menos de lo que compré un par ayer,

la misma calidad, el mismo corte, por poco me muero de cólera. Tenés que ir, ahora mismo, los paños y limpiones, de los mejores, a ojo de pájaro te digo por lo menos al precio de hace unos cinco años. Compré a lo loco, me gasté la plata del mes, pero qué precios. Tenés que ir, ahora mismo. El local estaba lleno, repleto, lo más selecto estaba reunido y a pesar de los ilustres apellidos se arrebatan las cosas de las manos. Tenés que ir. Si consigo cincuenta pesos prestados, me voy con vos. Esas gangas no hay que perderselas. Ahora no sé dónde poner tanta cosa, pero ya les encontraré un sitio. Tenés que ir, es una forma de surtirse con poco, poquísimo, sobre todo ahora, cada cosita pequeña vale un ojo de la cara.

No señor, perdone que lo contradiga, pero las cosas no sucedieron así. Estaba en el poder don Pedro, viejo enemigo de don Juan, a pesar de que eran parientes. Los libros no lo dicen, no, nuestra historia es un acomodo en busca de la buena apariencia. Don Pedro insultó a don Juan, en una forma muy bonita, como lo hacían en los tiempos idos. Dio una fiesta en que cuidadosamente invitó a amigos y enemigos, a don Juan le mandó una invitación, no con los apellidos correctos, sino con los reales. Don Juan no se podía hacer el entendido, eso sería reconocer su origen. Entonces, elegantemente aceptó la invitación y se fue a la fiesta. A medianoche se presentaron unos músicos, con su cantante, por cortesía de don Juan, por supuesto muy bien pagados, tanto como para que se animaran a cantar aquello de "un Pedro sin ingenio, con muy mal genio, estando en el poder, sin siquiera poder, compró un caballo para tener un vasallo". A mi abuelo se lo contó uno de los presentes. Las caras se paralizaron. Don Juan se rio violentamente, don Pedro contuvo su furia apretándose la mano y a mi abuelo le contaron que los dedos le crujieron. Después es sabido que don Juan

encontró la muerte camino a su casa, porque unos asaltantes desconocidos quisieron robarle. Las señas y las contraseñas han sido siempre importantes, lo mismo que los amigos y los enemigos de los presidentes. Unos y otros deben ocupar su mente por mitades iguales, cuando se desbalancea se pone muy grave la situación. Los amigos se hacen ricos, los enemigos crecen en una fecundación espontánea, hasta que acaban por dar el asalto forzado y toman las riendas. Cuando son los enemigos los que ocupan todo el tiempo, el presidente deja de creer en los amigos, los olvida, los malquiere, desconfía de ellos. Entonces democráticamente pierde el poder; porque la mayoría da el consenso definitivo a su receso. La filosofía política es simple: ni con unos, ni con otros, ni doy mucho a los amigos, ni molesto a los enemigos. Don Pedro no conoció a don Juan, sólo lo odió, y desde ahí vienen los Pedros y los Juanes, que tanto daño le han hecho al país, los unos desafiando, los otros provocando el desafío. Entre unos y otros no se hace nada, pues siempre hay que colocarse en un bando, ir a un entierro, morir tontamente por una tontería, envenenarse de un odio sin razón, destinarse a vivir sin afecto sentido. La herencia de un motivo inmotivado nos hace buscar un camino sobre los caminos marcados. Don Pedro encontró su muerte en la cama, quizás cuando pensaba qué haría el día siguiente. Su entierro fue solemne, en eso le ganó a los funerales de don Juan, a los que fueron muy pocos, los más valientes del momento, que por cierto no fueron rezando sino cuchicheando conspiraciones. Don Pedro dejó hijos, don Juan también. Los hijos odiaron abiertamente cuando no pudieron consolidar pactos de negocios o de componendas políticas, y por debajo la incógnita de la puñalada sobre las sonrisas y los abrazos y los compadrazgos. Los nietos ya fueron la confusión misma, porque hubo nietos de don Juan y de don Pedro y los odios mezclados dan

los más extraños productos, a veces un misticismo diabólico, en que se odia al prójimo tanto como a sí mismo, otras una rabia indescriptible, en que se desea a los demás para irlos mordiendo en pequeños pedacitos, y también da una alegría inmotivada que nunca encuentra el placer y se muere de risa tonta, o una tristeza abúlica que sólo se acomoda en los pésames y en las lamentaciones. Los tataranietos, yo soy uno de ellos, no han hecho más que recordar a don Pedro y a don Juan, cada uno con diferentes versiones, conozco a varios que se creen la reencarnación de ellos. Aunque no he tomado partido, siento preferencia por don Juan, pero no asumiría nunca el papel de fanático. Don Juan tiene algo débil y me deleita, quizás la honradez con que se defendió y la forma fatal en que acabó. Era alto, casi de mi estatura, ancho de hombros, como los míos, un párpado caído, más o menos así. Buen tipo, según dicen tenía mucha suerte con las mujeres. No tanta con los enemigos, por eso tuvo ese final. Los enemigos son cosa seria, usted los maja sin darse cuenta y son más rápidos que las serpientes. En todo caso, ya está bajo tierra y lleva años allí, callado y silencioso. Es mejor no intranquilizar su reposo. Por eso tenga cuidado, no vaya por ahí contando las cosas que se cuentan. Don Juan murió por ser muy hombrecito, no era de los que se dejan poner adornos en la cabeza. Si ahora hubiera muchos como él, quizás otro gallo nos cantarí. De algo estoy seguro, en aquellos tiempos habría pagado con su vida por lo que hace un rato dijo. No se preocupe, yo no soy donjuanista, le confieso que en el fondo no me gusta una cosa de él, eso de ser tan, tan, y dejarme sólo un lejano parecido.

—Mamá, ¿cuál es el sur?

—El sur es éste.

—¿Por qué éste es el sur?

—Porque aquél es el norte.

—Y ¿por qué aquél es el norte?

—Porque éste es el sur.

—Mamá, vamos al norte.

—No. Hoy no, hoy vamos al este.

—La maestra dice que las cosas empiezan en el este y se acaban en el oeste.

—Tu tía nos espera.

—Mamá, ¿en el oeste se acaba el mundo?

—Si la maestra lo dice, debe ser cierto.

—Nunca voy a ir hacia el oeste, no quiero acabarme.

—No caminés así, se tuercen los tacones y hoy vas con los zapatos nuevos.

—Mamá, ¿quién inventó los zapatos?

—Un señor que le dolían los pies cuando caminaba sobre las piedras.

—Y ¿las medias?

—Si te las seguías jalando, se te van a romper.

—¿Quién inventó las medias?

—Un señor y no pensó en los huecos que remendamos las madres.

—La maestra dice nadie sabe quién inventó esas cosas.

—Bueno, la maestra es ella, la que debe saber, para eso está.

—Mamá, ¿por qué la maestra es flaquito?

—Porque sabe mucho y no tiene tiempo para comer.

—Juan dice que su papá la podría inflar como infla a su mamá.

—¡Qué divertido! Pero, esas cosas no las dicen los niños.

—¿Por qué?

—Porque no.

Vamos, los precios son increíbles. No te arreglés tanto. Nos van a dejar sin nada. Apurate. Quiero comprar algo nuevo, extraño, que me dé ilusión. No tardés tanto. Hoy amanecí entrada en compras. Cualquier tontería, pero algo, aunque sea un trapo. Vamos, apurate, no tardés tanto. Siempre he soñado con adquirir, así de pronto, lo más lindo del mundo y a un precio de ganga. Una blusa de flores, al estilo brasileño, suave, que caiga al cuerpo, así, perfectamente, como hecha para mí. Ya estás bien. ¿Pensás comprar algo especial? A vos te gusta ver, revolver todo, meter los ojos y las manos en cada estante. Pero, si seguís con esa lentitud no vamos a lograr nada. ¡Apurate! El pelo ya está bien, con los retoques lo estás estropeando. ¡Qué linda suéter! Casi compro una igualita, pero no sé qué me dio. A pesar del precio, tuve sospechas de que se me vería barata. A vos te queda estupenda. Ahora el teléfono. Por favor, no contestés. Si contestás no salimos. Vamos a perder la oportunidad. Bueno, ¡el acabóse! Me estás matando los nervios. Tu mamá, ya me lo suponía. Ahora te habla cuatro horas seguidas. Decile que estás apurada. Me voy a fumar un cigarrillo, si cuando lo acabe no has terminado, me voy sola. Te digo, hoy amanecí con la compradera, necesito algo, cualquier cosa, indefinida, es la forma que tengo de levantarme el espíritu. Después, lo dejo ahí, en la silla, sin abrirlo, con la ilusión de que cuando lo vea me va a parecer maravilloso. Me llevo cada desilusión. ¡Qué lata! Todas las madres hablan lo mismo por teléfono. No había visto las flores. ¿Quién te las mandó? No tiene importancia, no contestés, ya vi la tarjeta. Las cosas progresan, primero flores, luego los enredos. ¿Dónde compraste los zapatos? Ah, ya recuerdo, los vi en el almacén con el rótulo de extranjeros. No me tragué el cuentazo. ¿Extranjeros? Se te ven elegantes, pero no son extranjeros, sin embargo la pegan. No están mal, sólo que yo hu-

biera escogido los azules. Esa conversación con tu mamá, me está matando los nervios. Necesito una pastilla, ¿dónde las tenés? ¡Qué cartera más llena de cosas! No sabía que usabas esta marca. A mí personalmente no me gusta, pero en cosas de gusto... ¡Al fin! ¡Es tardísimo! Por favor, salgamos ya. Si nos detenemos un segundo, volverá a sonar. Te lo dije... Ahora, ya no vale la pena ir, se lo habrán llevado todo. Nos tocará la basura, lo que nadie quiere. Bueno, sé que soñaré en la noche que llegué de primera y encontré lo que buscaba. Amaneceré mañana llorando. ¡Qué vida! Hace una un proyecto, lo comparte con su mejor amiga y después empieza a llover. Me voy a limar las uñas. ¡Adela! Supuse sería Adela, nadie puede ser más inoportuna. Te estará contando las maravillas que compró. ¡Cómo se puede ser tan necia! Por algo no la aguanto. Cuando oigo su voz, cambio la mía y le digo que no estoy. Sabés, se están usando las uñas con las puntas cuadradas. Brutal, embellecen una barbaridad las manos. Esta uña es mi dolor de cabeza, se me quiebra con sólo mirarla. Tengo que consultar al doctor. Se ve horrible. Me voy al baño, ya te dije que mis nervios están imposibles.

Una porquería, una solemne, absoluta, contundente, infinita, gruesa, clara, resonante, melodiosa, sublime, pestilente, incontrovertible, despiadada, vertical, geométrica, incandescente, cordial, estimulante, contagiosa, florida, meridiana, luminosa, trascendental, purísima, fabulosa, sagrada, bestial, primitiva, aristocrática, refinada, vulgar y espumosa porquería. Una simple porquería. Para verla con un ojo sobra. Todo aquí huele a mierda, porque todo está untado. Ni siquiera vale la pena sacudir, menos barrer. La mierda está a flote y adentro. Conforme más se excava, más apesta. Una

porquería. Una trágica y sustanciosa porquería. No hay excepciones. A veces engañan las aguas colonias y las palabras floridas, pero apenas hay una oportunidad de mirar hacia adentro o de destapar el asunto, puñeta, qué olor. Lluve mierda aquí, pura mierda ha caído en este largo invierno. Y necesitamos esconderla. Para eso llaman a los periodistas, para que inventen la tranquilidad y la paz, y mierda arriba y mierda abajo. Ni los mejores poetas del mundo pueden quitar este olor. Apesta porque es legítimamente hediondo. Ni los filósofos pueden transformarlo, ni los escritores disfrazarlo. Todo es porquería. El gobierno, un asco; la universidad, una charlatanería; la educación, la hipocresía patentizada; los comités, el mal gusto destilando; la política, la organización del atraco; el himno nacional, la explosión de la cursilería; la bandera, la legitimidad de las barajas; la raza, la piratería del coito; la geografía, un panal explotado; la alta clase, la consagraci3n de las dantas; la constituci3n, un miedo absoluto de vivir; el presidente, un orangután disfrazado de abeja; las cámaras, sociedades de ladrones; los ministros, los hazmerreír del momento; los periódicos, la mediocridad con suscriptores; las instituciones, la orgía de la masturbaci3n mental; los desfiles, la porquería con sus títulos; las calles, la porquería expuesta en vitrinas de cedazo; las casas, la porquería puertas adentro; el cine, la porquería sentada; el teatro, la porquería aplaudiendo; la zona residencial, la porquería perfumada; el barrio pobre, la única porquería sincera, con las ventanas abiertas para que se huelan en todo su alcance. Y lo peor es que todos señalan los malos olores de los otros, creyendo así que esconden los propios. ¡Imbéciles! Cada vez que abren la boca para señalar huelen más y terriblemente peor. Y los esfuerzos que hacen. ¡Qué risa! Se reparten honores, se compran genealogías, se distribuyen distinciones, se intercambian piropos, se inventan anécdotas, se

crean raíces, se embriagan de tradiciones, se narcotizan con los días pasados y van haciendo historias preten- ciosas con capítulos para partir de un principio hono- rable, lógico, bien sentado, del que salen las ramas sonoras de sus apellidos, con un dejo de hazañas estú- pidas, en la redondez de su imaginación que alcanza apenas las modas, con atraso de años. Se adornan con lo que tienen a mano y por supuesto ni logran disfra- zarse. Son demasiado grotescos para esconderse. Por algún lado se asoma la porquería, tan íntima y legítima que necesita espacio y agota cualquier sentido. ¡Qué máscaras quisieran ponerse! En la iglesia la de piadosos, con la fuerza ascendente de un cuadro del Greco; en la panadería, la de visitantes casuales que en ese mo- mento se acordaron del pan; en la farmacia la de seres saludables que sólo están curioseando; en el correo la de los importantes que mandan y reciben mensajes ur- gentes y sustanciosos; en la calle la de los que saben donde ir con el tiempo medido porque el tiempo de ellos vale; en la conferencia la de los que entienden cada palabra y saben su sentido secreto; en el teatro la de receptores únicos del goce justificado por su presencia; en la reunión la de los que esperan decir la última y definitiva palabra; en la conversación la de interlocuto- res cultos, dispuestos a dar un consejo, que nada cuesta y tanta concesión representa; en la sala de espera la de los que sacrifican su tiempo porque han sido llamados especialmente; en las rifas la de los caritativos que desean y desean que su número no sea el premiado; en los bares la de los que han llegado generosos para complacer a un amigo sediento; en los prostíbulos la de los que se equivocaron de dirección; en los escrito- rios la de los dueños de los abecedarios con las letras graciosas de la negación y de la afirmación; en los entierros, la de los que se han tragado la tristeza y están a punto de digerirla; en los actos escolares la de los

abnegados padres que creen en el progreso; en los días festivos la de los hombres libres que saben vivir el momento; en las bibliotecas la de los señores sabios que han leído todos los libros; en los supermercados la de los que cumplen la función cívica de comer y de alimentar a los demás; en los cabarets la de los que sufren ataques de atracciones mutuas; en las tertulias la de los que comprenden la necesidad de hablar que tienen los otros; en las comidas la de los no interesados en el plato que sigue; en los parques la de los que saben distribuir su pereza sobre la naturaleza; en los zoológicos la de los que no se reconocen cuando ven a los monos mirándolos como primos hermanos. Porquería, limpia, diáfana, pura, incontaminada, vitaminosa, excelente, calificada, concreta, estructural, corpulenta, voluminosa, brillante, casi saludable porquería. Una diarrea constante, por ahí nos vamos y nos morimos, como un río con un curso definido.

Pues nada, estuve en el baratillo, puro cuento lo de los precios y lo de las gangas. Un surtido de cochinas, cosas de partida, sin gusto alguno, ordinarias, ropa pasada de moda. Ya me extrañaba. No creo fácilmente en las grandes páginas del periódico, con muñequitos y la palabra regalos a todo lo largo. Soy escéptica y con razón. No es la primera vez que tengo esas desagradables experiencias. Sin embargo, había una histeria colectiva. Volaban las blusas de un lado a otro, de la peor calidad del mundo, aparentemente nuevas lucían marchitas y sin gracia. Te digo, van a andar de uniforme, flores en verde, en amarillo, en azul, en rojo. Se reconocerán inmediatamente las que estuvieron allí, con la mirada desorbitada. ¡Pobrecillas! Se pondrán una vez la blusa, luego no sabrán dónde meterse y acabarán regalándosela a la cocinera. La ropa de casa, ni para qué

describírtela. Plástico para arriba y para abajo, cuando no unas telas coladas, casi manta. No puedo con esas cosas, hay que vivir con cierta dignidad. Cuando se pierde el orgullo por lo fino y por lo elegante, está una de picada. Te digo, es algo propio de la educación, vivir lo mejor que se pueda, y para eso no hay como rodearse de la belleza. Cuesta, por supuesto cuesta, pero vale la pena. Una buena alfombra, un mantel de lino, una cortina de damasco. Tengo que rodearme de cosas bellas, esa es mi naturaleza. No puedo aguantar los baratillos, voy por curiosidad, porque van los demás, por pura tontería, pero comprar, eso sí que no, yo ando detrás de otras cosas. Es cuestión de personalidad, lo adocenado me repugna.

—Bonito el día.

—Bonito.

—Esta temperatura es muy agradable.

—Sí, muy agradable.

—Se ven las montañas tan claras.

—Muy claras.

—Bueno...

—¿Decía usted?

—¿Qué?

—Nada.

—El cielo está azul.

—Muy azul.

—Despejado.

—Sí.

—Bueno...

—¿Decía usted?

—¿Qué?

—Nada.

—Me gusta este tiempo.

—A mí también.

- Bueno...
- ¿Decía usted?
- Nada.
- Cuando el día está así...
- Se siente uno bien.
- Sí.
- Prefiero...
- Un día fresco.
- Sí.
- Bueno...
- ¿Decía algo?
- No.
- ¿Usted es de los Castro?
- Jiménez Castro.
- No se pierde.
- No, ¿usted es de los Zúñiga?
- Silva Zúñiga. No me pierdo.
- No.
- Bueno...
- ¿Decía algo?
- No. Ayer fue un día precioso también.
- Sí, en la tarde hubo una brisa muy agradable.
- Por cierto.
- Hoy está muy claro.
- Bonito día.
- Muy bonito.
- El cielo tan azul.
- Sí, muy azul.

Ya no estoy para esos trajines. Antes podía. Me levantaba temprano aunque la llovizna escondiera el sol por días y días. Ahora he perdido la voluntad. Poco a poco. Es como un desgano. Llega uno a pensar que todo da lo mismo. Si salgo a la calle, camino y camino por un lado y por otro, la pura verdad es que no llego

a ninguna parte. Si me quedo dentro del cuarto, tampoco cambio ni cambian las cosas. Estar afuera o adentro es igual. Quizás uno se anima más afuera, por lo menos lo que pasa, pasa sin pensar uno en que ha pasado. Es curioso, a veces pienso que estoy muerto y en parte lo estoy. Esa parte muerta es más fuerte que la parte viva. Estar muerto es dejar de vivir en la forma de presencia para algo o para alguien. La muerte no tiene significado frente al desconocido, para él siempre estamos vivos como seres anónimos o permanentemente muertos, en dos platos es lo mismo. Muere con uno la posibilidad de conocimiento o de comunicación. Eso es lo trágico, lo único trágico que tiene la muerte. Termina de manera definitiva la oportunidad de expresarse, el decir soy, pienso, creo, siento, esos serios verbos por los que fluye el pretendido testimonio importante de cada uno. Ahora necesito mucho esfuerzo para levantar cada día la parte muerta, y me da lo mismo verla crecer con una velocidad que a cualquiera asustaría. Mis muertos tantos años, tantos que no quiero contarlos, todas esas personas que dejé de ver y ya no recuerdo, ni siquiera sus nombres, compañeros de infancia, vecinos, amigos de la familia, parientes, maestros. Alguna vez surge una cara, una frase, un pasaje, una conversación, y los olvido tal como vinieron, los borro de nuevo, es mejor se queden muertos. Mi parte viva es este presente sin sentido, este cada vez tener menos ganas, que es a su vez un poder no tener ganas, y mi memoria aferrada a la hora que pasa, al minuto que sigue, al no deseo que es tan intranquilo como el deseo. Muchas veces debo haber pensado en el suicidio. Lo siento casi instintivo en mí, pero ahora qué significado podría tener. Estos días azules, brillantes, me llenan de melancolías por caminos abiertos que nunca recorreré y da lo mismo nunca haya recorrido. Prefiero la lluvia, al menos algo hace más liviana esta providencia gravosa

del desgano. ¿Con qué fuerzas puedo alterar el ritmo de esta mecedora?

¡Piñas! ¡Dulces y baratas! ¡Naranjas! ¡Tosteles! ¡Empanadas! ¡Lotería!, el doble cinco, miles de pesos, el doble cinco, su número, el de la suerte. ¡Una limosnita, por el amor de Dios! Mire, ésta es una oferta, sólo para usted. Dos perdidos en la selva y la guerra atómica en las puertas. Patroncito, esto es para usted, se lo doy baratico. El doce, la fecha y la suerte. No corra tanto, llegó la hora de la despreocupación, venga y compre despacio aquí. Patroncita, esto, fresco y gustoso, casi por nada. Doñita, entre sin miedo, todo le gustará. Doncito, un minuto por favor, la oferta de su vida. Tres carbonizados y el presidente anuncia progreso. Mañana se rifa, fíjese, puede ser suyo por unos centavitos. Para los olores, para los sudores, quitasinsabores, bueno y regalado, dos por el valor de uno. Cómprelo así, tapado, sorpresa y premio. Háganos la caridad, desde ayer no comemos. Por favor, deténgase aquí, aquí, aquí. No se vaya. No se mueva, patroncito, patroncita, doncito, doñita. Aquí, pase adelante. Aquí, está lo mejor, aquí. Aquí, aquí.

Yo vine aquí con una inmensa curiosidad, suponga había oído cosas maravillosas: la paz, el respeto al ser humano, la libertad, la belleza de los paisajes, la hospitalidad de la gente, la seguridad, la naturaleza verde y tropical, la elegancia de las mujeres. No me he desilusionado, por supuesto que no. Me han cobrado el doble de lo normal, pero es natural con los turistas y sucede en otras partes. Me ofrecieron varios paseos, y todavía no se han podido realizar, comprendo la gente está ocupada y yo estoy vagabundeando. Me robaron la

billettera y los documentos, pero ya olvidé los dolores de cabeza, porque en mi embajada me dieron un duplicado provisional. No he tenido oportunidad de ver el interior, parece que en esta época de lluvias no es muy conveniente viajar. Me han invitado a varias casas, y aunque todavía no han dicho la fecha exacta, espero que en los próximos días se formalicen las invitaciones. El sitio es acogedor, de eso no tengo duda. Se sienta uno en un bar y muy pronto tiene dos, tres, cuatro amigos, lo malo es que se van temprano, tan pronto como aparece el camarero con la cuenta. En la calle se ve a la gente alegre, hablan entre sí con gran animación, es una lástima que se corten cuando ven a un extranjero. No sé por qué, tal vez se asusten un poco. Perdone usted si mi impresión es muy ligera, pero los he encontrado demasiado ceremoniosos, se limitan al sí y al no y se marchan tan pronto como pueden. A las mujeres las he encontrado un poco cansadas de ser tan bonitas y elegantes, van por la calle exigiendo se las mire y se les diga galanterías. Eso me asusta, no soy de estos tipos frescos, que pueden evidenciar a viva voz los atributos de las hembras. Además, me pasó una cosa rara, tal vez va a revelarme como poco caballeroso, pero siempre hay un punto en que nos brincamos las reglas de la urbanidad. Salí de un bar con algunas copas, las suficientes para perder en gran parte las inhibiciones. Vi a tres lindísimas damitas, envueltas completamente en los más atractivos cosméticos. Me acerqué y les empecé a hablar de su belleza, y para no pecar de inmodesto escogí a la menos agraciada. Violentamente las otras dos la separaron de mi lado, sin darle lugar a una respuesta. Me dijeron que en la otra calle estaban las fáciles de abordar con mis maneras. Desde entonces las veo sin atreverme a más, no vayan a creer que soy un intruso sin educación. En cuanto a la libertad, es una lección permanente en el medio, pero sin

embargo parece que se lleva en una forma fácil, nunca hay contradicciones de fondo, apenas pequeñas discrepancias de forma. Comprendo que en algunas oportunidades se presentarán situaciones que exijan la exposición de opiniones crudas, profundamente controversiales, y el sostenimiento de puntos actualmente prohibidos en otras tierras. De seguro aquí se podrán exponer, sólo que a mí no me ha tocado verlo. Ya en eso de la libertad, la mayoría de la gente se está volviendo un poco escéptica. Ahora se exhibe como una cosa extraordinaria, como un requisito de cada sociedad, sin embargo cada vez más relativa. Al decir relativa no aludo en ninguna forma a limitación en profundidad, extensión o cantidad. Quiero más bien referirme al uso estereotipado del término, casi con un sentido de relaciones públicas a nivel internacional. Así un tirano anuncia que en su dominio hay completa libertad, y la libertad se puede resumir en el derecho absoluto que tiene una persona de oponerse a su gobierno y el derecho obligatorio e inapelable que tiene el tirano de acabar en términos perentorios con el opositor. En otras partes, la libertad es la protección que alcanzan los fuertes y la desprotección que llega a los débiles. La libertad está siendo cada día más sometida a los fines, se ha convertido en un medio. No sé si me hago entender, pero la libertad como fin en sí mismo sólo ha tenido sentido en las grandes crisis. Igual pasa con el agua y el aire y la tierra y el alimento y el abrigo. Son elementos esenciales en una sociedad bien constituida, sí son fines para esa sociedad, señalan una crisis, un estado de evolución imperfecto, una carencia. Aquí se habla demasiado de libertad y eso extraña un poco, porque se pretende exhibir algo constitutivo de un país. Sin ánimo alguno de crítica, pero he llegado a suponer, por una vía plenamente especulativa, que hay aquí una libertad consciente, que todavía no se ha hecho inconsciente. En

todo caso, estoy metido en palabras mayores y ése no es el punto. La paz me ha agradado mucho, soy hombre de principios y no concibo la paz como un adorno especial de un país, la considero tan fundamental como el derecho de vivir que tiene cada uno. Una paz perezosa es tan peligrosa como una paz activa. La paz no es un estado de ánimo, es una forma de vivir la vida. En mi país la paz suena a dormitar en una cama suave, y eso me apena porque enseña cómo se ha perdido el sentido de vivir la plenitud de la vida y cómo estamos adheridos a los estados de ánimo, oscilando siempre a la temperatura del momento. He vuelto a las palabras mayores y ya debo resultar insoportable. Me he extendido mucho en mis puntos de vista y he abusado un poco de su pregunta. Ya conoce mi opinión. Algo me tiene un tanto desconcertado. Cuando conozco un sitio nuevo, siempre sé cómo lo recordaré después. De aquí no sé, cierro los ojos y no veo una imagen precisa.

¿Se fijó usted cómo está el pobre Arturo? Ya no puede más, ha sido demasiado. Me acuerdo cuando era apenas un muchacho. Parecía tan claro, cualquiera hubiera apostado a favor de su brillante porvenir. Quizás no muy inteligente, pero despierto y esforzado, eso sí, con sus ojos húmedos, casi lastimosos, una mirada triste, conmovedora y abre puertas. Sin mayores palancas, el padre, un donnadie que trabajó toda su vida para el ferrocarril y para las borracheras del sábado; la madre una esclava de la casa, no sé si la conoció, al final sólo le quedaron los ojos saltones y deformes, se la devoraron entre el esposo y los hijos; dos hermanas que se echaron a la calle y las otras malcasadas con abundantes proles creciendo en cuartos cerrados repletos de miseria. Arturo el único varón, porque el otro no se cuenta, un inválido que todavía babea estupideces y babas legí-

timas y apestosas, creo que ahora está en el asilo. Desde pequeño tiraba hacia arriba, me consta que se remendaba y lavaba la ropa él solito, vendió periódicos, hizo mandados, lustró zapatos, mucho mérito en realidad. Ahí lo ve, lo que se hereda no se hurta, un infeliz después de tanto estudio, de tanto tirar hacia arriba. La gente ahora lo desprecia, a mí no sé qué me da verlo. Toda su historia de puestos importantes, cualquiera se la resume en equivocaciones de unos y otros, como si él no tuviera ningún valor. Nadie sabe lo que es venir de tan abajo y recibir algo y después ser halagado y tener oportunidad de surgir, de seguir hacia arriba. Que cambió de partido, que se vendió al mejor postor, que fue un veleta, que llegó a ser un objeto que ya nadie quería, es cierto, todo es cierto. Otras palabras más duras se podrían usar. Arturo, con su cara de santo y sus ojos claros, bien parecido, con un título bajo el brazo, era natural que empezara por la izquierda, donde lo conocían un poco. Después, la primer mano refinada que se le tiende y a la derecha discreta, a vociferar los peligros de sus viejos compañeros. No se puede negar que su voz era agradable, ahora no sé, apenas si dice adiós con una debilidad vergonzosa. Ni cortos ni perezosos, la derecha extrema lo llamó, un buen salario y un magnífico puesto. Me imagino se sintió subiendo un escalón. Y allí, de un día para otro le cortan la confianza. El llamado una y dos veces, sigue creyendo en las llamadas, se ha acostumbrado a las casualidades como si tuvieran un ritmo normal. Y, no lo llamaron de ninguna parte. Entonces volvió a la derecha discreta, ya para entonces había adquirido compromisos muy formales, compró casa, se casó con una de esas uñas largas y esmaltadas que le multiplicó las obligaciones. Ya no podía regresar a la izquierda y en la derecha discreta siempre se encuentra campo, no hay en realidad por ahí muchas ideas fijas y cualquiera es bienve-

nido. Empezó Arturo una campaña dura, ya no en contra de los de abajo, se ensañó con los de arriba. Poco duró en el ejercicio de la palabra, algunos encontraron en sus escritos una versión de mal gusto y muy repetida del sermón de la montaña, otros —los mandamás— no quisieron ese material inflamable, que tiene un título rojo de mala palabra. Otra vez afuera, volvió a tocar la puerta de la izquierda y nadie se molestó en contestarle. Después, algunos desocupados le publicaron trozos de su pensamiento, con cambios rotundos de una semana a otra. Arturo, el talentoso muchacho de porvenir, estaba muerto y de la peor muerte, la de la burla. De nuevo con el título bajo el brazo, empezó el calvario de clavarlo en las paredes, primero en un bufete pretencioso, con su salita de recibo y secretaria, luego en el cuarto cerrado y baño a la vuelta del corredor. Ahora lo debe tener en la casa. ¡Pobre Arturo! De agente vendedor con el muestrario a cuestas. Lo peor es lo mal que luce. Cuando se acaba la claridad de los ojos, ya no hay nada que hacer. No se ve la persona, se ve su miseria turbia y absorbente. Y no conmueve, todo lo contrario da hasta miedo. Pobre Arturo, un meteoro que se diluyó sin brillo y sin estela. Perdón que suspire. Todos dicen que con su pan se coma las porquerías que sembró, sé que es difícil tenerle lástima, pero yo hasta en eso soy generoso.

¿Se fijó en María? Anda presume que presume. Estoy segura de que viene saliendo del salón. Nadie diría que le dolió y sí le dolió, le dolió muy poco. Fue bueno, por lo menos no peor que los otros. Algo le debe haber dejado y se lo está echando encima. Lo que lleva puesto no es de hilo barato, es italiano y lo venden caro. Debe andar de pesca, no es de las que se conforman con una cama solitaria. Nunca se ha visto luto más

disimulado, las medias plateadas, los zapatos grises, y el blanco y negro más blanco que negro, luego esas hebillas de charol tan de pecatta mayúscula.

¿Te fijaste? ¿Te fijaste bien? Te lo digo: qué perro mundo. Unos todo, otros poco o nada. ¡Qué alternativa! No sé cómo las agarra, pero las coge con las dos manos. Esa que lleva está tiernita, con cara de inocente, no le durará mucho esa sonrisa angelical, dentro de un rato ni con cirugía plástica le restablecen la inocencia.

¿Se fijó que no me dijo adiós? Pero, qué se cree ese mierda. Porque anda en carro, se siente rey en carroza. ¿Se fijó usted? ¿Se fijó detenidamente? Con esa cicatriz, a media noche y sin luz, soy capaz de gritar en sol sostenido. ¿Te fijaste? Pero, no te fijaste. Hacelo con disimulo. El ojo izquierdo es de vidrio. ¿Se fijó? Ese cada vez que miente se le hincha el labio. ¿Te fijaste?, claro que te fijaste, a vos no se te escapa nada. ¿Te fijaste? Ese hasta jugando ajedrez solo, hace jarana. ¿Se fijó usted? Con ese caminado de monja, se las pega al marido. ¿Te fijaste? Te lo había dicho antes, esas pancitas no se paran así espontáneamente. ¿Se fijaron? Esa rascadera del tipo me pone nerviosa. ¿Se fijó usted? Tan temprano y con ese olorcito de ron añejo. ¿Te fijaste? En ese mundo hay dos clases de personas: las que se fijan y las que se retefijan, las primeras son por supuesto las educadas, y las otras no tienen cultura, no señor, se quedan mirando, no saben que se puede uno fijar sin ver tanto, con disimulo, pescar todos los defectos como quien no los ve, agarrar descuidado, ese es el arte. ¿Se fijaron? Una sarta de tonterías, una detrás de otra, y porque somos unos

acomplejados, unos cobardes, unos panestibios, nos contentamos con sonreírle y decir qué interesante, pero qué interesante. ¿Te fijaste en los zapatos? No sólo tuerce el pie derecho, sino que también pretende meter goles con el izquierdo. ¿Se fijó usted en la expresión? Hipocresía en esencia, ese arrastrar las sílabas y rebuscar palabras, como si estuviera improvisando la más profunda disertación filosófica, todo para darse importancia y pretender sentir lo que no siente. ¿Te fijaste? Con ese aliento tan poco hospitalario, tiene la desfachatez de invitarnos a una discusión más a fondo. ¿Te fijaste? El mismo vestido traía ayer, te aseguro que se lo saca en la noche para lavarlo y plancharlo y ponérselo a la mañana siguiente, así y todo no hay quién la aguante, que si es elegante, se viste a la última y no se regatea lujos, para qué pretender tanto sobre el uniforme de la pobreza. ¿Te fijaste? Ese debe andar buscando empleo, con su tarro de vaselina perfumada sobre el pelo, debería saber que Gardel fue sólo uno. ¿Se fijaron? Siempre juntos, no se separan ni para mear, a mí no me las hacen nada buena. ¿Se fijó usted? No quiero pasar por entrometida, pero definitivamente hay cosas insoportables, esa manera de mirar como si fuéramos hormigas. ¿Te fijaste? ¿Te fijaste bien? La cara no es extraordinaria, pero el cuerpo, qué cuerpo, ni con las manos abiertas y extendidas logro coger una de esas toronjas. ¿Se fijó usted? Ahora no se puede confiar en la gente. Me estaban jalando la cartera. ¿Se fijarán aquéllos? ¿Se fijarán éstos? Quizás no se dieron cuenta, ya la moda de fijarse está pasando, las personas son distraídas, cada una va rumiando sus cosas y no tienen tiempo para fijarse.

—Tengo muy poco tiempo, desde que llegué te dije: tengo muy poco tiempo.

- Ya lo sé.
- ¿Entonces?
- Si pudiéramos conversar de algo.
- ¿De qué?
- No sé, de cualquier cosa.
- No tengo tiempo.
- Ya lo sé.
- Lo sabés y seguís ahí sentado, igual que si no lo supieras.
- No puedo hacer otra cosa.
- ¿No tenés ganas hoy? Decilo francamente.
- No es eso, siempre confundís las cosas.
- No estoy confundiendo nada, simplemente tengo poco tiempo y vos parecés sin ganas. Aún estás vestido.
- Quizás estoy romántico.
- ¿Romántico? Siempre has estado romántico.
- ¿Qué te pasa?
- Nada. Estaba pensando que ya no me contás tus cosas.
- ¿Cuáles cosas? Te dije que no había nada nuevo, todo está igual.
- ¿Igual?... ¿Cómo pueden estar siempre las cosas igual?
- Aquí nunca pasa nada nuevo y lo nuevo se sabe tan pronto que ya es viejo. Vamos, animate un poco.
- Estoy animado. ¿No querés tomar algo?
- No tengo tiempo.
- ¿Y?
- Estoy esperando.
- Anoche no dormí muy bien.
- Seguro ni te acostaste.
- No fue eso, me fui a la cama demasiado temprano y después me desvelé.
- La falta de costumbre.
- ¡Qué cosas tan sin sentido! Soy un hombre formal.

—¿Y? Te estoy esperando.

—Cuando era chiquito, tardaba más de dos horas en desvestirme. No me gustaba.

—Ya no sos un chiquito. Podés hacerlo más ligero.

—¿Te importa que me deje las medias?

—Eso es cosa tuya.

—Tengo frío.

—No tenés ganas.

—¡Vaya! Vos no tenés tiempo y yo no tengo ganas. Hoy estás imposible.

—Estoy esperando, eso es lo que pasa y vos no te decidís.

—¿Te importa si silbo?

—¿Por qué no hablamos claro?

—Eso es lo que te pedía hace un rato, que habláramos y me dijiste que no tenías tiempo.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No es cómodo estar aquí, así, y vos sentado complaciéndote en tu propia lentitud. Algo te pasa.

—Me pasa que me perturba tu falta de tiempo.

—Y... ¿hasta ahora se presenta la perturbación?

—Ya me sé el cuento de que antes era diferente.

—Lo que no querés admitir es en qué consiste la diferencia.

—Vos, por supuesto, lo sabés.

—La intuición de la mujer nunca engaña. Ya no me querés como antes.

—Empezó la letanía del desamor. Al segundo día de conocerte ya me decías que había cambiado, que antes era mejor.

—Todo era antes diferente, vos mismo me desnudabas. Ahora ni me volvéis a ver.

—No me das tiempo, nunca hay tiempo para nada.

—Hay tiempo suficiente, pero no querés aprovecharlo.

—Bueno, si hay tiempo tomemos un trago y conversemos.

—Es mejor que me vista de nuevo, tengo los nervios de punta.

—Estás intratable.

—Las palabras sobran frente a los hechos. Me he estado pasando de estúpida.

—¡Qué forma de tomar las cosas!

—Hubiera sido mejor que usaras el teléfono.

—¿Para qué?

—Para decirme que no querías hoy.

—Pero, si te llamé para decirte que nos encontramos.

—Por compromiso, puro compromiso, creés que necesito... quién sabe qué.

—Yo te necesito, te quiero...

—¡Y te deseo! Eso es lo único que te falta por decirme.

—¡Mirá! No entiendo por qué perdemos el tiempo en discusiones tontas.

—¡Quién habla de perder el tiempo!

—Esto es absurdo. Una semana entera esperando este momento y ahora estás dispuesta a irte.

—No me gusta rogar.

—Y ¿yo tengo que rogar ahora?

—Ya no hay tiempo.

—Pues tiene que haber.

—Te digo, ya no hay tiempo.

—No me vas a dejar así.

—Te podés poner rápidamente los zapatos y la chaqueta.

—No me refería a eso.

—Ya estoy lista, nos vemos.

—¡Un momento! Estás tan linda, con esa mirada indiferente, fría, me gusta esa suavidad de tu cutis. Dejame... sólo te pido unos minutos.

—¡No tengo tiempo!

—Es cosa de segundos. Estoy arrepentido, pero no quiero llevarme el recuerdo de tu ceño. No seás mala.

—Ya te he dicho que sospechan y quedé de llegar dentro de una hora, sólo faltan unos minutos. Por favor, dejá las manos quietas. ¡No puedo!

—Te estoy pidiendo unos segundos, nada más unos segundos.

—¡Me estás despeinando!

—Después decís que no estoy loco por vos, ve como me pongo.

—¡Me estás arrugando el vestido!

—¿No podés estarte quieta? No soy ningún violador de mujeres.

—¡Dejate de bromas! Debía estar ya en camino.

—Sólo un ratito...

—¡No puedo!

—¡Te lo ruego!

—No seás necio, te lo advertí con tiempo.

—¡Te lo imploro!

—¿Qué hora es?

—¿A quién le importa la hora?

—A mí, que tengo familia y obligaciones.

—Me encanta el color de tu piel, tan blanca, tan íntima.

—Por favor, decime adiós decentemente.

—No puedo, este olor me enloquece.

—Mi maquillaje debe estar hecho un asco.

—Estás preciosa, siempre lo estás.

—En estos momentos estarán llamando al dentista...

—Podés decir que fuiste a otro lado.

—No puedo mentir con facilidad.

—¡No me dejés solo!

—Hace un rato no querías nada.

—¡Te necesito! ... si te vas voy a hacer una tontería.

—¿Qué sonó?

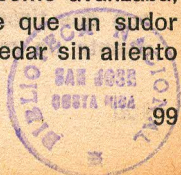
—Tu reloj se cayó al suelo, ya tenés el pretexto ... Querida, te prometo ser lo más veloz que pueda.

La creación no fue sencilla, página primera del libro, la que tiene la ilustración del señor con barbas, a ver, sí esa misma. No había nada. Ni árboles, ni seres humanos, ni animales, ni sol, ni cielo, ni estrellas. Tampoco había carros, mi hijito, eso surgió después, mucho después, ni bicicletas, ni llegaba el niño Dios para las navidades. Todo estaba oscuro, muy oscuro, porque todavía no se había hecho la luz. No, no existía ni esta cama, ni estos muebles, ni el cuarto, ni las casas vecinas, te digo que todavía la tierra no estaba hecha. No, Dios no se sentaba, él estaba en todas partes y no tenía por qué sentarse. El nunca se cansa, sólo después de la creación, necesitó reposar un poco. No se sentó, en el cielo no hay sillas, ni camas, es otra cosa diferente. Algo distinto a la tierra, no te puedo dar descripciones exactas, pero es como un enorme espacio donde se vaga sin dirección precisa. No, no hay semáforos, ni calles de doble vía. Tampoco llegan allá los aviones. El cielo está más alto, más allá. No, ni tormentas, ni aguaceros, ni fríos. Tiene una temperatura adecuada y flores y cosas muy bellas. ¿Como qué? Pues como esos pájaros grandes, llenos de colores, que a veces se ven saltar en las ramas altas de los árboles, y guiraldas de rosas, plantas preciosas ... y cantos dulces, de arpas ... y caminos de nubes con un colorido brillante ... y ángeles y querubines. Los querubines son unos seres celestiales, que resplandecen. Los niños más bonitos de la tierra pasan allá a ser querubines. Saben tocar música con las manos, que se hacen flautas con

los sonidos más maravillosos. Pues te iba contando que Dios creó todo el mundo y lo fue haciendo por partes: primero la luz, el firmamento y las estrellas. No, no es esta luz que se enciende y apaga dentro de la casa, es esa luz que amanece todos los días como un mensaje divino. Te levantaré temprano, una mañana de éstas, cuando ya estés mejor, para que la podás ver. No recuerdo exactamente el orden, pero creo que después hizo los mares, las aguas o quizás primero fueron los planetas y la tierra. Empleó siete días en crear el universo. Cada mañana pensaba en algo nuevo y eso nuevo surgía tan pronto como lo deseaba. Así hizo el paraíso y en él colocó a Adán y luego a Eva. El paraíso era muy parecido al cielo. Lleno de flores, de frutas, de música, de arroyuelos. No, más lindo que la finca de tu abuelo. Un remanso de paz, no había bulla, ni peligros, ni animales malos, ni pesares. No, no había niños en el paraíso. ¿Por qué? Pues... todavía Adán y Eva no habían tenido hijos, Dios no había pensado en eso. Esperate un momento: sí había niños, eran los ángeles y los querubines, y ellos jugaban alegremente en las praderas, unos verdaderos toboganes de risas y deleites. No, no podemos ir al paraíso. Hay que esperar toda una vida para irse allá, además es necesario que ganemos la entrada a través de los buenos actos, de la obediencia sobre todo. Sí, tu hermanita está allá, esperando por nosotros. Algún día estaremos con ella. Pero, volvamos al catecismo. ¿Por qué tenemos que esperar? Esa es una especie de condición que nos puso Dios, con el propósito de hacernos dignos del paraíso. Tu hermanita fue escogida para estar allá por siempre como un lindo angelito más. No, vos no podés irte todavía, no hablemos de tonterías. Eso me pone nerviosa. Hablemos de otra cosa. Vamos a ver si te acordás de cómo se persigna un niño bueno. En nombre del Padre, del Hijo, no, a la izquierda, no sigás mi mano. Mirémosnos los dos en el espejo.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Muy bien, eso merece un premio. Mañana te compraré un libro de cuentos, con muchos dibujos. No, sobre el paraíso no. Los libros sobre el paraíso no son muy bonitos, no tienen ilustraciones. ¿Te duele la cabeza? Ahora viene un cuento que va a alegrar tus ojitos tristes. Era una vez, en el país de los conejos, un conejo muy travieso, que le había sacado canas a todos los conejos viejos...

Un acto tan puro, tan espontáneo, que conmovió y sorprendió. Una mañana como ésta, la luz sobre los ojos y el campo verde, extendido, claro. Se podía ver sin mayor es fuerzo cada movimiento. En un principio parecía que todo se iba inclinando hacia el aburrimiento. No ocurría nada, para allá, para acá, con la naturalidad de los que van y vienen. No había fuego, ni pasión. Tranquilidad, limpieza, orden. Quizás eso hizo que algunos no se fijaran bien. Cuando los movimientos se van tranquilizando, algunos se distraen. Eso es natural. Empiezan las conversaciones con los que están a la par, muchos asisten para hablar, hasta para tener oportunidad de hacerse amigos de otros. Así es la gente, no todos participan con la misma emoción de los grandes espectáculos. Como te decía, no había pronósticos de tormenta ni de grandes emociones. El campo verde, bien guardados los sitios y la situación normal. De repente el tipo se volvió de espalda y empezó a correr para atrás, con una maestría increíble. No todos se dieron cuenta, pero los que estaban observando percibieron que pasaría algo. Así fue. La respiración empezó a contenerse y se hizo el silencio, el silencio más imponente que he escuchado en mi vida, casi se oía al tipo avanzar y cómo avanzaba, cortando el aire. Me dio la sensación de que un sudor húmedo le recorría el cuerpo y se iba a quedar sin aliento



de un momento a otro. Indescriptible. Tantos metros, tantos. Allí iba con la fuerza de una locomotora y la agilidad de un pájaro, porque a veces se levantaba del piso y casi volaba. No exagero, jamás volveré a ver algo así. Cuando se detuvo la gente estaba de pie, respetuosa, sobrecogida, silenciosa. En segundo se preparó serenamente. Ya tenía a su haber todo un espectáculo. Entonces sucedió lo inusitado: gol, un gol histórico, fenomenal, gigantesco, el más legítimo, el más puro, el más individual que he visto en mi vida. Nunca lo olvidaré. Después de los aplausos y la exclamación, te aseguro que mucha gente lloraba. Una cosa sagrada, un momento épico, como me imagino debe ser el regreso de un ejército victorioso. Los del equipo contrario también aplaudían. Te lo juro que fue así. Después de eso, después de eso, no he encontrado nada, ni emoción, ni placer.

Señor Presidente: Ya no lo puedo soportar más. Me molesta su retrato de todos los días en el periódico. Tiene usted una sonrisa sangrona. Estoy por cortar voluntariamente la electricidad si lo vuelvo a oír por la radio. Me hace usted daño. Me produce acidez, me afecta el hígado y me provoca palpitaciones de odio. He pensado seriamente en irme lejos, pero pienso que quizás usted tenga todavía algún respeto por sus compatriotas. Eso me anima a pedirle que sea usted el que se vaya a otra parte y me deje tranquilo a mí, aquí, donde tengo mi casa, mi familia y mi trabajo. No puedo ofrecerle mucho, pero estoy dispuesto a contribuir con algo para su viaje. Soy una persona decente, por eso no he pensado en asesinarlo. Sin embargo, comparto el criterio de todos aquellos que lo quieren tranquilo en la morgue, con dos tiros en la frente y cinco en el abdomen. Dese cuenta de que nos tiene cansados, muy cansados, casi

al punto del peligroso cansancio, capaz de hacer tontearías. El exilio para los presidentes es siempre muy agradable, salen después en los periódicos, con anteojos negros, ropa sport, seguramente veraneando en alguna playa bonita con bañistas casi en cueros. Aquí usted no la pasa tan bien, es muy probable que se vea obligado a satisfacer sus ... (esos puntos suspensivos significan que se me olvidó la palabra adecuada para un trato presidencial, entre amigos sí sabría qué decir) a escondidas. Además, tiene el problema de todo el que se le acerca, desea algo de usted. Hasta yo. Bueno, hablando de otra cosa, si no acepta mi solicitud de irse, por lo menos podría mandar a arreglar la calle en que vivo, tiene tantos huecos que todo mi salario se va en pagar facturas por servicios biológicos y mecánicos. Y nada más, señor Presidente, nada más.

—Doctor, lo he estado llamando toda la mañana. Usted perdone mi impertinencia. No he dormido. El pobre solo en la clínica.

—No se preocupe, señora, usted no molesta, estamos para servirla.

—Gracias, comprenda mis inquietudes. Ahora casi no me atrevo a preguntarle cómo está. Tengo miedo, un miedo horrible, no quisiera que me dijera eso de que lo viejo no tiene arreglo.

—Señora, recuerde que lo trajimos para curarlo.

—¿Tiene curación, eso es lo que me quiere decir?

—Estamos haciendo lo posible.

—Gracias, Santa Rita, gracias por tus favores.

—¿Decía usted?

—Gracias, doctor, por sus esperanzas y por sus esfuerzos.

—No le puedo confirmar nada, pero he podido verificar mi diagnóstico: pulmonía.

—¿Y, se salvará? Tiene que salvarse, es lo único que tengo.

—Estamos tratando de salvarlo.

—A su edad debe ser muy peligroso. ¡Mi pobrecito!

—A cualquier edad la pulmonía es cosa seria.

—¿Se ha quejado mucho? ¿Sufre? No se puede imaginar lo que me inquieta eso. No soporto pensar en que está sufriendo. ¡Mi ángel!

—Está prácticamente dormido.

—¿Un sueño tranquilo? El acostumbra a sonreír mientras duerme. Está tan acostumbrado a mi rincón y a mi calorcito.

—No creo que ahora extrañe mucho sus viejos hábitos.

—¿Está inconsciente? ¡Santa Rita, por favor! Doctor, ¿lo puedo ver?

—Sí, puede venir, pero le ruego que no lo saque de su jaula.

—Mi pobre gatito en una jaula, mi angelito, Santa Rita qué pasa, tanto rezar y prometer. Voy para allá, doctor, gracias por atenderme. Llego enseguida, mientras tanto podría darle un besito de mi parte?

Sobre la esperanza, ¿qué poner sobre la esperanza?, dos huevos duros y un pedazo de pan, un adiós y que te vaya bien, con una voz suave, cariñosa, y después esperar, esperanza es esperar, con paciencia, con fe y eso no se prepara como los huevos duros y el pedazo de pan, necesita lo que no tengo, lo que me falta, el toque que ilumina el gris, la transformación indignada de lo que germina marchito, y chao, la esperanza se rompió, a esperar por otra esperanza, más cerca del tamaño real, la esperanza medida con las dimensiones del consuelo.

Vendrá y se sonreirá tristemente, las cosas de la vida, y luego se sentará junto a la ventana con la mirada perdida. Dirá quizás "la mañana está esplendorosa". Ya es tiempo, con su mano metida en el bolsillo apretará con rabia la hoja arrugada. La habrá leído una y otra vez, al tiempo que repasa las caras y sospecha amargamente de amigos y enemigos. Se hablará consigo mismo para volverse generoso, sé que detesta la más mínima condescendencia con los demás. Odarlos es algo horrible para él, es una especie de intimidad a la que nadie tiene derecho con él, porque él es especial, único, elegido por él mismo en la seguridad de una independencia que merece por ser él, él como un individuo que ha logrado el control de sí y a través de eso el control de los demás. Sin embargo, ahora lo han pisoteado, lo han insultado, lo han humillado en lo más íntimo. Estará dolido, tiene que estarlo. No sabe, cómo puede saberlo, que yo estoy pensando tanto como él en ese horrible, indigno, sucio papel. Sólo él y yo sabemos qué parte es mentira, pero ninguno de los dos puede determinar qué parte, a cuál corresponde la verdad y a cuál la mentira. Y ¿si viene y me mira con sus ojos amargos, fijos? Sentiría el peso de su indignación sobre mí, entonces hasta el más mínimo gesto me delataría. No, no lo hará. ¿Por qué lo va a hacer? Es incapaz de hacerlo, porque no es fuerte, ni valiente, ni indomable, ni siquiera se deja llevar por el pensamiento y por la pasión. Es un dominado, un atleta de los músculos y de los gestos, nada parece importarle dentro de su teatralidad aprendida, pero por dentro se lo comen los gusanos, como a la mayoría de la gente aquí. Los gusanos de la mezquindad, de la envidia, de los golpes bajos, del deleite con la desgracia ajena y el terror, el espantoso terror a la desgracia propia. Que todos se hundan, mientras yo los veo hundirse, y pobrecitos, qué mal se ven, qué mal están, qué mal les está yendo! Ahora es distinto, alguien

se ha atrevido a alimentar sus propios gusanitos y decirle con la misma maniobra del golpe bajo, encubierto con el peso completo de la hipocresía, que detrás de su sonrisa segura hay también toda clase de suciedad. Tal vez no venga hoy y sólo desee esconderse, aislarse, pasar su amargura solo, adivinar hasta donde sea posible el quién y el por qué. Puede ser, debe estar dolido y desorientado, no es agradable sentir la picota de la sospecha atisbando por ahí como un franco tirador. Es lo más curioso, cada quien parece vivir en esta ciudad, enseñando claramente lo que es. Oficio y beneficio, dirección, religión, ideología familia, amigos. Por supuesto, en dimensión de cuadro perfecto. Por dentro laberintos y caminos subterráneos, una laboriosa inteligencia al servicio de lo aparente, y un pandemonio exquisito, de tamaño increíble, cuidadosamente resguardado. Me tengo que reír solo, aunque sea un síntoma de locos. Toda esa vergüenza que nos cuelga de la nariz, de los ojos, de las palabras pegajosas que vamos diciendo día tras día, como si no hubiera otro medio de comunicarse que el mutuo piropo, y por dentro la colocación diaria de ladrillos para sostenernos por lo menos de puntillas. El que puede se coloca sus propios zancos. Tímidos, callados, complacidos con el espectáculo ajeno, casi sumisos al qué dirán, con un miedo terrible a los comentarios, con la medida de la discreción siempre en los labios, y qué refinado gusto de crecer sobre los demás, hechos enanos, ese inalcanzable deseo de convertir en horribles monstruos a vecinos y amigos, hasta los más queridos y respetados parientes. Si pudiéramos solamente medir ese odio terrible que tenemos a los primos de la misma edad, que han sabido los desgraciadas tomar el buen camino del progreso y de la aceptación. Si alguien pudiera valorar ese odio llameante que producen los mejores amigos, especialmente los que han sido compañeros de escuela y colegio. ¡Qué revelación para el conocimiento del

hombre! Vendrá, sí que vendrá. De un momento a otro tocará la puerta. "Qué hay de nuevo" y sin esperar mi respuesta se sentará cerca de la ventana, como siempre con una mirada fingidamente perdida, "me están jodiendo", lo dirá muy bajo, con cierto dolor disimulado, "parece que ahora es mi turno" y creará que en su tono pretenciosamente valeroso está escondiendo el escozor que le anda por dentro, lo quema, le duele, lo martiriza constantemente, y no preguntaré, me haré el que no he oído nada, comentaré cualquier cosa con entusiasmo, con alegría. ¡Cómo le dolerá eso! Mi mundo feliz, sin preocupaciones, sin angustia, seguro, hasta alegre. Me verá para tratar de comprender en dónde está la mina de mi fuerza y pensará en qué se ha equivocado o qué le ha faltado para encontrarla. Entonces, hablaré de música, de un nuevo disco, eso lo martirizará más... Es mejor citar un plato delicioso, pensar en algo comible y digerible. Eso es más eficaz, perturba agudamente. También le diré que me siento muy bien, estoy durmiendo como un niño. Entonces, tratará de irse, no podrá soportar mi alegría, "me voy, tengo pendientes unas cosas importantes", creará que su misterio puede inquietarme un poco, pero yo sé del papel en el bolsillo, arrugado con rabia, con miedo, con ese anuncio de soy comentado, soy observado, estoy expuesto, por quién y por qué. Es muy seguro que llegue "cómo vas" y se quede parado, con los ojos amargos y empiece a decir que la vida no vale la pena, está cansado de vivir aquí y se piensa marchar a otro lugar, a cualquiera. "Estoy harto, en este hueco me estoy ahogando, no nací para soportar tanta miseria, tanta mediocridad, tanto bruto embruteciéndolo a uno" y respirará hondo, para seguir el discurso de que lo cansa esta aldea de viejas chismosas, de gente conformista, "es que aquí sólo se puede vegetar, se nace en una maceta y no hay forma de dejar de ser maceta toda la vida". Así habla por dentro, así tiene que hablar,

pero jamás lo ha dicho, no se anima, cree que puede ofender con sus palabras la divinidad patriótica que le corresponde por haber nacido en un inmundo hueco. No dirá nada de eso, no lo dirá. Entrará como cualquier otro día, seguro de sí mismo, me saludará con un gesto cortante, se sentará cerca de la ventana como siempre y ojeará el periódico. "¿Algo nuevo?", no esperará mi respuesta y empezará a contarme, como si nada hubiera pasado, que anoche vio a fulano y a zutano y hablaron hasta tarde, "no te podés imaginar qué interesante, fue una lástima no estuvieras". No sabré, ni podré imaginar si tiene el papel en el bolsillo. Ni un gesto, ni la menor amargura lo delatará. No querrá ceder, el maldito, no querrá enseñar ni la menor hendija. Y hablará y hablará, como siempre, con el tono monótono de su voz, sin alteración alguna, no existe para él la angustia, ni la impaciencia, el mundo marcha perfectamente y sabe hacia dónde va, un día perfecto, como todos, qué importa que por allá largo haya guerra o por acá cerca muchos pobres, muertos de hambre. Cada uno con sus problemas y una buena perspectiva para contemplar la maravillosa armonía que reina en el universo. No es fácil vencerlo, es demasiado vegetativo, ya no tiene la fuerza de la reacción, o su mundo interior, su pandemonio es tan enorme, que no hay campo para otra cosa, y su dominio sea un dominio de fuerzas sumergidas que nunca podré conocer, porque mi paso está prohibido hacia su propia intimidad. Eso no es posible, ni lo uno ni lo otro. Tendrá que venir a contarme con voz acongojada que no merece eso, lo han maltratado, "a mí que no me meto con nadie, que he hecho del respeto a los demás una norma sincera de mi vida, que he dado tantas pruebas de humanismo, de cordialidad y hasta de aceptación a las debilidades de los demás, no a mí no me pueden hacer eso, insultarme, ofenderme en lo más sagrado, no lo merezco, no". Así tendrá que venir y si no lo hace ... pues lo hago yo, me

mando un papel semejante y toco su puerta y explota. Ese timbre del teléfono me tiene loco, no lo contestaré aunque reviente. Es capaz de ser él porque quizás ha decidido desahogarse por teléfono, darme la noticia fríamente y esperar mi reacción, para examinarla a sangre fría. No le voy a dar ese gusto. Estaré indefenso en este extremo, sin ver sus ojos, la forma de mover la boca, el ritmo de su respiración, el compás de sus gestos. Cómo voy a saber si mientras me cuenta el asunto y hasta me lee el papel, está cómodamente sentado, con mano libre rascándose donde le pica, o totalmente relajado y me hable con la naturalidad con que se tira un pedo cuando está solo, con esa soledad que para mí es un territorio extraño, donde quién sabe por qué raros, oscuros laberintos andará, llenos de trampas para mí ... pero, yo también estoy en mi extremo con la única ventaja de saber un punto, un solo punto, el contenido del papel. Aló ... ¿quién? ... no te reconocí la voz ... estás ronco ... nada nuevo ... estaba leyendo ... qué hiciste anoche ... me alegro tanto ... claro, te puedo prestar el libro ... está bueno que estés trabajando ... ¿la máquina de escribir? ... yo la vendí hace unos meses ... quizás te pueda conseguir otra ... bueno, si es tan urgente podés llamar a Chico, creo que él no la está ocupando ... ya lo llamaste ... es mejor que me digás a quiénes has llamado ... pues yo no sé de nadie más con máquina ... lamento no poder ayudarte ... si en algo te puedo servir, no dejés de llamarme ... nos vemos ... Qué risa, qué risa, y sin embargo no me río, es demasiado obvio que me dé risa. ¡Un pobre infeliz! Con fe en su inteligencia, como si fuera la piedra filosofal. ¡Qué monumento le debe haber hecho! Pedirme la máquina, he perdido miserablemente el tiempo. Cierro el capítulo de uno más en este país, que se cree el oráculo de Delfos.

Libre asociación de ideas. Reposar primero, dejar la mente en blanco, venga lo espontáneo, pronto. Camisa, hipnosis, crisis, laringitis. Las is me suenan a Egipto. Quizás por Isis, Diosa, amor, erotismo, quijotismo, comunismo. Los ismos me suenan a remedio que no cura. Va lento y sin provecho alguno, ni luz, ni horizontes amplios. Llegar tarde, un mundo ocupado, cada quien en su sitio y a conformarse. Un bar, sonido de copas, me gustan los borrachos, me gustan más que los sobrios, tienen una dimensión más amplia, crecen, luego un aterrizaje mezquino, se encogen, la religión, el pecado, la conciencia, ciencia, paciencia. El ciencia tiene un sonido importante, pero gris, definitivamente gris, puerta cerrada, hora de ratones y de alacranes. No viene la luz, no progreso, no consigo lo que busco, oscuridad, casualidad, bondad. Los ad son las tuercas impotentes, no amarran, dejan las piezas sueltas, el herrumbre de lo sonoro. ¿Qué tal? Ahora el pie izquierdo. Respiración profunda. El aire sana y enriquece, el aire, el aire, los pulmones purificados, como los cipreses, la mente en blanco, vamos en busca de la luz, puerto, muelle, marinero, vacaciones, canciones, plantaciones. Los ciones son una carga pesada, con retumbos de cañones, guerra, paz, adelante, elefante, comandante, trinchante. Los antes son fenomenales como las orgías a las que no se asiste pero se imaginan. La luz no llega, ahora el cuello, vuelta redonda, círculo, la respiración rítmica, música, tango, arrabal, llanto, espanto, lepanto, manto. Los antos y las iglesias con los vitrales y las figuras largas, mareo, un san miguel que se cae, ahora al revés, el santo se levanta, hormiga, vejiga, ortiga, boñiga. Llegué a las igas de la ira y mareo, ahora a levantar las piernas, la irrigación de la sangre, la comunión de la madurez, vejez, estupidez, sensatez, fluidez. Los ez con su ritmo solemne en el gran desfile de las descripciones, la pintura atrassada de los payasos, y la luz sin llegar, el compás per-

dido de la respiración. Basta de baños y de pasatiempos, ahora la gran carrera, la de los ahogos, la maratónica de todos los músculos. Concentración, uno, dos, tres y corriendo, corriendo, qué bonito, corriendo.

¿Usted se ha puesto a pensar en la belleza del cuerpo humano? Un reloj perfecto, bien construido. Aplaudido a Isadora Duncan. ¿Quién fue? Una loca, una vedette enamorada de sus caderas, de sus pechos, del pelo que crece en los lugares húmedos... ¿Sabe una cosa? No sé si se afeitaba ahí, no lo sé, puede ser que sí, esos pelos no son muy estéticos, en su diario no los menciona, no que yo lo recuerde. Mire usted, estoy parado aquí esperando. Dentro de un rato le cambian la ropa al maniquí. No lo repita, si se entera la censura obligan a correr la cortina.

Estoy en contra, completamente en contra. Desde que leí la primer palabra estoy en contra. ¡Con lecciones a estas horas! Ya pasó el tiempo de la enseñanza. Estamos para dar, trabajar, sembrar. No me gusta el juego de las ilusiones, el si fuéramos otra cosa, eso es absurdo, somos lo que somos y punto. Estoy en contra del cambio. Detesto que me empujen. Mi estabilidad merece consideración. Por eso estoy en contra. Que no me obliguen, ni me griten, ni me manden. Los puntos sobre las íes y las tildes bien puestas. ¡Jugar a la escuelita a estas alturas! Estoy en contra del retroceso. Cada cosa tiene su hora, no se puede volver atrás. Que no me pidan sacrificios, ni me saquen de las casillas, ni perturben mi camino. Sé muy bien por donde voy, tengo buen sentido de orientación. Estoy en contra del progreso acelerado. ¿Qué es eso de las carreras, de las improvisaciones, de los ensayos? Anarquía en su más pura

expresión. Necesitamos orden, eso es, orden, primero una cosa, después la otra y así hasta resolver los problemas. Estoy en contra de la dispersión. Es un pretexto eso de estar en todo, una rotunda perdedera de tiempo, de esfuerzos y de voluntades. Me canso de afirmar un principio muy antiguo de la organización: vamos por partes. El conjunto es imposible de atacar. Estoy en contra de las iniciativas brillantes. Son canto de sirenas, un rastro que consume en una búsqueda inútil. Lo que se necesita es autoridad, una voz de mando que apague las promesas falsas. Para eso se requiere ser austero y la austeridad es una religión. Estoy en contra de las ideas fijas. Hay que temer a los obsesionados, no oyen, ni ven, ni huelen, están en contra de todo por la simple obsesión de salirse con la suya.

Yo... ¿Yo? Yo. ¡Yo! Al principio se duda, dudé un poco, se tiene o no se tiene fe. Tengo, la fuerza se mide con cada empujoncito. Soy fuerte, el paso es un esfuerzo que demanda esfuerzo. Seguí adelante, y así casi por milagro, se nace con la buena fortuna, los signos no engañan, por algo se duda, por algo se tiene fe, por algo se esfuerza uno, así, casi sin pensarlo, lo logré. ¡Lo logré! No hay una sonrisa sin razón, no señor, se lo digo yo.

Yo no sé, pasan tantas cosas extrañas. Yo no tengo mucho experiencia, apenas estoy empezando. Yo me canso, es humano cansarse. La cachimba se llena de tierra y el saco de la paciencia se rompe. El límite. Yo encontré el límite. Mejor dicho, lo estoy encontrando. He sido torpe, pero de tanto manoseo el cuadrado se perfila. Yo me estoy despertando.

¿Sensible? Yo soy sensible. ¿Humano? Yo soy humano. ¿Generoso? Yo soy generoso. ¿Leal? Yo soy leal. ¿Valiente? Yo soy valiente. ¿Noble? Yo soy noble. ¿Sincero? Yo soy sincero. ¿Prudente? Yo soy prudente. ¿Humanista? Yo soy humanista. ¿Cristiano? Yo soy cristiano. ¿Equilibrado? Yo soy equilibrado. ¿Modesto? Yo soy modesto. ¿Responsable? Yo soy responsable. ¿Inteligente? Yo soy inteligente. ¿Mentiroso? Yo soy mentiroso.

Yo voto por usted. Lo he pensado largamente. Yo soy un tipo reflexivo. Yo mido ventajas y desventajas. Yo no soy nada fácil. Yo soy un poco rebelde. Yo soy analítico. Yo peso mucho las opiniones. Yo pienso seriamente en las palabras. Yo medito. Y yo estoy con usted. ¿Se da cuenta? Yo voto por usted.

El yo absoluto, unidad independiente, centro motor de la individualidad, no existe, no puede existir, paralelamente están el yo-carro, el yo-salario, el yo-espejo, el yo-libro, el yo-concepto, el yo-billetera, el yo-radio-televisor-nevera-tocadiscos, el yo-aparato, el yo-cuenta corriente, el yo-paquete, el yo-clisé, el yo-sonrisa, el yo-relaciones públicas, el yo-título, el yo-pasta de dientes, el yo-gusto, el yo-amor, el yo-iglesia, el yo-catarro, el yo-mierda, el yo-miedo, el yo-escondido, el yo-cálculo, el yo-cama, el yo-moda, el yo-testimonio, el yo-recuerdo, el yo-economía, el yo-gasto, el yo-sexo, el yo-copa, el yo-olvido. Salidas y afluencias sin común denominador porque el yo se va muriendo en una forma tan opaca que después no se encuentra sobre las acciones, por debajo de las cosas, entre la selva que hemos creado en la pretensión del yo. He dicho.

Yo sé, mi instinto me lo dice. Yo no estuve ahí, pero es lo mismo, me lo han contado. Yo sentí un escalofrío, no me asusté, yo lo había sentido. Yo lo vi, ¿para qué más?

Estoy cansado de darte consejos y no hacés caso, para qué te los doy entonces, para perder mi tiempo y el tuyo, nada más para eso. Desde el principio te dije que era una mujer fácil, eso se nota al instante. Sin embargo, tu empeño en hacerla excepcional. ¡Qué ridículo! Una mujer que ha acumulado su castidad, en una especie de cuenta de ahorros, lo único que quiere es entregársela a alguien. Sin que le ruegue mucho, se le ponga adelante y le diga "venga, ya llegó su hora". Lo mismo se hace con los ahorros, llega un momento en que uno está loco por encontrar algo y gastarlos. No sé por qué te has andado con tantas complicaciones. Que si la llamo, si no la llamo, si le doy un regalo, si no se lo doy, si la invito o si no la invito, a dónde la llevo. Has errado el camino, te lo dije desde el principio, vas de cabeza hacia la iglesia, y de allí en adelante por obra y gracia de tu propia estupidez habrás adquirido los más extraños, increíbles y absurdos compromisos. Mantenerla por toda la vida, ¿te imaginás lo que es eso? Por toda la vida. Darle todo, desde calzones hasta frijoles y arroz, y ella sentada esperando qué le tenés de nuevo y si no hay nada te regateará sonrisas, sentirá pereza y dolor de cabeza. Estás loco, completamente loco. Tanta estrategia no sirve para quien sólo espera una señal y seguir adelante. Vos sos aquí casi extranjero, pues te toman como si fueras turista. Las mujeres se huelen y ya se sabe el lado de que flaquean. ¿Cómo no te has dado cuenta? Aquí todos somos expertos en eso. Oler y aprovechar los olores. Esa huele a rancio y vos tratándola como si fuera una flor recién reventada. Te doy consejos, te hablo tres horas y no me ponés atención. No movás así la cabeza, me da rabia ver tu conformismo.

Con las mujeres no se puede ser de esa manera, porque son puertas y se abren. Si empleas tantas ceremonias, si tocás con timidez, si parecés haber perdido las llaves, estás jodido, totalmente jodido. Te quedarás afuera para siempre o te encerrarán en una jaula, mientras ves por los barrotes cómo te ponen los cuernos con cualquiera. Vivimos, date cuenta, en el país del hedonismo. Aquí valen los placeres como en ninguna otra parte. La gente examina con los ojos y si estás aceptado te quieren saborear un poco, después todo depende del sabor que des. Los que más se cotizan son los sabores dulces, con un toque de amargor, ésos que no se dejan devorar, pero gustan y se está dispuesto a sacrificarse un poco por volverlos a saborear. Quisiera abrirte los ojos y despertar tu olfato, no se puede aquí jugar a la inocencia, eso no produce placer, más bien asusta, afecta la salud mental porque desbalancea. Es grato conocer a otro más pecador, más salvaje, más animal que uno mismo. Cuando te encontrás a uno muy bueno, muy puro, muy inocente, te da risa primero, luego te pone nervioso y finalmente te sentís muy mal. Aquí nadie quiere personas ejemplares, aunque todos aparenten serlo. Les gusta lo matizado, lo pintadito de blanco, negro y rojo. Es natural: la monotonía siempre grita por la variedad. ¿Vas aprendiendo? Decís sí, pero sospecho te entra por un oído y te sale por otro. No sé por qué me tomo la molestia de asesorarte, tal vez me apena que una mujer como esa se ponga a jugar de gran dama con vos y aceptés la comedia con la resignación de un principiante. Según me has contado, tu experiencia ya es algo, empezaste muy pronto a saber que nos desean y deseamos, y el mejor camino de que coincidan los deseos es complacer y complacernos. Muchas veces me he preguntado qué hace posible los encuentros en su punto, ¿me entendés? Hace poco lo aprendí, la sabiduría de esperar y la sabiduría de actuar en el preciso momento de la oportunidad.

Ni antes ni después. Por ejemplo, con esa mujer te está cogiendo tarde, ya has actuado demasiado. Supongo le habrás dicho mucho, promesas, descripción de sentimientos, romanticismos y dentro de las grandes explosiones verbales, habrás tomado la actitud de mantener una distancia respetuosa. ¿Te reís? No me estoy equivocando mucho, por lo visto. Tu sonrisa es triste, siempre son tristes las sonrisas de la aceptación. Es difícil salir del punto en que estás metido. No hay mucha perspectiva por ningún lado. Lo mejor es ocultarse por algún tiempo, darle la impresión de que andás en otra cosa, un poco perdido... Quizás te llame y eso te dará oportunidad de cambiar el rumbo. Atenderás la llamada por supuesto, pero sin mucho interés, has estado por ahí, un poco desorientado, aburrido, sin ganas. Por cierto, para los hedonistas de aquí eso es lo más raro del mundo, lo que te consagra como una persona elegante, de gustos refinados, a la que no es suficiente el placer que se obtiene alrededor y necesita algo más exquisito, más exótico y tiene la valentía de aburrirse, aburrirse está muy bien, porque es ascetismo dentro del más puro sentido del hedonismo. Ella se extrañará y te empezará a ver distinto, por supuesto interesante, y la puerta se abrirá poco a poco, ya verás. Para algo ha guardado su castidad, su pequeño capital que se ha ido desvalorizando y sabe perfectamente es necesario emplearlo ahora, ya, antes de que pierda valor. La está dejando el tren y el tiquete no sirve para el que viene. Eso se lo recuerdan los avisos de cremas, los anuncios de hormonas, las conversaciones de las amigas, el recuento de las miradas. Te resultará más fácil aún de lo que supongo, pero por favor medí tus iniciativas, no hablé mucho, economízate un poco; ella está en la época del despilfarro. Ya te llegará la hora en que se presente una, una de esas que sacan el aire, y adiós hedonismo de orgasmos, salvo los disciplinados y caseros y los eventuales contempla-

tivos. Entonces queda el recurso del otro hedonismo: la política y su permiso abierto para opinar de todo y contra todo, la libertad absoluta de comentar la vida ajena a viva voz y sacarse el otro yo con la furia del huracán y con la pretensión del terremoto. También ese se acaba con el puesto público, pero no hablemos de cosas tristes. No sé si me estoy imaginando que mis consejos hacen efecto, pero te veo más tranquilo, más sereno. De mujeres, aunque no creás, se aprende mucho en las mesas de tragos. Ponele atención a esos dos, llevan horas hablando de las muchachas. Anoche los vi en El Infierno, las conocían a todas. Te aseguro, cualquiera de esos ya tendría dentro del bolsillo su capitalito. No te enojés, pero yo también podría obtenerlo, no te quiero hacer la competencia, eso la haría demasiado interesante y además ya estoy muy complicado. Las que tengo en baño de María, andan muy cerca del punto perfecto. ¿Te conté de ellas? Una es casada, la táctica es la del contraste, me he hecho tan diferente a su marido que ni me conozco, un ejemplar de entretenimiento, ternura, hombría, generosidad y aprecio. La otra no está interesada en cualidades, tiene la mirada fija en un rápido viaje hacia la sacristía. Quiere colocar sus ahorritos en un lugar seguro, no está mal de cintura para arriba y de cintura para abajo, pero no soy de los que voy a dar ese paso para complacerla. Prefiero perturbarla un poco hasta que se acostumbre a la perturbación. Con la tercera estoy en el período de las miradas entendidas, le digo con los ojos lo que quiero y ella me contesta entre sí y no y le gusta seguir mirando. A la cuarta la tengo en proceso de lo toma o lo deja, me lo da o se lo quito, una verdadera batalla campal. A la quinta la estoy trabajando a través de un amigo, esa es la que más me está costando porque es la primer vez que sigo la técnica, y por cierto la aprendí en forma directa y fue una experiencia muy dolorosa. ¿No te he contado? Era una época en que

creía el sol aparecía para mí. Un pavorreal que se interesó por una pava y empezó a "pavorrolea" su amor, como si fuera una flecha que da en el blanco. Me la quitó el que planeaba la caída. Ahora he cambiado un poco, sigo creyendo que el sol sale para mí y para todos, una lista especial dentro de la que estás vos.

—Ya no doy un paso más.

—Falta poco.

—Lo siento, no puedo.

—Es cosa de segundos.

—Tengo ganas de vomitar.

—¿Aquí? Aguantá un poquito.

—Me siento mal, realmente mal.

—¿Qué te duele?

—Los pies, voy a quitarme los zapatos y a sentarme en la acera.

—Aquí no se puede hacer eso.

—Ahora no me importa nada.

—El dominio de la mente, concentración en un punto, olvido del otro. Pensá en que no te duelen.

—El pensamiento no me duele, son los pies.

—Los indios caminan sobre clavos, tranquilos, felices.

—Allá ellos, yo necesito algodones.

—¿Qué hacemos?

—Caminar, ¿qué otra cosa podemos hacer?

¿Ha pensado usted en la intensidad de un dolor de pie? Es inconmensurable. Los dolores del parto son apenas un remedo, un triste remedio de un dolor de pies. Arden, se hinchan, cierran los oídos, marean, dan náuseas. Una persona con dolor de pies no puede pujar, las aspirinas no le sirven, a los pies no llegan las drogas,

no puede pensar, no tiene ganas de opinar, no siente hambre, se castra, le duelen los pies, le duelen intensamente. Es un dolor sin consuelo, ni siquiera interesa una mujer hermosa, ni un pensamiento brillante, ni una oferta a la vuelta de la esquina, ni la mejor promesa del mundo. Un dolor de pies es un sueño de palangana con agua tibia, una absoluta necesidad de libertad de encierros, una orgía de alfombras para acariciar lenta y suavemente el calvario deformante de las prisiones. Y, el malhumor de los pies como un gesto aterrador: no me llamen, no me noten, no me detengan, no me molesten, no me disturbén, no me jodan. ¿Cuántos dolores de pies andan en la calle? Ahora puedo contar el suyo y el mío. Ya he observado que se apoya en uno y vuelve al otro. No lo detengo, un baño de agua tibia y luego un masaje con talcos.

Te digo que no nos paremos. No aguanto los pies. Ligero, hoy tiene que ser todo ligero. Estoy impaciente. Si supieras lo que es un dolor de pies, no me verías con esa cara sonriente. Por favor, no te quejés, te lo repetí cien veces. "¿Te quedan bien, estás segura de que no te maltratarán?", no hay más remedio que usarlos hasta acabarlos, no estoy para comprarte zapatos todos los meses. Tan lindos, nadie diría son duros. En tus pies se ven suaves, bien acomodados, ya sé: la procesión anda por dentro, pero parecen perfectos. Un zapatito se afloja, así, con suavidad, el pie se extiende, qué agradable, luego el otro, no muy lejos, pueden llamarme, qué alivio. Ponerte zapatos nuevos en un día como hoy, ¡qué excentricidad! Sabías muy bien la caminata. Ese afán de pretender, me saca de quicio. Mi problema viene de lejos y sólo Dios sabe lo que he padecido, ya ni siquiera aguanto las pantuflas. Empezó todo con un callo, un insignificante callo, tratado con ignorancia, en ese

tiempo no había remedios como ahora, la simple navajilla y los callos creciendo cada vez más desafiantes. Desde nuevecitos les tengo que abrir estos huecos. No es cansancio, es otra cosa, quizás un poco de majadería, por mi estatura no puedo usar tacones bajos y los altos no son los más adecuados para seguir tus pasos largos, si tuvieras la consideración de ir más despacio creo que nos entenderíamos mejor. Sí, sí, todo me atrae, pero hoy, hay ciertos humores, ciertos signos que no permiten ser igual todos los días. Zapatería La Bienhechora, te digo, un título inspirado. Mamá, ¿verdad que en el cielo no es necesario usar zapatos? Desde la época de los escarpines estoy perseguido por la fatalidad. Has oído hablar de ese absurdo que se llama pies planos. Comillas. La diferencia entre el animal y el hombre es muy simple: el hombre usa zapatos y el animal no. ¡Fallaste! Te has olvidado de los perritos y gatitos consentidos. En el país de los descalzos, cualquiera calzado es rey. ¡Fallaste! Siempre que no le maltraten. Es aquí en la punta, no aguanto, cuando estaban nuevos rechinaban y me dieron el consejo de un trapo con vinagre. Resultado: la punta se angostó. Es una lástima, un montón de pesos que me seguirán martirizando. Todo se puede prestar, menos los zapatos, son un objeto íntimo, personal, a la medida. ¡Fallaste! En un pueblo no muy remoto conocí un cura que inventó un nuevo pecado: entrar a la iglesia sin zapatos, puso su negocito, los alquilaba para misas, procesiones y promesas, y no le fue mal, nada mal. ¡Qué largo encuentro hoy todo y estos pies como llagas! El paseo una maravilla, hasta encontramos un riachuelo para refrescar los atléticos comeleguas. Los zapateros tienen un enemigo feroz, peor que la bomba atómica para ellos, los zapatos viejos, los queridos zapatos viejos, cuya vida se prolonga hasta lo increíble. Para mí el acto más conmovedor de la vida de Jesús fue la terapéutica de los pies. Tanto rodar por las tierras de Jerusalén, te

imaginás, cómo estarían los de cada apóstol, ni la sandalia más buena resulta agradable después de caminar y caminar. Dio a los demás el alivio y conservó para él el tormento. La vida se larga entre dolores de pies, cuando me hablan de que debo encontrar en la vida un camino, me escalofrió. Un camino, ¿con cuáles pies?, ¿con cuáles zapatos? En la niñez la primer revolución es la autonomía en la andanza, la más auténtica forma de libertad; la segunda revolución en la adolescencia es la limitación de la andanza, la más triste, la que enseña los pasos prohibidos; la tercer revolución es el conocimiento de la marcha forzada, llamada por algunos la madurez de la andanza, se camina o no se camina, según las posibilidades de cada uno, pero definitivamente no se vuela; la cuarta revolución, para qué definirla, tiene el sabor espeso y derretido de la decadencia y un dolor constante de pies. ¡Fallaste! No me hizo gracia. Además, no se pueden intelectualizar los pies, son demasiado grotescos, ni siquiera se mencionan en la poesía, ni al más prosaico de los poetas se le ocurriría hacer un elogio de sus extremidades. Homero le dio gran importancia al talón de Aquiles. El talón está un poco más arriba, jamás se le hubiera ocurrido a Homero debilitar el dedo gordo de Aquiles. ¿Qué piensa un economista de los pies de los ricos? Que merecen un camino de tachuelas. Y, ¿qué piensa un capitalista de los pies de los pobres? Que debían andar derechos sin zancadillas de ninguna especie. Ahora a caminar, en silencio, con el dolor escondido, sonrientes, disimulando, por la vía del martirio se salvan las almas.

¡Qué día más fascinante! Me gusta por lo silencioso. No he tenido que gritar, ni alzar la voz, ni hacer discursos sobre lo esencial de esto y de lo otro. Me dicen "no debés preocuparte tanto", pero ese no es mi

carácter. Nací con la disciplina y el orden, no soporto otra cosa. "Los resultados siempre son iguales", qué tontería. Apenas me descuido, tan pronto como vuelvo la cabeza, un poco de basura, una ausencia injustificada, un pretexto para no hacer bien las cosas, un deseo de desorden, ¡la anarquía! "Nadie es indispensable", lo sé, no necesitan repetírmelo, lo he visto y sentido con mis propios ojos; lo que la gente no ha entendido es que lo indispensable no está en las personas, está en los principios, en las ideas. Yo valgo, si es que algo valgo, por mi propia conducta, por mi responsabilidad. No es fácil ser la persona mandona, la que está recordando deberes, pidiendo colaboraciones y exigiendo disciplina. "Otros lo pasan bien, sin matarse tanto", lo sé, se levantan, se pasean, comen con ruidos de hambre y de placer, esto es algo que me molesta, y después se van a la cama con la conciencia tranquila y se duermen como benditos. Vaya, si lo sé. A mí que me cuesta tanto agarrar el sueño y si no fuera por las pastillas ya mis ojos sangrarían. Las otras llegan descansadas, casi abotagadas, y por la hinchazón de sus facciones adivino diez, doce horas de sueños tranquilos, profundos. Me pregunto en dónde tienen sepultadas sus conciencias, llegan a ganarse el salario, sin el menor escrúpulo de ganarlo con el sudor de la frente, buscan el camino más fácil, repetir lo del texto, meterlo en la cabeza de los alumnos y pasarme cualquier problema, porque ese es mi trabajo, resolver los conflictos. "Te vas a enfermar", qué consuelo, si supiera la gente lo poco que nos ayuda con sus comentarios y consolaciones. "Por ese camino te estás comprando tu calvario", y qué hacer. Se nace, se debe nacer con principios y morir con ellos, cada uno debe ser ejemplo en vida de sus convicciones. Cualquiera con un solo empeño se compra su calvario, esa es la consecuencia de vivir en una forma responsable y satisfactoria. "Descansá un poco, tratá de distraerte" y cómo quieren

lo haga. Salgo de paseo y me encuentro con una madre, de nuevo la escuela, las insinuaciones veladas, la señal de pequeñas cosas que creen ignoro y después mi opinión, meditada y medida. Me voy al cine y cuando distraídamente vuelvo a ver, pues ahí está la señora de los tres niños en la escuela, y estoy obligada al comentario constructivo y sustancioso de la película, ¿con qué tranquilidad puedo distraerme? Luego me visten y me desvisten, mientras no sé ni cómo vestirme. No lo blanco, no lo corto, no lo sin mangas, no lo vistoso, no lo llamativo. Muy digno, muy serio, bastante aparente y conservador, los colores, los más calladitos y aguanten por lo menos un período lectivo. Lo peor, los vestidos de las asambleas y de las reuniones en el ministerio. La radiografía de la pobre directora con los ojos dispuestos a la crítica de maestras, compañeras y madres. "Viste que la directora se decidió por ese morado", y el morado se destiñe ese mismo día, se aja, se arruga, como si hubierta estado tendido al sol todo el verano. Después, el pelo, el arreglo del pelo y los comentarios hipócritas "lo tiene tan brillante y tan sano, francamente se lo envidio" y en el marco de la puerta me lo veo ajado, reseco, mi pobre pelo en busca siempre de un estilo adecuado a la personalidad de una directora. Ese horror a las peluquerías, "por favor no muy corto", muy corto sería el desastre, ya me imagino los comentarios, "y sin tantos flecos", y la peinadora con la impaciencia en el peine estirando y volviendo a levantar. ¡Oh esa triste, hiriente y angustiosa historia de las apariencias! "No sé por qué te acongojás, en la escuela es lo mismo siempre", qué visión más plana del mundo, precisamente por ser lo mismo siempre, es tan difícil, duro, tan absorbente. Un registro de detalles que se deben superar diariamente, una lección igual que no debe perder el énfasis, una repetición que debe vitalizarse. ¡Horrible! ¿Quién comprende las cosas horribles que deben ser bellas?

Nadie, ni yo misma. "Es un trabajo tan seguro y tan apreciado, te debés sentir llena", qué frase tonta, igual a las que se repiten en los corredores y digo sin esfuerzo como si gotearan, "aquí estamos para formar a los niños, para perfilar su personalidad, para introducirlos hábilmente en el mundo de la cultura", las grandes frases de los salones, de los auditorios serviles, y luego la realidad de "pues si la madre no puede quitarle esos malos hábitos, qué podemos hacer aquí, mejor busque otra escuela". Las grandes promociones de los normales, de los corrientes, de los que producen menos problemas, los demás a otro sitio, donde los puedan aguantar y llevar de la mano al lugar de la cultura. Cuál cultura, eso me lo pregunto en mis largos insomnios. La cultura de las maestras comentando sin cansarse los chismes de cada vecindario, las enfermedades de los demás, el caso que se está volviendo la motivación del día, los pormenores conyugales y familiares, la simpatía o la antipatía de tal o cual madre, las compras hechas o las que se van a hacer. Esa es la cultura que tropieza con el fondo vacío de mis colegas. Y mi propia cultura deja mucho que desear, tortuosas noches, desvelos estériles, largas conversaciones con mi hermana, sus pobres empeños de hacer naturales mis preocupaciones, para que no las tenga porque no quiere que las tenga. "¿Para qué torturarte así, si nada podés hacer?" y tiene razón, la razón de cerrar los ojos para no ver porque simplemente eso es lo más fácil y lo más normal. Y cuando vuelvo a quejarme, "esa fue tu vocación, te pudiste haber casado con Jaime y ahora no necesitarías estar acumulando años para tu pensión", y la vida resumida como si hubiera sido una serie de caminos, con todas las advertencias para tomar uno u otro. Jaime nunca pensó en casarse y mi vocación fue el resultado de una necesidad muy simple: un trabajo seguro y rápido, digno y prestigioso, sin largos estudios universitarios que nadie podía pagarme. En

mis insomnios empezó a hacerse vocación, para dar un título de destino al recurso de aguantar la permanencia inmóvil de una escuela, con sus horarios fijos, con sus tareas, con esa palpitación acompasada de las matemáticas, la geografía, la historia, el homenaje a la patria, el canto a la bandera, y las listas de los presentes. Yo presente, ellas presentes, ellos presentes, al fin y al cabo eso es organización, lo demás es un tren en marcha que salió de un punto y llegará a otro. Esos trenes que corren veloces y se van lejos y por aquí no pasan. Y mi ansia contenida de trenes como un secreto, porque no me gusta el ridículo. A mi edad hablar de trenes sería provocar carcajadas. Ah el día está bonito, hoy no alzaré la voz, ni recordaré el orden y la disciplina, es un buen día y no sé por qué estoy de buen humor.

Estoy cansada de estas entrevistas. ¡Harta! Perdone, no es por usted. Es su obligación, su trabajo, pero me enferman. No nos gustan, a ninguna. Le contestamos porque no hay otro camino. No es por usted, no, usted es amable, parece buena gente, hasta le simpatizamos un poco, ¿verdad? Es difícil comprendernos, no somos malas. La vida, el destino, como quiera llamarlo. Estoy conforme, no hago nada con desesperarme. Conozco algunas metidas en la casa, con el rosario en la boca, y son peores, mucho peores. He seguido el control, estoy bien, mañana me presentaré a los exámenes. Vea, la tarjeta está en la cama. No le estoy amarrando el perro a nadie, es por mi bien, por mi bien, risible bien, no me diga nada, lo entiendo. Esta sonrisa es sincera. Las mujeres decentes creen que mordemos. A veces dan ganas. Nos decimos cosas terribles, en voz alta, pero cuando nos llaman putas, cuando nos lo dicen como escupiéndonos, qué coraje, hierve la sangre, se calienta una. Sé qué soy, no necesitan decírmelo, no tengo ver-

güenza, eso no existe en el oficio. Es ese bendito tono con que lo gritan, ese tonito de querer avergonzarnos. No lo aguanto. Usted ahí sentada, con su cuaderno, estará pensando esa es una puta y no quiere ser puta. Se equivoca, una y otra vez haría lo mismo, me gusta, no se pasa mal, por supuesto hay quejas, muchas quejas, a veces me digo "perra vida", "mierda y mierda y nada más", pero también se quejará usted y se quejan todos, porque siempre algo se nos pudre adentro, apesta y ahoga. ¡Qué cabronada! Ya ve lo puta se me sale por todas partes, aunque usted sea tan educadita y se debe estar persignando. No tengo ni un pelo de tonta, eso es lo malo conmigo. Me revuelve la pensadera. ¿Siente curiosidad por lo que pienso? Confiéselo. Recuerdo que hubo una vez en que no era puta y pensaba en cómo serían. Somos curiosas y no sólo las mujeres, a los hombres les encanta oír nuestras historias. "¿Cómo caíste en esto?" Un resbalón se lo da cualquiera, soy de las que no me levanté, me gustó el suelo. No me mire así, con tanta tristeza. ¡Qué carajada! Las mujeres no pueden decir de esta agua no beberé. Bueno, la veo cerrando su librito. Se acabó la entrevista. Ojalá se le atravesase por ahí un güebón que valga la pena. Usted tiene cara de virgen. Las conozco al instante, se sonríen con miedo y tienen una angustia en el pecho, se les agita demasiado, a veces les tiembla la mano. Todo eso se quita, así de un tirón. No se preocupe, estoy bien, demasiado bien y cumpliré con las instrucciones, mañana los exámenes, se lo prometo. Hablando de otra cosa, no siente curiosidad, ni siquiera curiosidad.

—Un cafecito.

—¿Negro?

—Negro y fuerte, para despertarme.

—¿Malos sueños?

—¿Con qué quiere que sueñe? Si usted me permite soñar...

¿Por qué la gente suspira tanto? El suspiro es una especie de asma. En un túnel está prohibido **suspirar**, se roba el aire de los otros. Mírelos: ahí van, cada uno suspirando por cosas distintas. Unos de tristeza, otros de sabores escondidos, algunos de pereza y los demás de hambre insaciable, inconcreta, el hambre indefinida del manjar que no se conoce. Hablando de otra cosa, se sabe usted la historia del pingüino iluso que se juntó con la pingüina ilustrada. Después de mucho pingüineo, llegaron a la conclusión de que una pluma más o una pluma menos, no impide la fabricación de pingüinos. No le hizo gracia, no importa, son los chistes surrealistas, están hechos para quedarse en la desmemoria en busca de la risa.

Hablando de otra cosa, cada vez que veo un mapa siento la necesidad de inventar un nuevo país. Definitivamente ~~sin volcanes~~. Los volcanes hacen a la gente volcánica. Aquí nadie sabe cuándo va a explotar. El día menos pensado un fulano amanece ~~en plena erupción~~ de fuego y lava y cuidadito si lo coge cerca, se lo traga. Un país sin presidente. Eso trastorna las personalidades. Cada vez que se menciona la oportunidad de un cargo, a la vista se pone la subasta de almas, que si yo doy más, si yo pienso, si yo quiero con más fervor, si produzco mayores bienes. El delirio de las desinhibiciones y ya entonces qué se puede esperar. El ~~que se anima a prometer todo~~, está disculpado de no hacer nada, la culpa no la tiene él, la culpa es de los imbéciles que le creyeron. Un país sin cédulas de identidad. Desde el momento en que se tiene la tarjetita, empieza la persecución. No

hay forma de liberarse. Usted y su vida registro. El gran complot contra una pobre tarjetita con la fotografía de alguien que nunca es uno mismo. Un país sin estadísticas. Qué tristeza las contabilidades, siempre diciendo cosas interesantes de algo en que uno no cabe, los inventarios muertos. Un país sin huelecacas. Con todos los antipáticos afuera, en el exilio. Eso me dejaría sin posibilidades de vivir por ahí, no hubieran admitido a mis padres, él un metepleitos, ella una sacaventajas, inaguantables. Hablando de otra cosa...

Sí, hablando de otra cosa, no podemos ignorar que somos un puente sin baranda. Eso es peligroso. Aquí no hay en qué sostenerse, un paso en falso y el último adiós.

Y, hablando de otra cosa, hemos estado totalmente fuera de pista. Siempre nos hemos ido por lo vistoso, mucho pase, mucho juego de pelota. Lo que se necesita son los goles, sin tanto adorno. Nos gustan los bordados, el colorido, el relleno, y cuando llega la hora nos falta el aliento, la pierna fuerte, eficaz, la que meta los goles.

Pero, hablemos de otra cosa: el día está espléndido, qué grato ver las montañas tan despejadas, este tiempo conforta, no se siente uno cojeando de reumatismo, ni con la artritis tocando los huesos, se olvida uno de sus quejidos. ¡Ay! O le roban a una la billetera o le dan un majonazo. La claridad sirve para todo, hasta para el toqueteo.

Hablemos. ¿De qué? Hablemos poco. Aquí no pasa nada, ¿de qué querés hablar? De nosotros mismos. Has pensado en la dificultad de definirnos. Las similitudes juntas, con pequeñas disimilitudes. Un espejo distorsionado, cuya distorsión apenas se nota. Una copia borrosa que no se lee. Eso es algo misterioso y aquí no hay misterio. La luz sobre las cabezas y la incógnita de si las cabezas existen. Prefiero hablar de otra cosa.

¿De qué habla la gente? De precios, viejo, de precios, cuánto y a dónde. El mundo se ha hecho un enorme supermercado.

¿De qué hablan los hombres? De mujeres, mhijita, de mujeres y de política. Y ¿sabés por qué hablan de política? Porque es femenina y se pueden acostar con ella y convertirse en los padres eternos.

¿De qué hablan las mujeres? De las mil y una formas de conservarse joven. Las más austeras aspiran a la inmortalidad. Las más sacrificadas se conforman con una reencarnación compensatoria. Las más generosas con una larga lista de Orfeos. ¿De qué hablan los niños? Hablan de verdad, sin la hemorragia del énfasis que falsea todo el lenguaje, pero lamentablemente hablan de lo que harán cuando grandes frente a los patrones nada ejemplares de los mayores. ¿De qué hablan los viejos? De lo que fueron y pudieron haber sido, sin animarse a correr el velo y descubrir el absurdo redondo de sus vidas. ¿De qué habla usted? Hablemos de otra cosa.

Una sala con grupos distribuidos de sillones, cada uno con su juego de ceniceros. El grupo tímidamente se sentó, no había campo para todos, pero con compañerismo se alternaban los asientos, como si estuvieran haciendo guardia en alguna trinchera. El santo y seña: paciencia. Ninguém se había atrevido a preguntar cuánto tiempo debían esperar, ni siquiera a expresar inquietud. La sala fue examinada con cuidado por cada uno, hasta tener un inventario completo de todas sus cosas y poder detallarlas después. Dos cuadros grandes: uno con muchos abajo luchando y sobre ellos una mujer muy hermosa, mucho, con los pechos abiertos, y un vestido blanco, sosteniendo en sus manos, muy seguras, el pabellón patrio. Hermoso el cuadro. Esa era una opinión unánime. El otro no era tan bonito, les pareció muy extraño que una mujer desnuda, tan grande y tan hermosa como la otra, tuviera a cada lado a un trabajador sudoroso, unas matas de café, y en el suelo anduvieran tranquilamente serpientes, y en el fondo se vieran unos árboles con lapas y frutas. Uno se atrevió a decir que él no estaría tan pasivo, simplemente sentado, viendo hacia adelante, como ese trabajador, con tamaña mujerota a su lado. Los demás no encontraron apropiado su comentario y le dijeron hablara más bajo, y él entendió, le estaban recordando el sitio en que se encontraban, no era cualquier pulpería. Y se calló, por el honor y el respeto de estar ahí, con los demás, señalado por su pueblo para esperar, porque era un elemento progresista y tenía inquietudes y quería lo mejor para ellos y para él mismo. Después las mesas, con su vidrio muy limpio y un tapete debajo, qué buena idea, así el tapete no se ensuciaba y el vidrio se podía limpiar con un trapo húmedo. Los ceniceros impresionantes, con ribetes dorados, seguro de oro, de puro oro, como correspondía en aquel sitio tan respetable y simbólico. Luego, la alfombra roja, un poco desteñida y gastada en las puntas, y la

mayoría pensó no era conveniente detenerse a mirar aquella pequeña falla, porque se trataba de una gran alfombra, como era natural. También observaron con respeto y con admiración a los funcionarios que pasaron por la sala y en algunas ocasiones les preguntaron qué hacían y a quién esperaban. Unos y otros, todos diferentes, muy bien vestidos, elegantes, tenían la gentileza de molestarse y se interesaban, les parecieron muy simpáticos, muy nobles, extremadamente responsables, como correspondía a las personas importantes que lograban trabajar allí. De vez en cuando, en la misma puerta, un grupo se ponía a conversar y ellos casi podían oír enteras las frases, pero no lo creyeron oportuno y trataron de no oír, no fuera que los confundieran con unos abusadores. Los habían distinguido con la confianza, faltaba más que los fueran a considerar poco dignos de ella. Campesinos, trabajadores, humildes, lo que quieran, pero honrados, muy honrados, era ese el pensamiento unánime del grupo. Alguien entró y les preguntó dónde quedaba la oficina de presupuesto y ellos se sintieron hondamente dignificados. No supieron contestar, pero uno se ofreció para acompañarlo al lugar donde le podrían dar informes certeros. Y fue, porque ser servicial y orientar a los otros, es un deber entre los hombres sencillos, que comprenden unidos en su ignorancia. Una, dos, tres horas, nadie lo sabía a ciencia exacta, porque no se habían atrevido a medir la espera. Sólo sintieron se hacía larga y la sospecha de que los hubieran olvidado ya les empezaba a remorder en el fondo de sus buenas intenciones. Un silencio extraño empezó a rodearlos, un cierre de gavetas, un cese de pasos, una solemnidad de puertas con chirridos de clausura, un no sonar de teléfonos y de timbres, un apagarse de las máquinas y un severo tic tac largo y profundo del reloj del pasillo. No, no podía ser posible. Se miraron en silencio. Aquel telegrama con la cita, no se habían equivocado ni de día ni de hora. Prác-

ticamente el venir todos produjo un día de fiesta en el pueblo. La panadería se cerró, lo mismo la tienda de abarrotes, el salón de baile y los trabajos de las fincas que necesitan el ojo del amo. Oyeron más y más el silencio. Ya no había movimiento en los pasillos y sonaba el reloj cada vez con más exactitud. ¿Qué hora marcaría? Nadie se atrevió a preguntárselo. Los parados se sentaron, los sentados se pararon, había llegado el turno. ¿Cuántos años de lucha? ¿Quién los podía contar en ese momento? Quizás los más viejos, los que habían hecho el poblado, después de voltear la montaña, abrir caminos, vencer con terquedad las correntadas, las plagas, los temporales interminables, el hambre de tantos años. Sí, ellos y los muertos, los que quedaron en la tierra que al fin se incendió de huertas y cafetales. Una lucha larga, en que ofrecieron el voto a cuantos ofrecían el agua, la cañería, la bendita agua en el milagro del tubo, en la puerta de la casa, sin tener que ir a la quebrada y sufrir, sufrir siempre las épocas de barro, las hernias del transporte, los largos veranos con más de un abusador que desviaba la quebrada para humedecer su campo y asegurar las cosechas. Una cañería vale todas las esperas, todos los sacrificios económicos, todos los esfuerzos conjuntos. El señor Presidente les había enviado el telegrama y aún antes, durante su campaña, les prometió solemnemente la construcción. "Será mi primer obra, les doy mi palabra de honor, ustedes son el orgullo de la patria, yo siento un hondo respeto por el trabajo que realizan, por la forma en que han levantado este pueblo, por la dignidad y la honradez con que viven. En pocos lugares me he sentido mejor, porque quisiera para bien de mi país ser uno de ustedes. Esta admiración, no es mera palabrería. Se transformará, de llegar con la ayuda de ustedes al poder, en una obra real, mi primer obra." No habían creído en la fragilidad de la memoria cuando pasó el primer año, otros políticos les habían dicho y

prometido lo mismo, pero no uno tan importante, que logró llegar a la presidencia y los fue a visitar porque quería comunicarse con el pueblo y saber sus necesidades. Tuvieron paciencia el primer año, mandaron una, dos, tres cartas, extensas, firmadas por todos, simplemente recordando, era mejor insistir, con la tierra, con las mujeres, con los animales había que hacer lo mismo. Insistir, y las cartas fueron contestadas por los secretarios con órdenes expresas del mismo señor presidente, diciendo que se estaban preparando los presupuestos y los estudios. Entonces pensaron que la cañería sería grande y bien construida, como quizás ni lo soñaron. En cada casa un tubo, como en la ciudad. El segundo año alguien les aconsejó que mandaron cartas a los periódicos y así lo hicieron, pero en el correo se perdieron porque no se publicaron. También volvieron a escribir al señor presidente, y entonces contestó el ministro de obras públicas, diciendo que antes de pensar en la obra era necesario los vecinos mandaran por escrito su renuncia a cobrar al gobierno el derecho de paso de las cañerías. Así lo hicieron y cada uno, tuviera o no tuviera propiedad, atestiguó solemnemente, por escrito y ante dos testigos, de su completa anuencia a la obra aun cuando afectara su propiedad, que cedían en beneficio al derecho de tener agua en sus casas. La documentación la enviaron con un propio, por temor a que se extravíara en el correo, y regresó Sánchez, el delegado, muy contento, tanto por lo que había visto en la capital, cada vez más grande y complicada, como por el recibo que le dio la misma secretaria del señor ministro. A mediados del tercer año, y después de otras muchas cartas, algunas un poco respondonas, porque la espera se estaba haciendo demasiado larga, el secretario del señor ministro contestó se complacía "en informarles la obra de la cañería se había pasado a los planes a largo plazo, en vista de que los presupuestos de este año y los inmedia-

tos estaban ya comprometidos con trabajos de urgente necesidad, dadas las circunstancias de la crisis fiscal que atravesaba el país, por lo que no omitía comentar que las posibilidades de un futuro cercano no eran sumamente favorables para su realización". Aquello fue peor que el funeral de la hija menor de Sánchez, que se había ahogado en la quebrada. Todos se reunieron en la pulpería. No fueron gratas, ni pacientes, ni bien educadas las palabras de aquella ocasión. Había mucho dolor, mucho resentimiento por medio y unos cuantos tragos también. Se habló en términos de hombres que saben rajar los palos más duros y sacar del campo piedras enormes, con sus propias manos, como corresponde en aquella lejanía, en que se está solo con su conciencia y con su fuerza. Las decisiones de aquel día, no se cumplieron. ¿Para qué servía mandar al diablo al señor presidente si era el señor presidente el que podía resolver la situación? Más adelante se pensó en una carta terminante, que se encabezara con su promesa, diciéndole abiertamente el pueblo entero no quería creer que era un mentiroso. Y la carta se mandó y el señor presidente contestó con el telegrama y aquí estaban ellos, dispuestos a esperar. Algunos se habían atrevido a soñar, detrás de la cañería una escuela, era ya intolerable que los chiquillos cruzaran diariamente la montaña y el río para ir al pueblo vecino, y perdieran una clase tras otra por los temporales, después la carretera y el puente, y algún día la electricidad, todo era posible después de la cañería, hasta un buen colegio y calles y aceras y un parque y más adelante el título de villa, para buscar un buen nombre y cambiar el de Ojillo, ya el mismo cura que llegaba cada mes les había advertido era impío. El reloj los asustó con las campanadas. Se sintieron medidos y resultaron tan pequeños que se asustaron al verse de tamaño natural cuando uno por uno, en silencio, salió por la puerta. Un solo deseo los unía, encontrar al salir

a la calle, así a la par, su pueblo donde se escupía en el suelo y se pateaba el polvo, su pueblo querido, las casas desperdigadas, con geranios en los corredores, su pueblo entero, con tan pocas cosas, tan sin importancia, su pueblo con el alboroto de las gallinas, su pueblo aunque no tuviera nunca cañería.

Un papelito, otro papelito y siempre papelitos, después hablan de que la ciudad no está limpia, ¿cómo quieren que esté limpia si dan papelitos en todas las esquinas?, las bondades del jabón ponpón-panpán, los milagros de la cocina rápidomanjar, la delicia de viajar primero y luego pagar, lo que la biblia dice del buen camino, el nuevo hotel, la nueva tienda, el nuevo restorán, el peligro de no asegurarse, la nueva financiera, la nueva funeraria, todo nuevo y ahora esto de ... justicia abierta y total o muerte, comunismo, odio, basura. ¿A mí la hojita?, gracias, pero no tengo interés, la política me enferma, el país me importa un pepino, les deseo buena suerte. ¿Un papel, algo interesante?, estoy llena de páginas y páginas y el oculista me ha recomendado muy poca lectura, mejor se lo dan a alguien que lo aproveche. ¿Qué agarraste?, una hoja, vainas de los muchachos, dicen cosas buenas, pero ilusiones, los pobrecillos quieren un mundo nuevo y se van a tener que aguantar éste por mucho tiempo. ¡A mí con hojitas!, como si no los conociera, unos cabezacallentes, lo quieren complicar a uno a la fuerza, a la basura mando yo estas cosas. ¡Qué interesante!, los felicito, por fin alguien se atreve a decir la verdad, sigan adelante muchachos, sigan adelante, manden al paredón a todos estos desgraciados que viven chupándonos la sangre. Papeles, simples papeles, dicen lo de siempre, como si las vainas se pudieran remediar con palabras. No señores, hojitas no, soy católico, apostólico y romano, ortodoxo además y vivo en

paz con mi conciencia. ¡Bravo!, denme otras, si quieren les ayudo a repartir, por mi barrio esto va a ocasionar una rebelión, así se habla. Les devuelvo la hoja, soy amigo personal del presidente, me honro con su amistad, es el mejor que hemos tenido en mucho tiempo, ustedes debían leer con más formalidad sus discursos, él va a arreglar la situación del país, hay que darle tiempo y ayudarlo, no me importa que me silben, a ustedes les falta seriedad. ¡Qué hojita!, díganme, ¿ustedes son los que están poniendo bombas en los lotes vacíos? Así se actúa, con los huevos en las manos, los felicito muchachos. Una hojita, ¡Dios me libre! ¿Qué dice? No sé, pero esos tipos tienen cara de marihuanos. ¿Leíste el papel?, puñeta, cuatro verdades bien dichas. Por favor dos papelitos más, se me está rompiendo la bolsa, necesito reforzarla, si se salen los tomates me mata la patrona. A mí me parece que la cosa se está poniendo fea, prefiero el paso lento, es más seguro. ¿Son comunistas? Eso ni se duda. No parecen, algunos son bonitos, el cura dice que todos los comunistas son feos. ¿Me podrían dar una hojita?, yo soy admirador del Che Guevara. Papeles no, gracias, ya tengo bastante basura en la casa y no deseo agregar más. ¿Una hoja?, ¿alguna rifa?, si se trata de vender algo o pedir alguna contribución, están ustedes muertos, no tengo ni para un café. Por favor, denme una hojita, mi papá siempre me dice que todo lo que encuentre en la calle se lo lleve. No la cojás, si la regalan es porque no sirve o te compromete en algo. ¡Puchis!, ustedes se desayunaron hoy con dinamita. Si quieren mi opinión sincera, les debo decir que están perdiendo el tiempo, aquí no se despierta la gente así no más, cada uno está contento con lo que tiene y con lo que no tiene, además existe la defensa de la envidia, con envidiar se contentan, envenenándose por fuera y envenenando el ambiente. Miren, ya nadie les recibe las hojitas, aquella señora de allá a los que vienen

para acá les dice: coger una hoja adelante es peor que cien años de mala suerte; aquí se atreven a todo, menos a desafiar a la suerte. No estoy de acuerdo con ustedes, pero respeto a la gente sincera y a las voces fuertes. Se los digo en la cara: ustedes son unos vagos, si trabajaran como yo de sol a sol no andarían con esas pendejadas de azucar y azucar. He aquí un ejemplo de odio y ¿qué se gana con eso?, nada, en cambio perdonando el mal a los enemigos, resignándonos con nuestras desventuras, dulcificando el amargor de la vida con la buena voluntad, con la paciencia, ganamos la paz espiritual y la tranquilidad de la conciencia; salió en verso porque es verso de orden superior, casi versículo. Así empezó Fidel, repartiendo hojitas y miren cómo está su pobre isla, hasta nadando se quiere ir la gente. Yo estoy de acuerdo en la forma, no en el contenido. Pues yo estoy de acuerdo en el contenido y no en la forma. Me disgustan profundamente las contradicciones, esto está lleno de cosas inconexas, para muestras un botón: si es verdad lo que afirman, aquí es imposible vivir, ¿cómo entonces están tan parados ahí, reparte que reparte papelitos? La gente tiene derecho a manifestar sus disconformidades, eso es parte del proceso democrático, prefiero la expresión libre a cualquier atentado que la limite, esta hoja es una prueba de nuestra amplia conducta en materia de ideas. ¿Tienen otro papelito?, gracias, no sé por qué se me ensucian tanto los zapatos. El tono me llama la atención, denota que estamos ante una nueva juventud, fuerte y decidida. Los jóvenes son locos, no conocen la realidad, ni el arte de acomodarse que es signo de madurez, por eso se precipitan, hablan locuras sobre asuntos serios, muy serios. Ya estoy muy vieja para los cambios, prefiero las cosas como están, así me manejo mejor, la podredumbre bien localizada para salvarse de ella. Me dan ganas de escupirlos en la cara, son unos irresponsables, no les pego porque no deseo

hacer escándalos en la calle, sin embargo los voy a denunciar, esto no se puede quedar así. Denme diez, los trabajadores de la esquina están encantados. Un baño de aguabendita es lo que les hace falta a ustedes. Para otra oportunidad es conveniente que pongan menos texto y más acción. Los pobres, los infelices, los desgraciados estamos con ustedes, no valemos mucho, pero juntos podemos hacer algo. Ya aquí no puede haber más anarquía, no tenemos presidente, carecemos de autoridad, todo anda al garete y todavía hojitas con disparates. ¿No podrían correrse a otro lado?, me están estropeando la venta de navajillas. A mí me están tirando con la lotería. Desde que se instalaron se me paralizó la venta de postales. ¿Por qué no me dan una hojita?, esa va a ser la única limosna de hoy, la gente me pasa al frente leyendo y no me ven. Esto no tiene contenido político, ni filosófico, puras fantasías de revoluciones añejas. ¡Si por el camino de la perdición va la juventud, buenas esperanzas tenemos para el futuro! Me ha emocionado esta hojita, se me han venido las lágrimas a los ojos, no sé qué da encontrarse con valientes en esta tierra de mandingas. Esto es una porquería, estoy de acuerdo con ustedes. Oigan este consejo: váyanse más pronto que volando, un tipo llamó a la policía.

—¡Aquí! ¡Corran! ¡Ayúdenme! ¡Sinvergüenza!

Y la cara acongojada trata de respirar y de gritar más fuerte. Alguien se ha caído cerca de la ventana. No se puede ver claro. Otro corre. Empujan. Un niño se ríe violentamente y señala con un gesto nervioso. Una bola rueda y enreda los pasos de alguien.

—¡Ladrón! ¡Mi cartera! ¡Cójalo!

Unos a otros se miran, de dónde salen los gritos, cerca de la ventana. El sol se refleja con ira, pesa en las cabezas y exhibe con brutalidad la fuerza de su luz

brillante. Con atención se apreciaba la caspa blanca en las camisas, las telas en exhibición desteñidas en parte, los pelos negros de las caras, la perspectiva de caries en las dentaduras, los escondites de polvo en los estantes, el vello fuerte y negro creciendo debajo de las medias nylon. La mujer vuelve a gritar "cójalo" y ya localizado el grito un grupo la rodea. El niño llora por su bola perdida entre las piernas de muchos. Más allá alguien regó una canasta de tomates y las maldiciones se vuelven manos agachadas en la salvación de unos cuantos.

—¡Lo sentí cuando el malvado la tenía entre las manos!

La congoja brilla con gotas de sudor. Otros más se unen al grupo. El niño ha recuperado la bola entre las piernas y se vuelve a reír ruidosamente. Más allá alguien se resbala y los tomates se extienden como una salsa sucia sobre la acera.

—¡Llamen a la policía!

Los comentarios vuelan por el aire. Un robo. Un carterazo. Son listos esos tipos. Pobre mujer, perdió la cartera. Se transmiten las noticias. En la puerta los dependientes las recogen y las comunican a gritos a la patrona, sentada en la caja, limpiándose las uñas. Los pocos tomates rescatados cambian de precio, en el fondo de la canasta.

—Tenía diez pesos, algo más en monedas y dos billetes de lotería. No fue mucho, un robo menor, tanto riesgo para una porquería, pobre ladrón. A lo mejor los billetes salen premiados, saber uno, uno nunca sabe nada. El niño se sigue riendo, hasta que alguien lo maja fuerte y entonces grita y pateo. ¡Qué niño insolente!

—¿Y ahora con qué me voy a la casa?

Te lo dije, el cuento de siempre, toda una escena para un sablazo. Vámonos más rápido que corriendo. El policía camina despacio, ya todo está consumado.

!Qué gusto de verla! Usted siempre tan bien. Y ¿por su casa? ... Bien, gracias, mire usted, voy a la carrera, a comprar unas cosas y a regresar corriendo, tengo al menor enfermo. A la carrera, a la carrerita, el movimiento preciso, el buenos días y punto. Pero, ¿usted? Sí, corriendo, ya me ve siempre corriendo, no es para menos, hoy estamos de inventario. Los vicios son tremendos, y la fuerza de voluntad una maravilla, dejé de fumar, de un día para otro, me convencí. Otro día me lo cuenta, estoy de carreras, se me casa la mayor, las congojas, usted no se imagina, vuelta para acá, vuelta para allá, como un trompo, no acabo. Estos ojos lo vieron, estos mismos ojos que están viendo ahora la calle y la gente que pasa, no creía en espantos, aquello fue indiscutible, primero la luz, luego la voz, lo recuerdo y tiemblo. Me interesa mucho, mucho, de verdad, pero voy de carrera, comprende usted, de carrera, tengo una cita, muy importante para mí, he estado sin empleo por más de dos meses, si no agarro este no sé qué me irá a pasar. ¿Supo usted lo de lo de Efraín?, todavía me duele como si me hubiera pasado a mí mismo, qué tremendo, el hombre propone y Dios dispone, cada uno tiene su historia escrita, las cosas del destino son inevitables. Otro día me da los detalles, ahora no puedo atenderlo, estoy en carreras, es cosa de vida o muerte, si no llego a tiempo me cortarán la luz. En esta esquina siempre nos vemos, como si tuviéramos cita, a la misma hora, qué curioso, a veces he pensado que puede ser casualidad, hoy me alegro mucho de verlo, ayer no le pude contar la historia completa, ¿recuerda?, la historia de los experimentos que hice con las fresas. Lo siento, hoy va a ser imposible, ando de carrera, complicaciones inusitadas, he recibido un cable, me piden unos informes urgentes. ¿Cómo está usted?, pero antes de que me responda deseo me conteste si también anda de carreras. Estoy de purgante, me he animado a salir por la necesidad de comprar unos

cigarros. Caramba, hace sus días no nos vemos, siempre pregunto cómo te va, me intereso en tus cosas. Otro día te cuento, hoy ya sabés los enredos y las carreras. No se puede imaginar lo que me ha sucedido hoy, nunca he visto más conocidos, pero todos de carrera y yo con ganas de hablar un rato y comentar un poco, ¿no le gustaría tomarse un café? Gracias, de verdad gracias, en este momento no puedo, aquí donde me ve ando en carrera, salí un momento del trabajo y debo volver enseguida, el patrono mide el tiempo, más de media hora y rebaja el sueldo. Si supiera cuánto he pensado en usted, no sé si recibió mi tarjeta, se la puse apenas me enteré, debe conformarse, piense que para él era lo mejor después de tanto sufrimiento. Sí, sí, ya lo sé, ya me conformé. Como ve con todo mi pesar encima estoy de carreras, me esperan en el banco. Ayer recibí una carta de mi hija y me encarga que la salude, encantado cumplo. Después me cuenta, llevo una carrera que no se puede imaginar, me están esperando. Por dicha me encuentro con alguien que está parado, felizmente existe un hombre que no anda en carreras, ¿cómo está usted? Aquí, meditando, la carrera es un hilo que se enreda, he corrido toda la mañana, estoy cogiendo aire para seguir corriendo, adiós.

Usted me pasa la bolsa, luego el otro paquete, encima me pone la bolsita, del hombro me cuelga el saco, y nada más, ahora a caminar, no se preocupe de mi paso rápido, en la esquina la espero, con la carga no es cosa de andar entreteniéndose, tenga calma, cada uno por su lado, tengo experiencia, nada se me caerá, soy muy cuidadoso, mire no necesita sostenerme, me enreda el paso, si sigue así se me va a caer todo, despreocúpese, ahora sí, pero no tenga miedo, si me jala de atrás me voy a resbalar, mejor camine adelante,

no tenga desconfianza, puede volverme a ver cuantas veces quiera, si le parece voy silbando para que se dé cuenta de que la sigo, cuidado con los molotes, le pueden robar la cartera, aquí hay mucho pillo, siga caminando, no se preocupe, voy detrás, voy detrás, señora, cuando se pare me avisa, no veo muy bien y tropezamos, perdón, permiso, permiso, permiso, miso, miso, miso, cuidadito, gracias por ayudarme, dónde está la vieja, quitame lo del hombro, tomá este paquete, corré hacia el centro, por donde hay más gente, yo corro por la orilla, nos encontramos donde siempre, adiós señora, adiós, adiós, qué mal educada es la gente, cuidado con la carga, miso, miso.

¡Para carreras estoy hoy! Me ha caído todo encima, como si hubiera llovido. Los pagarés, el teléfono, el vencimiento en el banco, los alquileres o el desahucio, y luego la pensión alimenticia como un premio. Estoy aturdido, no puedo moverme. ¿Por dónde empiezo? Sin perspectivas por aquí, sin perspectivas por allá. Mejor me siento en el parque, tranquilo, en paz con la conciencia, a lo mejor me tengo que instalar permanentemente aquí, no sería mala la idea, una buena banca, un paquete de cigarros, los periódicos que alguien deje por ahí tirados y ver, ver la gente en carreras, la pobre gente con cuentas pendientes, con citas, con preocupaciones. Esta paz del parque no tiene precio. ¿Los zapatos? No, no me los voy a volver a limpiar en mi vida. ¿Periódicos? No me interesa el mundo. ¿Chiclets? No, gracias, estoy dispuesto a mascar sólo mi soledad. ¿Desodorantes? No los necesito, quiero oler a parque. ¿Navajillas? Gracias, me estoy dejando crecer la barba. ¿Lotería? Únicamente si aceptás el pago el domingo, después del sorteo. ¿Helados? Ahora no, apenas tengo con lamerme mis desventuras. ¿Una limosnita? Estoy para que me den. ¿Revistas? No, gracias. ¿Anteojos? Todavía no. ¿Cigarrillos? Aún ten-

go. ¿Pastillas? No. ¿Camisas? No. ¿Tijeras? No. ¿Coladores? No. ¿Jabón? No. ¿Marihuana? No. ¿Pañuelos? No. ¿Libros? No. ¿Radios, sombreros, fajas, cremas, aspirinas, naranjas, cebada, café, postales, sobres, guitarras, medallas, lociones, relojes, sandalias, pantalones, cortapapeles, souvenirs? No, nónono, nono, no. No. Mejor sigo corriendo.

La fábula tiene episodios siniestros. Me siento muy mal cuando la oigo. El sabio frente al tonto, el malo frente al bueno, el hábil frente al torpe, el audaz frente al prudente. No hay papel que no me calce, no hay lección que no haya vivido en carne propia. En el camino de la derrota soy un campeón. Tonto, malo, torpe, imprudente. De todas las historias soy el protagonista del peor papel, y lo más espantoso, lo más cruel es que no tengo mi propia historia. Cuarenta años y pueden ser veinte o diez, la experiencia sobre mi cabeza y yo sin hacer experiencia. Una vida que fluye fácilmente, sin fluir nunca, como si estuviera arrancada y las corrientes que pasan fueran de otros y corrieran hacia partes que no conozco ni puedo conocer. Recorro las calles y me asombro cuando me nombran y me llaman. ¿Yo? ¿Soy alguien? Cuando hablo, me margino en los extremos, no me siento pueblo, no soy casta, no soy aristocracia, no pertenezco a ninguna clase. Completamente indefinido. Oigo a los que hablan, pero no hablan para mí. Leo a los que escriben y no escriben para mí. Yo soy un personaje de fábulas, sin tener la propiedad de un mito. A veces quiero amanecer indio, un indio salvaje que alcanza el pico más alto de una montaña para gritar libertad, pleno de la más absoluta borrachera de impacencias y de arranques temperamentales, porque no le da la gana seguir siendo un indio como todos, con la cabeza agachada y la espalda torcida por la carga. Ni siquiera conozco a un indio de cerca.

Conozco los indios mito, los indios fábula, los que son buenos porque son buenos y los que son malos porque son malos. ¿Aquí? ¿A dónde? Solo, en el rectángulo grotesco de estas calles, perpendiculares siempre a mi vacío, que es una ausencia ausente en sí misma de ausencia, porque estoy y soy consciente de que estoy. Las fábulas tienen un olor siniestro, el de mí mismo, protagonista de ellas, sin poder moverme hacia el otro declive, por el que me pueda escapar hacia la realidad o me hunda para siempre en el anonimato que representa una fábula. El zorro tiene todas las características de todos los zorros del mundo y no es ningún zorro en particular... ahí comienza la tragedia, que es comedia aquí, comedia de risitas veladas. Nadie quiere reírse a carcajadas, porque tiene miedo, a que se rían después de su risa. No hay nada peor que una risa tonta, a destiempo. Traiciona más que un gesto descuidado. Enseña el grado de inteligencia y la agilidad mental. Yo tengo miedo de reírme, un miedo siniestro. ¿Soy siniestro? No lo sé, sólo sé que me gusta la palabra. Estar siniestro aquí es como estar conspirando contra el sol, contra la nada, contra la ausencia, contra las calles rectangulares y la perpendicularidad de mi vacío. Y contra eso no se puede conspirar. Quizás por lo mismo el ser siniestro no esté prohibido. A nadie le importa que esté siniestro. ¿A quién le va a importar con este sol? Debía hacer otra cosa. Algo así como cambiar de oficio. Meterme por el hueco del disfraz y no volver a aparecer nunca. ¿Catedrático? Qué buena idea. Allí las fábulas tienen su lugar, su interpretación y no lo tocan a uno en lo más mínimo. Hablaría de lo siniestro hasta quedar vacío, más vacío. Ya estoy frente a mi puerta y la misión está cumplida. La ojeada no estuvo mal, el país progresa, todos progresamos y la fábula del progreso tiene un triste final: el de la ausencia siniestra.

Mirá: hoy salieron todos, los ramones, los julianes, los chicos, los fernandos, los carlos, los manueles, los rodrigos, los ricardos, los diegos, los jacintos, los federicos, los arturos, los enriques, los fabianes, los mauricios, los alfonsos, los danielés, los albertos, los hugos, los laureanos, los gemelos y los trillizos, los pepes y los papitos, los jorges y los toños, los chichos y los chuchos, los blancos y los negros, los apenas quemaditos y los albinos, los pablos y los lucas, los bizcos y los zurdos, a tocar madera, los flacos y los jorobados, siete años de buena suerte, los rubenes y los alejos, los que tengo en la punta de la lengua, aquí mismo, ahorita.

Mirá: hoy salieron todas, las marías, las eternas marías, qué nombre más impermeable, le cae bien a todas, es simple el nombrecito, las luisas, las juanas, las isabeles, las josefinas, las esperanzas, las luces, las caridades, las trinidades, las flores, las cecilias, las cármenes, las sufridas domitilas, las mercedes, las anas, las avemaría purísima, las socorros, las martas, las irenes, las margaritas, las azucenas, las floras, las rosas, las ánge-las y las angelitas, las talladitas y las flojotas, las de buen mirar y las mejor de lejos, las amalias, y las chabelas, las cucas, las cavas, las isas, las tinas, las nenas, las bebés viejas y jóvenes, las de buena pierna y las del consuelo con la moda larga, las marilíes, las vickys, las marcelas, las ilianas, enriqueciendo el lenguaje y movili-zando la lengua.

Mirá: el cinco de la buena suerte. Es mejor el rabo de conejo. Para mí el trébol de las cuatro hojas. Más eficaz el cordón de un franciscano. Lo último: la novena a San Judas. No, para las rápidas réplicas, los baños de romero. Y aquello que te conté, no lo andés

repitiendo. Es un secreto. La llaman la fórmula del diablo. Ese cuento de la bolsita, a mí ya no me lo pegan. La cargué por más de dos meses y sólo desgracias. Hay que sugestionarse, poner fe. Prefiero el pasito derecho. Mirá: ese gato negro me da escalofrío, hacé como que no lo ves. ¡Qué remedio! Yo siempre lo he dicho, las desgracias a oscuras. Mirá: qué pareja más desapareja. A las mujeres altas les gustan los enanos. ¿Por qué? Adivinalo. Mirá: la sonata de invierno en pleno verano, no entiendo por qué la gente no se puede vestir con propiedad. Cosas del bolsillo. Estoy convencida de que los pobres, además de pobres, tienen mal gusto. Mirá: tengo una basura en este ojo, me duele. No se ve nada, es solo un aire. Quién sabe qué viste. No sería a mi madrastra vestida de pieles. Mirá: aquí hay más de uno que tiene mina escondida, no sé de dónde agarran, pero que agarran, agarran. Mirá: esa por lo menos tiene una práctica diaria de cinco horas de espejo. Y la vuelven a ver, se la tragan con los ojos. El que se atreva, va a eructar toda su vida cristalitos. Mirá, en serio, tengo mis dudas, hace ya varios años que me estranguló la credulidad. Ahora ni viendo ni tocando, menos lo de boca para afuera. Mirá, hay vainas increíbles, de pronto me puse a llorar a lo loco, nadie me pudo contener, me consolaron, me preguntaron que si era la regla y seguía llorando. Cuando dejé de llorar, me dí cuenta de que me había tomado dos cucharadas de espíritu de azahar y tres cafés. Tenía el estómago revuelto, pero me sentía bien. Mirá, el organismo es el organismo y necesita su desahogo, eso es todo. Ni qué psicología, ni qué ocho cuartos. Mirá, cuando hablo me siento bien, pero cuando no me dan chance, hasta quiero morirme. Hablá lo que querás, para eso somos las amigas, pero no te me pongás al frente, quiero seguir mirando.

A la vuelta de la esquina y ligero. Vaya con las órdenes. ¿Cuál esquina? ¿La del norte, la del sur, la del este o la del oeste? La pura verdad es que me da lo mismo, no sé cuál es cuál, la mano izquierda y la mano derecha, con eso me ha bastado por ahora, y la virtud de que la mano derecha suena. Preguntaré a la vuelta de esta esquina. Uno, dos, tres, los cuadros, las ventanas, las muchachas bonitas y las feas, tengo que escoger una redondita para dormir con ella esta noche y vengan los sueños sabrosos. Esa me gusta, pero qué piernas, parecen dos escobas, bueno las piernas no se comen. Me contentaría con ella... prefiero esa otra que carga los libros, aunque nunca se atrevería a mirarme. Se le caerían encima los librotos y me aplastarían la cabeza. Lástima, está de lo más buena. "Adiós mi cielo", como si no hubiera dicho nada, debe estar pensando en las páginas llenas de letrillas, con tanta necedad escrita. La vida se aprende viviendo, igual que caminar. Piensan que soy un ignorante, un pobre tonto que los debe escuchar con la boca abierta. No me paso de listo, pero en muchas cosas les gano, aunque no lo reconozcan. Sin pujar como ellos pujan. Todos caminan pujando y yo pujo sólo mi propio pujo. Cuando pasan una recolecta caen por el qué dirán, y muy tranquilo me hago el tonto y no tengo pena de pasar por tonto. En eso les gano, no pretendo. Puchis, a la vuelta de la esquina sólo hay casas en que este paquete no calza. En fin, quizás alguno se sacó la lotería o se está metiendo en enredos. Preguntaré en la primera. Dura la puerta y no suena. Esta debe ser la casa. Puñeta, ¿estarán sordos? Abran ligero, es un paquete. Algo que traigo de no sé quién para no sé quién. Tampoco sé qué traigo, ni me interesa. Se pueden traer tantas cosas. Esto suena a aparato eléctrico, quizás una grabadora, puede ser una plancha, un radio, un televisor, no, no cabe, no puede caber aquí. No contestan. O la familia está sorda o no vive nadie. Más duro y que

los dedos aguanten. "Con una así que se hunda la tierra". Se sonrió la fregada, le gusta coquetear, caramaba si no fuera por el paquete. Voy a probar con el pie. Abran que me estoy cansando y se quedarán ustedes sin nada. No estoy de vagabundo y tengo muchas cosas que hacer. "Me reparara Dios una muñecaza como ésta", qué suerte, le gustó, se ha hinchado, y sin poder moverme por este paquete y esta maldita puerta. Y ahora, qué vaina, se soltaron las feas. Esas anteojudas, con los pelos lavados, no me hacen gracia ni gratis, tampoco las lagañudas y las sucias. Se oyen pasos, pero no abren. ¡Qué partida de pendejos! Ahora el desfile de maricones, sólo eso me faltaba. La miel les cuelga de las manos, ¡qué mierda! Pues no hay nada que hacer. Me dejo el paquete y estoy justificado. Me consta que he querido entregarlo, no es mi culpa que no abrieran la puerta. Buena falta me hace a mí lo que está adentro. Sea lo que sea. "Adiós, adiós, adiosito. ¡Ay si pudiera chupar este mango!"

—¿Por qué tanto reclamo? No te engañé, sería incapaz de hacerlo. No soy de esa clase de gente que anda por ahí haciendo fiesta del inocente.

—Pero, yo ...

—Vos, ¿qué? Te pedí una prueba, te la pedí muchas veces. Es una costumbre tan vieja como el mundo. Vos pedís una prueba cuando querés comprar algo. Lo mismo hace toda la gente.

—Y yo te la di.

—Y la prueba fue definitiva, me di cuenta de que no habíamos nacido el uno para el otro. Eso pasó y lo siento mucho, porque te tenía cariño, simpatía.

—Después ...

—No fui yo el que pidió, ni busqué ocasiones, ni propuse reuniones. Me llamaste, es feo decirlo, pero vos

me llamaste y yo cumplí con ir.

—Estabas contento...

—Lo estaba y lo estoy, por qué no voy a estar contento, me va bien, no tengo quejas, ni se ha ensañado conmigo la mala suerte.

—Cambiaste después de que...

—No he cambiado, son cosas de tu imaginación. Te lo dije desde un principio, para mí no son los encargitos, no nací para esas vainas. Eso es tuyo y ni siquiera deseo compartirlo.

—Tu responsabilidad...

—A ver, ¿cuál responsabilidad? Desde la escuela lo enseñan, quien juega con fuego sale quemado. Eso no pasó la primera vez, por la prueba que te pedí, eso vino después. Hacé cuentas...

—Es tuyo...

—Mío es lo que quiero, lo que me propongo tener, lo demás no es mío. Entendé que es tuyo. No deseo ser duro, pero vos me pedías más y más, fui generoso y ahora hablás de responsabilidades.

—¿Qué hago?

—No me siento calificado para los consejos, sobre todo en vista de la experiencia con vos. Si te digo, hacé esto y lo otro, después andás reclamándome.

—Ayúdame...

—¿En qué? Si es plata, ya sabés como ando, hasta te debo. ¿En qué otra cosa? Los dolores se sufren en la soledad, no hay manera de compartirlos.

—Eso es todo.

—¿Qué querías?

Discúlpeme, no fue mi intención. ¿Se hizo daño? Aquí empujan, cuando uno menos piensa está sobre otro, sin culpa alguna. Lo siendo muchísimo. Estoy para servirle. Discúlpeme, venía distraído, qué pena, va a

pensar que soy un grosero. ¿Se ha golpeado? ¡Cuánto lo siento! Con su permiso, muy buenos días. Pero, vea por donde va. Con disculpas creen que pueden majar, empujar y agarrar lo que está a mano. Ya con estos malcriados no se camina tranquila. Discúlpeme, no me dí cuenta, se lo juro. No sé por qué se ponen tan bravos. Un tropezó le pasa a cualquiera. Detesto las aglomeraciones. Ya ni en la mañana se puede confiar, desde temprano anda la gente borracha. No sé a dónde va a parar este país. Discúlpeme, por estar hablando no me dí cuenta. ¿Se le rompió algo? ¡Qué lástima! Pero, no fue mi culpa. Me venía lamentando de un pisotón que me dio un borracho, ya sabe usted, a veces hasta se hacen pasar por inválidos para caerle a una encima. El toqueteo en la calle se ha hecho una costumbre. Discúlpeme, pero la calle no es un sitio para tertulias. Antes decían con permiso y cedían el paso. Ahora esos muchachos locos y maleducados andan por aquí atropellando. Les gusta ver a las viejas en el suelo. No tienen corazón. ¡Discúlpeme! ¡Qué mala pata! Chocar con usted, como si ya no tuviéramos bastantes problemas. Ahora va a creer que fue intencional. Le juro, si usted no desea ni verme, otro tanto igual siento yo. Buenos días y rechazo. Discúlpeme, sé que no es buena costumbre leer en la calle, pero debe comprender: hay mañas de mañas. Discúlpeme, tengo la culpa, mi exuberancia no sabe detener los gestos a tiempo. Discúlpeme, ¿qué hora es? Discúlpeme, ¿tiene un fósforo? Discúlpeme, ¿usted sabe dónde queda el museo? Discúlpeme, ¿no nos conocimos hace unos días? Discúlpeme, estoy en un apuro...

“La mañana se hace vieja”, trivial, sobredicho, agotado. La ventana detalla el ritmo del árbol en el viento y mi lápiz tan torpe, pero por qué debo repetir lo expuesto, aquí y en todas partes, no puedo competir

con los ojos. "La mañana se madura como la esencia de la rosa", malo, no sirve, suena a falso, a elaboraciones abstractas. Esa gracia de la rama, qué movimiento lúcido, casi transparente. Sobre la altura del cielo, encaje, cielo mismo, sombra verde entre el celeste. Incopiable. No trato de copiar, no creo en copiar. Frente a la palabra recuerdo la humedad de todos los campos, los pequeños rincones de musgo y liquen, esa joya barroca de tejidos, con puntas de espada, de abanico, de filigranas, de manos, de ojos, en la combinación más fina, en la mezcla más matizada, y luego los colores, la variedad de lo movible dentro de un tono disuelto en miles de tonos, sobre lo que el dibujo del otro color adquiere el relieve más maravilloso. Y, no existe un medio de atrapar la naturalidad de lo que es. "La mañana toma el espesor de la mano abierta." Resumen del gesto, mejor "la mañana, mano abierta..." y esta idea que no sale. Allá las montañas, esas montañas pirámides legítimas del tiempo, sosteniendo su esbeltez en el orgullo de mirar al sol cara a cara, mis montañas de todos los días, a veces tan desesperadamente escondidas, y de repente, después de la lluvia, en una esquina cualquiera, esa fuerza espléndida de figuras deteniendo el paso del viento. Las montañas, ese azul verdoso, con los contrastes de la labor doméstica, laderas repartidas en siembras de café, matizadas con plátanos, naranjos, jocotes, porós, cedros, y las planicies de verduras, pastos, frijoles y papas, con partes quizás aún salvajes, florestas con pájaros, sumergidas en el ritmo de la humedad, con un suelo de hongos y de enredaderas más agresivas que las alambradas. Allá, donde la vida es un mirar fijo el color del verde, y yo, aquí, donde se detiene el movimiento, se convierte en palabras, en voces lentas, que no dicen nada de este secreto tan sutil de lo que es, y ni siquiera son espejo, a pesar de los detalles que pueda incluir en el mayor esfuerzo de descripción. ¡Desesperante! "La mañana,

mano abierta, templo de vírgenes, enciende luces..." Un simple juego de asociaciones, como sombrilla y lluvia, como mujer y amor, que a veces no calza, no liga, como sombrilla en verano y como mujer enferma, y esa simplicidad de cosas colocadas en orden se rompe con la libertad subjetiva de buscar palabras y sensaciones, ya expuestas al vigor contradictorio y absurdo de toda clase de relámpagos que vienen a la mente. La montaña se preña de flores, pero no hay suficientes flores para preñar una montaña. ¿Por qué nadie se ha atrevido siquiera a preñar de flores un parque aquí? ¿Falta de imaginación, pereza? ¿Por qué pienso ahora en organizar un mundo loco? Dos pretextos: el tiempo y la gente. El tiempo, nunca hay tiempo, todo se ocupa en adornarse cada uno. ¡Si se pudiera medir en esta calle, lo que habla cada uno de sí mismo! Incansablemente, bla, bla. Adornos que no caben en el cuerpo, sobre los retoques físicos, también ilimitados. Luego, la gente, la gente imposible, la gente que no comprende, ni entiende, ni siente, y el yo haría tantas cosas con otra clase de gente. La montaña, la montaña frunce el ceño, no le gusta la gente, ¿cómo le va a gustar?, a mí tampoco me gusta y no tengo tiempo. En la gente no cabe mi gente y en el tiempo no cabe mi tiempo, eso está claro. "La mañana, mano abierta, templo de vírgenes, enciende luces y yo no veo, no puedo ver." Perfecto, ni yo misma lo entiendo del todo, plenamente sugestivo. El título "verano". ¿Lo hace trivial? Sí, lo desploma, es como si le pusiera "ceguera". ¿Un número? Sugiere continuación y es un ciclo cerrado. ¿Sin título? Es como si le faltara el principio. ¿Estado de ánimo? Suena a concierto de banda en un pueblo de hormigas voluntariosas. ¿Camino? Espantosamente comercial. ¿Transición? Huele a serenata de borrachos. ¿Búsqueda? Ya me imagino los comentarios, que me compre un perro. ¿Arpegio? Con ese olor a rancio y a naftalina. ¿Angulo? Burgués, espantosamente burgués como toda la geome-

tría. ¿Prometeo? Esa insolencia de demostrar la última lectura. ¿Signo? La marca de lo dierente por el único afán auténtico de serlo. ¿Ansia? El disfraz del orgasmo en la hipocresía del lenguaje. ¿Arabesco? Ese recurso cultural de poner títulos titulantes a lo que no tiene título por sí mismo. La montaña se ríe de mí, ¿cómo no se va a reír? Ella no sabe que se llama montaña, un nombre con historia lingüística y con un dedo señalante para que se aprenda, un dibujo que se hace sonido y luego se intelectualiza. ¡Qué ridículo es llamar a una colina, montaña! Sin embargo, esos ridículos de grandielocuencia pasan inadvertidos cuando se dice maestro al que sólo enseñó un abecedario o al que con uñas sucias localizó una palabra en el diccionario y se aprendió de memoria su significado. A nadie se le ocurriría llamar maestro al que descubrió que la yuca se come o al que nos llevó de la mano mientras damos los primeros pasos. Es maestro, sin duda, el titulado o el que se atribuye títulos. Necesito un título para el poema o está muerto. ¿Un sonido? Alma, a con x luego t y una i, axti. ¡Qué lindo! Suena a idioma nuevo. Qué interesante sería el español si estuviera cargado de equis y tuviera íes más agudas. Las palabras más lindas tienen equis, como éxtasis, excusa, pretexto, exorcismo, oxígeno, exacto. Serían todavía mejor con una i larga al final: excusi, pretexti, exorcismi, oxígení, exacti. Qué bien sonaría casa con una equis: caxa, caxi, sopa, xopa, xopi, casta, caxta, caxti. Podré no ser nada, pero a veces el genio me embriaga. Xinio, Xení, silla, xilli. Siento una necesidad de consonantes y de sonidos agudos. Montaña, montaxa, montaxi. Se ha llenado de pequeñas nubes blancas, como si se estuviera empolvando. Ahora me acuerdo que ni siquiera me he peinado hoy. Necesito un buen baño, sacarme las cejas y ponerme algo para estas malditas espinillas. ¿Qué hago con el poema? ¿Dejarlo así para dentro de veinte años, como aconsejan los críticos y los grandes escritores? Mejor

la basura y hoy el basurero está muy limpio. Lo adornará el poema y la lista de títulos. Tirarlo jamás, estoy pretendiendo ser interesante conmigo misma, en el grado del snobismo absoluto. Es mi poema, mi trabajo, mi testimonio de esta mañana viendo la montaña. Estoy fascinada con el poema, con mi poema y en este momento sólo me interesa la dulzura de repetirlo y decir que es mío, mío, mix, mixi.

—Ponga un ejemplo.

—Es una experiencia muy personal.

—No importa.

—Puede ser chocante.

—¡Vamos!

—Hay algunos detalles un poco fuera de tono.

—Estamos esperando.

—No tengo la seguridad de que sea apropiado.

—¿Qué pasa?

—Omitiré los nombres personales.

—Bueno, bueno.

—También cualquier referencia que permita identificaciones.

—¿Qué hubo?

—Por días y días tuve el mismo sueño. Una calle oscura por la que caminaba oyendo mis pasos, llovía y no me mojaba, eso era extraño porque llovía con la fuerza de setiembre. La calle tenía un olor que aún recuerdo, una mezcla de romero con la miel del café, más molesto que agradable. En la esquina un grupo de hombres me esperaba. A veces cinco, otras dos o tres. Mis últimos pasos eran temblorosos, conscientes del peligro. Sin embargo, no podía dejar de ir, ni siquiera pensaba en volver atrás. Y, adelante, los hombres me ponían contra la pared, sin oposición de mi parte, extendía mis brazos en la clásica posición del crucifijo. Me desnudaban

de la cintura para abajo y lo cortaban en pedacitos, sin dolor de mi parte, pero lloraba, unas lágrimas aceitosas que corrían con cierta gracia por el rostro. Luego me desnudaban de la cintura para arriba y mi cuerpo se encendía con un blanco de luna...

—Continúe.

—Una trompeta aguda me dolía en los oídos. Nunca he sentido un dolor tan intenso y tan agradable. Ese sonido profundo que despierta toda clase de sensaciones, sentía brotar un movimiento creciente alrededor y dentro de mí mismo. La luz se hacía luces, la cara de aquellos hombres se proyecta hasta hacerse una multitud de rostros, algunos de una belleza extraordinaria. Mi propia cara se miraba como en miles de espejos. Después de la orgía de imágenes, que resulta indescriptible por su inmensa variedad, volvía a estar solo en la calle, solo y diferente. Una gasa rosada me cubría el cuerpo y una profunda suavidad se había acentuado en mis gestos. Las ventanas de las casas crecieron al borde de las barandas. Una luz de foco en cada una de ellas reflejaba a parejas, que eran parientes y amigos, en las más extrañas posiciones lascivas, se reían, sudaban, volvían a sus juegos. Había una ventana abierta para mí. El movimiento de las cortinas me decía claramente que alguien estaba detrás. Sentado en el diván, esperando, me daba cuenta de que mi pelo, crecido, largo, rozaba el suelo. Cuando la cortina se iba a correr, siempre me despertaba con una sensación de angustia en la boca del estómago. Ese es mi ejemplo sobre la repetición de los sueños y me hace pensar que hay algo en ellos manejado por la conciencia. Una y otra vez hasta encontrar ese alguien detrás de la cortina.

—¿Lo encontró?

—Sí. Lo encontré fuera del sueño.

—¿Había alguno de nosotros presente en el sueño?

—Dije, omitiría nombres y referencias personales.

—El ejemplo es interesante, pero se olvidaron con habilidad ciertos detalles y eso lo hace incomprensible en determinadas partes.

—Es la única forma en que lo puedo contar.

—Vamos. ¿Quiénes eran los hombres de la transformación? ¿Quiénes los de las ventanas? ¿Quién detrás de la cortina?

—Me pidieron un ejemplo, no la historia de mi vida.

—La curiosidad se debe calmar, es malo dejarla al arbitrio.

—La curiosidad aviva la inteligencia, calmarla es apagar la fuerza de su estímulo. Además nos estamos saliendo del punto.

—¿Cómo entiende ese sueño?

—Un completo descubrimiento.

—Sueños con utilidad.

—Los sueños son útiles siempre.

—¿Otra teoría?

—No quiero más teorías, no quiero poner más ejemplos. Estoy harto de definiciones. Cada vez que encontramos alguna, respiramos con tranquilidad, llenos de un aire estúpido. Los que más usan las definiciones, son los que nunca se han definido.

—¿Se ha molestado?

—No. Estoy empezando a conocer el delirio más peligroso y no quiero vicios, me envicio fácilmente.

—¿Cuál delirio?

—El de contar experiencias personales.

El velo, la mañana se hace velo, el momento se hace velo, todo se llena de velo. Y, antes fue el vestido, su corte, el elegante giro de la cola, el talle esbelto, los encajes, el pasador, los adornos. Todavía antes la cara, el masaje, la pintura de los ojos, un poco de carmín en las mejillas, las sombras y cada músculo nervioso, con

pequeños brinquitos. Ahora el velo, el velo sobre el pelo, rozando la cara, con los pliegues graciosos, la guirnalda de florecitas en la frente, sin estropear el peinado. Porque el peinado fue lento, tan lento que había empezado el día anterior cuando lavaron el pelo con cuidado, cuando prepararon los acondicionadores para que tuviera brillo y quedara suave. Luego, las manos alborotaron los cabellos, casi uno por uno. Un aspaviento desconsolador y el rostro adquirió algo de fiereza. Los dedos, el cepillo y el peine, alterándose la docilidad del enredo, jugaron a la copia del diseño con la perspectiva del velo y de la corona. La noche se hizo corta o el día largo, muy largo. Todo pasa, dijo la abuela, con los ricitos sobre la cabeza y la cara untada de crema. Ella pasó la suya, la de su hija y ahora pasaría la de su nieta. Una sonrisa resistente le brillaba en la cara. La novia se recostó sobre la cama, el descanso embellece el cutis, había aconsejado la tía y la tía aún la pegaba de polla. Sus ojos se cerraron, con cierta disciplina consciente de no ver el desorden del cuarto, pero se extrañó de las majaderías que pasaron por el telón de sus párpados. Una mesa con toda clase de pasteles, la bellísima vajilla que le habían regalado, el gesto de su mejor amiga cuando vio el vestido celeste que le terminó la costurera, claro le gustó y lo quería para ella, siempre igual, envidiando lo que no era de ella, el libro en la mesa de noche con la página 50 marcada desde hacía un mes, un libro cada vez más y más interesante, pero que no pudo seguirlo por las visitas, las compras, los arreglos, los detalles. Oyó la conversación de su madre por teléfono, una larga conversación, estaba informando a una amiga sobre la lista de regalos, regalos, regalos, un montón de regalos. Pensó en él y no pudo. Extraño. Su rostro aparecía escondido detrás de un paquete con cintas blancas y ramitas de ciprés, y cuando quería correrlo el paquete se abría con muchas bolitas de jabón, coloreadas,

en que se veía uno de sus ojos, la nariz, parte de su pelo, su sonrisa triste. Ella, durmiendo sentada, pensaba qué pensaría. Prácticamente no se vieron los últimos días. Las fiestas de despedida, las incansables visitas, la necesidad de ultimar detalles y arreglos, porque es tu boda, la tuya, y debés preocuparte por las flores, por los arreglos, por los pasteles, por las tarjetas, por todo, es una forma de ir asumiendo responsabilidades, no siempre tendrás a tus padres, la voz de la madre seguida por la de la abuela, ya llegaste a los días en que se camina sola y nadie puede ayudarte, en el parto y con los dolores estarás solita y ya no dirás más traeme un vaso de agua porque te lo pedirán los otros y tu obligación será servirlos y adiós consentimientos, por eso es bueno que ahora atendás tus cosas, así más adelante no te irán sorprendiendo más y más obligaciones, hasta que llegués a mi edad, liberada en parte, entonces no será muy agradable, tendrás también que acostumbrarte, pero las mujeres se acostumbran a todo, a todo, ya verás. Y, de nuevo el velo, porque llegó la tía con el vestido nuevo y está regia, y ya la madre está lista, aunque más nerviosa que nunca, sin dejar de hablar, y la abuela se ha puesto su mejor vestido negro, con los guantes que le quedan grandes y esa piel apestosa a armarlo cerrado. El velo le cae sobre la cara cuando sus ojos están llenos de lágrimas, no por ganas de llorar, sino porque alguien, no sabe exactamente quién, la prima, la tía, la madre o la abuela, le rozó con el dedo su ojo. Entonces, la apuran, la apuran todos, es tarde, el sacerdote es impaciente, los invitados y los padrinos deben estar en la puerta, y le dicen que se mueva con cuidado porque el vestido, la cola, el velo. Al fin, el aire de la calle, pero las manos caen para el retoque. La vuelven a apurar y le dicen que despacio. Se sienta en el coche como en una urna. Las miradas pesan, ella quiere ver como la ven los otros, los extraños. Una novia grita un chiquillo y las colegia-

las en la esquina se quedan pensando, pensando . . . algún día será el día de ellas, un día entero. Cuando voltea la cabeza con el orgullo de su traje, le dicen agriamente que no se mueva, puede tropezar contra el vidrio y estropear el tocado. Las novias son bellas y nadie se lo ha dicho todavía. Ella quiere sostener ese momento de cruzar las calles con su vestido de novia, pero las distancias se acortan. Ya, casi a un paso, ve a su madre esperando, como se adelantó no lo sabe, y la demás gente, tanta, las cuatrocientas invitaciones. Una sensación de humedad bordea el cuello, y cuando pone cuidadosamente el pie en la acera, cubierto por la zapatilla de raso blanco, y se llena del olor de los azahares que la abuela le ha traído con las manos temblorosas, sabe está dando un paso hacia una ceremonia que se acabará, como se acaban las cosas buenas, sin tener seguridad de haberlas saboreado.

—¡Qué desastre! ¡Mire usted!

Los vidrios quebrados parecen grandes terrones de azúcar sobre el pavimento. Cuando pasan los curiosos, suenan a nuevos vidrios quebrándose, pulverizándose.

—¡No fue nada! ¡Un montón de lata torcida y vidrios rotos!

La gente corre. De una cuadra, de la otra, de la vuelta de la esquina, más allá de la cruzada, cerca de la plaza, los carros se acumulan, los autobuses se paran, los pasajeros se bajan.

—Yo venía por mi lado.

La desilusión corre por el grupo, los de primera fila dejan sus campos privilegiados. Un coro de bocinas impacientes sobre motores acelerados. Los pasajeros vuelven al autobús de la flecha roja, que ha empezado a avanzar con el estruendo insolente de su motor, para

separar a los mirones, los que tratan de adelgazarse poniéndose de perfil.

—No hay heridos . . . gracias a Dios. Vámonos, no perdamos el tiempo, no hay nada que ver.

La madre con el niño de la mano empieza a caminar de regreso, se acaba de acordar que dejó la puerta abierta y la sopa en el calentador, estará hirviendo, y para nada. En la casa del frente, han sacado mecedoras y sillas, la calle se ha animado.

—¡Usted me tiene que pagar todo! ¡Yo venía por mi lado!

El grupo se cierra, la pelea se huele, los hombres han subido de tono y se miran desafiantes. Los de atrás piden noticias a los de adelante. Alguien grita: "La cosa se pone buena." Algunos desilusionados regresan.

—Yo hice mi señal de cruce y tengo derecho de vía. ¡Usted es simplemente un estúpido!

"Bravo y dele duro." El grupo parece dividirse, unos con el del rojo y otros con el del gris. Las bocinas azuzan. La calle se pone caliente. Con un griterío anuncian su llegada los colegiales y hábilmente empujan para ver algo.

—Usted es un idiota y ni siquiera sabe manejar.

El hombre del gris se saca la chaqueta y su mirada ya golpea. El grupo del rojo lo alienta "no se deje" y como si se dijera para sí mismo "faltaba más", aprieta los puños.

—¡Animales como usted no debían andar en carro!

—¡Y cuadrúpedos como su alma debían encerrarse en la casa!

Los de la casa de enfrente no ven. El menor se ha parado en la baranda. "Se armó." Las miradas se excitan. Los de adelante han hecho una barra para resistir los empujones y respetar la cancha de los dos gallitos.

—Señores, esto no se discute en la calle, es asunto de leyes.

¿Quién fue el ave de mal agüero? La gente vuelve a verse con rabia. Al fin se localiza la voz, un tipo de cuello duro, con las manos extendidas a lo largo de su traje oscuro, como si cargara libros, se va abriendo paso. El muchacho de la baranda anuncia "ya llegó el entrometido".

—El caso debe aclararse como lo ordena la ley, primero debemos llamar a los del tránsito.

El grupo empieza a dispersarse. Las bocinas bajan el tono, se oyen sólo las de muy atrás, la circulación se va restableciendo lentamente. Al frente se abren las puertas de par en par para el paso de las mecedoras y las sillas.

—Nada es insuperable en esta vida y los daños materiales siempre son de poco monto. Todos somos caballeros y hay una forma amistosa de arreglarse.

El del gris se coloca su chaqueta y el del rojo suaviza sus puños. La interrupción ha sido alterada por el curso normal de lo fluente.

—Yo venía por mi lado.

—Yo hice la señal y tenía el derecho de vía.

Los vidrios rotos son un rastro blanco y áspero. El gris y el rojo se ven ahora claramente y han quedado estrechamente unidos. El gris entró por medio lado y el rojo lo acogió casi por el centro, hasta una parte de la pintura se mistificó en un café oscuro. Ese abrazo brutal de las latas.

—Yo soy de los Sánchez.

—Yo soy de los Castro.

—Pues somos casi familia.

—Tenés razón. ¿Qué te parece si vos pagás tus gastos y yo los míos?

—Me parece lo mejor.

Esta tranquilidad sofoca; da ese calorcito que necesita la pereza para crecer. Bostezos. ¿Qué hora es? Hay horas que justifican los bostezos. Esta tranquilidad es sólo aparente. Si se mira un poco hacia adentro, chupulín. Un lío. El espeso caldo de los enredos. ¡Qué ganas de fumar! ¿Me podría dar uno? Caramba, de los importados. ¿No nos habíamos visto antes? El ahogo inquieto de una memoria tranquila. ¿Vivía usted por el lado del norte? El yo debo haber sudado. ¿Ha estado usted en el extranjero? Bostezo. Hambre, pereza, cansancio. Resignación. La tranquilidad es un signo escrito en pergamino, no se rompe ni aun sacudiéndola, los pleitos tranquilos, los asesinatos de pensamiento, las mentadas de madre en silencio, el hogar dulce hogar, la respetable institución, la honorable ciudadanía, el orgullo patriótico, y el fan fan fan de la banda desafinada.

¡Desfile! Ahí van los valientes, con uniforme nuevo y el de adelante con galardones, debe ser el coronel y todos los demás sus lustrabotas. ¡Vagabundos! ¿Qué pasa? La autoridad está ensayando. Así por lo menos se cansan. Se sostienen la mandíbula todo el día y se desgastan en bostezos. Ahí van los enamorasirvientas. No lo digás muy duro. Les ha dado por empujar y llevarte a la cárcel, los pobres no tienen otra cosa qué hacer. ¡Papá, el ejército! Caminemos, esos son maricones. Mañana es día grande y están afinando el paso de ganso. A esos les gusta el mambo y el relajo. ¡Qué fachas! El que sostiene la bandera se ha tomado el papel en serio. Parece un sacerdote en plena elevación. ¡Mamá, qué lindo! Vámonos, son una banda de pillos. ¡Qué ridículo! El orden vestido de kaki. Mirá aquél cómo se le mueven las nalgas, de un momento a otro se le rompe el pantalón. Aquella estúpida ya no puede con sus babas, debe estar desfilando su Juancito. Los aprendices de gorila siempre

van muy afeitados. Así adquieren el criterio de lo limpio, desde entonces confunden con malo todo lo que no es el immaculado concepto de la apariencia militar. Cuando me estaba dejando crecer la barba me detuvieron, tuve que comprobar que no era peligroso. La colección de babosos en fila, marcha que marcha. Me hacen una gracia cuando dicen: yo soy la autoridad, sabe usted, soy la autoridad. Lo repiten y repiten para creérselo. Y si usted lo duda, ay de usted si lo duda, falta de respeto a la autoridad y a la chirola. Por lo menos, ahí van tranquilos. Si ahora se nos ocurre gritar, ladrón o incendio o crimen, ni siquiera se mueven, están en su oficio más agradable: lucirse. El único que tienen, por cierto. Una partida de cobardes. Papá, cuando grande yo quiero desfilar con ellos. No digás tonterías, bastantes problemas tengo ya. En cada hombre, hay un deseo escondido de desfiles. Ahí van esos satisfaciendo sus ansias, sin tantas inhibiciones como los que los estamos viendo pasar. Estás pensando con el trasero, ni por un millón de pesos me pongo en ese ridículo. Bien que de chiquito te gustó ir hacia el altar con la candela en la mano. Era apenas un niño, ni siquiera recuerdo. Bien que te gustó ir bajo el taratata muy ceremonioso con tu madre del brazo. Me casé sin tanta pendejada. Bueno, digamos que en todos, menos en vos, hay un deseo de desfiles.

—¿Honestamente?

—Honestamente.

—¿La verdad?

—La verdad.

—¿Aunque duela?

—Aunque duela.

—Es usted muy bella.

—¿Honestamente?

—Honestamente,

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Mentiroso!

Mi apuesta está en pie. La sostengo, es más me atrevo a doblarla. A nadie le importa lo que dice que le importa. Por supuesto, no admito boconadas, se supone el reconocimiento de la verdad. Vos dijiste que el país. Mentiras, te importa sostener el puestecito y ver si hay chance de otro mejor. Vos fuiste menos pajudo, tu esposa y tus hijos. En realidad te importa que estén bien para que no te jodan mucho y te podás tomar tranquilo tus tragos, te importa realmente un vicio tranquilo, sin remordimientos de conciencia. Vos casi te rajás, te importa tu éxito con las mujeres, ya te veo con tus tres raciones diarias de jalea real, tus colonias y tus desodorantes, porque en verdad te importa tu propia importancia, ni siquiera sos capaz de prestarle a la más bella tu carro, aunque de ello dependiera disfrutarla. A vos te importan los negocios, en otras palabras el dinero, y vaya si lo manejas con cuidado, "camarero la cuenta, aquí dejo lo mío, cuatro tragos a cinco cada uno veinte en total y dos para la propina", qué excelente contabilidad, te importa es cierto, pero te importa en realidad lo que no tenés, lo que está a punto de caer, la hipoteca vencida, la gran y la pequeña rapiña. No te enojés, estamos pasando el rato y nada más. A vos el mundo y has andado muy cerca, sólo que hay una gran diferencia entre el mundo y el mundillo. A vos te importa el mundillo. Te sonreís, o no entendiste o tenés una coraza por pellejo. Así me gusta, cara dura, para mí los caballos tienen que relinchar, los burros rebuznar y las gallinas cacarear, si no, pues no son auténticos. Ahora mi turno, dije que no me importaba nada, mentiroso, hipócrita, farsante, todo lo que quieran y más. Vamos a ver qué me importa.

Tienen ustedes la palabra, se las cedo, desquítense. Camarero, una ronda más de lo mismo. Estoy esperando. Voy a poner aquí, sobre la mesa esta pistola, la compré ayer, esas cosas que uno adquiere sin necesidad y no sabe cuándo va a usar. Para mí el caballo que relincha. ¡Van a ver qué relinchos! ¿Qué decían?

¿Este cansancio de dónde diablos sale? Eso de nacer cansado, ¡qué tragedia! La generación del cansancio, ¡qué porvenir! Se despierta uno con deseo de siesta. Ah, perdone que bostece. Y el sueño que entra cuando alguien dice: esto de cansarse es un signo de protesta. Ah, perdone. La gente hace bromas de los cansados de cansancio. ¡Qué incomprensivos! Nuestra única esperanza es que mañana será otro día y a lo mejor, nadie sabe, puede resultar menos cansado. El cansancio es una enfermedad, más enfermedad que la gripe, todavía sin remedios. Ah, perdone usted. No se ha estudiado bien. Quizás con vitaminas y un largo reposo, mucha paciencia y comprensión. Los cansados necesitan un buen tratamiento y cariño, son gente susceptible, se resienten con facilidad. La única cura que se recomienda es salvaje y primitiva: el trabajo. Es casi un asesinato. Ah, perdone.

Aquí se recuerda tanto, que a ciencia cierta nadie sabe con exactitud lo que recuerda. Nunca se me olvidará una búsqueda que hice un día. Fue casi por obligación, pero me divertí mucho, lo volvería a hacer por puro gusto. ¿Te lo he contado? Me encargaron un discurso para un aniversario, uno más, de esos acontecimientos que se festejan con la persistencia de los que quieren hacer algo grande, crear tradición, historia por la inercia de repetir, en pocas palabras: espontaneidad por la insistencia del recuerdo. Por supuesto, el resultado es un

bostezo largo, el esfuerzo de inventiva se acaba y el lugar común se extiende cómodamente. Igual al día de la madre, al día de la bandera, al día del padre. ¿Quién puede inventar algo nuevo, quién puede aportar algo creativo? Imposible, la celebración misma mata cualquier intento. Pues, ahí estaba yo con el encargo del discurso entre las manos y un deseo estúpido de ser original. Se me ocurrió buscar algo nuevo. Sin una idea muy concreta, me pareció interesante recordar los hechos con el sabor de la época, pero desde el punto de vista actual, o sea por un hombre del momento. Te digo momento, porque aquí no hay estabilidad en los seres humanos, cambian de un año para otro. El que fue conservador el año pasado, te puede sorprender el día menos pensado con una liberalidad que te escandaliza, y el que era medio colorado, de repente se vuelve cristiano y se da golpes en el pecho por media calle. En todo caso, la idea no era del todo mala, por lo menos tenía la buena intención de salirse de la tradición, hecha el colmo de la copia sin cuidar siquiera el dejo apestoso del plagio. Por supuesto, de vez en cuando me aterrorizaba la idea de perder el tiempo, pues era muy probable que a mi jefe, el que leería el discurso, no le iba a gustar el tono. Había oído hablar del monumento, aunque no sabía muy bien en qué sitio estaba. A vos te debe haber pasado lo mismo. Sabés que por ahí, en algún lugar cercano al que recordás todos los días, está, tranquilo y quieto, pero en realidad si repasás tu memoria te darás cuenta de que no lo has visto nunca. Lo mismo me sucedía a mí, y entonces me espanté de la forma en que usaba los recuerdos. Porque tengo mis propios recuerdos y heredo los recuerdos de mi abuelo, quien a la vez me dejó los de su tatarabuelo, en una forma tan imprecisa y tan superficial como si el montón de detalles inconexos formara una enorme telaraña sin araña. Empecé entonces por localizar el monumento. Como te dije sabía muy bien

en dónde estaba aunque nunca lo había visto. Llegué al punto exacto, busqué y busqué y no había nada. Recorrí cuidadosamente la cuadra entera, fijándome en cada detalle, detrás de la menor pista, casi como un perro siguiendo los orines de otros muchos perros. Ni un rastro. Un poco incómodo, me decidí a preguntar. Tenía la preocupación de que me creyeran un pretencioso, preguntar por algo tan obvio alguien que nunca ha salido de aquí. La primer persona que encontré me dijo que el monumento estaba ahí y señaló sin determinar una de las cuatro esquinas. Al preguntarle por el sitio exacto me dijo "ahí", porque un amigo suyo vivía cerca y su casa estaba a media cuadra, y se marchó un poco desesperado, le estaba resultando impertinente con mi aire de exactitudes como si fuera un extraño a las cosas que estaban ahí porque ahí estaban. La otra persona interrogada fue muy amable y se interesó más, hasta me acompañó un poco y cuando no encontró el monumento ahí, donde suponía que estaría, me dijo que era extraño porque en ese mismo sitio, la semana pasada, había esperado a un primo que llegó de la provincia. La tercer persona no me contestó, creyó sin duda le estaba tomando el pelo porque el monumento estaba ahí y yo mismo podía encontrarlo. Había pasado una hora completa, quizás algo más. Me decidí a consultar en la biblioteca, hacía mucho que no entraba y me sorprendió la cantidad de gente joven sentada muy formalmente alrededor de las mesas. Cuando estuve más cerca de ellos, pude comprobar el confite de su atracción: los resúmenes cómodos que se copian, dan una idea exacta de todo, sin oler siquiera los originales. Las grandes computadoras están sintetizando los recuerdos y acabaremos como un tarjetero con el índice perdido, para sentir la incomodidad del que aparece en el momento más inoportuno, mientras nos están preguntando por la salud de la familia o pidiendo la opinión sobre el último discurso del señor presidente.

En la biblioteca encontré cientos de disertaciones sobre el monumento, la fecha de su construcción, el detalle de las contribuciones recogidas, las anécdotas que se suscitaron acerca del diseño, pero ni una fotografía, ni una indicación del sitio. Pensé que desde la época a la fecha, la situación de la calle pudo haber cambiado mucho. Sin embargo, tenía casi la evidencia de haberlo visto, de haber estado a la par, una columna de piedra bruta y arriba una corona de laureles. Estaba casi seguro, pero no sabía si esa seguridad era un recuerdo de mi padre o de mi abuelo, en la misma forma en que recordaba el convento de los dominicos que se cayó con el terremoto de fin de siglo, y todavía lo puedo ver en la plaza de fútbol, con sus laberintos de cúpulas medievales, en la mezcla de estilos que se oyeron, más que se vieron, en alguna conversación con un viajante. Aquí las cosas siempre se hacen a oídas, con toda la seguridad insegura de las descripciones que pasan de mano en mano. Pues no saqué ninguna conclusión de la biblioteca y volví al sitio de los hechos. Ya no busqué, rebusqué. Había resuelto valerme por mí mismo y estuve persistente hasta que noté en una vecina del lugar la curiosidad de adivinar a quién rondaba. Me molestó porque estaba susceptible, como siempre están los frustrados, a quienes la más mínima pregunta les resulta un señalamiento tácito de sus fracasos, una complacencia de apuntar defectos y entonces reaccionan con altanería y amargura. Te has fijado cómo aquí a la menor pregunta te cuentan una historia, para justificar un estado que ni siquiera te había pasado por la mente, una historia de remiendos que lleva a la conclusión de que no ha sido la culpa del relator lo sucedido, sino la del papel, el papel horrible que le ha tocado vivir, porque unos nacen con suerte y otros salados. Y, después de desahogarse, te hacen sentirte culpable por preguntar algo que no preguntaste, y por pensar algo que no pensaste, y por tener una vida y una suerte

que no tenés. Te decía, me fui del lugar con el rabo entre las patas y por dentro el resquemor de que el tal monumento no existía ni había existido nunca. En eso recordé los desfiles del año pasado, se habían parado allí, las escuelas, los colegios, los señores del gobierno. El tránsito se cerró por toda la zona y las tribunas se alzaron en medio de las cuatro esquinas, sí, allí mismo, por donde había pasado una y otra vez en busca del monumento. También recordé, en las calles no había muestras de recientes construcciones, ni de cambio alguno. Las casas y los edificios tenían años de construidos, más años que yo mismo, con los signos de grietas, humedad, pinturas sobre cáscaras de otras pinturas. ¿Quién podía ayudarme? Mi padre hubiera podido, pero estaba muerto y me había dejado recuerdos y recuerdos, partes perdidas de algo trivial que me empeñaba en creer no podía ser trivial. Llamé a mi tío. No me gusta hacerlo, él tiene mucho dinero, como sabés. Cuando el dinero está por medio se pierde toda relación familiar, empieza la pleitesía a la fortuna acumulada, se quiera o no se quiera. No soy interesado y no tengo la menor posibilidad de participar en alguna forma de su dinero, sé que jamás me dejará un cinco, ni me lo dará. Sin embargo, no es un tío cualquiera y por más esfuerzos que hago lo sigo tratando como un tío especial, diferente a los otros que tengo por vía materna. Esto me molesta porque me degrada, pero ahí estaba llamándolo para preguntarle y me dijo "has estado tomando, porque no entiendo esa pregunta tonta, el monumento está ahí, donde ha estado siempre". A los otros tíos no me molesté en llamarlos, uno siempre está buscando los anteojos y el otro tiene apuntada la dirección de su propia casa en una libreta de notas y muchas veces así y todo anda perdido por las calles, no encuentra la casa ni la libreta. A la mañana siguiente me tenías en las mismas puertas de la Academia de la Historia, ahí me fue peor, ninguno

de los miembros pudo oír mi pregunta, y como no querían reconocer su sordera me dieron las más extensas explicaciones sobre una variedad inconcebible de asuntos, incluso me contaron chismes, porque entre ellos se detestan y creen que el de la silla de la par sólo ha contado una parte, muy relativa por cierto, de la verdad histórica, que me pareció tenía cara de rinoceronte, patas de camello y un hedor a jaula de zoológico, con cien monos adentro, antes de la hora del aseo. Te estoy cansando con el cuento, bostezá sin disimulos, ¿qué te parece una taza de café? No voy a dejarlo a la mitad, pero lo voy a abreviar. El discurso estuvo listo en el tiempo necesario, lo calqué de uno que me pareció aceptable y se había dicho cinco años antes. El jefe quedó contento y por supuesto no mencioné nada del monumento. Después de casi seis meses de investigación, logré aclarar el asunto. El monumento nunca se construyó. Fue un proyecto. Se hicieron los diseños, se recogieron contribuciones y se celebró la colocación de la primera piedra. ¿Ves ahora lo que es el recuerdo de otros recuerdos? Ahí está el ejemplo de la esquina del monumento. Quise explotar el hallazgo, se prestaba para todo: un buen cuento o un artículo en la prensa. El cuento lo sigo contando cada vez que puedo y el artículo lo escribí y lo mandé a la prensa. No lo publicaron, no sé por qué. El jefe de redacción vive tres cuadras al sur del monumento.

Lindo día. Lindo. Día lindo. No llueve, los días que no llueven son lindos. Espléndido día. Espléndido. Día espléndido. Quizás esté un poco caliente. Ahora el clima es tan variado. La culpa es de las bombas atómicas y de los viajes a la luna. Es verdad, desde entonces nadie puede confiarse. El sol se asoma, promete y de repente la lluvia y más tarde el frío. Pero, hoy está firme, lindo día, anuncia una noche agradable. En las noches

agradables no dan ganas de ir a la cama. Lindo día, de eso hablamos. Lindo en verdad. Un día así vale la pena. ¿La pena qué? Vivir. Ah...

—¡Achiz! Le ruego disculparme, esta gripe del demonio.

—Una buena aspirina, un buen trago, una buena sudada y una buena cama.

—¡Imposible! ¡Achiz! Con mis obligaciones, no puedo.

—Es peligrosa la pulmonía.

—Ahora todo se cura, menos la falta de dinero.

—El dinero no es nada, si no hay salud.

—Y ¿qué hace usted enfermo sin dinero? Véame trabajando con esta gripe.

—Usted tiene con qué pasar.

—¡Achiz! Estoy entre los que si no trabajan, no comen.

—No sea exagerado.

—Sólo la gripe y yo sabemos por qué no estamos ahora en la cama.

—¡Achiz! Usted es un peligro en la calle.

—Lo siento mucho.. ¡Achiz! Es mejor que me aleje.

—Ahora es tarde, ¡achiz!, ya tengo escalofríos.

—Le aconsejo que se vaya directo a la casa, se tome una aspirina y se acueste. ¡Achiz!

—¡Achiz! Yo no estoy para chinear gripes.

—¡Achiz! Y ¿la pulmonía?

—No será la única calamidad por delante. ¡Achiz!

A mí el hígado me tiene loca. Empecé por no poder tragarme un huevo. Huevo que me comía y un amarillo cargado sobre los ojos. Después, fueron los frijoles. Apenas me los tragaba y un cólico entre las costillas, cor-

tándome la respiración. Los martirios que he pasado. Ahora con verduritas y paciencia, así y todo el día menos pensado de vuelta los mareos, las pantallas amarillas y los cólicos. ¡Qué diera por un hígado nuevo! A mí los riñones. Nadie sabe lo que es eso. Los sacrificios en la comida, no importan, pero las idas al baño, que lamentablemente no se pueden omitir, y ese dolor intenso de la gota. En vida he pagado mis pecados. A mí la úlcera, ni al enemigo le deseo algo igual, esa angustia constante, ese espasmo ahogado, ese estar con el oído averiguando por dónde viene el dolor agudo. Y si me olvido de la dieta, si caigo en la tentación de un picante, no se puede imaginar, un desgarramiento como la muerte, la palidez más definida me hunde los ojos y me alarga la nariz, un sudor frío me llueve por todo el cuerpo. A mí la artritis y eso sí que no es cajeta, me empezó en la mano y ahora me corre por todo el cuerpo. ¿Sabe lo que es agarrotarse? Nada, comparado al dolor de la artritis. Aquí donde me ve, no se puede imaginar los esfuerzos de estar parado, de caminar, de sonreírme. Hasta en medio del sueño me despiertan los dolores. No hay forma de aliviarse, ni sentado, ni caminando, ni durmiendo. Es preferible la muerte, se lo aseguro. A mí el asma y me viene cuando le da la gana y porque le da la gana, ya me hicieron el inventario de las alergias y son tantas las causas que mi vulnerabilidad es un completo colador. Me afecta terriblemente lo emocional, una palabra fuerte, un gesto duro, una negativa violenta, la más mínima contrariedad. El sufrimiento ajeno me exaspera y empiezo a ahogarme. El mío propio me liquida, no encuentro aire. A mí los nervios y les aseguro que cambiaría mi padecimiento por cualquier otro. Eso de no saber cuándo vendrá la gran crisis, la depresión sin salida, la locura completa entre el miedo y la ansiedad. Me doy cuenta de que falseo mi propia realidad, pero qué le voy a hacer, mis nervios no me permiten otra cosa. Todo me molesta,

ver una cosa o no verla, conversar o no conversar, salir o no salir. Y como si fuera poco, el martirio de las manías, la limpieza obsesionante, el sentimiento de persecución, el encontrar cosas perdidas, el averiguar intenciones. Una necesidad de actividades sobre el pecado de uno ocio que no conozco. A mí el cáncer, no sé por dónde va a salir ni cuándo, pero lo siento constantemente sobre mí y preparo toda clase de resistencias para afrontarlo con cierta dignidad.

Urgeme mándeme pedido estimándolo mucho saludeme a su esposa. ¿Entenderá? Urgeme mándemelo estímole y saludemela. Así está mejor. Más concreto y personal. ¡Achiz! Estos cambios de clima son peores que los cambios de humor. Me había acostumbrado a la humedad y ahora que vuelve el calorcito seco, pues el resfrío. Cuando amanezco simpático, me caen encima los pesados. Extrañado pedido no llégame envíemelo urgente saludolos. Más contundente, para que se dé cuenta de que no me toma el pelo. ¡Achiz! Extrañándolo úrgeme mándemelo saludolos. Definitivo. ¡Achiz! Qué desgracia. Y sin pañuelo.

Goteás. Te vas en agüitas. Ese pobre niño que vive en vos se ha resfriado. ¡Pobrecillo! Lindo día para una gripe. Otras cosas peores pudieron llegar. Vamos, no es para entristecerse. Tres, cuatro, un montón de estornudos juntos, un poco de fiebre, dolor de músculos, la espalda como una carga, ya se curará mi pobre niño, no lo voy a dejar desamparado. Nos acostaremos y te contaré historias. No podremos ir a ver televisión en la casa del vecino, ni fumaremos por dos o tres días, hablaremos en la cama, una larga conversación tupida de inhalaciones con mentolato. Oleremos a enfermo y una

sopa de pollo nos revivirá y seguiremos jugando tablero, no te aburrirás conmigo ni me aburriré con vos. Cuidaré tu catarro con devoción y no volveré a sentir vergüenza de que me encuentren hablando solo, no, te lo juro. Has hecho tan dulce mi soledad, hasta ilusión tengo de estar enfermo. ¡Achiz!

Caminá sin mirar, a nadie, recto, evitando los encuentros, sin tropezar, si te saludan hacete la tonta, anda suelta la gripe, el primer contacto y te la pegan. Tres aspirinas y un trago de whisky, te lo dice la experiencia. Nos cayó, la abuela se nos va con esta, la tiene en la cabeza y en el estómago, ya le faltan fuerzas para las carreritas. Eso de la gripe es un invento para vagabundear, ayer que quedé solo en la oficina, todos los empleados se fueron al seguro social, para que los envenenen. Estábamos jugando canasta, cuando Lolita empezó a estornudar, la pobre cogió la gripe, pero eso no fue lo peor, los estornudos eran tan fuertes que se le saltó la dentadura encima del paquete de cartas, parecía un comodín mal dibujado. Creo que me va a caer bien esta gripe, por lo menos se me irán cuatro o cinco libras, lo malo es que me adelgazo donde no debo y las llantas siguen colgado. El psiquiatra me aseguró que los resfríos dan por una ausencia señalada de intereses, sólo eso, nada de ventanas abiertas, cambios de temperatura o microbios. Desde entonces me resfrío dos veces por semana, mi organismo pierde el contacto con los intereses porque se aburre, es un bicho caprichoso. Lo único que me faltaba, cuando se aproxima la fiesta de la embajada y yo con este catarrazo, no podré ponerme el vestido negro, se me vería el sinapismo que me encastró mamá. Papá, ¿qué hago?, la maestra dice que debo estornudar en silencio.

Lindo día. ¡Achiz! Al catarro, una sonrisa. Es cosa de sugestionarse: no tengo, me siento muy bien, hace un lindo día, el espíritu es más fuerte que el cuerpo. Lindo día. Espléndido. ¡Achiz!

Las cosas lo anuncian, aunque cierren los ojos y no quieran ver. Yo lo dije y ya se recordarán mis palabras. Esto se está acabando, acabando como se acaba todo, primero se aja, después se arruga y finalmente empieza a apestar a muerto. Estamos muertos. ¿Quién vive aquí? Yo quisiera ver de verdad quién vive aquí. Se toca una puerta y aparece el señor licenciado, el señor empleado, el señor jefe, el señor finquero, el señor aspirante, el señor administrador, el señor ocupado, el señor desocupado, el señor profesional, el señor escritor, el señor bibliotecario, el señor académico, el señor profesor, el señor maestro, el señor doctor, el señor dibujante, el señor mecánico, el señor comerciante, el señor pintor, cualquiera de esos con sus respectivas señoras y con sus consecuentes señores hijos. No aparecen Juan, ni Pedro, ni Pablo, ni Ismael, ni Zacarías, hombres enteros, completos, con el goce o con la desesperación de vivir, con el miedo pintado en la cara o con una sonrisa dibujada por el placer sincero de sonreír, con la virilidad expresa en palabras o actitudes de un solo rumbo, con la sencillez de ser naturales, biológicamente hombres. No se encuentra aquí un solo hombre auténtico, real, que crea en su misión, es más que aún la tenga. Un hombre comprometido con la verdad, su propia verdad, con un destino hecho por él mismo. Todos, absolutamente todos están dentro del sistema, un sistema híbrido que una vez favorece a unos y la vez siguiente se carga hacia los otros, siempre grupos privilegiados, los señores de la oportunidad, que están a la caza del negocio, del dinero suave, de una larga paseadita en el carro ajeno, de la

invitación al buffet para comer y beber gratis, y de los insultos entre ellos, porque los lugares hay que disputárselos para tener derecho a saborear un poco las delicias de los privilegios. Un sistema que analizado no es nada, un movimiento inerte que se mueve porque mañana es otro día y hay que levantarse temprano para andar por ahí medio dormido, con palabras y gestos muertos, pero con traje muy presentable, agua colonia, pañuelo blanco, zapatos limpios, bien afeitado y si se puede en un buen automóvil, manejado con una mano para tener libre la otra para los saludos, y si hay ocasión con un chofer y así no sudar la camisa blanca y no arrugar la chaqueta. Un sistema cuya única habilidad es la defensa, a como haya lugar, inclusive con la crueldad más extrema, las formas más sutiles del asesinato público y legal. La defensa del statu quo, que nada cambie, y para ello se permiten los cambios formales o los cambios que producen reacción para regresar satisfactoriamente al punto original, o los cambios que permiten la evolución favorable del statu quo. Asombrosa estrategia la de las palabras dueñas de la conveniencia gremial para entonar la adjetivización patriótica: más ricos y menos pobres, lo demás se omite por innecesario, pero cuando se descubre la frase se complementa con una ecuación matemática, más ricos los ricos para que los pobres sean menos pobres, pero siempre más y más pobres, la versión verbal del mito sobre el ingreso per capita. Y, los asesinatos se cumplen con la sangre fría de gangsters profesionales: una embajada, un llamativo puesto público, una concesión, un contrato, una futura diputación, la presidencia de un comité, un cargo director, una simple invitación a colaborar con la evidencia de que se le distingue y se le toma en cuenta. El asesinato más limpio, sin rastros, sin sangre, el refinado conocimiento de la debilidad humana. Todos nuestros rebeldes tienen la misma muerte y mueren seducidos por el deleite de la

notabilidad. ¿Quién puede creer en esos rebeldes que se excusan en la idea de conseguir poder, cualquier cantidad y clase de poder, confundiéndolo con un estado de acomodo? Pobres muertos en su duro purgatorio de engañarse y engañar. A veces me preocupa si lo que nunca ha subido, ha llegado a la cúspide, tendrá también un declive. Esta planicie absoluta que se vive aquí, ¿por dónde podrá caerse? Esa es mi gran duda. Por eso hablo de acabarse. Se acabará, se tiene que acabar el mundo plano de los planos, sobre el que se construye el goce de los privilegiados, el porque soy yo y lo merezco, el porque he estudiado para servirme de los estudios, el porque mi familia y la tradición de mi apellido exigen un lugar, el porque en la planicie debo ser distinguido, escogido, favorecido.. La planicie da los contrastes más absolutos, el palacio y la cabaña, el sobrecomido y el hambriento, el sabio y el ignorante, el sobrante y la necesidad, el millonario y el pordiosero. La planicie es un interés creado. La pobreza no tiene significado cuando todos son pobres. La riqueza no es un estado distinguido en la igualdad. La planicie permite la construcción de atalayas, nuestras torres, nuestras torres con los ojos de admiración sobre ellas, con la ambición de alcanzarlas, aun cuando sea de visita, porque las torres son distinguidas y distinguen. Pero, todo se acabará, se está acabando, porque aquí es un lugar de muertos, que se entretienen jugando a los orgasmos o contando los tesoros o las pobrezaas o pretendiendo crecer la estatura de los demás enanos o escabullendo su conciencia, la conciencia muerta de los muertos que todavía tienen apetitos y los hacen resonar como grandes metas de la vida, para entonces volverla humana, con esa horrible humanidad de los pájaros que picotean las frutas y no vuelan porque no saben volar. Todo se acabará, ya se acordarán de mis palabras, ya se acordarán. O quizás no se acuerden, cuando todo se acabe no tendrán tiempo para eso,

querrán llorar y gritar y expresar su horrible miedo, y la desventura se volverá vergüenza y la esconderán, porque están acostumbrados a ponerse a tono y creerán todavía que pueden olfatear alguna oportunidad, y cuando se vean en la planicie, la planicie que siempre han definido para justificar la existencia misma de las torres, se volverán los muertos tristes, cargando una enorme lástima por sí mismos. Sentirán que les falta el aire, y con la agonía de su invalidez empezarán a resignarse con su anonimato, pero no podrán separarse de los recuerdos cuando las cosas eran diferentes, y sin protestar hablarán en voz baja de aquellos tiempos en que era posible dormir con la conciencia muerta, dormir dulcemente, sin hambre, ni frío, en las grandes camas donde cabía la vecina, la mujer del prójimo, la adolescente y la abstracta mujer lasciva con que sueñan todos los hombres, los de las planicies y los de las torres, que por cierto es una mujer que no existe. No recordarán mis palabras, no habrá tiempo para eso, pero las he dicho, las he pensado y eso basta para mí.

—Pero, ¿usted cree que somos millonarios? ¡Un nuevo precio para las papas, cada vez más alto, más alto!

—Yo tengo que vivir también y comprar zapatos y pagar la casa y la electricidad y los impuestos. ¿Usted cree que a mí me regalan las cosas?

—No hay derecho para poner las papas tan caras. Una simple semilla que crece en el campo.

—¿Por qué no las siembra usted en el patio de su casa?

—No tengo casa, ni patio.

—Pues siémbrelas en una maceta.

—No se ponga impertinente, yo sólo protesto por el costo de las papas.

—Lo que vendo son papas, usted está protestando contra mí.

—No quiero ofenderlo, pero es un robo poner las papas a ese precio.

—A mí me roban también y en todas partes, con las demás cosas, sólo de pan no vive el hombre.

—¡No comeremos papas esta semana!

—Y, ¿qué comprará entonces? Los plátanos han subido, el arroz y los frijoles también, sólo el pan mantiene su precio, pero el pan solo no se puede comer.

—¿No me puede dar una libra más barata? Así, sin escoger la calidad.

—No puedo, mis precios son fijos y mi trato igual para toda la clientela.

—Y, ¿de esas que están revejidas?

—Esas son muy buenas, tienen mejor sabor, algunos clientes las prefieren. Son de semillas extranjeras.

—Probaré en otras ventas.

—Le aseguro que ésta es la más barata. Para probarse lo puede llevarse la libra de papas, y si después las encuentra más baratas, le devuelvo el dinero.

—¡Cómo han aumentado las cosas! Hace unos años le rogaban a una que comprara papas, casi por nada.

—Los tiempos cambian, señora, y los precios también.

—Eso es lo triste: los precios suben y suben, no sé qué vamos a comer más adelante.

—No es para tanto, cada día hay más gordos, usted misma no está muy flaca que digamos.

—Me lleno de aire y de olor, porque lo que es comida masticada, de esa saboreo muy poco. Usted sí está rosado, qué colores en los cachetes.

—Puras madrugadas y la quemazón del frío.

—Y la buena leche y papas con mantequilla.

—Si le contara la vida de trabajo que llevo, le daría lástima.

- ¿Aquí, sentado, vendiendo papas bien caras?
- Allá, sembrando, desyerbando, abonando, bajo la lluvia, bajo el sol, ¿qué sabe usted?
- Si sigue, acabaré pagando más caro.
- ¡Bien justo que eso sería!
- Y ¿yo qué? ¿Hago justicia con usted o con mi pobre familia? Son siete con una hambre implacable.
- Para todos da Dios.
- Para los míos da un poco menos.
- Hay que tener cuidado con la lengua, todo se castiga.
- Tengo derecho a quejarme, mi situación no puede ser peor.
- Con clientes como usted estoy puesto, hasta me dan ganas de regalarle la libra de papas, si no fuera porque mañana tengo que pagar la patente, que este mes también es más alta.
- ¿Ustedes, regalar algo? Las papas podridas se las llevan a los chanchos.
- Ahora resulta que nosotros, los pobres vendedores, somos los culpables de la mala situación.
- Ustedes tienen que ganar.
- No nos vamos a morir de hambre.
- De eso estoy segura, ustedes no se morirán de hambre nunca.
- No hablemos de cosas tristes. ¿Las quiere? Le rebajo un cinco.
- Eso suena bien y me da la libra con feria.
- Estoy haciendo el peor negocio de mi vida.
- Esa no, esa está mala, prefiero estas.
- Señora, lo más conveniente es hacerla socia.
- Eso nunca, no me gusta robarle al prójimo.
- Está usted servida.
- ¿Cuánto dijo?
- Sesenta.
- Sólo tengo cincuenta y cinco.

—¿A qué escuela fue usted?

—A ninguna. Entre nos debo confesarle que estos trucos los aprendí de mi patrona. Gracias.

—No hay de qué.

Las cosas de repente son las de mejor sabor. Las esperadas traicionan algunas veces, tienen un dejo distinto al esperado. Mientras rogamos, soñamos, pensamos, alguien, alguien muy malo, les roba algo, les quita el gusto. Eso me dijo la noche de bodas, no me atreví a preguntarle por qué, no soy curiosa. Después nos divorciamos. No fue un problema de llevarse, nos llevamos más o menos bien, fue algo más profundo, nunca me quiso por delante y por detrás para mí era demasiado aburrido. ¿Un poco más de te? Sólo un poquito, no quiero perder el apetito. En algunas ocasiones no lo entendí, me confundía toda. La primer noche se rio mucho, no acababa de reírse, una risa hiriente, irónica, me desconcertó, le pregunté, soy curiosa, además estaba mortificada, me dijo que esas cosas le producían risa, eran cómicas. Eso me humilló mientras estuvimos juntos y lo quise alegar como un motivo del divorcio, el abogado me convenció que no era apropiado por la simple razón de que todavía no se sabe dónde están localizadas las cosquillas en cada persona. Mi caso sí fue desagradable, una experiencia que no deseo volver a pasar. Nunca me tocó, nunca. Primero lo interrogué, después de suplicarle y tentarlo, y su respuesta siempre la misma: te quiero así, intocable. Cuando lo acosaron mis parientes, arguyó que esa era y seguiría siendo la única seguridad que podía tener sobre mi castidad. Ahora estamos alegando mutuo consentimiento. ¡Un momento! Mi caso fue peor: habíamos tenido experiencias extramatrimoniales completamente satisfactorias para ambos y después de la bendición ya no quiso levantarse de la cama, eso está bien

para un rato, pero a todas horas se convierte en un verdadero infierno. Ah los hombres, tan bienvenidos cuando son hombres, fieles como un perro, fuertes como un toro, suaves como una flor, educados como un diccionario, mansos como un gato, divertidos como un mono, salvajes como un potro, tranquilos como un convento, piadosos como una vela, ardientes como una llama, espléndidos como la lluvia, suaves como la paz, ah los hombres, tan lindos por un rato, tan dolorosamente far-santes por una vida. ¡Un momento! Insoportables y punto. ¡Un momento! ¿A dónde iría la especie con esos pensamientos? ¡Un momentico! Nadie está protestando de las funciones maternas, todavía tan incomprendidas y poco apreciadas, la abeja reina en el religioso acto de la creación. ¡Un momento! Antes de irnos la consigna: orgasmos asociados para el goce mutuo.

Cada mujer es un enigma, te lo digo yo, bastante experiencia tengo, cuando las veo en grupo me santiguo y pido sólo que la inocencia del bautismo y la necesidad de la confirmación me amparen cuando me desvisten. Porque nosotros creemos, estúpidamente, que la mujer pasa por la superficialidad, no se detiene, mira apenas, cuando en realidad hace autopsias, no en vano salió de adentro, de la costilla, convierte en transparente lo espeso, claro lo oscuro, camina entre el misterio, y por el subterráneo donde se soslaya se ríe con la frialdad de un mecanismo infalible. Es la tierra, la maldita tierra de donde salimos y hacia donde vamos, el retorno al polvo y ella la única sobreviviente, la germinadora, la semilla, y dentro de tan absoluta permanencia la veleidad, el antagonismo, el eterno juego de los contrastes, el brillo deslumbrante de la piedra, que es piedra y mujer en el perfil de la luz. La mujer es la maldición de nuestro consumo, el objeto del coito que acaba devorándonos,

la tentación de la delicia que envenena, el reloj de las formas sutilmente iguales y tan diferentes por donde la muerte nos atrapa. Qué bien la pienso, qué bien la defino, qué bien la veo, cuando no estoy frente a sus muslos, cuando sus pechos escondidos no jadean la calentura de mi sangre, cuando su sexo es un pájaro tranquilo y lejano. Odio a las mujeres que otro desviste, odio a las mujeres solas y solitarias, odio a las mujeres que suspiran tras el sueño de un hombre ensueño, odio a las madres de los hijos de puta sátiros sembrando cuernos en la desarmonía natural de las parejas. ¡Un momento! Estamos entre hombres, no entre maricones, a la mujer ni con el pétalo de una rosa, todo nuestro lenguaje severo contra ella es la revancha del hombre ante el insondable problema de su soledad; frente al sentido de rebaño de la mujer, el hombre prefiere correr la aventura individual de su destino, navegante de pleamares sólo en las mareas bajas desciende al puerto de la mujer, sin el instinto de creación que reside únicamente en ella. Desciende para calmar su sentido de muerte y fugarse en la sangre de otras sangres. ¡Un momento! ¡Qué pasa? Esto no puede pasar aquí, en nuestro medio, son palabras que no se dicen, no se piensan, asustan. Aquí vamos entre el suceso diario y el que tal vez pase mañana, aquí hablamos de dinero, de política, del que no está presente, de la mujer caída y la por caer, de la suciedad que se siente sobre todo, de los parientes, de los viajes, de las bolas, de los chismes, del fútbol, de lo que se pudo hacer con un poco de suerte, de que nos vamos poniendo viejos, de todo lo que estorba, de las juergas y del ridículo que hacen los demás, cuando se olvidan de que viven aquí y se ponen a hablar de cosas enredadas.

La ciudad se extiende de norte a sur y se angosta de este a oeste, las montañas la adelgazan, la montura verde de las piedras y ese brillo del rocío. No es fea, tampoco es bonita. Un poco encerrada. No tiene un camino largo. Huele a papel de imprenta y en algunas calles a spageti. Estas ciudades que poco a poco se van haciendo ciudades, tienen un diseño predestinado. Un centro que es una rapiña de espacio, donde se acumula la prisa y ese olor azulado de gasolina quemada, de ahí las ramas a veces fuertes y sólidas, a veces ramas de otras ramas débiles y maltrechas, y de esas ramas siempre salen otras ramas que van escondiendo su pobreza, como si se avergonzaran de crecer en la inercia misma del crecimiento. Improvisados puntos de lata y madera, de cajones y gangoches, sobre los que se extiende la caridad de vez en cuando con prédicas religiosas y ropas viejas. El trópico neutralizado. La pasión detenida por el encierro entre las montañas, el fuego apagado por el viento, la peregrinación desafiante del mar escondido detrás de los montes, la aventura domesticada por el encierro de la lluvia, la fantasía arrinconada sobre los paisajes hechos ventanas, la cobardía como termómetro del frío y del calor, la satisfacción del sol como tributo a los campamentos permanentes entre los contactos de tinieblas y la perspectiva de insolaciones estériles. Una ciudad con agonías de pasatiempo.

Si yo hubiera nacido en París, otro gallo me cantara. París, te imaginás lo que es nacer en París, es como nacer en el mundo y con el mundo. Siempre informado, perfectamente informado. El último libro importante, la moda, la seguridad de hacia dónde se va, el respirar ideas, el saber de las delicias y comprender por qué son delicias. Aquí sólo se da la imitación, la mala imitación por falta de modelos originales, recibimos copias de

cuarta y quinta mano. Mientras allá se dice: a crear, aquí decimos a probar. Te imaginás qué distinto sería. Seguro de mí mismo, pedante, sin esta musculatura vergonzosa del super alimentado, con esa debilidad poética del pálido, del lánguido, del apenas protegido por una familia que se preocupa por el desarrollo espiritual y pone una biblioteca a la disposición, para que se lea a los clásicos y a los modernos. ¿Te imaginás? Un hombre que puede decir, sin estar repitiendo el concepto de una revista, en Europa se piensa esto y esto ... Decirlo con la naturalidad del conocimiento, en el mismo tono en que un campesino nos dice este es un árbol de aguacates. Y si te acostás con una mujer, bueno, ella estaría dignificada, dispuesta a aprender y por lo tanto a complacer, está ahí con un francés, con un maestro. ¿Te imaginás lo que significaría haber nacido en París? Usaría camisas de seda, pantalones de pana y unos zapatos siempre sucios. A un francés le van bien esas cosas, con él adquieren sentido, humanidad. ¿Cuándo voy yo a humanizar estos zapatos? Parecen siempre pertenecer a la zapatería, no a mí mismo. Pero, nací aquí, aquí, en un hueco, donde se mira con ansiedad lo que pasa en otras partes y a nadie le importa lo que pasa aquí, a nadie. Un destino de mirón y una idiosincrasia de conformidad. Si hubiera nacido en París, tendría un prestigio adquirido, no importado ni comprado. Quizás habría venido por aquí, a ver lo pintoresco, lo folklórico, y por supuesto me hubiera aburrido mucho. Me queda un consuelo, la reencarnación, por eso soy teósofo, esa es la forma de rebeldía pacifista, ser diferente en el más allá.

Cien pesos, he aquí el dilema y qué clase de dilema. Quince de leche, siete de pan, doce de carne, cuatro de legumbres, nueve de huevos, diez entre macarrones, plátanos y papas, cinco para aceite, azúcar y sal,

veinte para abonar algo a la costurera, trece para la botica, cuatro para lotería, seis para la peinadora, tres para el remendón, once para la sirvienta, dieciocho electricidad, nueve para el préstamo, diecisiete para el club, veintidós para la tienda y la lista sigue, y eso que se me olvidaron las frutas y la mantequilla. No hay más remedio que reducir la lecha a siete, o mejor a cinco, es más redondo, tres de pan, cuatro de carne, dos de legumbres, no huevos esta semana, tres para macarrones, plátanos y papas, sin aceite, uno para azúcar y sal, diez de abono a la costurera, seis para la botica, cuatro de lotería. Aquí está la esperanza y la esperanza es lo último que se pierde. Va sumando. Seis para la peinadora, por la casa del remendón no pasaré esta semana, a la sirvienta le enseñaré a tener un poco de paciencia, la electricidad aguanta un poquito, nueve para el préstamo, no vayan a decir por ahí que no pago mis cuentas, diecisiete para el club, eso es intocable, veintidós para la tienda. ¡Suma! El milagro está hecho y el dilema resuelto, es más me sobran ocho, puedo comprarme un par de medias y otro pedacito más de lotería.

Al principio les tenía miedo, no era para menos, es difícil acostumbrarse a los piropos. Te dicen "nalgudo", "lindo", "tentación", lo que se les ocurre. Lo mejor es que lo dicen y suspiran, como si de verdad lo sintieran. La casa es como todas, un largo corredor y cuartos, casi siempre están en el fondo, charlando o limándose las uñas. Un gran alboroto porque tienen el radio encendido a todo volumen. Yo entro con la caja de cervezas y me sonrojo desde que oigo la bulla. Después, arman el desorden, les gusta la gritería y se dan bromas, a veces están bailando. Creo que de noche es diferente. Hace mucho que no voy a una de esas casas, mi novia es buena. He tenido ganas de llegar en las horas de trabajo

y alquilar un cuarto. Temo que se burlen. Y si después entro con la caja de botellas, ya me imagino los comentarios: si sirvo o tengo que practicar más, si es muy pequeña o muy grande, si sudo y me emociono como un chiquillo. No, ahí sí que no puedo ir. Un día le quise contar a mi novia todo lo que me dicen los martes, cuando voy por allá. Me dio vergüenza. Tampoco se lo contaría a mamá. A vos necesitaba decírtelo, sos mi amigo y hombre y comprendés esas vainas raras que nos pasan por ser como somos.

—Así no más, de purita casualidad.

—¡No me diga!

—Estaba mirando sin ver, cuando ahí mismo...

—¡No me diga!

—Cosas que no están en el camino y aparecen.

—¡No me diga!

—La serenidad ha sido siempre mi acompañante.

Me detuve...

—¡No me diga!

—Me di cuenta al instante, ahí mismo el encuentro.

—¡No me diga!

—Y es valioso. ¡Mírelo! Es de los caros. Oro. Por aquí se soltó.

—¡No me diga!

—¿Sabe? No lo vendo, me lo voy a dejar, no hay que deshacerse de las cosas que vienen así, da mala suerte.

—¡No me diga!

—Lo voy a guardar como un tesoro.

—A mí se me perdió uno parecido hace algún tiempo.

—¡No me diga!

No, por favor, no me lo diga, no quiero estropear las cosas, no quiero que me lo diga, si empieza con el sermón me escapo, por favor cállese, mire que se lo pido, a cualquiera le pasa lo que a mí, lo estoy pensando, bastantes palabras me fluyen por dentro, pero usted no me lo diga, se lo ruego, dentro de un rato tal vez, ahora no, por favor no. No digás, tan fácil que hubiera sido un consejo, de haberlo sabido a tiempo cuánto se habría evitado, hay gente que no oye, no quiere oír, se hacen los sordos y cuando encuentran los gritos parecen un panal reventado. No se lo diga, está ilusionado, tiene derecho, ha tenido tan pocas cosas en la vida, sé que no le hará bien, pero para qué decírselo, no se experimenta en cabeza ajena, que siga, tropiece y se caiga, le hará bien, está joven y abrirle los ojos completamente no es lo mejor, ya los irá abriendo poco a poco, así encontrará lo aburrido bueno y lo excitante malo, y acabará con su matiz, misteriosamente combinado. No me diga que era inocente, mejores historias he conocido, esa ya resulta un lugar común, la inocencia para mí es un pretexto insoportable y además insostenible, parte somos de la gran parte, no podemos omitirnos, ni alegar desconocimiento, los sentidos son cómplices tempranos, en su caso sus sentidos son demasiado nerviosos para ser inocentes, haga otra historia, le aconsejo la del vicio, no gana la compasión de los tontos, pero en cambio retiene el interés de los vivos. No me digás que otra vez lo mismo, no hay derecho a repetirse en esa forma, qué falta más auténtica de gusto. No le diga, se asombrará demasiado y después tendrá miedo. No diga, increíble, la infatigable ley de la gravedad. No digás, entre tanta paja una matita de frijol, ya tenemos esperanza de que se dé el rosal. No digás, a esas horas y apañadita. No me digás que esa palidez y la tosecita. No me digás, a mí me sacó lo mismo. No me diga, que yo tenía esperanzas. No me lo diga, prefiero advinarlo.

No me digás, no puedo creer que no lo sabías, es el comentario del día. No me digás, yo en la luna, esperando turno. No digás, qué hijueputa vida. Y no se lo digás a nadie más.

Pero, ¿qué se ha creído, Einstein o Barnard? Es un sinvergüenza, un completo sinvergüenza, no tiene escrúpulos, el estafador detrás del escritorio sonriendo amablemente, un pillo a mano armada, con el disimulo de un lujoso consultorio. Cobrarme doscientos. ¡Doscientos! Un simple chequeo. Me preguntó si me dolía aquí, si por acá, si sentía molestias, si algo me preocupaba, si orinaba todos los días, después me tocó con sus aparatitos, anduvo por la espalda y respiré hondo y sostenga la respiración, me oyó el corazón, muy decente por cierto, veía con una mirada distraída, como si no mirara. De seguro estaba ya pensando en la cuenta. Quizás tuve en parte la culpa, me puse el vestido nuevo, me llené de pulseras y saqué la cartera de cuero. No pensé que haría el inventario de mis pertenencias. Me pidió que orinara ahí mismo para hacer el examen enseguida. Trucos para cobrar más, impresionar con su eficiencia. Al principio, no pude, estaba un poco nerviosa, me hizo tomar dos vasos de agua. Así logró examinar el agua que boté. Cubierta con una sábana fui detrás de un aparato, donde también tuve que respirar y aguantar la respiración, para que al final dijera que todo andaba bien, muy bien, perfectamente. Estaba sonriente, claro ya tenía definida la cuenta: doscientos pesos por no tener nada, por estar bien, por ser saludable. ¿Se ha visto mayor estafa en la vida? Te digo, aquí llegará el momento de los asaltos, te quieren sacar la plata del bolsillo a como haya lugar. Noté al instante su antipatía, no fue grosero ni duro en ningún momento, pero totalmente impersonal, como si estuviera examinando un objeto, cuando

me extendía en las respuestas me cortaba con otra pregunta. Sentí la sensación de que no le importaba más que la cuenta. Ahora lo comprendo, se trataba de doscientos pesos por menos de una hora. Me habían contado que tiene casa nueva y un carro lindísimo. Así quién no. Mientras haya tontas como yo. Ahora, te lo aseguro, para buscar otro necesitare estar agonizando, y aun así lo pensaría. Es mejor morir de un golpe a esta agonía de las cuentas, que no son cuentas si no robos. Y, a la salida, le dije en todos los idiomas gracias, iba feliz, me había tranquilizado. Mentiras que se usan al despedirse, para quedar bien. Mejor me las hubiera ahorrado. La pura verdad es que no quedé feliz ni tranquila. Me parecieron los exámenes superficiales y hasta le encontré cara de imbécil, con el montón de preguntas tontas. De imbécil no tiene un pelo. La única oportunidad que tengo de vengarme es pagarle la cuenta en abonos de cinco pesos, aunque dure toda la vida abonando. Por supuesto, después del abono tendré que comprar pastillas digestivas, pero él tendrá que comprar recibos y pagarle al cobrador. Además, cuando pueda diré las pestes más atroces de él y de toda su ascendencia y descendencia. Conmigo sí que no conseguirá ni un cliente. No soy de esas personas que gustan de los juegos sucios.

Ya no se sabe quién es quién, te sorprenderían las cosas que he sabido últimamente. Estamos nadando entre puros maricones. Ya ni siquiera se esconden, andan tranquilos por el parque, mirando con el mayor descaro, a la casa de la presa. Los ves en la calle, sonrientes, muy bien vestidos, en grupitos, hablando como si estuvieran muy ocupados. Te aseguro que da miedo. En el cine no sabés si estás sentado a la par de uno de esos. Entonces, si tropiezan los pies o sentís un codazo, debés

estar listo al puñetazo. Son unos descarados. Dicen que van a la salida de los colegios, para deleitarse con los jovencitos de pantalones tallados. Son unos miserables. A mí me consta de unos cuantos. Me los he encontrado en las carreteras, tranquilamente estacionados, fingiendo por supuesto que están disfrutando de la belleza del paisaje o de la luna llena. Dan asco. Apiñaditos, cuchi-cheándose, sobándose. Me revuelven el estómago con sus mariconadas. Pero, lo más asqueroso, lo completamente insoportable, es cuando publican sus fotografías en el periódico, sosteniéndose la cara con una mano de uñas largas, más cuidadas que las de una quinceañera. Y hay una verdadera explosión de maricones aquí. No sé lo que pasa. Alguien decía que se está abusando del consumo de la miel de palo. Algo así debe ser. Maricones en el teatro, maricones en los restaurantes, maricones en el gobierno, maricones en las peluquerías, maricones en los funerales, por todas partes maricones. Hasta miedo he cogido, porque ya no se sabe quién es quien. Vos, ¿qué pensás de todo esto? Sé que no te gustan, pero últimamente no te fijás mucho con quién andás. Después, te ha dado por usar esas camisas rosadas. Es la moda, lo sé, pero es un rosado de camisa de dormir. El otro día me dijiste que ya no querés fumar porque los dientes se ponen muy feos. Sé que sos muy hombre, pero me sonó a comentario de mujeres. No, no estoy sospechando nada. Te conozco a fondo, aunque nunca hemos corrido farras, supongo sos muy bueno para esas cosas. ¿Qué te pasa? Te has puesto pálido. Pero, ¿no puede ser? He sido cruel, un poco duro, un poco salvaje. Perdoname, no quiero ver esas lagrimitas en tus ojos.

—Hacia la izquierda.

Una voz de mando escueta. Una voz acostumbrada a ordenar, a pedir, a decir con seguridad. Concreta voz de disposiciones. Alta voz sobre las obediencias.

—Hacia la izquierda nuevamente.

Alguien se alegra, se alegra el obediente, cree que de un momento a otro va a encontrar un paisaje maravilloso, los ojos se abren, entra la esperanza.

—Hacia la izquierda de nuevo, pero con cuidado.

Una risa se contagia, una risa que despierta suavemente, una risa que dice claramente crean en mí, porque estoy alegre, sanamente alegre.

—Hacia la izquierda, ahora está el campo libre.

Parece increíble, tan increíble que la alegría y la sonrisa están en suspenso, nerviosas, será posible el milagro?

—Ahora hacia la derecha, arriba, siempre arriba.

La alegría y la sonrisa y la esperanza y el milagro, ya no son, no pueden ser, la comedia ha terminado y el telón sigue abierto para que entren los nuevos comediantes.

—Era un buen hombre.

—Sí, sí lo era.

—Era un buen padre.

—Sí, sí lo era.

—Era un buen amigo.

—Sí, sí lo era.

—Era todo un señor.

—Sí, sí lo era.

—¿Tardará mucho la ceremonia?

—Parece que habrá misa.

—¡Qué lata!

—Lo peor es que la familia no nos ha visto.

—Acerquémonos ahora y después nos hacemos un chorro de humo.

—Yo lo apreciaba tanto.

—Yo también.

—Parémonos aquí, por aquí van a pasar.

—El abrazo, lo sentimos mucho y nos pintamos.

—¿Cáncer?

—No, el corazón.

—Así mueren los buenos, casi sin pedir permiso.

—Fue un buen cristiano.

—Tuvo un gran corazón.

—Ahí vienen.

—Qué dicha, porque tengo hambre.

—Yo también.

—Lo sentimos mucho. ¡Qué pena! Nos ha dolido profundamente.

Lo he estimado mucho, he sido paciente con sus extravagancias, a la juventud se le debe perdonar todo y es bueno recordar que una vez también se fue joven y se tuvo sus problemas, sus impaciencias y sus descortesías. Ahora, no sé qué pensar. Me pareció rebelde y eso es magnífico, no se deben aceptar los valores por la etiqueta que les han puesto otros, hay que meditar y llegar a la valoración propia. Es un difícil ejercicio que exige estudio, inteligencia y, eso tan raro, intuición. Con la juventud sigo una regla muy sencilla: les abro las puertas, comprendo que son intocables, todavía son proyectos, pueden ser algo maravilloso y pueden no ser nada. En todo caso, me asombra la forma de afirmar que tienen, aun cuando estén negando. Una simplicidad absoluta entre el me gusta o no me gusta y nada más. La vida endurece después esa manera ágil de movilizarse de un punto a otro, sin conciencia de responsabilidad. Es cierto, conforme crece el sentido de responsabilidad, se pierde

esa cosa graciosa del rasgo espontáneo. Ya a esta edad lo único espontáneo es lo biológico, lo demás está severamente construido y tiene forma de defensa, con el arreglo común a los baluartes. Conversamos muchas veces, me pidió opiniones y se las di, me contó de sus preocupaciones y lo oí con interés. He sido generoso: tiempo, libros, copas, inclusive atención y un deseo sincero de comprenderlo. Creí que había nacido entre los dos cierta amistad. Ya no creo en la totalidad de los sentimientos, los hemos llegado a racionalizar por esa manera práctica que tenemos de economizarnos. Hablo de cierta amistad, que se determina por la conjugación simultánea de afinidades. Compartimos gustos y de vez en cuando opiniones. Un muchacho inteligente, no cabe duda, pero es cierto que no lo conocía del todo. No pensé jamás que sus arrebatos fueran obsesiones y su rebeldía un método de lucha. Ahora lo voy entendiendo. No me han molestado sus declaraciones en el periódico, jamás quise jugar el papel de maestro, ni ambiciono dominar el criterio de los jóvenes. Hace mucho aprendí a ganar batallas sin mover un dedo, desde siempre he sabido que las palabras y las opiniones no crean a un hombre, menos aún si son negativas. Cuando son elogiosas existe el peligro de que puedan emborrachar, más de uno por ahí se traga las palabras como si fueran un licor delicioso. No me pasa a mí eso, tengo la seguridad de haber sabido ser quién soy, ningún adorno puede aumentarme, ningún oprobio puede disminuirme. Precisamente por eso gano las batallas sin movimiento alguno. Algunos se desesperan por los jóvenes, los sacan de quicio o los tratan de atraer y conquistar. Ellos no tienen meta, la están buscando, van de un lugar a otro sin propósito alguno, quieren ver, vivir, constatar y luego desplazar... los que los llaman se equivocan, se equivocan completamente. Al principio, vendrán complacidos, están ansiosos de llamar a alguien maestro, de ser discípulos, todavía tie-

nen metidas dentro de la cabeza las ideas escolares. Pero, su inestabilidad constitucional los lleva de un lugar a otro, de una persona a otra, de un libro a otro, son viajeros y tienen derecho a viajar. Las anclas después serán muy duras. Entonces, cuanto más cerca estén de alguien, más fuerte criticarán y patearán, sobre todo si descubren que han sido llamados como grupo, a nadie le gusta ser conquistado y menos aún dominado. Yo no llamo, no pido compañía, ni quiero discípulos y no pretendo ser maestro. Mis puertas están abiertas, me gusta que la brisa entre libremente y mis cosas estén bien ventiladas. Los que han entrado han seguido su propia iniciativa. Adentro encontraron mi generosidad. No he pedido, ni lo pediría jamás, seguidores o admiradores. No estoy a la venta, como los políticos, soy un hombre sencillo, con mis libros y mi vocación, todo mío, no acostumbro a pedir prestado. Comprende usted por qué no contesto a ese jovencito. No tengo nada que contestarle. El es muy dueño de su comentario. Mi respuesta será el silencio. La más dura para él, que desea mi réplica y la lucha, en su infantil deseo de notoriedad. Ridículo, sí ridículo, hay muchas cosas ridículas en los jóvenes. Yo las viví también y las respeto. Nadie tiene derecho a imponer su propia experiencia. El hombre tiene un destino cruel: hiere a la madre cuando nace, hiere a la mujer que ama, hiere al amigo que quiere, hiere cuando deja de vivir. No estoy herido, sólo estoy reflexionando un poco. Es difícil para mí sentirme herido por un joven que está aprendiendo a vivir. Quizás he llegado a la época en que es horrible ser tan generoso, horrible para los demás y para uno mismo. Es también una forma sutil de herir.

¿Viste la pelada del pobre Omar? ¡Qué tomada de pelo! Se creía ya dueño de la situación, andaba hasta

repartiendo puestos. Y, hoy el periódico... qué clase de desayuno debe haber tenido. Estuve a punto de llamarlo por teléfono y preguntar qué posibilidades tenía de venderle algún equipo de oficina. No lo hice, Marta no me dejó, me dijo que era demasiado cruel y debía estar a esas horas atendiendo llamadas iguales. Vos sabés como es la gente aquí. Se deleita con el mal ajeno. Pero, ¡qué plantón! Dicen por ahí que hasta tarjetas se había mandado a hacer. Puede ser cierto, si uno piensa que en el fondo siempre ha sido un pretencioso. Le gusta la pompa, aquí las únicas pompas permanentes son las de las funerarias. No ha aprendido todavía el movimiento del subibaja que nos tipifica. Un día arriba y otro abajo. Ya a estas horas debe haber inventado un buen pretexto, dirá que no quiso aceptar o le han ofrecido algo mejor en el extranjero. Es capaz de irse. Dirá que es una fabulosa oferta, hará valijas y por allá las pasará amargas, pero volverá con grandes leyendas y otro montón de mentiras. Como mentiroso nadie le gana. No me extrañaría que hubiera inventado todo esto, por si a lo mejor pegaba. Es muy capaz. Sabés que algunos han salido adelante con esa táctica. Salen nominados, por iniciativa de ellos mismos, para cuanta oportunidad se presenta, y en una de tantas los favorecen. La pura verdad es que Omar a lo mejor está en ese juego. Puede ser, sabés. No me extrañaría que mañana se hable de él y de otra cosa. ¡Aquí se da cada caso! Y ha logrado algo, su nombre suena, hay gente que simpatizaba con la idea de que él fuera, Puta, hasta ahora voy entendiendo. Aquí lo que suena, vale. Pues, sabés, me he estado riendo en vano del pobre Omar, ni es tan pobre, ni está tan plantado. Debe estar valorando las lástimas y los comentarios. Aquí los vivos se enriquecen hasta con los malos vientos.

—Me parece pésimo, te lo digo sinceramente.

—No. La practico en la misma medida que la practican los demás. En mi caso es sólo hipocresía defensiva y esa clase tiene ya su disculpa.

—Me siento mal.

—Este olor de la esquina.

—Huele mal, es cierto.

—Alguna cloaca se debe haber reventado.

—Todas las cloacas se reventaron.

—No exagerés, tampoco huele tan mal.

—Soy muy sensible a los olores.

—Decime si tengo mal aliento.

—Por supuesto que no.

—Gracias por tranquilizarme. ¿Vas a la reunión?

—No, no voy a volver. Cada vez que asisto y opino, ofendo a alguien. Papá ya me llamó la atención, resulta que don Jacinto es socio de mi tío, don Pablo es abuelo del novio de mi hermana y don Gabriel es el casero de mi tía, últimamente ya no le quería ni arreglar las goteras. Mejor no voy, debo aprender a llevar la corriente o callarme respetuosamente.

—¿Te sigue oliendo mal?

—No, parece que el mal olor ya pasó.

Empieza la peregrinación. Uno tras otro, precipitadamente. Adiós y adiós. No hay tiempo de conversaciones. Un ruido de tenedores, un olor de papas fritas, pimienta, comino, el aire trae un redoble de lechugas, un picoteo de repollo. Adiós y adiós. Ahora no, más tarde nos vemos. El desfile de autobuses condensa el tiempo. El periódico debajo del brazo, también un paquete, siempre es bueno llevar algo, ocupar las manos des- ocupa la mente, quién dijo eso, un anuncio del progreso, una alegoría al trabajador. Ahí van todos, los vagos, los ladrones, los escolares, los rebeldes, las señoras más a prisa, algo se quema en el horno. Cada hora tiene una peregrinación, pero esta es masiva, eternamente circustancial, como los horarios. Ya los frijoles están suaves

—Algún punto bueno debe tener cuando ha sido tan ponderado.

—Ninguno. Aquí no hay valor para opinar, se puede quedar mal con fulanito o menganito.

—Pero, hay gente sencilla, independiente, y me han dicho que es bueno.

—Esos se dejan ir por el ruido de los cocos.

—No puede ser así, me niego a creerlo.

—Mirá, te aseguro, no tiene el más mínimo valor.

—Esta mañana me encontré a más de uno asombrado. No encontraban adjetivos.

—Quisiera ver dentro de las cabezas. ¿No ves que todavía no se sabe a medida cierta qué resultará y entonces andan a la caza de comentarios? Ya verás cuando alguien se atreva a criticar.

—Quién será ese alguien, porque según vos nadie se atreve.

—Ese alguien será uno sin nombre ni apellido y nunca dirá su opinión oficialmente.

—Pero, ¿es que aquí nadie habla con sinceridad?

—Vos y yo, el otro y el otro, en parejas, sin que los demás oigan.

—Debíamos ser diferentes y hablar en voz alta, sin tanto temor. Por decir lo que pensamos, no nos van a ahorcar.

—Nos ahorca nuestro propio deseo de quedar bien. ¿Cómo creés que quedaría yo, si hace apenas unos días ya dije que me parecía estupendo, una maravilla? Ahora, sólo tengo el recurso de hablar en voz baja, con vos, que sé no sos un soplón. Con otros mejor cambio de conversación.

—Eso se llama hipocresía.

—Exactamente, el espíritu y la esencia de la hipocresía.

—Y, ¿no te da vergüenza?

y la tragedia de la sal, ah las medidas equilibradas de la sal, apenas el punto, el exacto punto del paladar. Adiós y adiós, saludos, no hay tiempo, la hora llegó, tal vez más tarde. El huevo frito se puede pasar. No hay nada peor que un huevo frito refrito. La paz de la familia combinada con los chismes del vecindario, los sucesos del trabajo, las mentiras de la escuela, los silencios de tanto trago amargo. Alguien recoge la correspondencia, la examina, deposita en el buzón las cuentas, se lleva una tarjeta postal, una buena información para la mesa, lo demás está fuera de lugar. Adiós y adiós, sin qué dicha de verte y cómo están por tu casa. No hay tiempo. Un autobús vende espacios de flacos para gordos. Los manteles de cuadros ya están extendidos, cuidadosamente disimuladas las manchas de la comida anterior, después de tallar las arrugas del engomado. La meta del vaso de leche con el plátano maduro, no detiene en las vitri-
nas adornadas ni en la voz que repica la extravagancia de un jabón para lavar el cuerpo y el alma. En la esquina un accidente es motivo de protestas. Un robo en media cuadra a nadie le interesa, que cada uno aprenda a cuidar lo suyo. El pan debe estar caliente y más tarde se afecta la úlcera, con el dolor encendido en la boca del estómago, los eructos y los gases. Una muchacha da un mal paso y se acomoda solo el tobillo, un tobillo muy bien torneado. Nadie pregunta qué pasa. No hay tiempo. Adiós y adiós. Un ruido sin eco, con resonancias impacientes, un concierto de bocinas desafinadas. Las salsas sobre las papas doradas. Cruza un funeral la calle. Los muertos no debían andar a esas horas, no producen piedad, ni respeto. Son motivo de atraso y qué largo desfile y qué presa de carros y cómo se les ocurre meterse por el centro, no comprenden que las papas se queman y la carne se entiesa, porque el jugo se va por el sartén y se queda pegado como una costra. El doble cinco y el doble cuatro para el domingo. Lla-

mativo, insinuante, detrás los miles de pesos y las compras y los viajes y los regalos que se han pensado dar y nunca se han dado. Ahora no, no hay tiempo. Las miradas directas. El pichel de limonada debe estar frío, sudando frío, y el agua turbia con los pequeños gajitos de limón. Cornetas, trombones, saxofones, tambores, primero llamados y luego la orquestación interna. Un largo violín seguido por guitarras electrónicas. El señor presidente declara que no permitirá más impuestos. ¿A quién le importa el señor presidente? No es hora de hablar de impuestos. El reloj, los relojes, los minutos, los segundos. La sopa se enfría. Dos se paran a conversar, dos tarados sin tripas. Hay cada anormal en este mundo. Ligero, no obstaculice mi paso, por favor, rápido, llevo prisa. Las empanadas están listas. Peregrinación sin pasos cansados. ¿El tacón se torció? Bueno, es cuestión de seguirle el ritmo. ¿Que los cordones se aflojaron? Más tarde se arreglan. Ligero, no se detenga. Las ruedas de tomates están apetitosas. El vaho de la sopa empaña los anteojos. ¿A quién le preocupa? Y, gracias a Dios, que todo lo provee y todo lo da. Más tarde. Ahora no hay tiempo. Y adiós adiós, nos vemos. Una naranja fría o un banano dulce, es suficiente y después el café que condensa los sabores, más tarde un cigarro lento. Apúrese, no se detenga. La meta ya se alcanza. Pero, ¿qué diablos pasa? ¡Cómo se le ocurre al carro desinflarse! ¡Qué lo manden al basurero! Por aquí cabemos y adiós y adiós, en otra oportunidad te doy la mano. El café se está colando. No lo saben, no lo adivinan, no lo huelen. Por Dios, no se paren. ¡Qué lentitud! Esta lata de la superpoblación, ¿por qué no toman pastillas?, ahora estos niños, estos interminables niños, los pequeños santuarios de la humanidad, mi niño ya va a la escuela, mi niño ya lee, mi niño ya camina. Ah, no, después la cuenta. Ahora no hay tiempo. Adiós y adiós, nos vemos. Usted,

hace tanto tiempo. Pero, qué majadería. Cómo está su mamá. El colmo de la insolencia. Dígale que es una mal portada, me debe una visita. El suplicio de los suplicios. A su papá lo ví el otro día. Inconcebible dolor. ¿Se acuerda usted de mi hijo mayor? El parto de la fisonomía. Aquí donde me ve no ando del todo bien. La comparsa de las desventuras. Mi hija, la que fue reina de belleza. Ahora, ni gratis. ¿Supo usted lo que le pasó? El último toque del clarín, tarará, triste, melancólico. De repente, una memoria de manjares. Al fin, adiós, y adiós, ha sido un placer, daré sus recuerdos, gracias, muchas gracias. El paso corriendo, la carrera disimulada, no se vaya a abrir la chaqueta y parezca un empleadillo que marca tarjetas. Mire usted, pare usted, deténgase usted. No, no señor, las tortillas están calientes, la sopa hervida, la limonada fresca, el bistec en su punto, las papas doradas, los plátanos con su miel, el vaso de leche tibio, mi arroz y frijoles listos, cómo quiere que me pare, sea testigo de otra cosa, tenga tiempo para hablar, pueda ser un tipo normal. Lo siento, estoy en mi peregrinación, mi sagrada y legítima peregrinación, con el sudor de la frente y de los sobacos, no me interrumpa, no tengo tiempo, sea compasivo, déjeme el paso libre. Adiós, adiós. La puera se abrirá y nadie dirá qué tal, no hay tiempo para eso, ni para lavarse las manos, ni para decir ni oír. De vez en cuando un pasame la sal, el pan, el azúcar. ¡Otra vez chiles rellenos! Hoy soñaba con papas en salsa blanca. El presupuesto, sí el presupuesto. Cada día más por menos, pero más plata por menos cosas. Así es la vida. Por eso hay que comer, comer con hambre, cuando los clarines suenan, comer sin rezar, para qué rezar, no hay tiempo. Bastantes gracias a Dios, repito sin cesar todo el día. ¿Por su casa? Muy bien, gracias a Dios. Soy un buen cristiano, tengo derecho a comer, me lo he ganado. La puerta se abre, ya huele a pimienta y a orégano. Voy a misa los domingos y no ofendo al

prójimo. No me atormenta, el pecado original no fue culpa mía. Cumpló con los preceptos de la madre iglesia y adoro a sanseacabó. Adiós y adiós.

—Te he esperado como un tonto.

—Bueno, ya estoy aquí.

—No es cualquiera el que espera por su novia a esta hora.

—Estoy llena da agradecimiento.

—Parece que te molestara.

—No me gusta que me esperés para luego decir que me esperaste.

—Siento placer, te lo juro, lo único es que a veces tardás mucho.

—Los jefes tienen reunión.

—¿No les podés decir que nosotros también?

—No lo comprenderían.

—¿Tomamos el autobús?

—Caminemos un rato.

—¿A estas horas?

—Quiero hacer un mandado.

—Dejalo para la tarde y te acompaño.

—Tiene que ser ahora.

—No te entiendo.

—¿Por qué? Porque debo hacer un mandado.

—¿Por qué te gusta humillarme?

—¿Humillarte?

—Sabés que te estoy esperando para llevarte a tu casa.

—Y, ¿no te da lo mismo acompañarme a un mandado?

—No, eso es muy diferente.

—Ahora la que no entiende soy yo.

—Te quiero.

—Yo también. ¿Y qué?

- No te basta.
- Sí, me basta.
- Pues cojamos el autobús.
- No me gusta que me manden.
- Te lo estoy pidiendo, rogando.
- Quedé de pasar a esta hora.
- Ya debe estar cerrado.
- Probemos.
- No voy a acompañarte al mandado.
- ¿Capricho?
- No, no es eso.
- ¿Entonces?
- Es necesidad.
- ¿Necesidad de qué?
- Hay cosas que no tienen explicación.
- ¿Secretos?
- No tengo para vos ningún secreto.
- ¿Novias paralelas?
- ¿Qué es eso?
- Hace tiempo vengo sospechando.
- ¿Qué?
- Siempre necesitás a estas horas dejarme rápido, casi corriendo. Estoy segura de que dentro de media hora te espera otra.
- ¿Qué imaginación!
- Hoy lo he comprobado.
- ¡Estás loca!
- No querés perder un minuto.
- Con vos perdería mi vida entera.
- Ahora, caramelos.
- ¿Dónde?
- En ninguna parte. Era una referencia a tus palabras.
- Vamos, no perdamos el tiempo. Se hace tarde.
- Se te hace tarde, eso es lo diferente.
- ¡Ayyy! Perdoná... estoy cansado.

—Suspiros y bostezos. Suspiros por la otra y bostezos para mí.

—Después me pregunta mi mamá por qué tengo úlcera.

—Y, ¿qué te pregunta la otra?

—Lo otra no existe, pero es la mejor mujer del mundo.

—Al fin, la confesión.

—Estoy delirando.

—Te angustia la situación.

—Me da hambre.

—¡Cínico!

—Adiós, no puedo más.

—Por favor...

—¿Qué?

—Devolveme las fotografías.

El problema es sencillo, mínimo, visto desde la perspectiva histórica. Ni siquiera una curva con alguna posibilidad de declive. Pero, esa clarísima evidencia no nos puede despistar. El momento puede ser grave, las señales indican que puede ser peligroso el menor descuido. Un signo de desgobierno, dejadez, administrativa, insensibilidad de organización, despreocupación de orden, inactividad ejecutiva o siquiera complacencia en la misma vigilancia, daría origen a infinitos comentarios. Lo de ayer y lo de hoy, ha sido una muchachada. Impulsivos, locos, impacientes, arbitrarios, a todas luces solemnes majaderos. ¿A qué otro grupo se le hubiera ocurrido distribuir una página así, tan insolente, totalmente cubierta de despropósitos? No está escrita por políticos. Eso se ve a la legua. El lenguaje político es cuidadosamente agresivo, mide las fuerzas de un lado y de otro, domina la cuerda floja. Los políticos, aun los principiantes, conocen muy bien la distancia entre la

teoría y la práctica. Por eso vuelan a buena altura y no les gusta mucho aterrizar. Este papelucho tiene voz y tono de golpe de estado. Esa manera de puntualizar contrastes, como si por primera vez se dieran cuenta de la existencia de ricos y pobres. Desde la Biblia se da por un hecho la desigualdad básica entre los hombres por fuera y por dentro. El evangelio de Cristo es consolación a ese estado de cosas, por eso puso en primer lugar el amor a Dios, que es el amor a quien hizo así el mundo, un poco arbitrario e injusto desde el principio, después señaló el amor entre los hombres, y a los que no se pueden amar les dio un lugar señalado en el paraíso, los pobres de espíritu, los leprosos, los sonámbulos, los idiotas que se desploman amando. A los ricos se limitó a hacerles un poco difícil la entrada al cielo, lo que estimula la iniciativa privada de cada uno, el libre comercio y la empresa particular. Cada país, cada sociedad, cada familia, tiene a su haber estos niños de pecho, que quieren despertar a gritos y llantos al vecindario entero. Los jóvenes violentos de todas las épocas. Unas vedettes capaces de las mayores estridencias, con tal de llamar la atención. Podría decirles que, a pesar de que el papelito es anónimo, sé quienes son los autores, con nombres, apellidos y antecedentes. De la embajada me llamaron el otro día, para notificarme que están preocupados por las reuniones de estos jovencitos, parece que tienen una clave y han firmado un pacto: justicia abierta y total o muerte. Plagio, por supuesto, aquí no existe la originalidad. La universidad alcahuetea a esta clase de muchachos, a quienes buena falta les hace una pala y un martillo, para que demuestren si son capaces de trabajar y de hacer una nueva patria. Oficio es lo que necesitan. La sinceridad no la conocen y el patriotismo para ellos es una mala poesía sin rima y sin cadencia. He recibido los informes con interés, pero conozco muy bien nuestra psicología: si

hago algo armo el alboroto, por matar una avispa ruidosa me puede caer encima el avispero. Esta hojita me ha hecho pensar. He meditado las cosas con la almohada, ahora me corresponde consultar con ustedes. La situación, como dije al principio, está muy clara, clarísima. Se quiere forzar un malestar en el país, en una forma arbitraria y artificial. Tengo a mano datos muy ventajosos, y los he publicado y explicado al pueblo de manera exhaustiva. Estamos progresando, en términos asombrosos y en beneficios palpables para la mayoría. El ingreso per capita nos ha puesto sobre muchos países, de condiciones y ventajas superiores en muchos sentidos; los índices de producción han subido; la agricultura está en pleno desarrollo; nuestra industria sigue hacia adelante; tenemos un presupuesto balanceado; el crédito exterior —por primera vez en muchos años— se ha puesto al día en cuanto a intereses moratorios, es de esperar que en un futuro próximo podamos ir amortizando poco a poco; se han construido nuevas carreteras, nuevos hospitales, nuevos puentes, nuevas escuelas, en los últimos meses la colocación de primeras piedras ha sido un reto de acción verdaderamente ejecutiva; los resultados de nuestro sistema educativo cada día son más palpables. Un análisis somero, sin entrar en detalles, es muy satisfactorio, me enorgullezco en reconocerlo. Tenemos todavía algunos déficits, pero están perfectamente inventariados, nos hacen falta viviendas, cañerías, caminos, mayor vigilancia pública para controlar ciertos desórdenes de menor cuantía, asistencia pública y social en determinados sectores y otras cositas que no es esta la mejor oportunidad de citar. En todo caso, un buen panorama, horizontes de amplitud, desarrollo, incremento, actividad, creatividad industrial y comercial, confianza del capital extranjero, participación del capital nacional, democracia, libertad, paz. Combinaciones esenciales para un crecimiento armónico,

conforme al balance estricto del equilibrio. Estoy realmente optimista. Pero, los alcances logrados nos obligan a superarnos, siempre dentro del ambiente tradicional del país. La gente espera más y más. No debemos desilusionarlos. He mantenido como norma de conducta un diálogo fluido con las diversas capas que componen nuestra población. Sé manejarme bien con la gente. Soy consciente de que cada ciudadano vigila, atenta y responsablemente, nuestras acciones. Volviendo al punto concreto, siento que si ahora damos una muestra de desgobierno, perderemos el sentido del equilibrio. También sé que si atacamos a los que nos atacan, les daremos calidad de opositores importantes, con los miles de inconvenientes que eso tiene. En el mundo se extiende una ola de impaciencia, que ha sido muy mal orientada: estudiantes perseguidos siempre son héroes a corto plazo, manifestaciones disueltas son la creación de individualidades biliosas que se orientan fácilmente al sabotaje o a la alteración del orden por vías anónimas, persecuciones a grupos son la invitación abierta a la subversión. Conozco algo de estrategia. Después de estos análisis, he llegado a la conclusión de que nos queda un camino: una buena campaña de moralización, una abatida contra los prostíbulos sin patente, una barrida de alcohólicos ambulantes, drogadictos, prostitutas, mendigos nocturnos, centros de juego y perversión. Eso dará una sensación de respeto, de autoridad y de gobierno atento a sus obligaciones. A los de la hojita, conforme a la lista de nombres que tengo, becas, algunos puestecitos que están libres, nombramientos en comités, y la historia de siempre, por la boca muere el pez. ¿Qué les parece? Gracias por sus aplausos y por su confianza. Como lo he dicho en varias ocasiones, no sería nada sin su apoyo y comprensión. Gracias.

¿A estas horas? No, a estas horas no quiero. No me gusta, se me alteran los nervios. ¿No podés esperar a la noche? Por favor... Hagamos tranquilos la digestión... ¡Te digo que no! Me vas a enojar... A plena luz, me da no sé qué... una sensación de que nos miran... Después... en la noche, te prometo complacerte en todo... ¿Tocan la puerta?... Por favor... creo que es el teléfono... te lo ruego... más tarde... mis nervios... no saldrá bien... estoy oyendo timbres... será mecánico... no puedo actuar... no... no... no... no... Y, ¿ahora qué?... ¿Tocan la puerta?... no oí nada...

Y de mí ¿qué? Es que sólo eso sabés preguntar. No se te puede contar una historia o decirte que hablé con fulano, porque empezás a rodearme con "y de mí qué". No se habla de vos a todas horas, no sos el único que vive aquí, se comentan otras cosas, se habla de otras personas, se piensa en muchos puntos. No te pongás triste, de vos no se habló en la reunión. La mayoría no te conoce y los que te conocen se olvidaron de mencionarte. Eso no es ningún pecado. Se dejan de pronto de recordar nombres y personas importantes. En un momento determinado no pasan por la mente. Hay muchos grandes, que nunca se citan. Es imposible acordarse siempre de Santo Tomás o de Churchill o de Ghandi o de Picasso. Sabés quiénes son, están en tu memoria, pero no hablás de ellos en una semana, en un mes, en un año. No te pongás así. Era una reunión sin importancia. No se estaba juzgando a nadie, ni haciendo un inventario de valores. Se habló desordenadamente, un poco de esto, un poco de lo otro. Ni recuerdo los nombres que se citaron. Quizás a Pablo. Pero, ¡no te pongás así! Es natural que ahora se nombre en todas partes a Pablo, es el hombre del día. Ya quizás mañana

no se acuerden de él. Dijeron que estaba loco, sólo un loco puede hacer lo que él está haciendo, y otros dijeron que era el hombre más cuerdo de aquí, un cerebro digno de trasplante. Contaron algo sobre su abuelo, aunque alguien citó que no era su abuelo, el padre de Pablo apareció en una canasta, una historia como la de Abraham, pero no tan feliz porque la canasta se llenó de hormigas y a eso se debe según las versiones el ojo de vidrio. En todo caso, también quedó claro que el padre de Pablo no es su padre porque parece que su señora se trastornó un poco y durante ese período, más o menos largo, estuvo seriamente afectada por una pasión irrefrenable por el panadero, quien no fue ajeno al desbordamiento y acabó luego con negocio propio en una zona lejana. A manera de ilustración se citó que Juan tampoco es hermano de Pablo, más bien algo así como primos, aunque en realidad no son ni parientes lejanos, pues Juan es hijo de una hermana del padre de Pablo, que tampoco por cierto es hermana. Pues ella, ya muy entradita en años la sorprendió la maternidad soltera y sin posibilidades de matrimonio, nunca se supo el nombre del canalla y ella es sordomuda. Como ves se habló y habló, a veces a vista de pájaro, otras con una serie de detalles asombrosos. Fue mejor que no te mencionaran. No era el ambiente propicio, hubiera resultado como comer dulce de chiverre en noviembre. Pero, no te preocupés, ya lo harán, siempre se termina hablando de alguien y algún día te tocará el turno. No, no tenés que recordármelo, te lo contaré todo conforme al pacto que hemos hecho, pero después no me vayás a echar al fuego. Nos proponemos saber lo que los otros dicen, sin tomar las cartas en el asunto. Puedo cumplir con mi promesa, tengo un control absoluto de mí mismo y sé que aquí se lo devoran a uno porque es blanco o porque es negro. A veces tengo desconfianza con vos. ¿Serás realmente capaz de oír lo que dicen sin alterarte,

sin pedir explicaciones, sin querer matar al que lo dijo? Suponete que te contara que ayer fuiste el pato de la fiesta o por lo menos te comieron un poco. Al principio, estarías interesado, más suplicante que ahora, desearías conocer cada palabra, inclusive los gestos, las reacciones, hasta mis propios comentarios, todo textualmente, sin perder el más mínimo detalle. Te irías empalideciendo, te temblarían las manos, te veo con las pupilas dilatadas, frío, con el pulso perdido, con una furia increíble que tomaría todas las formas, desde el deseo de morirse hasta el deseo de matar, sombrío y agresivo, melancólico y duro, gravemente herido pero terriblemente violento. Me sé las reacciones de memoria, las he tenido y las seguiré teniendo, hasta ahí no llega el control. El control es un ejercicio ascético, únicamente se aprende si sos un auténtico masoquista. Después de la gimnasia mental, los veo y los saludo hasta con dulzura, como si no hubieran dicho nada, como si estuviera agradecido, como si fueran mis apologistas. Pero, vos, te veo corriendo con una pistola, tocando las puertas con palabras reclamantes, diciendo a gritos usted se tiene que retractar, tragarse sus palabrotas, infeliz, mierda, cabrón. No, no digás nada. Te conozco muy bien. En cierta forma somos muy parecidos, yo más dominado, más capaz, más tristemente capaz de vivir aquí. Y aún así, quizás sin razón, creo que no me contás toda la verdad. Es imposible que de mí no hayan dicho nada en tu reunión. No sé por qué presiento algo, algo duro, fuerte, es una espinita... si no fue de mí, fue de mi mujer, no me gusta la forma en que la miran esos tipos... ¿Te sonreís? ¿Por qué te sonreís? ¿Qué diablos pasa? Si me hablás con sinceridad, te puedo contar algunas cosas que he oído.

Una vitrina de empanadas, tiesas, con el brillo apagado de una manteca que se fue congelando en el amarillo artificial, por allá una mosca con las patas encogidas, hacia arriba, como si para ella la muerte hubiera sido una simple voltereta. Y la vitrina se va vaciando, primero un platón desierto, luego el del centro y finalmente el tercero. Un espacio gigantesco para una simple mosca muerta.

Sueño, sueño. No puedo dejar de soñar. Dicen que no cuesta nada, a mí no me importa el precio. **Deposito mi tiempo, entrego mis fuerzas, me doy pleno a los sueños, porque yo conduzco mis sueños, los llevo, los fuerzo a ser sueños, son míos.** Sueño que soy libre, bueno, generoso, espanto los erotismos, **no me gusta** soñar con las mujeres, después no me puedo acomodar a su realidad. Sueño, sueño. Sueño que soy distinto **para acercarme a lo que soy.** Fuerte, sonriente, claro, hábil con los pensamientos y con las palabras. Sueño. Un mundo diferente empieza a surgir. Camino tranquilo, **respiro profundo, me siento bien.** No hay mármoles, no hay monumentos, no hay grandes edificios públicos. Eso no me importa, más bien me agrada. Oficinas en barracas, humildes, sencillas, pobres, con seres humanos adentro. Entro y me dicen "en qué puedo servirlo", me miran a los ojos, no me vosean, estoy sentado, digo lo que quiero y me entienden lo que quiero. En la calle es distinto también. Camino y los otros caminan, cada uno tiene su oficio y su destino, su digna humanidad. No se sonríen. Detesto a la gente que se sonríe porque la sonrisa se ha hecho signo de bienestar y hasta manera de quedar bien. Van serios, vamos serios, tenemos un quehacer, respetable y respetado. La seriedad es un regocijo de la conciencia, ilumina y conforta. Vivo aquí, aquí donde ahora no es aquí. Es el aquí diferente,

cambiado por el sueño. Alguien ha dicho: somos libres, trabajamos, queremos a los vecinos, nos importan como seres libres y humanos, revestidos de dignidad, con el mismo derecho a vivir. Y eso se podría decir sin soñar. Decir: aquí empieza un mundo distinto, un mundo en que nadie es perseguido, un mundo en que se construye una casa porque se necesita, se cultiva un campo para comer, se dice para comunicarse, se piensa para ayudar, se vive con esa alegría seria de haber abandonado vallas, cercas, alambradas. El pan repartido alcanza para todos, el mismo gesto de repartirlo ya calma el hambre: ése es el milagro que esperamos. Alguien que empiece a repartir pan, el de trigo, el de maíz, el de cebada, porque con el pan da la paz y con la paz da todo, desde la luz hasta la música. Aquí se puede bailar como nunca se ha bailado en el mundo entero. Con tambores, con bongoes, con maracas, con cítaras, con guitarras, con palmadas. Bailar como bailan los que tienen la paz sonora con que se fertilizan las papayas, sin egoísmo maternal, sin siquiera el orgullo de dar lo que dan. Bailar como bailan los que sienten su bailarín adentro y no les importa si saben o no saben los pasos, si siguen o no siguen el ritmo. Aquí se puede celebrar la gran danza del café, el canto espirituoso de la tierra, la ceremonia humana del agradecimiento a la tierra. O la danza del banano. O la del algodón, o la del arroz. Aquí, donde se vive por remedo el absurdo de los otros absurdos. Y cuando nos vuelvan a ver los otros y nos adviertan que estamos locos y por estar locos no nos comprarán, no nos venderán, no nos hablarán, entonces les diremos que no nos importa. Nos amenazarán, nos cerrarán las puertas, nos asustarán con barcos, bombas, aviones, ejércitos. Estaremos listos a sonreír porque somos, hemos bailado, tenemos conciencia de nuestra ceremonia de seres humanos, venidos de la tierra y vueltos a la tierra, veremos el cielo con alegría, nos parecerá más

grande y más hermoso. Y no tendremos miedo, no miedo a la hora de comer, no miedo a la hora de acostarnos, no miedo a la hora de levantarnos. Se asustarán, se asustarán mucho de nuestro no miedo. El embajador levantará el puño, le han ordenado olvidarse de las palabras diplomáticas. Se le invitará a bailar y se le pedirá que venga descalzo para que empiece a respetar el suelo que pisa, áspero, pobre, lleno de guijarros. Antes se le obligará a pisar las basuras de su propia embajada, quizás así reconozca su suelo natal y lamentará la producción de resortes y de tantas vainas, y no vendrá porque tiene en mucha estima sus pies, sus suaves pies de alfombras y de zapatos recorchados. Dirá que se va, que rompe las relaciones, y habrá una danza nueva para llevarle sus tennis, sus cocacolas, sus ice cream, sus jets, sus cold cream, sus lipstick, sus beer, sus colgate, sus milk, sus cadillac, sus party y sus amebas, porque el señor embajador se tropicalizó y pasará por una cuarentena al entrar en la zona sanitaria de lo pasteurizado. Llegará un cable contundente. Stop bomba atómica stop lunes stop a las nueve stop obligación stop proteger stop el mundo stop contra stop los locos stop. Nos reiremos a carcajadas. Héroes al fin. Héroes libres. El lunes estaremos listos, a las nueve, miles señalando donde debe caer la bomba, sobre las cabezas de todos, mientras bailamos, bailamos, bailamos, la danza maravillosa de la libertad, de la independencia, de la dignidad humana. Y, no caerá, se asustarán, se asustarán, tendrán miedo de ese último resorte, no podrán, no encontrarán al que pueda. Aquí, qué maravilla, qué himno de poetas, qué sensación de humanidad. Por primera vez el respeto. Una zona señalada en todos los mapas. Los locos, los que decidieron vivir su propia vida. Ya no sueño, estoy delirando. ¿Será el hambre?

- Quiero de esta orden doble ración por el mismo precio.
- No se puede.
- Y, ¿qué hago?
- Le puedo servir la orden sin doble ración.
- No calmará mi hambre.
- Puede pedir otra.
- Sólo me alcanza para una.
- Le daré un poco de feria en cada plato.
- Las ferias no me llenan.
- Si el patrono saliera, quizás se podría.
- ¿Va a salir?
- Nunca sale a estas horas.
- ¿Entonces?
- Usted decide.
- Tengo hambre.
- Pues pida.
- Si de pedir se tratara...
- Está mala la situación.
- Para algunos pésima.
- Para otros también.
- Usted aquí por lo menos la tiene asegurada.
- ¿La comida? ¡Qué va! Tengo que pagar pero trabajar aquí mata el hambre.
- Conque son sucios.
- No, pero ver al cocinero, ver las ollas, me siento hartada.
- Eso es raro.
- Creo que si trabajara en un hospital, me sentiría enferma.
- Puede ser, la envidia, yo trabajo en la calle y nada se me pega.
- ¿Qué decide? Al patrono no le gusta que conversemos.
- Pues la orden con feria grande.
- Haré lo posible.

- Dígale que me muero de hambre.
- Eso aquí no conmueve. El negocio es el hambre.
- Pues entonces dígame que vengo a probar para encargar un banquete.
- Eso está mejor.
- Ahora, ligerito porque ya no aguanto el dolor de estómago.
- ¿Quiere también café?
- Por supuesto.
- Se cobra aparte, vale veinticinco.
- ¡Puñeta! Antes daban el café gratis.
- Los tiempos cambian.
- Si no cambiaran estaría todavía usando los zapatos de mi hermano mayor.
- Y ¿qué?
- Pues me quedo con el café y suprimo la orden.
- El café no tiene vitaminas.
- El sueño de la tarde tampoco.
- Café solo.
- No, con tres empanadas.
- Se acabaron las empanadas.
- Un bollo de pan con carne.
- Llegó usted muy tarde, también se fue.
- Café con dos bananos.
- Eso lo va a poner en carreras.
- Son las únicas carreras que se admiten en mi oficio, las demás están prohibidas por el sindicato.
- Allá usted.

Las lechugas se desmayaron con la gracia de una jovencita, aunque van progresando en su desmayo hacia el centro mismo de la vejez. Alguien las sacude y las gotea. Las gotas corren en canales y ni siquiera dejan el brillo de la humedad. Se sacuden de nuevo y se arreglan hoja por hoja, pero se devuelven hacia el mismo

gesto marchito, abandonado. ¡Qué lechugas! Les pasó la hora del verdor. Y la lechuga comienza a vivir una madurez hinchada, que le cambia el color por un verde pálido, que no es verde sino más bien un amarillo desteñido, casi un blanco sucio.

¿Me entendés? Nadie confía en nadie. Contás un cuento y están ahí ayéndote para saber en qué punto mentís. ¿Me entendés? Enseñas alguna cosa y la curiosidad se tiende, no para encontrar los ángulos bonitos y ver lo interesante, están atentos a lo falso. ¿Me entendés? Alguien logra algo, quizás hasta una pequeñez, y el interés estriba en el cómo y no en el qué. ¿Me entendés? Es horrible, porque la desconfianza pesa, es como un polvo que no deja mirar de frente, una carga en la espalda que no te permite estar derecho. ¿Me entendés? Se explica un asunto, se dan los detalles, se analizan las consecuencias, se puntualizan los efectos, y luego nos miran como si fuéramos anormales y nos preguntan tres veces si hemos entendido lo que está obvio, claro, sobreexplicado. Esa es la desconfianza. ¿Me entendés? Y es fácil saber por qué tanta. La primer razón es la carencia de valores. Donde no hay ningún valor, es difícil creer en el surgimiento de uno. ¿Por qué el milagro? La misma tierra, los mismos panoramas, la misma sangre, los mismos parientes, las mismas escuelas, los mismos libros. ¿Qué puede hacer a alguien diferente a los otros? Comemos lo mismo, respiramos lo mismo, vemos lo mismo, la conclusión es tenemos que sentir y pensar lo mismo. El egoísmo natural fuerza a una igualdad que no admite en otros campos. Somos iguales, exactamente iguales, y no puede surgir por ahí alguien con posibilidades de ser superior. Desde ese punto de vista, la desconfianza tiene las puertas abiertas. ¿Me entendés? La segunda razón flota en

este aire de circo que nos rodea, y nos da más conciencia de espectadores que de personajes. Los espectadores son siempre desconfiados, están valorando el espectáculo por el costo de la entrada o por los otros espectáculos que sacrificaron para ver el que están viendo. ¿Me entendés? El que se atreve a ser personaje, no persona porque aquí no hay personas, pasa por una serie de exámenes, el primero es por supuesto si se sabe bien el papel de memoria, porque ni siquiera se cree que va a improvisar. En ese primer examen es difícil lograr buenas notas. Como nadie sabe a ciencia cierta el texto que está repitiendo el otro, se apuntan toda clase de desmemorias. En la que siempre están de acuerdo, es en la del énfasis, así la localización de fallas es dispersa y se goza de amplia irresponsabilidad en el afán de señalar algo sin saber nada. Luego, viene el examen de la actuación. Da risa pensar en lo que pasa durante esos exámenes. La desconfianza se moviliza casi con agilidad y cierto sentido humorístico. En vez de observarse la modulación de la voz, los gestos, el dominio de la escena, la seguridad en los movimientos, la desconfianza concentra la atención en el maquillaje, en la ropa, en el ridículo de hacer el personaje, sobre todo eso, si el tipo calza o no calza con el papel. ¿Me entendés? No es una valoración del actuar, es una mezcla entre lo que debería hacer y hace, un reconocimiento vago de que existe una persona y un personaje, la esencia misma de la desconfianza. Entonces se burlan o dicen ese pretende, o ese no engaña a nadie, o ese ni vestido de seda, o ese es un farsante, o ese nació pintado con la misma pinta de la familia, o ese ni con cirugía plástica pierde la cara de estúpido, etc., etc. ¿Me entendés? Ni persona, ni personaje. La desconfianza niega, es una posición agnóstica, es un deseo indeterminado de barbarie. ¿Me entendés? A veces dudo que me entiendan, pienso mucho y profundo. Aquí

por lo general no me entienden, piensan que soy extraño y como extraño sospechoso. ¿Me entendés?

Servilletas blancas con pequeñas gotas de grasa. Al lavadero. Servilletas de papel con un resumen concreto de los menús. Al basurero. Servilletas de lino que sólo se arrugaron en las puntas y perdieron la naturalidad de los bordes. Al planchador. Servilletas con pastas adheridas que se arrancan con las uñas. De nuevo a las gavetas. Servilletas que son una palma extendida, que rozan los labios quemados de viento, de sol. A la calle.

Te lo cuento como me lo contaron. No se vaya a decir que soy un chismoso. Pasó hace apenas pocos minutos. Todavía no se sé si creerlo, se dicen tantas cosas. Parece cierto, pero increíble. No te impacientés, yo pago la llamada y tengo derecho a hacer ciertos comentarios. Agarraron a Edgar con las manos en la masa. Contrabando en el garaje, en el sótano, aun en la casa para el perro que tiene en el jardín. Licor sin marbete, con su legítimo color ámbar y en las mismas botellas que conocemos. Lo denunció un tipo que estaba conectado con el asunto y a quien se negó a darle algo más que la propina acostumbrada. Edgar, el tipo de los discursos sobre la honradez del comercio. ¡Qué planchón! El asesor del presidente en el fomento de la iniciativa privada. Supongo que los periódicos de mañana dirán algo, pero a lo mejor se callan, o ponen simplemente "en casa de un distinguido señor xx se encontraron algunas cajas de licor sin marbete, presumiblemente ingresadas de contrabando, se está investigando el asunto". No más, Edgar es uno de los mayores anunciantes. Pero lo mejor del cuento es la amnesia que le

ha dado. La policía rodeó la manzana, una movilización completa, tocaron la puerta y le dijeron muy ceremoniosamente: dese por arrestado. Llamó por teléfono a alguien y logró que le dieran la casa por prisión, con todo el contrabando adentro. Declaró que no sabía nada del asunto, ni cómo esas botellas habían ido a parar a su casa, algún enemigo tal vez le había tendido una cama. Como estaban almorzando, invitó a los policías al postre y una taza de café, no es hombre que pierda así no más los nervios. La agresividad se acabó en ese momento, lo empezaron a tratar como todo un señor y le rindieron pleitesía. Dejaron un policía en la puerta y se marcharon. Ni corto ni perezoso, hará desaparecer las cajas como por obra de magia. Cuando regresen las autoridades, si es que regresan, ya no habrá pruebas. Una ligera confusión, disculpas y punto. ¿Qué te parece? Claro, es sensacional. ¿Quién me lo contó? Pues imagínate... sí, por supuesto, vive en el vecindario, casa de por medio, y muy gentilmente se acercó a ofrecer ayuda. A eso se debe que oyera ciertas conversaciones, sin embargo Orlando es tan imaginativo, tan amigo de las novelas y de los tangos, que algunos detalles los pongo en duda. ¿No encontrás algo raro? Sí, eso mismo estaba pensando. A un hombre, como él, con tantas conexiones es difícil que no le hayan avisado o por lo menos haberle seguido trámites especiales de investigación, cómo llamarlo a una oficina y enseñarle la denuncia, antes de caer directamente en la casa. Creo que hay gato encerrado en el asunto. ¿Será cierto que el ministro de seguridad pide un precio muy alto por la protección que da? A lo mejor Edgar se cansó de pagarle y entonces sin consultar con el presidente le cayó encima. Sin embargo, si Edgar estuviera de malas con el ministro se hubiera cuidado más. No nació ayer. ¿Qué te parece si nos reunimos en la tarde y nos

tomamos unos tragos para comentar el asunto más a fondo? Bien, nos vemos a las cinco.

¡Aló! ¿Todavía están almorzando?, bueno, un instante, ¿te enteraste de lo de Clarita?, un desastre, está desesperada, vengo de allá, por supuesto su tragedia me quitó el hambre, sólo probé un poquito de cada cosa, la cocinera está indignada, dice que se enferma con mi pellizqueo, por cierto la ensalada soberbia, el arroz ni se diga, las papas una delicia, la carne deshaciéndose, el postre insuperable, la estoy chineando para lograr unas cuantas recetas. Clarita me preguntó por vos, te disculpé por supuesto, para eso estamos las amigas, pero debés ir en la tarde, si querés te acompaño, no pude enterarme de los detalles, estaba la tonta de Claudia y apenas se ponía interesante la conversación empezaba con sus majaderías de hacer callar a Clarita para que no se torturara más con el asunto, por cierto Claudia se ha puesto un color en el pelo. ¡Aló! ¿Está el señor? ¿Durmiendo?, dígame que es un estúpido, un sinvergüenza y un cornudo, ¿no se le olvidará?, gracias. ¡Aló! Aquí, yo, no te pude avisar antes, me encontré con unos amigos, nos cogió un poco tarde y almorzamos por ahí, ¡no te pongás así!, por favor... Llego a comer, ¿por qué me lo preguntás?, te lo juro, me podés registrar. ¡Aló! Mamá, hoy tampoco vino a almorzar, ves como tus consejos de que me meta en la cocina no sirven, ¿leernos las cartas?, ¡fantástico!, salgo para allá. ¡Aló! Te llamo sólo para decirte que hoy mismo, a las dos de la tarde, en el garaje, me voy a pegar un tiro, te quiero mucho, como nadie jamás te querrá. ¡Aló! Necesito al doctor, los dolores son cada vez más intensos y más seguidos, estoy empapada, la fuente se reventó, ¿está de vacaciones?, ¿ahora qué hago?, ¿una aspirina?, ¿servirá una aspirina? ¡Aló! ¿La policía?, ne-

cesito que me encuentren un hombre rubio, alto, más alto que yo, de ojos azules, buena dentadura, ñato, con mi nariz sobra, ¿cuándo desapareció?, no, aún no ha aparecido, lo necesito con urgencia, quiero tener un hijo. ¡Aló! ¿Es cierto que ahí castran perros?, ¿a qué hora puedo mandar a mi marido? ¡Aló! Su negocio se quema, no señor, no es cierto, pero puede suceder, asegúrese. ¡Aló! ¿Esa es mi casa?, es la casa suya, entonces no es mi casa, gracias. ¡Aló! ¿Estás solo, completamente solo?, te llamaba para contarte que lo logré, hace un ratito, horas no muy románticas, sin luna, pero qué se va a hacer, ella no tenía hambre, yo con esta indigestión de ella no trago ni líquido, pasó en la oficina, un poco incómodo, juntamos los sillones. ¡Aló! Mi chiquita linda, mi agonía constante, mi paraíso prometido, ¿qué me dice de nuevo?, ¿quién habla?, la abuelita... esa muchachota delirio de mis abuelos, la demostración permanente de que las rosas no se marchitan, ¿falta de respeto?, cierto, es lo único que puedo hacer ante usted: faltarle al respeto. ¡Aló! Te llama un viejo recuerdo para molestarte un poco, no te puedo apartar de mi memoria, una y otra vez resuenan en mi oído todas las cosas que me prometiste, el cielo, las estrellas, el mundo entero, ¿podrías prestarme cinco pesos? ¡Aló! Al fin te encontré, desde ayer te busco, nada especial, simplemente quiero asesinarte. ¡Aló! Aquí, del otro mundo, mensaje importante, hemos perdonado su pecado el mundo entero, ¿podrías prestarme cinco pesos? ¡Aló! Nos interrumpieron la comunicación, como te estaba diciendo Clarita muy sentida, tenía puesta una de esas suéters de cuello alto, no sé cómo aguantaba el calor. ¡Aló! Servicio de despertadores, la siesta se debe acabar. ¡Aló! Dos palabras: sos mi amigo o no sos mi amigo, porque si sos mi amigo te lo cuento, si no sos mi amigo corto, ¿con quién hablo?, ¿Jiménez?, ¿usted conoce a un Fernández?, ¿cómo que hay muchos Fernán-

dez?, sólo hay un Fernández con mi voz. ¡Aló! ¿Ya comió?, ¡provecho! ¡Aló! Nos cortaron de nuevo, Clarita respiró hondo, esa respiración de la congoja. ¡Aló! ¿Qué vas a hacer en la tarde?, ¡aburrírtel!, pero si ya estás aburrida. ¡Aló! Nada más por información, ¿cuándo diablos me vas a pagar la deuda? ¡Aló! Necesito tu parecer con urgencia: es mejor el gris con el verde o el gris con el rojo, no puedo decidirme y me siento angustiada. ¡Aló! He perdido el humor completamente, me podrías decir dónde puedo encontrarlo. ¡Aló! Estamos preparando una colección completa de estúpidos y deseamos saber si acepta encabezar la lista. ¡Aló! Por favor siéntese, por favor tranquilícese, por favor desconecte el teléfono, le hemos declarado la guerra fría, día y noche detrás de usted con el ring y el rang. ¡Aló! De nuevo jodiendo para que me jodan, ¿está mamá? ¡Aló! Entonces Clarita sacó unas fotografías. ¡Aló! Sólo para preguntarle cuándo se va a cansar de esa sonrisa tonta que se fotografió en los labios. ¡Aló! Adiós, a las dos en punto. ¡Aló! ¿Me podría decir a qué horas queda la casa sola?, estoy planeando un robo. ¡Aló! ¿Vamos al cine? ¡Aló! Clarita, de verdad triste. ¡Aló! ¿Tiene la cocina hecha un desastre?, no se acongoje, con dexastrol estará satisfecha. ¡Aló! ¿Qué canal está viendo?, ¿ninguno?, ha perdido usted doscientos pesos, lo slento. ¡Aló! ¿Sabe usted que los minutos pasan y pasan?, ¿lo sabe?, ¡qué bueno! ¡Aló! Clarita nos sirvió un refresco, llevábamos dos horas de volar pico. ¡Aló! La señora me dijo que dijera que no estaba. ¡Aló! Aleluya, he resuelto todos nuestros conflictos, no, no he conseguido plata, no, tampoco he hecho arreglos, encontré el camino perfecto: la despreocupación. ¡Aló! Qué lata, mientras marcaba el teléfono se me olvidó lo que te iba a contar. ¡Aló! Siento tanto comunicarle que su gatito se murió. ¡Aló! ¿Alquilan ahí un cuarto?, ¿con o sin?, ¿no comida?, ¿me refiero a compañía? ¡Aló! Entonces, Clarita... ¡Aló!

¡Oh el desorden feo de las cocinas! Un plato sobre otro plato y los sobros derramándose. Tenedores con la grasa perfilando las gotas de agua, los cuchillos, las cucharas, las cucharitas, con pedazos de algo interrumpiendo su color de plata. Una mirada que no sabe por dónde empezar, un chorro de agua sobre un silencio desesperante de ollas sucias.

La tarde empieza con una lucha de párpados.

Brotes de inconsciencia. Estoy dormido, estoy despierto. Me estoy durmiendo, me estoy despertando. El insomnio de la tarde es alegre, liviano. El sopor de la tarde es agobiante, suda, hiere con dolores de divieso escondido.

El amanecer del mediodía es un ritual decadente, animal, como los hipos de la mala digestión.

El ciclo está abierto:

SEGUNDA PARTE

Claves

*"Hay cada miope que encuentra
agujas en los pajares."*

*Un vecino de cualquier familia y
en cualquier barrio.*

Se trata de... ¿Se trata? Sí, se trata de algo, ¿para qué negarlo? Se puede tratar de muchas cosas, depende quién esté por delante y cuáles puntos de vista tenga. El proceso viejo y nuevo de la vida y de la muerte. ¡Qué vanidad! Esa cosa de empezar que va siempre a un fin. El despertarse lento del sueño y el cavar despacio en busca del sueño, sobre un paisaje de caras, de calles, de casas, de lugares expuestos y secretos, de voces, más allá un rincón verde, el iluminado verde con la gota amarilla del tiempo. El tiempo un infinito hilo sin clave, un monstruo sagrado con ansias de regreso y una compulsión de más allá, más allá, más allá siempre. Y aquí, el detenido momento de aquí, sobre una pirámide de cosas perdidas por donde se sube y se baja con la esperanza de algo tan turbio que no se conoce, tan lejano que no se encuentra, tan inconcreto que no se sabe. El riesgo se coge con las manos, se sostiene fuerte, ojos cerrados, bajo el diluvio de las imágenes, y cuando se abren frente al temor del abrazo ya la certidumbre de las incertidumbres fluye acongojada y la fuerza es una memoria que no se recuerda.

Se trata de un río, un río que corre sin detenerse, respira en los remansos, se arremolina en las prisas, se impacienta nerviosamente en las llanuras, baja precipitado en los declives, llora con desesperación de encuentro, un río loco, sin los bordes del Nilo por donde un hombre se detiene a bañarse indiferente a la laboriosa escultura de la lluvia. Un río con pringues de san-

gre, sangre acomodada entre las palabras de todos los yos, de todos los ellos, de todos los ustedes, de todos los nosotros. Un río que no se mira porque mirarlo es repetir y repetir gestos. Un río cansado de correr, con ese agotamiento de paciencias y de impaciencias. Un río que no encuentra desahogos porque siempre ha confundido el mar con otro río, con un lago, con un valle, con una mano, con una vía, y se ha regado, se ha agotado, se ha deshecho antes de llegar con ese cansancio exhausto de tantos caminos sobre un no camino.

Se trata de una larga mirada, de lejos y de cerca, por detrás y por delante, como un desequilibrado galope por una vereda donde el incienso es niebla y la niebla un pliegue de otros pliegues recogidos en cortinas espesas, sobre las que se deja un insaciable deseo de mirar y de no mirar. La mirada de la tierra como una terrible esfinge, la mirada de la gente como una simbólica momia, la mirada del cielo como una escalofriante serpiente, la mirada del espejo como un juego de miradas, la mirada larga sobre la brillantez del día como una dolorosa insolación de ojos. Y la ceguera en el despunte de los párpados, en la barbarie de rostros y gestos, en la mezcla diluida de orgasmos, de ahogos, de angustias, de placeres, de simples respiraciones.

Se trata de obsesiones. Febriles obsesiones con metas inconclusas, sin oráculos mesiánicos ni símbolos míticos, por donde el punto desvela su propia oscuridad para dar una luz insistente, esencialmente indescifrable. Una cacería de momentos, que no son momentos porque el tiempo traiciona los sentidos y entrecruza las fugas con las búsquedas, los escondites con los encuentros, las caminos con los puertos, y los espacios no son

rompecabezas, ni el idioma idiomas. Alguien despierta cuando otros duermen, pero en el ritmo del mismo ritmo, iguales puertas se abren y se cierran.

Se trata de pensamientos, porque es un oficio pensar y pensar es una traición de acomodos. Sobre las cosas puestas, el pensamiento se afila para desajustarlas y parece, engañosamente parece, que nunca más vuelven a su sitio de siempre. Lo sobredicho es lo dicho una y otra vez y lo que se está diciendo, por el mismo camino va el pensamiento, esa batalla del reverso y el anverso, que al volverse anverso siempre deja un reverso. Y cuando todo está sobre la mesa, con la luz iluminando, algo se ha quedado afuera, en espera de su acomodo, de su rito, de su oportuna mención, como cuando la historia está contada y el punto final puesto por la voz o la imprenta, el personaje que no participó, el ser olvidado, empieza a rebuscar su episodio en la disconformidad de la ausencia. Así comienza el descontar las cosas contadas y así se justifica el mito del sueño en que se roban heroicidades de valor, cobardía, miedos, placeres al héroe sin relato de palabras, esa forma de crecimiento en la espontaneidad de lo cotidiano.

Se trata de voluntad como motivo de creación, porque todo es un relato ya relatado y sólo queda lugar para una voz que admite el quiebre de su silencio en la necesidad voluntariosa de decir lo dicho, porque dicho está y dicho seguirá en el hilo de las comunicaciones, que son los yos multiplicados en el laberinto de los cementerios o en el corredor de las ciudades, que se vuelven balcones de gargantas en la multitud de rebaños con misteriosas corrientes de caminos, de miradas, de obsesiones, de pensamientos, de voluntades, en el

transporte siniestro de soledades a la solitaria soledad de un diálogo siempre incluso. La terrible historia de la inconsciente carta que nos vamos escribiendo sobre la cadena de días, para enlazarlos, para no perder el eslabón de nuestro propio relato, y luego sentir laxa la voluntad hasta sintetizar los hechos nunca bien definidos en un simple nombre, el nombre involuntario del principio, ese nombre que aprendimos a escribir memorizando los signos y quisimos llenar de sentido a lo largo de la vida.

Y ahora estás aquí, frente a mí, te veo y no recuerdo cómo te he visto otras veces. Sin embargo, siempre sobre tu rostro tijeras, no una tijera, muchas tijeras, pequeñas y grandes, las tijeras con las puntas ñatas que nos daban para la escuela y cortaban un delicioso zig-zag desfigurante, las tijeras de las uñas tan firmemente construidas para doblarse con los dedos y meterse en las esquinas, entre la carne y el dolor, las siempre herrumbradas tijeras de podar, las nítidas tijeras de los quirófanos, las horribles tijeras violentas que se clavaban cerca del corazón. Nos hemos querido, ya quizás no como antes, pero todavía nos queremos. No esperaré hasta la madrugada para verte una vez más, ni tampoco correré bajo la lluvia, ni cruzaré cien veces la plaza húmeda donde nos encontrábamos, contando pacientemente las golondrinas que dormían y duermen todavía sobre los cables eléctricos, la larga rama que las mantiene en la formación de la hilera. No, no lo haré. Pero, te quiero.

Cuando se está frente a frente, una sensación de ausencia repite y repite cosas sin importancia. Me dirás dentro de un rato que si quiero una taza de café y te

contestaré que sí, con la sensación de que lo ido no vuelve a empezar en ningún tiempo futuro. Una vana esperanza de recomienzos nos lleva a buscar recuerdos. Hoy te busco por una insistencia de remembranzas que no tiene importancia, nunca la ha tenido.

—¿Una taza de café?

—Sí, por supuesto.

Se trata de una interrupción en el curso normal de algo tan conocido como desconocido. Cuando se abre un libro de cuentos y se interroga sobre la cara de los personajes, todos montamos las brujas sobre las brujas internas, las princesas en las ilusiones de las princesas, los príncipes y los reyes en el metabolismo que damos a nuestras creaciones de imágenes. Un silencio de caras y máscaras recorre las historias, un mundo de contactos se extiende para aprisionar el silencio en la trivialidad de lo cotidiano, una forma de crecer en parecidos, en las dulces asociaciones de la pobreza.

Tu dulzura ahí, al alcance de mi mano y temo encontrarla porque no es la dulzura que dejé hace dos años, no es la misma, no puede ser la misma. Ahora puede ser cansancio de otras cosas, de otras personas. Aquella vez en tu ventana, ¿cómo olvidarlo? Era mi cumpleaños: un escorpión ahogado en la fatalidad de romper el placer, el único placer del signo. Me regalaste una bufanda de cuadros escoceses, que sólo tuve oportunidad de usar una noche de diciembre, para proteger un dolor de garganta y debe estar en algún sitio fuera de la vista hace mucho tiempo. Cuando se tiene un regalo siempre se quiere otro regalo diferente, algo de eso se transpa-

rentó en mis ojos. Esperé frente a la ventana como me lo dijiste, hora tras hora. La luz de la lámpara encendió tu cuerpo desnudo.

—¿Supiste lo de Edy?

—Le estoy ayudando, es un amigo,

—Contame la historia completa.

Tus amigos fijos, sus anécdotas, sus tortas, cuántas horas llenas de ellos como si estuviéramos tratando de matar el tiempo y fue tan pequeño aquello, tan corto, todo como velado o es que mi memoria flaquea. Largas horas en la sala hablando de otros, siempre de otros. Tus amigos, mis amigas, tu familia, mi familia, nunca lo que pensábamos y sentíamos. Siempre nos tuvimos vergüenza, nos apenaba nuestra propia anécdota cargada de esperas, de pequeñas cosas concretas que nos escondíamos, de ansias contenidas por la disciplina más severa de castidad. ¡Qué niños! Después el amor, el amor en campanadas de vértigo, sordos y ciegos buscándonos y encontrándonos, quemando horas, reduciendo todo a instantes. Después nada, todas las historias de amor son lo mismo, la magia de la ilusión en el escenario de los desvanecimientos.

Se trata de recoger gotas, de hacer canales, de juntas las aguas, de jugar con los reflejos, sin la paciencia de un niño ante la tragedia de lo imposible.

—¿Y?

—Eso fue todo.

Eso de Edy pasó hace tiempo, ¿por qué lo he repetido? Esa extraña complacencia de acceder siempre

a las solicitudes, me ha condenado a mi propia soledad. Te irás ahora en busca de los payasos, los que pasan de la golondrina al águila, de la montaña al trueno, de la profecía bíblica al chiste, y se preguntan con la angustia prestada de algún autor de moda el por qué y el cómo de su existencia. Ha venido a verme para detectar el estado de lo perdido en un cruce de su vida y decirse con la firmeza de lo ya lejano: eso nació para morir en la memoria.

Y me levanto para irme como si siempre hubiera estado preparada para dejar inconclusas conversaciones en el punto preciso de una claridad que puede llegar de un momento a otro y no tengo la paciencia de esperar. Es una claridad que nunca me dirá lo que he creado sola. Mi mundo de voces con su voz hecha delirio de preguntas y respuestas arbitrarias, la audaz aventura de la imaginación ante la vergüenza de una realidad sor-damente real.

—¿Te vas?

—Me voy.

Se trata de penetrar las sendas rutinarias con el deseo de una vía subterránea por donde los trenes de la normalidad choquen y los descarrilamientos muestren otras voces, otros gestos, otros rostros. Una canción improvisada con un canto nuevo, como esos largos caminos del aburrimiento que esperan novedades, cosas imprevistas, cambios inusitados, y acaban por dormirse repitiendo una vieja tonada, la eterna canción de cuna con su goteo aburrido sobre la conciencia, lista a remendar los desganos.

Aquel cuerpo con brillo de terciopelo, ¡cómo olvidarlo! Esa sensación de mi carne hinchada y el dolor de mi sexo latiendo loco, una campana punzante de sangre por la cabeza, por las manos, por la respiración de ahogos, hasta doblarme de rodillas como si se pudiera sostener la fuga de mis propios deseos y necesitara recoger dentro de mí mismo la furia de las llamas. Lamer la quemadura en la tónica de un placer que duele y anula porque vuelve a quemar sobre lo quemado.

Siempre acabo por desnudarme delante de sus ojos, como aquel día de caprichos mentalmente construido y desconstruido cientos de veces. Después los golpes en la ventana con ramas de cipreses y guijarros. Lo sentía mirando hondo, esperando por mirarme, penando por ello como un condenado, un diabólico olfateador de la carne, a quien delataban sus jadeos quejosos. Conocí el placer a través de su fiebre, escondida entre el silencio y el delirio. Ese cambio de su mirada en la domesticidad cadenciosa de una conversación tranquila, como si la desnudez no existiera. ¿Cuánto duró el desafío?

Se trata de interrumpir los juegos para localizar los trucos y enseñar que la clave de victorias y derrotas es tan solo un fermento. Las horas del futuro se agotan en la esperanza de una alba con guitarras, que también sean tambores, clarines, arpas y rugidos.

—Me gustaría enseñarte una fotografía.

—¿Algo nuevo?

Nunca me dijiste tu explicación sobre la ventana rota. Los detalles, nuestros detalles, no existieron entre nosotros. Se quedaron entre las preguntas ignoradas y

ese silencio que juntó tantos silencios y ahora es una niebla espesa por la que caminan nuestros rostros atormentados y perdidos.

Y tu mano tiembla al sostener el paquete de fotografías, que derramás bruscamente sobre la mesa. Unas y otras se niegan a la vista en la caótica exposición de grupos y personas ante la cámara de los frágiles testimonios. Buscás como si tu mano pudiera penetrar con agilidad en el cementerio de los momentos.

—Esta...

—Un simple velo sobre la oscuridad...

Se trata de elegir, eso es elemental, del todo una parte, de la parte, un algo, del algo un mínimo, del mínimo un instante. ¿Quién elige en la elección predestinada? La circunstancia de la circunstancia de la otra circunstancia...

—Ya se ha dicho suficiente que cada uno debe conocerse a sí mismo. No lo digan otra vez, por favor no lo digan. Conocerse: saber dónde, por qué, cómo, para qué. Lo más insignificante tiene una raíz; la mentira un apoyo, una necesidad; los gestos encierran un signo; las rayas de la mano un destino; el lapsus un disimulo de relaciones; los tics el nerviosismo condensado en la honda detención de la energía; los sentimientos una oscura maraña de apetitos; los hábitos un inventario de adaptaciones y rebeldías... Por detrás la infancia rota en recuerdos inconexos y ese colérico deseo de ser distinto a ese conocimiento alcanzado con pinturas, máscaras, frases hechas y esperanza de otras

frases más amplias y acogedoras. Empecemos por otra cosa, quizás por desconocernos, por ignorarnos, por no saber quién somos, por volvernos amnésicos.

Se trata de ese discurso que tiene cada uno para cada cosa, a veces aprendido y repetido, inconcluso o mal dicho según los dictados de la pereza, a veces germinación de situaciones punzantes, las incomodidades encuentran verbos agudos y los que logran acomodo tienen un rico vocabulario defensor.

—He buscado la autenticidad y no hay puerta que lleve a ella. Es oscura y cambiante, lo sé por experiencia. Cuando se tiene un pedazo entre las manos, la ausencia de los otros te desgarran, porque la unidad no es un mito que permita contemplaciones ni lamentos de suertes y destinos. Es una medida de valores, la droga absoluta de la vida y la muerte. Esas terribles mentiras de lo puro, lo bueno, lo limpio, me han envenenado. Como tantos otros huyo sin sentido de huida, voy viendo hacia atrás, esperando llamados y los llamados a veces son nuestras mismas quejas lastimosas.

Se trata de un jardín en que se juzga lo marchito de una rosa. Todos son culpables y todos participan gustosos. ¿A quién en este mundo le importa una rosa marchita?

Cuando entré en tu cuarto, me resonaba en los oídos el nombre de Atila, el salvaje Atila que corría avasallando sobre su caballo sin montura, hecho brío de sexo y de furia. Me esperaba tu cuerpo desnudo, ya húmedo de ansias y de esperas.

—¿Por qué si no nos conocemos, si no queremos conocernos o lo queremos con fervor y eso es lo único que nos preocupa, por qué entonces nos escondemos celosamente? No me digás que las preguntas sobran, porque si sobran no hay más que

esta soledad redonda de uno mismo, torpe y asustado en el escrutinio doloroso de un paso tras otro paso con pretensiones de camino.

Te esperé como si estuvieras rompiendo los pesados cerrojos de un convento y luego, con la lentitud de las pisadas devotas de las monjas, fueras movilizándolo con ardores los fríos y largos pasadizos. Cuando llegaste con tu respiración galopante, sentí que rasgabas toldos y cobertores. Mi cuerpo no era mío, era el de una sacerdotisa en el templo de la magia. Tu primer beso se hundió con la placidez de las algas en el mar.

—¿Es ésta la mejor época para nacer y morir? Las grandes ideologías están muriendo, sobre el peso de millones de cadáveres que todavía abren sus ojos, sus espantados ojos ante una muerte sin sentido.

Se trata de las encrucijadas eternas: aquí y en este momento, matizadas por ese espejo en que se cree ver allá y otro tiempo. No hay alternativa, el regreso es un laberinto sin retorno, aunque las letanías de la semana tengan ecos regresivos. La historia acaba por ser una risa nerviosa sobre los énfasis de la fatalidad.

Si le contara la historia de aquel amigo loco, o quizás más cuerdo que todos, siempre empeñado en la expiación carnal de los pecados para liberar el alma. Intellectualmente somos criminales, depravados, corruptos, violamos mujeres, jugamos con el poder y la rapiña, idolatramos de nosotros mismos, sátiros y falsos; pero, carnalmente apenas si nos atrevemos al pequeño pecado,

conducidos siempre por la disculpa de la necesidad o de la tentación. Fornicamos por ejercicio glandular, bebemos porque nos aburríamos, nos acomodamos a todo para no pasar por tontos, nos drogamos por gratitud a los alivios del sueño, nos hacemos imbéciles por un deseo justo de igualdades, acabamos conformes por miedo al dolor de la disconformidad. En cambio, y ya no lo dice sino que lo grita, descarguemos en la carne lo que es de la carne, hasta que se harte de los placeres y encuentre en la penitencia la delicia del desahogo pleno. Es una historia demasiado larga, y la podría tomar como un reproche. Recuerdo su susceptibilidad de correcciones. Nunca soportó un sermón, ni siquiera el más disimulado aviso sobre un supuesto error.

—Eso no era lo que más me molestó. Cuesta en realidad explicarlo. Me siento mal en las ceremonias porque no son espontáneas, se han hecho mecánicas, un acto como cualquier otro. Hasta los mismos sacerdotes con sus libros recitando sin acento ni emoción lo escrito, tal como si estuvieran en una competencia de carreras.

Grabé tu nombre en un árbol. Llevé la regla, hice las medidas correspondientes, había preparado de antemano el dibujo. Y las letras se torcieron. Nunca te lo enseñé, qué tontería. Una muy grande, la otra pequeña, la tercera más abajo y el final con la precipitación de lo mal hecho. Infantil, terriblemente infantil, como todo lo mío, y también fatal, tu nombre torcido fue como la insistencia de mis coqueterías en la abreviatura de tu sequedad.

—Cuando empezaron a tocar los trombones, las trompetas y los tambores, pensé que sería un desastre. Me entró un miedo pavoroso al ridículo. En los espectáculos siempre me desdoble, no soy un crítico parcial, me pongo a trabajar con los actores, inclusive con el autor. Hay algo en mí, de adelantado, no en el sentido precoz de la palabra, más bien de interventor pasional. Desasosiego, algo de eso. Ayudo a tocar al pianista, no por placer, sino por miedo, no puedo aceptar el fracaso de los demás, no quiero ver esa clase de desnudez horrible en los otros. No hay desnudez más espantosa que la de tratar y no llegar. No toco con el pianista, simplemente quiero que sea brillante y dispongo mi voluntad para que lo sea. La clase de público ingenuo, ahí estoy yo, con un deseo de que el mago saque del sombrero una pantera en vez de un conejo.

No me gustó tu familia. Había una cosa extraña en sus sonrisas, demasiado pegajosa. Me indigno aun cuando recuerdo que les sonreía como me sonreían. Aquel falso mostrar una educación exquisita: pararme cuando entraban, atender con deleite sus pedestres observaciones, no contradecir aunque se afirmara la más impresionante majadería. Y siempre sonriente... ¡cuánto me retuvo aquella ventana!

—El grupo estuvo muy dividido, es difícil ahora recordar las opiniones. Cambié de un lado a otro. Los argumentos llovían con fuerza. Sólo la política y el fútbol apasionan de esa manera. Nunca creí que una mujer pudiera causar tantos desastres en un grupo. Se pelearon, me peleé. La vida está llena de tonterías, cuando llega el momento de pasar por tonto se descubre que es una vieja costumbre muy arraigada, demasiado. No es ni siquiera necesario el esfuerzo.

No se trata de hacer parábolas ni baladas, la prisa inventó las interrupciones, ya no hay frases completas, todo queda interrumpido, como los lectores que suspenden la lectura porque sonó el teléfono o sirvieron la comida, como el que se queda buscando una palabra que no existía porque no era palabra sino una cara, un gesto, un remolino de cosas no entendidas. La prisa, la condenada prisa, que deja las bocas abiertas y suspende los ojos en el vacío, inmoviliza las manos y nos vuelve automáticos. La prisa... hasta los relojes no tienen tiempo para repicar las horas.

En aquel momento su cuerpo era de seda, liviano y melodioso. Sentí que se asomaban los diablos de siempre, pero no me importaron. Esos diablos de ahora tan horriblemente importantes.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, acabo de apagar uno.

El silencio está hecho de frases rotas. La que se acaba de romper corría en una pradera y no encontró el camino de regreso. Algo tenía de un cuadro de Bruegel y varias notas de clavicordio, todo cerca de un altar hecho de viento y de hojas quemadas por el sol rojizo de los atardeceres.

No se trata de eso, precisamente de eso no se trata, sería un intento vano el de penetrar las mentes ajenas a lo ajeno de sí mismas.

—He llegado a creer que las cosas también se suicidan. Ya sabía que varias especies de aves lo hacen. Las mismas gallinas se engordan para ser sacrificadas y lo saben desde que saborean el pri-

mer grano. En todas las ciudades hay cementerios enormes de gallinas y los gallineros son simples campos de concentración con tratamientos diferentes. Maíz y maíz para el sacrificio de las pechugas y de los muslos. Con las cosas pasa lo mismo. Un florero que de repente se cae, tiene algo de escapismo voluntario. Las personas necesitan demasiados preparativos y largas despedidas. A mí me gustan los puentes altos, con una pequeña cascada abajo, casi invisible.

Las pastas de dientes, los desodorantes, toda esa serie de imbecilidades que inventó un frígido, han enterrado el erotismo.

—No puedo soportar la memoria de las palomas mensajeras. Me resulta demasiado brutal eso de las memorias fijas. Un largo camino y un pesado cansancio. Las obsesiones son el desprecio de las energías más valiosas. Las pobres palomas deben volar engañadas por alguna recompensa extraordinaria, algo así como su propio paraíso sin mensajes ni encargos de entregarlos. Puede ser un terrible sentido de culpa, por qué no, ha sido una brutalidad hacerlas imagen de la paz y del amor, y como lo saben se atormentan con un oficio digno del anonimato de los cables, sobre los que se paran las golondrinas para protestar su simbolismo de siempre.

Y los epílogos de todas las aventuras son fetos que vuelven a gotear con el grotesco desahogo de la sangre. Chorros, gota a gota sobre las horas, coágulos entre las piernas, mientras se enciende un cigarrillo y se sonríe, porque hay un gesto en el refrigerador fresco y limpio como los vasos bien lavados. Ese feto, nuestro horrible feto, del que no hablamos, es feo hablar de eso,

antiestético. El respeto de la estética con su hipócrita cortejo de amaneramiento. No se habla de fetos, no se habla de la sangre que duele por el cuerpo, no se habla de la triste materialidad orgánica, pero fue estético el disimulo, las sábanas blancas, los immaculados algodones, el acento nervioso sobre una imprevista apendicitis, ¡qué vulgar resulta la vulgaridad escondida!

No se trata de buscar sentido a lo que no lo tiene, siempre hay un diccionario con términos más precisos y claros para nuestros propios sentimientos.

—Hace calor.

—Es el encierro, el humo y el ejercicio de la conversación. Afuera debe estar fresco.

Ese detalle de lo que no conocemos. El cuadro tiene unos blancos espumosos, casi transparentes. Apre-
samos el detalle porque hay en un cuadro desconocido blancos espumosos que nunca hemos visto. Me gustan esos detalles, así desordenados, sin saber a qué pertenecen y por qué pertenecen a algo. Con esta luz me gustaría ver tu desnudez, recorrer con los ojos palmo a palmo tu cuerpo y memorizarlo con la mecánica natural de la propia desnudez.

—Hay algo más fuerte que uno mismo dentro de uno mismo, cuando se sabe esto ya nada da miedo. No es sensación de inmortalidad, conocimiento existencial del alma o narcótico de trascendencia. Es certeza de la capacidad de resistir. Recuerdo que en la infancia tuve mi primer contacto

con mi propio valor de resistencia. Habían agotado los avisos de peligro, había sufrido en carne propia el dolor de las caídas, había visto la experiencia de otros, piernas quebradas, heridas, huesos rotos. Insistí consciente del riesgo y un buen día atravesé el río. Una jornada que ahora da risa, pero para mis cinco años fue como conquistar el horizonte. Después tuve miedo, grité y me recogieron en la orilla. Era un miedo de satisfacción, que es el miedo gozoso de los cobardes.

Resistir es un concepto místico, que la vida va desbaratando lentamente. En cambio, vivir es una actitud lógica y activizada, demasiado mecánica, con cadenas de entusiasmos y de cansancios. Qué pena: vivimos tanto y resistimos tan poco.

¿Fue en aquella ocasión cuando tus pechos encendieron mis manos y todo mi cuerpo? No, no fue ese día, fue cuando jugaste con tu pelo suelto sobre mi espalda desnuda. Pensé que eras muy niña para darte cuenta de que mis manos detenían el sexo y entonces me preguntaste si me habían caído mal las frutas. Y tu risa de niña me llenó de calenturas. Sobre el agua y con el olor de incienso mojado que tenía aquella arboleda con trenzas de murmullos, desahugué esa sensación de romper la calma. Aquel pequeño encanto de aperturas se desvaneció con la voz de tus parientes, pero eras sabia para encontrar el camino de los hervores. Tu mano fría buscó el calor en el bolsillo de mi pantalón ...

No se trata de sumar, no es posible, los comunes denominadores sólo existen en el plano de las abstrac-

ciones y la consistencia de las unidades se deshace en la simplicidad de una cifra.

No se trata de alzar la voz, eso tampoco es posible, las voces vienen alzadas en gritos, verdaderos gritos de angustia, antes de que se empezara a contar el tiempo.

No se trata de ausencias o de carencias, ambas riman tristemente sobre el mundo.

Es terrible el momento de la verdad. Por el mundo ruedan muchas verdades relativas, cuyo relativismo a veces es como una infección en cuerpo ajeno. Sin embargo, el sí quiero o el no quiero, por más adornos y pretextos, definen con una brutalidad esplendorosa. Mi no tuvo diferentes introducciones, unas con marchas guerreras, otras dulces, melancólicas, las más con un tono atronador por simple miedo a la réplica. Me sentí triste, incómodo, pero hondamente satisfecho. Aún no sabía que el juego de las liberaciones resulta siempre una trampa de compromisos.

No se trata de llegar al momento de la verdad porque corre para ser espejo de otras caras y sólo ofrece su misma cara igual y diferente.

No se trata de señalar héroes y antihéroes, las clasificaciones se pierden cuando el hombre digestivo digiere con humildad la luminosa ceguera de sus días.

—Ha llegado el momento de la verdad.

—No digás nada, no es necesario.

Jugué demasiado a las provocaciones. Jugué con el descaro consciente de mi sonrisa infantil. Jugué porque tenía ganas de jugar y aunque me repetí cien veces que era por él, por él, por ser mi compañero de juego y por saber abrir más mis deseos de juego, jugué por jugar. Me había llegado la hora, aquella hora tan larga en curiosidades... palabras, manos, velos, desnudeces, lo semioculto, lo semioído, lo supuesto, lo medioadvertido. ¿Para qué buscar más raíces? Lo más penoso de los juegos es jugarlos a solas. Los muy, muy tristes, juegan solitarios, la devolución de sus propios gestos en una comunicación desdoblada que no encuentra nunca la clave cierta de las voces. Y me quedé jugando sola porque nunca entendió la plena libertad del juego.

—Lo común de todas las religiones no es el paraíso perdido o el paraíso a conseguir mediante el sacrificio. Lo común es la exaltación de la conformidad, precisamente por eso hay pecado y castigo, virtud y recompensa. Había que partir de un punto y entonces la fuerza negativa de la misma vida, llámese amargura, envidia o miedo, inventó la ley del equilibrio. Sin duda, la más cruel y nociva invención humana. El equilibrio y los equilibristas. El que se excede es castigado, he aquí el consuelo absurdo que mueve a los rebaños hacia la más absoluta mediocridad, mientras los atletas equilibristas se arriesgan felices en los excesos porque el castigo hipotético bien vale el goce de la audacia y la gracia concreta del momento. Las diferentes teorías económicas se han ocupado básicamente de dos

razones: respaldar la imbecilidad de los seres humanos con una serie de paliativos para que el desequilibrio siga justificando la meta moral del equilibrio; descubrir el sacrificio vano de tanta injusticia y hasta el momento han arado en el desierto porque la generación espontánea de la conformidad ha creado robots tranquilos y felices o porque los cambios experimentados lograron extrañas y nuevas formas de conformismo.

No digás alto lo que dicen tus ojos. Te veo triste, incómodo. Tus esfuerzos de expresarte no me importan, ni tus decisiones, ni tus caminos, ni tus discursos. Se te ha hecho incomprensible ser un momento, y ni siquiera tenía el deseo de retenerte. He salido ganando: no sé lo que serás, pero tengo mejores recuerdos que lo tuyos sobre quien fuiste.

—¿Amigos?

—Por supuesto.

No se trata de hondas miradas, no es posible, sobre los ojos caen las geografías conocidas y desconocidas, los aviones que se accidentan, los viajes de otros y los de uno mismo, los pésames del tiempo, la lluvia de los días largos, el silencio de la nieve en la pintura del invierno, las cosas que se venden, las cosas que se compran, los inventarios horribles de la conciencia, las espeluznantes comillas de la historia, las acongojadas muertes en el vecindario, las documentales muertes de los extraños, los libros y las frases de otros, el mundo del teatro y el teatro del mundo, la sabiduría siempre

añeja de los demás, la tontería siempre nueva de uno, lo pendiente ...

Yo te coronó, amado, te coronó con las espigas del olvido.

Y detuvo mi voz como ante una calumnia. No quiso creerme, ya me había creído.

Yo te llamo, amado, te llamo en la vulgaridad de todas las historias de amor.

Y luego su amistad fue una ceremonia de frases largas y cortas frente al bisturí de sus ojos desnudos.

Yo te invoco, amado, te invoco en el lamento de muchos fetos y en la gota-gota de mi sangre.

Y siempre la posibilidad de entrar por aquella ventana al remolino de su cuerpo en la semejanza de mis orgasmos.

—¿Puedo hacer algo por vos?

—Ahora no, quizás después.

No se trata de apuntar porque el viento trae y se lleva los acentos más hondos de las verdaderas voces.

—¿Qué fue eso?

—Lo de siempre. Las bombas en los lotes vacíos.

Yo te conozco, amado, te conozco en la solemnidad de tus trivialidades.

Y sobre los otros cuerpos su cuerpo y sobre los otros deseos su inmensa curiosidad.

No se trata de seguir las pistas y destrozar así el delicioso misterio de los escondites.

Yo te sé, amado, te sé en la vergüenza de tu verticalidad y en el orgullo de tus deslices.

Y ahora que ya no hay nada nuevo, la miro y recuerdo como si fuera diferente.

—Y ¿tu hermano?

—Bien, está muy bien y contento.

Yo te deseo, amado, te deseo así lejano y no quiero tu proximidad ni tus caricias.

Y si no pareciera tan fuera de lógica e inoportuno, le diría que hay algo insaciable entre nuestros cuerpos.

No se trata de profetizar porque las lluvias, las ruedas de los trenes, el pase-pase de lo rutinario, admiten cualquier profecía con sólo repetirla y repetirla, y hasta las llegan a repetir por su propia cuenta.

Yo te canto, amado, te canto en las prosaicas tertulias de los días-años que felizmente no compartimos.

Y llamé rosa a su sexo y nunca me pareció una rosa, esa vieja costumbre de querer ser poeta para retener momentos de espuma y herrumbre. Cierro los ojos, ya todo pasó, ya no hay nada, ella está ahí tranquila, no

te piensa, no te llama. Respiro hondo, las cosas se van como vienen, la paciencia y la serenidad acomodan la respiración, nada vale el esfuerzo de retenerlas.

—No sé si recordás, pero el año pasado por estas fechas el tiempo fue diferente.

—Gracias a Dios, qué aburrimiento si todos los tiempos fueran iguales.

No se trata de hacer paz donde hay guerra, un proceso natural desacomoda y acomoda como si fueran espontáneas las etapas de orden y desorden, suciedad y limpieza, hasta que al fin un día se acabe la locura de las clasificaciones y con el no nombre de las etapas ellas mismas se terminen por consumación de confusiones.

—Su testamento es un verdadero testimonio de la decadencia actual, o sea el apego terrible a una tradición sin sentido. Deja un montón de cosas a un montón de personas. La lista es tan larga que no puedo recordarla. A vos te deja algo, creo que un broche. Y ¿para qué diablos querés un broche? ¿Qué significado tiene? Su-pongo que el broche existía y había que dárselo a alguien. Como en las navidades, algo para alguien aunque el algo y el alguien sean tan extraños e inusitados que nunca puedan establecer relación. Es un tipo curioso, debe haber pensado largamente en qué y para quién. Una lista escrita varias veces con borrones y cambios nerviosos. Todo esto es decadente, no hay forma de liberarse de las cosas y de las personas, ni aun pensando en la muerte. Es más generoso irse sin tanta entrega, que sólo demuestra el apego inconcluso y mezquino a

las propiedades. Si te quiere dar el broche, que te lo dé ya.

Te regalé una vez, no recuerdo si fue al principio o al final, una paloma de porcelana. No era de mucho valor, ni la más hermosa que encontré. El precio me detuvo en la selección. Te quise demostrar que te admiraba por tu pureza, así te lo dije, pero en verdad me fascinaba contradecir algunos pensamientos que me surgían una y otra vez en mis sueños y en mis desvelos, en que volvía a ser más y más audaz en tu desnudez, en tus llamados, en tus introducciones.

Padre, he mentido, he visto películas prohibidas, he leído libros sexuales, he tenido malos pensamientos, en las misas me distraigo y la cabeza se me llena de imágenes terribles, he sido indolente... y qué más... padre, no ha practicado la religión como lo manda el catecismo, he peleado... tu silencio me dice que hay algo más... sí, padre, he desobedecido a mis padres y no he guardado el recato... anjá, qué pasó con tu recato... he sido lasciva, padre, creo que esa es la palabra... cómo fue... me desnudé frente a la ventana... eso no es pecado, hija, eso no es pecado... encendí la luz para que me viera... ya entiendo, ¿cuántas veces lo has hecho?... una, padre, sólo una... y ¿lo has deseado?... mucho, padre, mucho... hay que purificar esa alma antes de que sea tarde, un rosario todas las noches y...

—¿Doś personas sin secretos? Eso no es posible. ¿Cómo desahogarlo todo? No es problema de voluntad o de entrega. Es la dificultad de la memoria y luego el

contraste entre la leyenda de uno mismo y su realidad. ¿Cómo deshacer el enredo de una madeja desde siempre enredada y enredándose? Tal vez se entrega la gran síntesis, pero no el detalle variable y fértil que podría llenar con su relato la biblioteca más grande del mundo.

Se trata de dilatar las pupilas al punto en que lo turbio se confunda con el desenfoque de lo envuelto en la niebla, simplemente para que el tropiezo sea el encuentro con algo conocido, puesto en su mismo sitio de siempre.

Madre, ¿por qué?, porque llegó la hora en que ya se empieza a ser mujer y todo es peligroso, hay que tener cuidado, eso es lo principal, no más juegos con los niños, ya no se puede, no sé explicar muy bien, pero cualquier contacto puede ir más allá y volverse serio, quisiera recordar las palabras con que me lo explicaron, pero creo que no lo hicieron, lo aprendí sola por instinto, es como caminar recta sin volver a ver a los lados y después sentarse con las piernas juntas y recordar que las manos se deben poner graciosas en alguna parte, ya verás no es difícil, es cosa de tener cuidado y hasta resulta interesante, por el momento será una variación en la monotonía del mes.

—Te rompés el alma por cualquier cosa y al final te das cuenta de que no era eso lo que querías. Como en la escuela los espavientos por una mentira, por tener esto y lo otro, tonterías, estupideces. Y la historia de la infancia se repite en todas las demás épocas de la vida.

Esa época de los deseos. ¡Qué maravilla! La agradable sensación de las cosas, los colores, los sabores, la delicia de tocarlas. Nunca más una fruta sabe igual que aquella reñida furiosamente en los recreos o robada con miles de zozobras al desconfiado compañero de pupitre, quien incluso le marcó con los dientes sus iniciales. Esa posesión egoísta de lo mío, que luego se transforma en un deleite de colecciones y acaba por esconderse vistosamente para incitar las curiosidades ajenas.

—Oí tu nombre y qué extraño, no me sonó conocido, no lo había olvidado de ninguna manera, al contrario me era familiar, hasta casi tan mío que dicho en alto y por una voz rara, me pareció otro, ajeno completamente.

Algo aprendí, algo. Eso ya es valioso. Mucha gente pasa y no deja nada, ni un gesto, ni una frase, ni un recuerdo agradable o incómodo. Se retiene lo que vale la pena, lo demás se deja. Allí reside la crueldad de la selección, que no se apunta a favor del beneficiado, sino que entrega odio y recelo por largo tiempo al no retenido. El cruel juego de *paris o nonis* para escoger los equipos, el usted sí y el usted también, y así quedan los últimos, en quienes no se tiene interés. Te veo más allá del *paris o nonis*, entre el sí y el no de la retención, cuando ya todo estaba decidido y espero una decisión que sólo a mí me afecta y está fuera de mi alcance. Lo sabía desde el principio, pero los jugadores necios son los más torpes y los más abnegados. Rellenan las mesas y lo equipos porque están constantes tras la esperanza de ser ellos los escogidos, sin que eso tenga más significado que por fin dejar de ser perdedores, aunque se

saben por siempre perdedores. El enorme ejército de la resignación nacido del convencimiento mismo de la derrota, pero dispuesto a luchar tentado por vencer el destino, que es vencer la regularidad de un ritmo sin sorpresas, inflexible como la más dura ley.

Se trata de ocurrencias, simples para que resulten de alguien ocurrente, las muy latosas y elaboradas pasan al plan de epitafios premortem o de bucólicas lamentaciones inter-asilum.

—¿Dijiste algo?

—No, tosí, me atraganté.

La mesa que se angosta, la silla que se empequeñece, el estante de repente mínimo, o en la misma forma los muebles que se hacen enormes y crecen sobre la medida de nuestra pequeñez. Aquel día era sólo un enano entre las palabras, el mobiliario y los gigantes de los gestos correctos, por lo menos sin errores visibles. Unicamente conservé una voz altanera y chillona. ¡Qué complicación! Bonita cosa, un aspaviento y lo complejo, como si lo anterior hubiera sido simple y fácil. Después los alaridos, los consejos, los resobados consejos con esas voces que saben por obra y gracia del plagio, la pegajosa sabiduría de lo obvio. Cuidarse, cuidarse mucho, igual que con lo catarros, las indigestiones. Más tarde, en la noche, cuando la cama era al fin de mi tamaño, la voz amaestrada de la maternidad tras las indagaciones. ¿Cómo pasó, hijito, comprendo, ante las tentaciones es a veces imposible resistir, y cuántos meses, y cuál es la situación, qué te exigirán, has pensado en algo? Al otro día se hizo el silencio largamente convenido y todos parecían estar soltando un largo ruedo.

—Sólo tengo un deseo, un único deseo y de su satisfacción depende todo. Pago una deuda con otra deuda y por siempre estaré debiendo, lo sé, es la forma temprana que tengo para saber las cosas. Se acabó el período de lo gratuito, de ahora en adelante pagos y pagos. No crean que es amargura, no lo es, además qué importa si lo es. Todo esto lo ofrezco por no preguntar quién, ni cómo, ni cuándo.

Mi padre abrió los ojos y me miró largamente con una mirada que me colgó como si me hubiera engordado mucho. Después me sentó en sus rodillas y su cuerpo no fue el de siempre. Había una especie de caricia en sus manos y me acomodó entre las piernas como si necesitara acercarme y acercarme más, sin el gesto leve de ternura y bajo aquella respiración ahogada y fuerte. El abuelo dijo que se sentía orgulloso y alzó mi falda para ver esos muslos que siempre deberían ser firmes y frescos, iguales a los de las ciervas. Y mientras lo decía, retuvo su mano y sentí el filo de sus dedos corriendo curiosos. Sorprendí a mi hermano mirándome por el cerrojo del baño. Mamá, qué pasa, qué diablos pasa. Es natural, tiene que pasar así, porque así pasa, es mejor no ser maliciosa, la malicia crea situaciones que no son y si llegan a ser pueden ser muy graves, lo único recomendable es culdarse, si una se culda va por buen camino.

Se trata de sacar las cosas hundidas a la superficie para dejar en el fondo los tesoros.

—Voy a tener un hijo.

—¡Qué problema!

Admiré siempre al que trató de hacer lo imposible. No me detuve en la gracia, ni en el paisaje, ni en el pensamiento bien montado. Para mí el esfuerzo loco, aunque fuera vano. La aventura contra la lógica, la terquedad necia frente a la inteligencia oportunista, la audacia de la insistencia ante la pasividad del acomodo. No pueden quedar las cosas así y entonces el recurso de pelear con palabras en el eterno alegato que ensordece. No, no admiro el convencimiento, respeto a los convencidos.

—No quiero atormentarme más, aunque nunca me he atormentado mucho. Siempre vi el revés del derecho y eso detiene en cierta forma el filo hiriente de los golpes. Envuelta en la anécdota está la sensación de las cosas tristes y alegres, hasta que se hacen esqueletos de meras historias con movimientos estáticos, sabores insípidos y el color gris de lo incoloro. Ya entonces no se siente más.

—El error está en no parar un momento para ver hacia atrás y adelante con la seguridad de que no existe tiempo, lugar y protagonistas. Evaporar el subjetivismo y las circunstancias, para oír el ritmo preciso de la no existencia.

—Si tuviera que hacer diez preguntas básicas para obtener toda la sabiduría del mundo, sólo haría una: ¿es posible ser diferente? La diferencia explicaría el dolor de mis victorias y el goce de mis derrotas, en esta carne crucificada que llevo sin conocer el calvario ni el evangelio y tampoco la leyenda del sueño que falsea la realidad. No podría soportar una sabiduría al servicio de los otros, que me dejara ignorante sobre mis propias melancolías.

—Me gusta regañarte porque eso me lleva a la raíz de tu infancia. El regaño establece oscuras relaciones que yuxtaponen los tiempos, igual que las lágrimas. Duele porque es una invasión dominante y crea toda clase de desconsuelos.

—Puedo recoger las flores más extrañas del mundo, las que crecen en lugares escondidos y en épocas inclementes, las flores de cantos nacionales y epopeyas de crueles cortejos, y con ellas no podría coronar el viaje sin regreso de tu silencio, tan manoseado por mi curiosidad y tan bien respondido por mi réplica callada.

Se trata de la oscuridad completamente ciega por donde arrastramos los pies para tropezar con las llaves que perdimos y ya olvidamos qué abren y qué cierran.

—Se acabó la tarde.

—Todavía hay un poco de luz.

Nos hemos hecho viejos, viejos de arrugas, canas y olvidos. Me has contado esa misma historia muchas veces, pero siempre con detalles diferentes, no la podría construir con todas las variaciones porque los cambios han sido a veces de puros tonos, en ocasiones has enfatizado algún punto que habías omitido y cuya importancia denuncia una obsesión incomprensible de lucha contra la desmemoria. Quedemos en paz un momento, yo con mis viajes al centro perdido desde donde partí una vez sin dirección y al intentar los regresos he ido cerciorándome cada vez más de que nunca había partido. Un pesado sentimiento de culpa por la no culpa de los viajes, por la no culpa de los regresos.

—Me gusta esta hora.

—A mí también.

Es la hora en que se vive sin miedo. No hay sensación de comienzo ni de término, ya no se persigue nada, el cansancio entra con un ademán benévolo y dice hay una larga pausa hasta el otro día para derretirme en la tranquilidad libre de las verdaderas ausencias que no hacen falta. Todo el secreto de mamá era detenerse demasiado en las comas, que hacía cortante la voz en silencios. Cuando empezaba a enumerar, sabía que encontraría mis secretos: triste, silencioso, sucio. Y en las pausas sus ojos. ¿Quién le enseñaría a mirar de esa manera? Descubrió todo: el robo de aquel libro en la biblioteca, las caricias precoces de la cocinera quien me desnudaba para constatar mi crecimiento y me decía que iba bien mientras amasaba mis nalgas con la destreza de la harina y la levadura llenándome de cosquillas y de goces secretos, la ventana y aquel cuerpo desnudo, la infatigable inconstancia de mis esfuerzos y hasta el futuro que no vería y se hizo mentiras de fotografías en sus ojos cansados. Nunca pude mirar como ella, la soledad le enseñó más que a mí libros, conferencias, viajes. La soledad es tan fértil y tan desnuda.

—¿Cómo es posible que la vida sea tan corta? Horas de preparación para un instante, en que se actúa con la única providencia del instinto.

—Las confesiones no son útiles en ningún sentido, ni siquiera en el del desahogo porque congestionan más que descongestionan. Sin embargo, tienen algo deleitoso en las reacciones que producen. Los oyentes se sienten

obligados a manifestar una opinión o por lo menos a consolar. ¡Qué raro! Ante cada confesión se confirma una sospecha, que se oculta siempre, aun cuando ya sea evidente. Sólo los aguafiestas dicen lo sabía y esos nunca se escogen para las confesiones.

Y si las confesiones se acabaran, el mundo quedaría en silencio. No habría de qué hablar. Yo me confieso, vos te confesás, todos nos confesamos, y nadie se confiesa, nadie. El pasó un ángel sobre los silencios momentáneos por los que latén los secretos, y ya no hay conversación libre, murió el momento de las confesiones, se subieron a la boca los secretos, lo hondos secretos del silencio.

—Estaba muy niño y era muy niño. Sólo así pude crear esa fantasía. Te imaginás lo que es hacer el mar en una botella, que además de mar tenía playas, puertos, muelles y toda clase de embarcaciones. Aún me parece oír el sonido de las olas y el ruido de las batallas. El **mar se llamaba Marceanía** y era sumamente codiciado porque llevaba a las islas de las Imitaciones, donde era posible encontrar lo que más deseaba, fuera lo que fuera, tesoros, objetos, personas, vivas o muertas, perfectamente iguales. ¡Cuánta imaginación sobre una botella vacía!

—He sido inconstante hasta con los sueños, nunca uno fijo. Me asustó siempre la propiedad, eso de tener muchas cosas, aunque fueran sueños. Tuve mis fantasías, pero tan siniestras que aún me parecen pesadillas despiertas, esas que se tienen frecuentemente y no se mencionan nunca. Mis instintos criminales se vaciaron en ellas. Empecé por matar uno a uno a mis compa-

ñeros de juego, crímenes-accidentes. El preferido siempre fue la caída con un golpe de gracia para el cerebro en el borde de la acera. Por esa vía se esfumaban momentáneamente amiguillos y parientes. La muerte de mi padre fue en extremo complicada, seguramente tenía la idea de que era un hombre fuerte. Se cayó de la escalera y se levantó quejándose de los golpes, luego se le vino encima un armario lleno de objetos pesados que hicieron una gran bulla y aún así se oían sus palabrotas hasta que logró levantarse, finalmente salió al jardín, allí se abrió un hueco por el que rodó al fondo mismo de la tierra y todo permanecía tranquilo sin rastro alguno de él, pero a mí me quedaba la sospecha de que podía estar excavando por algún sitio. Las muertes de mi madre siempre fueron con venenos. Se equivocaba de frasco y en vez de azúcar se servía en el café un insecticida o el exterminador de ratas. A vos también te he matado en cada río que veo, devorado por las corrientes y vuelto a la superficie con el color verde de las algas.

—Al fin y al cabo nos hemos divertido mucho. No lo podés negar. Puedo decir sin duda que he sido tu bufón. Si pudiera dividir a las mujeres en dos grupos, vos estarías en el sitio contrario al que encabeza mi madre y sigue mi esposa y dos de mis hermanas. Algunas maestras, amigas, conocidas y mis hijas. En tu grupo está la vieja cocinera, la imagen de Eva, de Afrodita, de Cleopatra y una chiquilla extraña que conocí en unas vacaciones y me invitaba con gran misterio a orinar juntos.

Se trata de acabar con las trampas para que los caminos sean como asociaciones libres de pasos sin

huellas, de huellas sin pasos, para amanecer tranquilamente con la certeza de las distancias medidas.

—¿Puedo caer por tu casa?

—Sí, cuando querás, pero avisame porque a veces tengo que estudiar y otras salgo.

—¿Esta noche?

—Bueno.

—Y ¿mañana por la noche?

—Okey.

—¿Todas las noches?

—Sí.

Te agradezco que me hayás librado de las comidas, de las lavadas y de los remiendos. Supiste hundir lo prosaico en la imaginación de la botella vacía y pude alzar en tu puerto de casas encaladas la bandera de mi libertad, porque me quedé flotando alrededor como los barcos piratas y tuve la suerte de encontrar las islas de las Imitaciones. Allí me dolió tu pobre autenticidad, sin posible copia.

El mismo brillo de ayer en tus ojos, el mismo. Ha sido difícil envejecer a tu lado. Te he odiado mucho para soportar tus miradas sobre mi acusadora barriga y esta materialista papada. Ya no hago poemas, ya no especulo sobre un mundo mejor, digo utopías cuando alguien me habla de cambios y resiento esta juventud de pelo largo, arbitraria, necia, gritona.

Abrí una botella de champán y la derramé sobre mi cuerpo desnudo, quebrándola por el medio como hacen

con los barcos nuevos en su primer travesía. No había castidad, nunca la hubo. El barco era para navegar, mi cuerpo para embriagarse.

—¿Cuántos hombres más? ¿Cuántos? Conmigo no se juega, ¡no! Me tendrás que confesar todas tus porquerías porque has nacido puta y puta seguirás siempre. ¿Cuántos? No digás nada, me los imagino, uno y otro sobre tu cuerpo y vos jadeando y pidiendo más y más, sin cansarte, ni dormirte, porque las putas no se cansan ni se duermen, se mantienen en la vigilia por otro hombre, otro y otro más. Ahora me vas a decir la verdad, toda la verdad de tus provocaciones y de tus trampas, porque no hay un signo de pureza en tus conqueterías, no son más que inmundas invitaciones. ¿Cuántos? ¿Cuántos? Ni siquiera contestás, no te complacen los inventarios ni recordar que empezaste de niña, restregándote con cualquiera por el simple placer del manoseo. No fui el primero, lo sé, no soy bruto para tragarme esa clase de historias. ¿Cuántos? Llorás: el fácil recurso de las mujeres: las lagrimitas, como si borrarán sus cochinadas, como si limpiaran sus porquerías, como si con ellas se purificaran. La pura verdad es que no importa cuántos ni cómo ni dónde. Habrá tantos en el futuro, que resulta estúpido tratar de contarlos.

Cuando tu cuerpo emergió a la superficie, el agua te había redondeado con cierta dulzura y en tus ojos abiertos puso una humedad verde que los iluminó. Ibas deteniéndote en las piedras para dejar testimonio de tu muerte, ya sin dar importancia al lugar y al vaivén de las corrientes, sin prisa alguna, sereno, entregado por siempre a la bondad del agua. Más cerca vi tus ojos,

estaban vacíos, en las cuencas llevabas telarañas de algas y por tu boca hinchada el contorno amargo de tu no voluntad.

Se trata de romper lo prosaico con las mismas armas de lo prosaico. Cortar alas de cartón, pegarlas a una larva con pegalotodo y esperar el vuelo por fe sinies- tra en las alas y en el pegalotodo, no en la larva que gatea graciosamente el vuelo plano de la superficie.

Y tu voz me rompió en pedazos y por primera vez se me rompió algo por dentro ... amor, te quiero, y por tu cuerpo encuentro una música y me hacés creer en melodías, yo tan torpe para todo encuentro la gracia, la armonía, me siento conjugado con el universo, mi paso perdido se engrana en el ritmo ... esas palabras que dijiste o no dijiste, no importa, alguien las dirá en el momento de amor, por eso son pedestres y sublimes las voces húmedas del amor.

No siempre comprendí lo que encontré de repente. Tuve un miedo de alucinaciones y esa necesidad de recibir la invitación con la caligrafía expresa para mi nombre. Confundido y confuso no me sentí partícipe de las sorpresas. Pasajero siempre y esa necesidad de estar en las listas, mi nombre completo, el signo obvio del llamado.

—Se fue la tarde.

—Se fueron todas las tardes.

TERCERA PARTE

Tejidos

"Cuando se empieza un cuento hay que acabarlo. Conozco un señor que se murió atragantado por una historia que no pudo terminar. Además, los que se quedan a media frase, voluntariamente boquiabiertos, se ganan el merecido título de idiotas."

**El dueño de la peluquería
"Córtese el pelo ya".**

—Usted tiene la culpa. ¡Reconózcalo! Es bueno saberse culpable a veces, sobre todo cuando hay mérito para ello. Se sentirá mejor después. Se lo dice alguien que sabe de eso. He sido culpable siempre. Todo lo malo que pasa en mi casa me lo achacan. Ya ni protesto.

Pero, ¡cómo habla ese buen señor!, mejor me largo. Vaya con mi suerte, siempre procuro ponerme al lado de una muchacha bonita y con tantas alrededor se le ocurre empezar con la majadería de la culpa, sólo porque puse un pie en falso y me fui contra el rótulo. Aquí me siento más seguro.

—¿Usted fue el saboteador?

—No señor, me resbalé y sólo tenía a mano el rótulo para sostenerme.

Maldita suerte, ya me han majado tres veces y el tobillo me duele. A lo mejor se me zafó con el resbalón.

—Queremos saber con quién está usted.

—Con nadie, soy un ciudadano neutral.

¡Qué caras! Y les ha dado fuerte conmigo. Una pregunta tras otra, todo por un cochino rótulo. Ahora resulta un criminal.

—¿Qué decía el rótulo?

—No se haga el tonto.

¡Qué alivio! Este estómago suena a botica antigua cuando mezclaban gases. Espero que no lo hayan notado... olido porque es problema del olfato.

—Señor, ¡le exigimos una explicación!

—Venía caminando, di un paso en falso y me agarré del rótulo. ¡Lo deploro!

No debía comer frijoles en la noche, cuándo aprenderé a controlar los apetitos. Me caen remal y sigo insistiendo. Cuando los veo, ya tengo amnesia estomacal, no recuerdo ningún dolor, ningún malestar, con la mayor tranquilidad del mundo me los trago. Después, después es ahora y de feria el rótulo.

—Tenemos informes de que piensa sabotear esta reunión. ¿Quién es usted?

—Soy un vecino tranquilo y honrado, no me gusta la política ni la entiendo. Perdón, tengo ciertos problemas digestivos.

Los frijoles y el picante y la tortilla y el aguadulce, lo sé por experiencia, no debo ni probarlos.

—¿Qué hace usted aquí?

—A estas horas siempre camino por el parque, hoy estoy encantado de ver gente. ¿De qué se trata?

Esta majadería me está dando dolor de cabeza. Lo peor es que no me puedo enojar. Son grandes y están deseando darme un manotazo. Seguiré con la aplicación de la diplomacia japonesa, paciencia y sonrisas.

—¿Cuáles son sus intenciones?

—Si lo consideran necesario, pagaré el rótulo como nuevo.

Ahora se calmarán, saco la billetera y me miran con respeto, la magia del sonante y contante, ¿cuánto puede valer un rótulo?, cinco o diez pesos, bien vale la pena la fanfarronería, cambio la diplomacia, del oriente al occidente, el convincente how much.

—¿Qué pasa aquí?

—Este tipo se voló el rótulo, dice que se resbaló y ahora quiere pagarlo.

¡Oh mis amigos perdiendo el tiempo con un burgués de billetera y de cuánto? Debían estar repartiendo volantes o recogiendo dinero para la causa.

—Que pague cincuenta pesos y en paz.

—¡Cincuenta pesos!

Ahora empezará con el regateo, ya guardó la billetera, me enferman estos con siete vidas de burgueses, el burgués de los billetes, que todas las noches cuenta cuántos y a cada uno le da un destino con bendiciones paternas para que se le vuelvan muchos. El milagro del pan y el vino con los billetes de quinientos. ¡Qué sueño!

—¿Le parece mucho? Hemos trabajado fuerte.

Así me gusta muchachos, acorralándolo, con las manos en los bolsillos, con la mirada fija, valiente, ya tiene miedo, le tiembla la quijada, ahí está presente el burgués de las dietas, que se quiere devorar todo, banquetes enteros, y después sentirse ayuno, espiritual y liviano como Ghandi.

—Estoy dispuesto a darles diez pesos y olvidamos la cosa.

—Nosotros necesitamos el rótulo, eso es irreparable.

La figura del burgués regateón, porque le es molesto detenerse en el precio y en realidad no importa un cinco más o un cinco menos, siempre que sea un cinco, e insiste en la calidad, en el diseño, en el estilo y no mira el precio porque eso no tiene importancia, y entonces propone comprar dos por el precio de uno. Pero del regateón me he pasado al burgués comerciante y ese es otro capítulo.

—Digamos quince y no se habla más.

—El precio que hemos puesto es definitivo porque es simbólico.

Así acorralado, ahí surge el burgués negociante, a los malos tiempos buena cara, de la tragedia al pacto, del desastre al negocio, cuando hay inundación venden botes, cuando se va la luz ofrecen candelas, cuando tiembla sacan novenas o indulgencias, bien editadas y a un precio cómodo.

—No me empujen, estoy dispuesto a pagar.

—Vengan los cincuenta y en paz.

Señor burgués no saque ahora su vida de sacrificios, el místico, el honrado, el honorable señor burgués que se sacrifica, suda, paga, llora, trabaja, sufre.

—No puedo pagar esa suma, estoy en una situación económica muy difícil, el sueldo no me alcanza para nada, tengo familia, soy un pobre trabajador...

El burgués llorón, el dueño de las lágrimas propias y ajenas, el pilar de nuestra hipocresía, quiere que nos volvamos amnésicos y no recordemos su billetera gorda, y de repente ciegos transformemos su traje de buen señor en un simple andrajo, ya no le interesa su papel de burgués deslumbrador, en esta oportunidad no lo puede usar, la elegancia le sobra, ahora quiere jugar al burgués cambia-trajes, el de moral oportunista.

—Muchachos, no perdamos el tiempo, aquí en la oscuridad nadie nos ve, le damos el golpe maestro y luego tomamos la billetera.

—No señores, eso no, voluntariamente les doy los cincuenta pesos.

Le tiembla la mano, se le caen las cartas, qué miedo horrible al humor, al buen humor de los que aprovechan el trágico pesimismo de los optimistas.

—Si llama a la policía o vuelve a hacernos problemas, hoy mismo o mañana, no importa cuándo, nos vengaremos con creces. ¡Oigalo bien!

Y lo oye, y se encoge, y se sacude, y llamará a la policía, y ya da la vuelta, y empieza a caminar, y saca un pañuelo, y se limpia la cara, y nos ve para recordarnos.

—Es mejor que nos dispersemos ahora, volverá con la policía. En calma, tranquilos, hemos hecho justicia.

Me da risa, ¿cómo no me va a dar risa estas situaciones?, pensamos en lo grande y acabamos por asustar a un pobre hombre con problemas digestivos, recordará estos cincuentas pesos a lo largo de su vida y nunca volverá a caminar por el parque, se tendrá que pedorrear

en otro lugar. Saben ustedes, dirá a sus amigos lo que me pasó una noche caminando por el parque, ya no se puede vivir en esta ciudad, esos jóvenes son unos gangsters, se ha perdido la moral, no hay valores, qué tragedia para el país una juventud de drogadictos y salvajes, además ladrones, me robaron cincuenta pesos, y eso gracias a Dios porque querían matarme, hablaron hasta del golpe maestro, debe ser una piedra en el cerebro o un navajazo en la boca del estómago. Días y años pasarán desgastando su historia.

—Ves como tendríamos éxito.

—No sé todavía, la gente ha venido más por la orquesta de rock que por nosotros.

Este prójimo nunca se conforma, cuando llegan veinte quiere cien. El pobre sabe poco, aquí ya dos de acuerdo es un verdadero milagro. El cebo de la música está bien, por lo menos es más espiritual que el arroz de los evangelistas, y la compra de votos de los políticos. ¡Qué descaro! A unos cinco pesos, a otros una botella de guaro, a los de estatura un puestecito y a los más un montón de mentiras.

—¿Vas a hablar?

—Hoy no, vamos a leer la declaración de principios, la lista de protestas y nuestros puntos de vista frente al relajo actual.

Estar aquí significa algo, eso me lo he dicho a mí misma constantemente, para por lo menos creerlo. Supongo que soy de las que piensa: se crece cuando se empieza a estorbar a los demás. Con mis ideas, con mis grupos, con mis permanentes protestas, con esta fantástica forma de contradecirlos en todo. Y estoy aquí, sin sentirme bien, porque me parece un poco tonto esto de la música y de las proclamas, tan tonto como ese inventario diario que nos hacemos de las miserias sobre el mundo, para una vez hecho, rodear una y otra vez la imposibilidad del cambio.

—¿Te diste cuenta de los que están fumando marihuana?

—Me imagino que el grupo de siempre.

Sí, el grupo de siempre, los contemplativos del humo, los que nos siguen para que nos confundan con los irresponsables, con los bohemios, con los que no hacen más que hablar y hablar. Y si llega la policía, por lo del pago del rótulo, tendrán más de un pretexto para llevarnos a todos, con el título de marihuanos y por la higiénica necesidad de cortarnos el pelo. Aquí no se puede hacer nada, se trata de verdaderos anhelos y estamos rodeados por irresponsables inservibles.

—Deciles que se larguen.

—Ya se los dije y no me han hecho caso. Me pusieron a contemplar la luz.

Nadie los moverá, aún estarán ahí cuando ya no haya nadie, hablando del hálito, del signo, de la conciencia pacífica, de la libertad en la altura del vuelo y de la forma en que se abren nuevas imágenes y nuevas comunicaciones. La miseria humana de la evasión.

—Algo debemos hacer.

—Despreocuparnos para que no se note nada extraño.

Despreocuparnos siempre, el buen remedio, por lo menos es barato y tan mentiroso como los caros. La etiqueta de la despreocupación y punto y aparte. La rapsodia de las fugas por todos lados haciendo sonatas sobre la sabiduría del tiempo y sobre la prudencia de las distancias. Para mí esa música desafina.

—¿Me podría decir qué pasa aquí?

—Estamos haciendo conciencia, tome este volante y léalo, porque usted tiene que pensar en los demás y los demás están muy mal.

¿Una hojita? Nadie me tiene de preguntón. Eso me pasa por meterme en lo que no me importa. Ahora lo mejor es caminar despacio, haciendo que leo, y salir

más ligero que en carrera. No quiero más problemas y cuando un muchacho te da una hoja, te está regalando un conflicto. Gracias, estoy en la madurez de lo prudente y sé muy bien donde sobro.

—¿Qué pasa ahí?

—Tome esta hoja y entérese.

No me dio tiempo ni para darle las gracias. Con tanta gente ni esperanzas de encontrarlo. Es la hora, pero por el sitio no se puede ni pasar. No lo podré ver hoy, qué día, regaños de la patrona, regaños del pulpero, patadas de los niños, crucifijos de planchadas y la única esperanza de la noche en los pelos de una hormiga. Por lo menos la música está bonita.

—Pensé que no llegabas.

—Gracias a Dios que te encuentro.

Le explico que estaba atisbando porque nos podíamos perder y el parque hoy se ha hecho fiesta, pero debemos andar con cuidado porque están pidiendo dinero y a lo mejor es para vagabunderías, los cinco no los regalan, eso ella lo sabe tan bien como yo, podemos ver un rato, ver nada cuesta y a lo mejor se largan, hace tiempo que están tocando.

—Yo no sabía de esto, la patrona no me lo dijo, me debía haber puesto los zapatos nuevos.

—Ya se va a acabar.

Me explica que no es una fiesta ni un baile público. Me gusta su ilustración, de eso le rajo a mi patrona, humilde pero no tonto. Es un mitín de protesta por lo jodida que está la situación y no vale porque son unos mocosos que no saben lo que dicen.

—¿Ustedes están con la causa?

—Nosotros estamos enamorados.

Y me largo con mi discurso. Esta es la oportunidad. El amor, magnífico. La fraternidad, esencial. Estamos para ayudarnos y para amarnos. Eso lo predicamos. Se sonríen, los enamorados siempre se sonríen. Ella es

bajita y regordeta, con su aire de salud y sus manos fuertes. Huele a detergente y a cebolla, también a plancha y a regaños. Me conmueve, un poema de Vallejo, qué sé yo, un cuadro de Gallardo. El es fuerte y el pobre cree en su fuerza individual, con la salud le basta, como a todos los ingenuos egoístas. Pues ha llegado la hora del cambio y aquí estamos haciendo conciencia, no hay compromiso en pensar, tan sólo pensar en que las cosas pueden ser mejores, estamos venciendo el miedo que tienen todos de soñar. Me sonríen. La pura verdad es que pierdo el tiempo, el amor sólo puede creer en ese amor que se toca y enciende.

—¿Cuántos convencidos?

—Si sigo hablando me voy a desconvencer.

No, no es que argumenten, no dicen mayor cosa, se sonríen con desconfianza, se encogen de hombros, ni siquiera se asustan, no protestan, no replican. Un grupo de muertos que ha salido a oír la música y se siente extraño, inseguro, porque es la misma música del radio, ahora sin radio, la música que les llega cómodamente a sus ataúdes, que no oyen porque sólo quieren un poco de bulla y la bulla les da una ilusión de agonizar inconscientemente como en un sueño inconcreto, olvidadizo, infecundo.

—Ya empezaron a leer los manifiestos.

—Lo supuse, la gente se está dispersando.

¿Por qué tan poca fe? Hablamos, nos agitamos, hasta nos violentamos, y qué poca fe por dentro. Todo un monumento de palabras sin soporte alguno. No creo en los manifiestos, pero ayudo a hacerlos, una frase, una sugerencia, una que otra idea. Y ¿la acción? Meditamos demasiado en las reacciones de los espectadores para creer en la acción. Estamos midiendo, observando, buscando, porque necesitamos apoyarnos en respuestas, en aceptaciones. Ninguno de nosotros aspira a la locura de la soledad. Quizás sea bueno que nos asuste nuestro

propio silencio ante el absurdo de la conformidad.

—¿Qué están diciendo?

—Estamos exponiendo los puntos de vista de la juventud.

No se oye de aquí. Estos jóvenes de ahora no se preocupan de la dicción. Arrastran las sílabas, no abren bien la boca, no saben coger aire. En mis tiempos era diferente. Quizás más ambiciosos más perfeccionistas, que es lo mismo porque detrás de la perfección siempre hay una ambición desenfrenada, que lamentablemente acaba por frustrarse, lo perfecto es en última instancia un modelo estorboso. Ahora estos jóvenes atropellan las palabras, sin enfatizar la gracia que cada una tiene. Carecen de voz y de entonación. Eso que están leyendo puede ser un discurso o un inventario, una prosa o una tonadilla, un insulto o un elogio, da lo mismo dentro de lo que se oye.

—¡Qué bueno!

—¿Usted ha podido oír algo?

Ese se quiere hacer el sordo. Me los conozco. Cuando alguien se atreve a decir una verdad, no oyen, el derecho y el izquierdo se les tuyen. ¡Y como ese hay tantos! Acepto a los que no quieren ver, hay pocas cosas placenteras en el mundo, pero a los que no quieren oír, a esos no me los trago. ¡Con tamañas orejotas y jugando a sordo! Ni que estuvieran aquí pidiendo contribuciones. Buen provecho le haría dejar su sordera por un rato, para oír la pureza y las buenas intenciones de estos jóvenes. Si no fuera por este montón de años que cargo encima, me atrevería a acercarme a ellos para decirles que soy uno de los abanderados. ¿Quién va a querer a un viejo chocho como yo?

—¡Empanadas! ¿No quiere una empanada?

—Usted no debe vender empanadas ahora. Debe respetar el momento. Esto es serio y nos concierne a todos...

¡Vaya con la regañada! Si no quiere empanadas, que lo diga. No puedo forzar a la gente a comprarlas, pero no estoy sacando billeteras ni dando atraconazos, trabajo como cualquier otro, y vender empanadas es tan legítimo como vender radios o refrigeradoras. ¡Dale con el viejo! Si no fuera por sus años... No me puedo enojar, no debo enojarme, las empanadas van con las sonrisas, si me amargo paro la digestión de los demás, ya bastante indigestas son sin mi amargura.

—¡Perdón! ¡No fue mi intención empujarlo!

—¡Bonita cosa ha hecho!

Junto las empanadas y le digo que nadie ha notado que rodaron por el suelo y lo que no mata engorda. No se convence y me quiere empujar. Se le subieron los genios. Tanto alboroto por unas mugres empanadas. Los pleitos no convienen cuando está empezando la noche. No, señor, ahora no, tal vez más tarde le dé un puñetazo porque me da la gana.

—¿Cogiste una?

—Cogí dos.

Y nos vamos a comer las empanadas largo, estaban agrias, cómo no lo iban a estar con todo el paseo del día, de arriba para abajo, con el sol y el polvo, pero un estómago vacío no tiene contemplaciones de paladar. Hoy ha caído tan poco. Debíamos practicar más la técnica del empujón. Es infalible. Uno tropieza y el otro ayuda a levantar a la víctima, ni siquiera siente el manoseo en busca de la billetera.

—Pero, ¡qué veo: la Virgen María en minifalda!

—¡Qué chupadita más sabrosa le daría!

Lo único que faltaba: los pachucos. No puedo disimularlo. Aquí mueren todas mis prédicas de humanismo. Son inaguantables. A veces la silla eléctrica, con mis creencias del respeto a la vida humana, me parece poco para ellos. Sobre todo cuando arman el relajo y se burlan de los pobres viejos.

—Fíjate que los del alto vuelo están empeñados en leer poesía.

—Imposible, es mejor suspender la reunión.

¡Leer poesía! ¡Al diablo con la poesía en este momento! Ya con los micrófonos descompuestos esto parece un juego de locos.

—¿Qué pasó con los micrófonos?

—Sabotaje. Alguien cortó las líneas.

¿Sabotaje? Imposible. Nos estamos contagiando y ya vemos espejismos. El puro deseo de ser héroes. Ni siquiera hacen el intento de callarnos, prefieren que hagamos el papelón de locos. Bien decía mi abuelo, la indiferencia es el arma más elocuente.

—¿Quiénes son los dirigentes?

—Todos, somos un grupo en que todos los miembros somos dirigentes.

Les pido el permiso con buenas maneras, ya nos han advertido que estos jóvenes no respetan la autoridad y como son de buena familia si los tocamos arman el escándalo a la policía. ¿Para qué el permiso? Se hacen los tontos, pero les recuerdo con decencia que se necesita un permiso para hacer reuniones. No se puede molestar a los vecinos.

—Y ¿la libertad? ¿Hay libertad o no hay libertad en este país?

—Eso mismo. La Constitución lo dice.

Ahora resulta que se quiere llevar a uno para consultar con los superiores. No, señor, no hay razón, nos oponemos, haremos la resistencia pacífica, no tenemos armas, no queremos líos con la policía, pero el respeto a los derechos humanos es un principio en que no podemos ni debemos ceder.

—No estoy discutiendo, ni amenazando, sólo quiero que lo consultemos con mis superiores.

—¡Nosotros conocemos nuestros derechos, no necesitamos consulta alguna!

Estos niños se están burlando de la autoridad, como siempre, pero yo aquí solo no puedo hacer nada. Si me empeño en la orden, son capaces de darme un golpe. Ya prácticamente me han rodeado.

—¿Qué pasa?

—Este polizonte necio quiere llevarme con disimulo a la cárcel.

Esto es intolerable. Ya lo sabía. Por algún lado tenía que reventar la cuestión. Nos vienen a callar. Nos están tratando de silenciar.

—No me empujen, soy la autoridad.

—La autoridad se ha disfrazado de payaso.

Lo están toreando. ¿Qué pasa? Alguien grita. ¿Por qué grita? Gritan, se empujan. Denme campo. Por favor, no dejen que los pachucos intervengan. Se va a armar el molote. El policía ha tocado su silbato. Vendrán más y más. Mejor salvar el pellejo. Corramos. ¿Qué fue eso? Aquellos chiquillos están reventando cohetes. Suenan como tiros. ¿Un tiro? ¿Dos tiros? ¡La patrulla! Cayó la patrulla. Mejor corramos. Por favor, no empujen. Un tipo que se cayó. Por aquí no, hay que librarlo de los majonazos, lo pueden matar. ¿Qué llevás ahí? El quepis del policía. Me quedará fantástico para el baile de disfraces. Es mejor que lo tirés, si nos agarran con eso nos culparán de todo. Corramos. No lo tiro, es un trofeo. Por favor tiralo. Ese tipo tiene un arma, está hablando de tirar. Más cohetes. Creo que ahora no son cohetes. Las patrullas están disparando. No puede ser, están locos. Corramos. ¿Hacia dónde? A cualquier parte, tirá las hojas, si te cogen con ellas te echarán la culpa. No se quede ahí, están disparando. Son puros cohetes, alguien se está divirtiendo. Le digo que son tiros, bote las empanadas y corra. Yo no puedo correr, ya no estoy para esos trotes. Mire, yo lo voy empujando, usted todavía puede. ¡Qué brutos! Se volaron a pedradas la ventana de esa casa. ¡Se armó el

relajo! ¡Qué viva el relajo! ¡Dejemos de correr y hagamos fiesta con los demás! ¡Estás loca! Me estoy orinando del miedo. ¡Viva la marihuana! ¡Qué lío!, necesito llegar a la casa, si mi familia se entera me mata. Es mejor que escondás el cuerpo, porque están tirando de verdad. Son salvajes. ¡Abajo la autoridad! Aquí tenés una piedra. Con puntería te apeás el farol. ¡Qué buena idea! Muerte a los faroles. Todos los faroles del mundo se deben quebrar. ¡Estás borracho! Estoy loco de ilusión, qué lindo es el relajo. Aquí hay un montón de piedras, ¡qué tesoro! Llenate las bolsas. Ahora a correr. ¿Por dónde? De un lado a otro, sin dirección. Los palos de los rótulos sirven para defenderse. Y para darle a las vidrieras, bruto. Suenan precioso los vidrios quebrados. ¡Viva el desorden! ¡Viva! Yo no quería nada de esto, está en contra de mis principios. Después hablamos, ahora corré. Es necesario correr. Me maltratan los zapatos. Botalos. Estás loco, con este montón de vidrios en el suelo. Otro farol, estoy con una puntería bárbara. Por favor, reúnan a los muchachos, es necesario ayudar a la policía a restaurar el orden. Estás loco, esto es una pura gozadera, mirá qué fácil es quebrar un vidrio. No seás flojo, dale duro. Esto es vida, lo demás mierda. ¡Putá! Se soltó la balacera. No son capaces de tirar al cuerpo, aunque tienen tan mala puntería y **yo soy tan salado**, no sería raro que me caiga una balita, pero mientras tanto a darle a los faroles. Muchachos, orden, nuestro movimiento nos exige ser racionales. ¿Por qué no le tirás una piedra para que se calle? Mejor hago blanco en ese policía. Puñeta, le diste en la frente. Están saliendo los cines, el molote va a crecer, ¡qué **lindo!** Y yo que me he pasado el día bostezando. Por favor, deme una piedra o un palo. Corra hacia la esquina, ahí hay un montón. ¿Qué estoy majando? Una palangana de empanadas, mierda, me atollé los zapatos. ¿Qué pasa aquí? Nadie lo sabe, pero es muy divertido, le regalo

esta piedra, tírela, es una gran experiencia, anímese, no sea idiota, tírela, a cualquier parte, mire esa ventana es un blanco perfecto. ¡Vio qué lindo! Se la apeó. Pucha, ¡qué montón de cosas bonitas! Un perfume, quién quiere un perfume, unos talcos, se regalan, polvos, jabones, todo gratis. No meta la mano, espere el turno. Ese bruto entró y está abriendo la puerta. La tienda gratis, entre, pase adelante, lo que coja es suyo. ¡Muchachos, nuestro movimiento es honrado, es idealista, ayúdenme! Otra piedra, necesito otra piedra. Aquí hay palos, metros, yardas, varas, tijeras, ármense. ¡Más tiros! Muchachos, debemos parar a la gente, se ha vuelto loca. ¿A que no te apeás esa luz? Aquí hay plata. Aquí hay mucha plata. Un montón de pesos, un óleo de pesos. Por favor, deme un metro, necesito un metro, en la esquina hay un abastecedor. Corramos, ya esto no me gusta. Un fósforo, un gran incendio, Nerón con su arpa. Están saqueando una tienda. Cobijas, trajes, telas, esta es la fiesta nacional del pueblo. Un incendio atraerá mucha gente. Hay que armarlo con paciencia, no siempre el fuego alza llama. Traeme paja y gasolina. ¿No querés también un jamón? Aquí hay unas cajas vacías. Fenomenal, cajas y plásticos. Muchachos, es mejor que nos retiremos a las casas, en orden y en paz, ya esto está fuera de nuestras manos, no podemos asumir estas responsabilidades. ¿Qué mosca le picó? La cosa se pone buena. Pegó, te lo dije que iba a pegar. Ahora hay que hacer otro incendio, muchos incendios. ¿Les ayudo? Por supuesto. Te digo que esta oportunidad es única, nunca nos veremos en otra situación igual, no cojás porque-rías, llénate los bolsillos de lo bueno. Yo quiero un queso, un queso nada más, hace años que no como queso. Por favor un queso, es como un antojo. ¡Páseme un queso! ¿Qué es esto? Sardinas en aceite. No, no quiero sardinas, no es semana santa, quiero chocolates, de los finos, de los que vienen en cajitas. Esas llamas

me recuerdan las fogatas cuando jugaba a boyscout. ¿Qué pasa? ¡Estalló la revolución! ¡Viva la anarquía! Corramos. Por ese lado está lleno de guardas y están tirando duro. Te digo que tiran al aire, no se animan los pobres a darle al cuerpo. Tienen miedo. ¿Y el presidente? El presidente está en la cárcel, es un ladrón y un hijoeputa. ¡Abajo el presidente! ¡Muera el desgraciado! Yo quiero un tarro de leche, tengo un chiquito muy chiquito y está flaco. No sea tonta, coja cosas más buenas y caras. Dele a esa vitrina, así, más duro, muy bien. Mire: piedras preciosas, coja una, hay para todos. No, yo quiero pan y mantequilla. Entonces se equivocó de lugar, siga con los que van adelante. Muchachos, por última vez, les ruego recapacitar, nos hemos vuelto locos, esta no es la revolución que soñamos. Callate de una vez y ayudame a traer cajas, esto arderá también. ¿Sirenas? ¡Qué maravilla! Haremos locos a los bomberos, un incendio por aquí y otro por allá. Los policías siguen tirando. Es pura bulla, no tiran al cuerpo, no son capaces de asesinar a angre fría, en el fondo están divertidísimos con este molote y deseando ahora no ser policías. Un vestido como este ha sido el sueño de mi vida. ¡No perdás el tiempo!, hay cosas más valiosas. ¡Qué encaje! No lo cojás, de nada sirve, buscá lo bueno, lo caro. Mirá, ese bruto lleva un televisor. ¡Qué salvada se dio! Preguntale dónde. No se puede, por ese lado está la policía. ¡Las bombas! Esos brutos son capaces de mojarnos. Por allá hay otro incendio. ¡Qué luna! La noche está bonita. ¿Qué va a decir mi patrona si se entera que estoy en éstas? Metete a la patrona en el fondillo y apurate que esto no va a durar mucho tiempo. Señores, ustedes están locos, dejen pasar a los bomberos. Muchachos, ayudemos a los bomberos, esta es nuestra oportunidad de salvarnos, nadie nos podrá culpar de la pillería. ¡Dejanos en paz! Sacá el licor a la calle, hay que darle a la gente botellas enteras. Tres cuadras

con incendio, esto se pone bueno. Paso, paso, paso por favor, me están arruinando, mi vida, mi trabajo. ¡Una pedrada al ladrón! ¡Lo van a matar! ¡Quién lo tiene de entrometido! Corramos hacia allá. Este es el lugar perfecto para un incendio. Ya hay mucho humo, no puedo ver bien, me lloran los ojos. Están tirando gases. ¡Maldita policía! Cada vez hay más gente, las bombas han sido un sistema de propaganda. Muchachos, prudencia, calma, somos seres civilizados, no hagamos locuras. Un fósforo y ahora a correr, esto va a explotar. Los vamos a poner locos. No, no quiero la botella, con un buen trago me conformo, así, así, todos hermanos. Usted lo ha dicho: los hermanos pobres que toman la venganza en sus manos. ¡Me están destrozando el negocio!, maldita sea, vean esto es el comunismo y el presidente lo alcahuetea, es un vendido. Miren a esa gente con trapos rojos. Tiremos todo a la calle, hagamos barricadas, traigan ese mostrador. ¡Qué bruto!, ya no podés con la carga, no vas a poder pasar, la policía está por todas partes. Esa ventana me tienta, a ver una piedra, qué sonido el de los vidrios. La gente se tira como loca, hay varios heridos. Corramos, la otra cuadra necesita un incendio. Mejor es apearse el transformador y así cortamos la luz. Puñeta, es muy peligroso. ¿Otra sirena? Tenemos locos a los bomberos. Muchachos, retirémonos como ciudadanos honrados, esto es una locura que está en contra de nuestros principios. Conseguí una pistola. ¿Dónde? En la tienda de la esquina. ¡Corramos! ¿Por qué llora? Como no voy a llorar, el mundo se ha vuelto loco y toda mi vida de trabajo se está quemando. ¿Está asegurado? Sí, pero no contra las catástrofes nacionales. Mire, tenga esta caja de pañuelos y llore cuanto pueda, es bueno desahogarse. Mamá, no quiero más queso, ya me sabe feo, cojamos un radio, pasó un señor que llevaba dos. Debimos traer una bolsa, yo te lo digo siempre, hay que salir con bolsa, nadie sabe dónde va a encontrar la pro-

videncia. ¿Te apeaste al policía? Y eso que es la primera vez que cojo una vaina de estas. ¡Me han herido!, ¡me han herido! Están tirando al cuerpo, esos salvajes, esas bestias. Dejame probar, dejame, ha sido el sueño de mi vida apearne un polizón de esos. Traigan más cajas, ahora un poco de gasolina, listos, corran. Aquí hay más palos. Me encantan los incendios, tienen algo maravilloso, mirá como se retuercen las cosas, parece que los objetos adquieren vida. No perdás el tiempo, vamos hacia el mercado. Buena idea. Hagamos del mercado una fortaleza. ¿Te gusta esta lámpara? Es linda, pero no nos sirve, hay que buscar algo más práctico. Botá la comida, es mejor llevarse estos aparatos, aunque no sepamos para qué sirven. ¡Al mercado!, ¡al mercado! ¡Me han herido!, ¡ayúdenme!, ¡ayúdenme!, por favor, no quiero morirme. No perdamos el tiempo. Ladrones, ustedes son unos ladrones. ¿Qué te parece si le pego un tiro? Dejalo que se queje, no perdamos el tiempo ni las balas en pendejos. Un trago de wisky para que se nos hinche la boca. ¡Viva la alegría! ¿Cómo se me ve el vestido nuevo? No hay necesidad de que empuje, hay para todos. Muchachos, recuerden nuestros sueños, un mundo mejor, lleno de orden y respeto por la vida humana, no podemos abdicar así. Denle un cigarrillo de marihuana para que se calme. Hoy el gordo nos tocó a todos. Mamá, yo quiero agua, me duele la panza. Si agarramos bastante, nos casamos la otra semana. Tengo miedo, ya he visto a tres personas sangrando. Un tiro no mata, sólo saca un poco de sangre y nada más. Los del otro lado me están superando con los incendios, mirá qué llamas más altas y lindas. Hací que vas a ayudar a los bomberos y te traés unas palas y picos, esta puerta del mercado está durísima. El radio está diciendo que estalló la revolución. ¿No puede ser? Mucha gente le lleva ganas al idiota del presidente. ¡Un güebón sin huevos! Enano mental, un monstruo, un malvado.

¡Abajo el gobierno! Abramos otras tiendas, esta gente necesita coger más cosas, no ha podido agarrar mucho. Corramos a las tiendas grandes, allí vale la pena quebrar las vidrieras. ¿Cobijas?, no, cobijas no necesitamos, en el cuarto nos calentamos unos con otros, es mejor coger otra cosa, ahora no se me ocurre qué, nunca había visto tanto junto, cogé lo que podás y no me preguntés, esto encandila. Subamos al primer piso y tiramos vainas por las ventanas, así jugamos un rato a San Nicolás. Estoy sangrando y siento un gran dolor. No te pongás nervioso, hoy no es día para estar enfermo, mañana o pasado te metés en la cama, ahora hay que disfrutar. Vengo dispuesto a morir aquí en plena calle, para hacer justicia con mi mano. Papá, no seás loco, ya no se puede hacer nada, el populacho está dentro de la tienda y te pueden matar, ya vendrán tiempos mejores. Me cago en este país y en su justicia. Vamos, avanzar más es una locura. No puedo irme, es mi trabajo y mi vida. Ladrones, pillos, hioeputas. Mire, señor, no pierda el tiempo vociferando, allá adentro hay un montón de cosas lindas. Devuélvame eso, es mío. Está loco, loco de remate. ¡Policía! No quiero pelear, por primera vez en la vida Dios ha puesto las cosas para todos, no tiene por qué quitarme nada, entre y coja lo que quiera. Esto es mío, mío. Papá, nos van a matar. No me importa, necesito que me devuelvan lo mío. ¿Qué pasa aquí? Yo soy el dueño, ¿me entienden?, soy el dueño, y me están robando. ¿Con qué eso es suyo? Y esto y eso otro, también este palo. Ya que es suyo, vamos a probarlo en su cabeza. Dale duro, bien duro. ¡Piedad, piedad, idiotas, ladrones, infelices! A ella denle ustedes, les llegó el turno de defenderse. A las niñas mal habladas, siempre les hace falta una paliza. No le aruñen la cara, es bonita, denle por las nalgas, así, así. En el último piso podemos hacer un incendio, hay un montón de cajas vacías. Manos a la obra. Sigamos disparando. ¿Cómo se maneja este chunche? Car-

galo y apretás el gatillo. Muchachos, ya estoy cansado de prevenir el desastre, nos hemos metido en un lío, nos hemos manchado con sangre y con robos, hemos perdido el honor. Brindemos por la patria que se muere y por la que está naciendo en estos momentos. He cogido lo mejor, cuatro sortijas, diez cadenas, más de una docena de relojes y otras cosillas, si en verdad son de oro me salvo, con esto puedo vivir un tiempazo sin trabajar. No le den tan duro, está sangrando. Son unos infelices, bien se lo merecen, nos insultaron y nos querían quitar lo nuestro. Pues entonces síganles dando. Déjenme a mí con el pico, tengo experiencia, tres años negros trabajando en demoliciones. ¡Abrieron el mercado!. ¡Al mercado! No corrás hacia allá, no vale la pena, puras chucherías. Mamá, me estoy vomitando. ¡Qué nohecita, para que no se acabara nunca! Tenemos que organizarnos, lo mejor es que te vayás para la casa, te traigás a todos los que podás, inclusive a la abuela, cada uno con su bolsa, yo te espero aquí. Viste qué tipos más formidables, mientras los polizontes ayudaban a los bomberos se robaron la radiopatrulla. Confesate conmigo, es imposible traerte un padre, confesate sin miedo y encomendate a Dios, dicen que basta con un buen arrepentimiento, eso sí, decidite ligero, ni vos tenés tiempo ni yo tampoco, no te quiero dejar solo, pero no tardés mucho, no es que esté impaciente, pero... El mercado es pura basura, perdimos el tiempo. Hay cosas buenas, aguarrás, cera, material para un gran incendio. Corramos. Rompan ventanas, abran puertas, destruyan, quemén, esta es la hora del gran desquite. Así me gusta mi pueblo, claro y valiente, decidido y noble. Vayan despacio, no quemén todo, cada vez viene más gente y quiere llevarse algo. Un tesoro: hachas, cuchillos, machetes. No estaré soñando, pellizcame, sería horrible despertarme con las manos vacías. Papá, ¿qué le diré al padrecito? Ahora no pienses en pendejadas. Me queda sólo un tiro. Des-

pacito y con buena puntería, hacele blanco al transformador. ¡Qué bonito!, un montón de chispas y pim pam se deshizo la luz. El radio dice que están quemando autobuses por las barriadas. ¡Viva el pueblo! Están asaltando bombas de gasolina, hay desorden por todos lados. ¡Viva el desorden! En las provincias se están armando manifestaciones. ¡Muera el gobierno es la consigna! Parece que el presidente va a hablar de un momento a otro. Debe estar orinado del purito miedo. No, no cojás frutas, eso no sirve para nada, por favor dejá ese mango, me vas a manchar la canasta con las sedas y las medias. La abuela venía conmigo, pero se quedó apenas vio la tienda de los grandes collares. Está loca la pobre vieja con su manía de guindajos. Corramos. Corré vos, yo me quedo en esta joyería, necesito un reloj de pulsera, un reloj de pared, un buen despertador y un anillo de compromiso. Corramos. Me dieron, me dieron en la pierna, ¡ay!, ¡hijoeputas, comemierdas! Corramos. Tengo miedo. Te digo que no tiran al cuerpo, son unos pendejos, juegan con los tiros como con los cohetes, blanquean el cielo, el cielo infinito, grande, sin carne y sin posibles heridas. Corramos. Dame otro trago. Este vino huele a maricón, pura menta. Papá, rompamos la vitrina de los juguetes. Vení conmigo, tomá todos los carritos que querás, hoy es el gran óleo, la multiplicación del pan y del vino. Un palo para esa ventana, detesto las ventanas sin quebrar, parecen señoritas vírgenes, hay que violarlas. Dale por el centro, dale duro. ¡Avemaría purísima!, con este collar puedo rezar el rosario, ahora necesito un San Antonio para pagar todas mis promesas. Pasame más paja y un poco de aguarrás, ahora el fósforo. No seás bruto, esperate, todavía hay mucha gente recogiendo cosas. Corramos. Esperame, ya no se puede correr. Tengan calma, tengan calma, estos vidrios cortan, un momento, un momento por favor. Muchachos, muchachos, muchachos, pensemos, meditemos, ¿es esto lo

que queríamos?, la justicia loca, desenfrenada, el populacho haciendo desastres, ¡no!, ¡no puede ser esto! Corramos. Pasame la caja, me encanta abrir cajas. Mamá, tengo hambre. Tanta ropa, nunca en mi vida he visto tanta ropa junta, por favor no majen esto, esto es mío, Cremas, perfumes, jabones, eso no me interesa, quiero algo sustancioso, dinero, joyas. Aquí hay cámaras. La abuela parece una rumbera, se encaramó un montón de collares. En esa esquina hay cuatro muertos, tienen los ojos abiertos, dan miedo. Corramos. Amarrate esto para la cortada y no te pongás nervioso, es peor un machetazo. Los tiros suenan cerca. Corramos. Por allá están las mangueras. ¿Qué dice el radio? El presidente ha declarado que todo está en calma, sólo un pequeño disturbio en el centro de la ciudad, completamente controlado. Ya se puede pasar por la esquina, se volaron la radiopatrulla, ahora parece un hierro arrugado. Que Dios me perdone, ¡pero qué linda noche! Mamá, tengo sueño. Abuela, meta en la bolsa estas ropas. Tené cuidado, estás untando de sangre esas sedas. ¿Qué te parece si dejamos todo esto y volvemos? Todavía se puede un poco más. Hace calor, mucho calor. Está ardiendo el edificio, corramos. Ya no puedo más, estoy agotada. No es hora de quejas. ¡Puf!, qué humo. Corramos, ya se oyen las sirenas. En la esquina me bañaron. Desnudate por ahí y cogés ropa nueva. ¿Qué dice el radio? Se volaron una gasolinera, deben ser aquellas llamas. Corramos. Papá, hay un hombre chingo detrás de ese estante. Tengo miedo, los tiros suenan cada vez más cerca. Te digo que no tiran al cuerpo, te digo que son unos pendejos. Ya no puedo con más, me largo para la casa y después regreso. A un pobre hombre lo atravesaron en media calle, quedó como dormido, acostado sobre las bolsas. En la otra cuadra se necesita un incendio. Está todo tan tranquilo ahí. Cuidado, los dueños están armados detrás de los mostradores. Abuela, dejá la rezadera, quien le

roba a ladrón tiene cien años de perdón. Corramos, el humo viene de este lado. Tenemos que pensar en una forma de hacerlos salir, me da rabia que se sientan seguros. El mejor lugar para ir y venir es por los incendios, por ahí he venido dos veces. Eso suena a ametralladora. Sí, están ametrallando. Corran hacia el mercado. Lo más conveniente es salirse de esto. Si quemamos la otra tienda, esos carajos tendrán que moverse. Manos a la obra. Muchachos, esta noche hemos perdido el honor y los ideales, todavía hay tiempo de rectificación, si ahora salvamos la vida... Mataron a un bombero, son unos salvajes, merecen la silla eléctrica. Ahora ya no es jugando con tiros al aire. No te preocupés, dentro de un rato se asustan con la bulla de las balas. Traé bastante cartón, para que salga humo. No es necesario, esto arderá como hierba seca en pleno verano. Vos lo has dicho: el fuego es el verano eterno. Por la esquina silban las balas. Tenés toda la vida para emborracharte y precisamente en esta noche ya no podés dar una paso. ¡Qué vivan los novios! Además de los paquetes debo cargarte. ¡Que viva la alegría! Abuela, por favor las letanías no, me coge sueño. ¡Viva yo y los demás se mueran! ¡Borracho de mierda! Siempre adelante de las llamas, nunca detrás, las llamas son peores que las mulas traicioneras. Aunque no creás he ajustado una docena de zapatos. Por primera vez voy a tener una suéter nueva. Mamá, me estoy meando. Ahora estamos listos para gritar incendio en la mera puerta. ¡Incendio! ¡Incendio! Esos desgraciados han estado disparando desde adentro. Esperate a que salgan. La venganza va a ser dulce. Ey, cuidado, aquí estoy yo, no me majen. Mi ilusión era un abrigo de rayas y una sombrilla amarilla, ahora con tres, veo y no creo. Se han puesto nerviosos, parecén ratas asustadas. Apenas salgan les caemos encima. La policía entró en el mercado y aquello es el relajo, no se sabe quién es quién, un molote increíble.

Se les está metiendo el humo, ya los vas a ver corriendo. Te digo que lo vi con mis propios ojos, el policía se metió todo lo que pudo en el bolsillo. Esos huecos de la pared son de balas. ¡Ahí vienen! Se creyeron vaqueros. Duro con ellos. Me dijeron que en el mercado hay más de cuatro muertos. Te digo que ya tenemos demasiado, es mejor irnos. ¿Para qué llevan esa vitrina? Ya le cogí la pistola. Los pobres rodaron por el suelo. Salvajes, le dispararon a una pobre vieja. Hay que patearlos en el culo hasta reventarlos. Unos tipos se apoderan del radio y están diciendo que todo el pueblo debe levantarse, ha llegado la hora de la justicia. Han cortado la luz, pero la luna está con nosotros. Y los incendios. Aquella cuadra se está yendo entera. Muchachos, asesinatos y robos, hemos matado nuestros principios. No me confundan, yo no soy rico, ni dueño de nada, soy uno de ustedes. Yo lo conozco, denle duro, fue mi patrono, un viejo tacaño y desconfiado. No llores más, la abuela se fue feliz, con las manos llenas. Corramos, ese humo ahoga. No entremos al mercado, los policías están adentro baleando. Rompamos las ventanas del banco. ¡Sí, al banco! Un incendio de billetes, ¡qué maravilla! No quiero más incendios, la gente necesita cosas y más cosas. ¿Quién tiene la gasolina? Ya tenemos demasiado y esto no durará mucho tiempo, es mejor que nos vayamos. Un poco más no hace daño. Corramos, están abriendo el banco. Campo, campo, y no me quite lo mío. Me robaron la bolsa, son unos desgraciados. Empujá y arrebatá, no hay más remedio. Están volando bala a diestra y siniestra. No tengas miedo, corramos. El banco sólo tiene papeles, la plata la guardan en otro sitio. Así me gusta, que le prendan fuego a mis deudas. Te lo digo, se ha puesto la situación imposible, ya no se puede coger nada, hay demasiadas manos. Amarrate el radio con la faja, te lo van a robar. Corramos, así no nos alcanzan las balas. Los policías se están concentrando en la es-

quina del banco. Papá, mamá está llorando en la esquina, le quitaron todo lo que llevaba, le está dando la queja a los polizontes y ellos le dicen que no pueden hacer nada. Vamos a las casas de los ricos y las asaltamos. Sí, con palos y piedras. Los sacamos de las camas y les damos duro. Muchachos, ya no tenemos honor, hemos perdido los ideales, tenemos todavía la disculpa de habernos vuelto locos en la locura. Dicen que un tipo se encontró una caja llena de dinero en el banco. Corramos. ¡Al banco, al banco! Se me perdió mi mamá, se me perdió mi mamá. Esta tienda es pequeña, no vale la pena. Dale a la ventana. De todo lo que traía, apenas me queda lo que me puse. Se tiraron sobre mí como ratas hambrientas. Esto es perder el tiempo, escarpines y ropita de niño. Pasaremos el cuerpo de la abuela con las cajas y las bolsas, disimulemos un poco con los lloros. Estamos rodeados, no hay forma de salir, si se asoma la cabeza es para conseguir una bala. A patadas, yo te alzo y vos pateás el vidrio. Muchachos, yo definitivamente me lavo las manos.

Yo no estuve ahí, ni yo, ni yo, ni yo, tampoco yo, ni yo, ni yo.

Me informé por el radio y pensé que era una exageración, como siempre. Parece mentira, una ciudad tan tranquila y la gente con su cara de buena gente. Te lo había dicho, el comunismo está latente, esto fue apenas una muestra. Por lo que me han contado, no fue para tanto: una docena de muertos y unos cuantos incendios. ¡Qué broma más trágica!, todo empezó por un cohete que se confundió con un tiro. El responsable de esto debe ser acusado de criminal. A los universitarios nunca les hacen nada, acaban siempre por disculparlos, son hijos de ricos. Ellos empezaron el saqueo. No sabés de la misa la mitad, los pobres fueron el pretexto, ahora no se puede levantar la mano porque te caen encima como si fueras un leproso. La verdad es que cualquier cosa

sirve de pretexto: un choque, una discusión, un resbalón y se arma el relajó. Un hombre acusó públicamente a los universitarios y se ofreció a identificarlos, parece que le sacaron cincuenta pesos a la fuerza, hasta dijo que lo habían amenazado de muerte. No nos vayamos por la tangente, la culpa es del presidente y de la policía, se pusieron a disparar a la loca. ¿Qué querías que hicieran?: estaban asaltando, matando, incendiando. Yo tengo miedo, mañana mismo cojo mis ahorritos y los pongo en un banco de Suiza. Lo vengo diciendo desde hace tiempo, el populacho es malo y envidioso, a patadas se iban contra los propietarios. Hombres honrados, pacíficos, trabajadores, que no le han hecho daño a nadie. Ahora resultan héroes esos contrabandistas de sedas y de cosas importadas. Llamemos a los hechos con sus verdaderos nombres: lo que pasó es un descarado saqueo, sin consignas ni ideales, puro vandalismo. No, no, estás equivocado, se comprobó el reparto de licor y de drogas, no se sabe nunca de lo que es capaz una persona fuera de juicio. No estoy interesada en buscar disculpas y razones, mañana mismo vendo mis propiedades y me largo, aquí ya no se puede vivir, no hay seguridad. Un país tan tranquilo y tan culto, quién lo iba a decir. Estamos parados sobre dinamita, siempre lo he afirmado. No es para tanto, si ustedes recuerdan ahora la psicología de las masas, comprenderían un poco esa fuerza latente del grupo tantas veces contenida, no hemos pensado en fiestas populares que consuman la energía del pueblo. Y el alcohol y las inmundicias que hacen en las calles, ¿no son suficientes? Estamos rodeados por enemigos, las mismas sirvientas... ¿Por qué tanto miedo?, ya todo pasó, vengo del centro y está tranquilo, unos pocos curiosos y las tristes huellas de los incendios. Porque esto **no es un hecho esporádico, es un plan, debe recordarse la historia, todo empieza por el desorden.** Claro que sí, un plan perfecto de los comunistas. No me van a creer,

pero cuando amanecí tuve un raro presentimiento, por eso no me ha extrañado lo sucedido, algo iba a pasar, lo sabía perfectamente. El gobierno se ha portado bien, por lo menos pudo parar el desastre. Ya hubiera sido el colmo que no lo hubiera hecho, porque precisamente su caos ha causado este caos. Estas vainas están sucediendo en todas partes. Mal de muchos, consuelo de tontos, por qué nos va a pasar a nosotros lo malo que está pasando en otros lugares. Por la misma razón que la influenza de Hong Kong viene hasta acá, por simple contagio. No va a ser fácil dormir esta noche, el sueño se ha ido. Siempre se va el sueño cuando se viven las pesadillas. ¿Te imaginás lo que debe haberse vivido en esas calles? Todavía no se sabe la verdad, mañana los periódicos darán algunos informes. Hay muchos detenidos. Sí, dicen que agarraron a niños y a viejos cargados de objetos, algunos tan cínicos llevaban muebles y grandes aparatos. También hay jóvenes, varios de apellidos muy conocidos. Esto es un aviso, una prevención, si no tomamos medidas ahora, después será muy tarde. ¿Cuáles medidas? Autoridad, orden, mano dura. Exactamente, que se acaben los juegos peligrosos. Eso mismo, limpiar la universidad de tantos comunistas. Castigar, castigar seriamente a los revoltosos. Vigilar y ponerle a las personas su verdadero nombre. Cárcel y castigos serios. Coger a los responsables y hacerlos pagar los daños. Tengo los nervios destrozados, ya ni las ecuaniles me hacen efecto. Después de todo esto me ha cogido un cansancio tremendo. A mí me ha salido urticaria. Tanta tranquilidad no podía ser cierta, éramos el ejemplo pacífico del mundo, democracia y cultura. Nos hemos dejado intoxicar por doctrinas extranjeras, extrañas a nuestra personalidad, ajenas a nuestros problemas, ese es el peligro de la comunicación cuando hay un deseo estúpido de imitación y de envidia. Eso mismo, vulgares copiadores, eso es lo que somos. Mañana mismo le escribo a

mis parientes, si una se da cuenta de que no puede seguir aquí tiene que buscar un lugar donde estar segura. La culpa es de Fidel Castro y del Che Guevara, esos bandoleros han sembrado el desorden en todas partes. No, la culpa es de los que no se han decidido a acabar con ellos, ponerles una bomba atómica es lo que se merecen. Debo confesar que comulgo con ciertas ideas de izquierda, pero no con estos atropellos a la propiedad privada. Si tuviéramos un presidente con los pantalones puestos, pero es un pendejo, un inepto. Hoy ha sido un saqueo, mañana será la toma del poder, esto no puede quedar sin castigo. Todo el país debe pronunciarse en contra de estos atropellos. La iglesia especialmente, la iglesia debe ser líder en estos momentos, su palabra sagrada debe llenar de vergüenza a los culpables. Eso digo yo, todavía hay tiempo de remediar las cosas con valentía y autoridad. Me escalofrían esas situaciones, siempre las vi tan de revista, de información periodística, nunca creí que nos afectarían. El mundo está en crisis de valores, ya no hay respeto. Mis hijos salen inmediatamente de la universidad, no puedo consentir que los perviertan. Voy a comprar rejas para la casa y unas cuantas pistolas, a mí no me van a coger desprevenido. Un análisis ponderado nos dirá que no hay casualidad, esto es la consecuencia de abrir el país a las deformidades extranjeras, tanta película dañina, tanto libro sin censura, tanta porquería de los intelectuales. Tengo ganas de llorar. Se nos van a acabar muchas cosas, una de ellas es la tranquilidad. Sí, la chusma no nos dejará dormir en paz. Ni comer lo que queremos. Ni divertirnos. ¡Qué desastre! Mi padre lo decía muy claro, todos iguales pero no revueltos. Este es un problema de la cultura popular, no se puede educar al pueblo, cuanto más ignorante es más bueno resulta. Si un hombre culto tiene una pistola la usa sólo para defender su vida o la de sus seres queridos, un patán con una pistola únicamente

piensa en atacar a los demás. Recemos, pidamos a Dios con humildad protección contra la barbarie. Yo me he quedado en la calle, ¿no lo comprenden?, en la calle, perdí mi negocio, el esfuerzo de muchos años. Mañana reventaré los oídos a protestas, no soy de los que se quedan callados. Un acto incalificable. Por primera vez me avergüenzo de haber nacido aquí. La pena de muerte me parece poco, debía inventarse un martirio lento para hacer pagar la maldad. Bueno, calma, mañana será otro día y las cosas volverán a su curso normal. Para mí esto es una pequeñez que se complicó. Un tiro al aire que dio en el blanco. Podemos estar tranquilos, los hechos no tendrán trascendencia, más bien van a ser útiles para que todos revisemos posiciones. Escarmientos, eso es lo que se debe hacer. Claro, asustar, tomar represalias, pararlos en seco. El pueblo también tiene derecho a sus travesuras. Pero, qué cinismo, ¿usted se atreve a llamar travesuras a asaltos y asesinatos?, ¿dónde está su moral?, ¿su patriotismo?, ¿su hombría de bien? Señora, estaba tratando de tranquilizar. Los nervios están de punta. No es hora de bromas. Ahorita los chistes son de mal gusto. He averiguado que los periódicos mañana saldrán con columnas negras en la primera página. ¡Magnífico!, que se sienta el duelo de la patria. Sí, evidenciar el dolor para llenar de vergüenza a los culpables. Nos debemos vestir de negro y organizar un desfile. Marchar en silencio, hacer honor a los que cayeron defendiendo sus propiedades. Algo más fuerte quiero yo: escupir la cara de los ladrones y de los asesinos. Me contaron por teléfono que la casa de los Zeledón es un verdadero mitín, dicen que la gente jura ante los cuerpos del padre y de la hija que incendiarán barriadas y lincharán a los saqueadores. Ella era una santita y ha tenido una muerte de mártir. Cuantan que defendió a don Abel hasta el último momento. ¡Pobre criatura! Mártires inocentes de la chusma. Eso no puede quedar así, se necesita la ven-

ganza. Diente por diente, ojo por ojo, la misma biblia lo dice. Se ha roto la gran familia nacional. Me he cansado de aconsejarlo: a los vagabundos y a los intelectuales hay que tratarlos con balas. A los Castro se les debe admitir en el club, siempre fueron rechazados por el cargo de nuevos ricos, pero ahora dos de ellos han muerto demostrando que son valientes y de los nuestros. Debemos dejar los remilgos de un lado y saber verdaderamente quiénes somos. Nos ha faltado organización y fuerza para sostener nuestros derechos. Nos hemos dormido, esa es la verdad. Pues a despertarse completamente. Por inercia hemos cedido posiciones. Es cierto, por pura pereza nuestro liderato está casi perdido. ¿Qué seguridad tenemos en el presidente? No es uno de los nuestros y nunca se ha podido saber lo que piensa. Tomá un trago de espíritu de azahar, estás temblando. Si no fuera mucha molestia, quisiera un café. ¡Un café!, ¿a estas horas?, espantarás el sueño. No creo que podré dormir. ¡Qué inesperada tragedia! Tragedia sí, pero no inesperada, todo ha sido incubado lentamente, veamos las causas: libertinaje en materia de ideas, falta de autoridad para mantener a la gente en el sitio a que pertenece y pérdida absoluta de los principios cristianos. Es cierto, estamos viviendo en una sociedad descompuesta. No nos pongamos trágicos, esto es sólo un signo para estar alertas. Si el gobierno no responde, prepararemos nuestro ejército particular. Eso mismo, en guerra avisada no mueren soldados. Dentro de un tiempo serán otros los que lloren, lo prometo. Así me gusta, valor, optimismo, seguridad. Dicen que fue terrible. La gente, esas gentes que vemos todos los días tan tranquilas, se tiraban sobre las cosas, entre ellos se mataban por un pedazo de tela. Ya pasó, ya pasó, no hay por qué preocuparse. Y ¿si vuelven, y si consiguen armas, y si nos quieren matar? No pongamos a la imaginación loca, la ciudad está tranquila y sólo quedan las huellas

de un trágico día. ¡Ojalá amanezca! Hace una noche preciosa, con luna y todo. Ni frío ni calor, a veces la naturaleza ayuda a los malhechores. El miedo se me ha metido en el estómago y tengo diarrea. A mí me empezaron a temblar las piernas cuando oí los primeros tiros, sólo en las películas de vaqueros había oído semejante tiroteo. Un trago no estaría mal. Saquemos la botella de coñac. Es buena la idea. Yo veo la sangre como si la hubieran derramado aquí mismo. No le demos más vuelta al asunto. Mañana de negro. Por supuesto. Me pondré uno gris, porque el negro negro no me va. ¿Qué dirá de esto don Juan? Y ¿don Pedro? No podremos contener sus gritos. Todo tiene su lado cómico, me contó Hortensia que salía del cine cuando se vino encima el molote, se le perdió el marido y ella corría de un lado a otro, sin saber lo que pasaba, cuando se dio cuenta tenía en sus brazos un montón de quesos y chocolates de su propio almacén que una mujer le pasó para que le sostuviera. A mí me dijo que al darse cuenta del enredo, en medio de la chusma, por puro miedo gritaba con los demás "viva el comunismo", "abajo el gobierno". La pobre llegó sin zapatos, sin cartera, sin abrigo a la casa, pero con los quesos y chocolates. ¿Te la imaginás gritando "viva el comunismo"?, ella tan católica, tan fuera de toda sospecha. Cuando pienso en su cara y en su postura modosita, no puedo menos que reírme. Además, ya andan sacando chistes. ¿Te contaron el del presidente?, pues resulta que estaba tomándose unos tragos con varios diplomáticos cuando empezaron las cosas, llegó el ministro de seguridad a informarle y al oír de los incendios y de los saqueos, se puso pálido, se sirvió otra copa y ceremoniosamente dijo: les ruego disculparme, pero si me quedo con ustedes no me van a dejar nada.

Corramos. Por allá se oyen los pitos de la policía. Por este lado no se ve nadie. Corramos. Ya no puedo

más. Están en la esquina. Escondámonos aquí. Las luces pasan raspando. Mientras sean luces no importa. Es mejor salir y entregarse. ¡Silencio! Pronto amanecerá, no podemos quedarnos aquí. No te movás, si nos agarran con los bolsillos llenos nos echarán la culpa de todo. Deben venir revisando puerta por puerta. Esperemos hasta que nos pongan las manos encima y ya no haya otro remedio. Gritaron alto o disparo. Puede ser a otros o tal vez estén tratando de asustarnos. Estoy seguro de que nos agarrarán. Sh, sch, andan cerca, los huelo. ¿Qué fue eso? Viene un auto, cuando llegue a la esquina podemos asomarnos porque absorberá la atención de los polizontes. Vendrán más, estoy seguro que nos agarrarán. Corramos hasta la otra puerta. No puedo moverme, las piernas no me hacen caso. Estamos jodidos, perdimos la oportunidad. ¿Si tiramos las cosas y nos hacemos los borrachos? Prefiero arriesgarme y que me cojan con las manos en la masa. Largate solo y en adelante cada uno por su cuenta. Te harán cantar, me los conozco. Hemos estado en peores. No como esto, vi como mataban a un viejo a patadas. Le pasé por encima, debo tener sangre en los ruedos. Ves, si te cogen, te joden. No será la primera vez ni la última. Puñeta, vos te agüebás siempre. Hemos quedado en silencio. Vamos, si llegamos a la plaza nadie nos podrá agarrar.

Dormite, ya estamos en la casa, seguros. No puedo, mañana vendrán y nos registrarán. ¿Por qué a nosotros? Nos vieron muchos y los vecinos envidiosos que no cogieron nada, serán los primeros en hablar. Dormite, es mejor descansar y ver qué pasa. Te lo digo otra vez, podemos esconder las cosas. A estas horas es muy fregado, nos pueden ver y entonces el escondite es botín de todos. Abramos un hueco en la cocina. Nos oirán. Y ¿adentro?, ¿en el cerco? ¿En la tierra del patrón?, eso es como devolver las vainas. ¿Si nos levan-

tamos y nos largamos? Nos cogerán en la calle, no viste que los cogían como moscas. Mañana ya será tarde. Dormite, podemos regalar algunas cosas para que no nos denuncien. Eso nunca, bastante nos costaron. Dormite. ¿Cómo querés que me duerma con este enredo encima? Te vengo diciendo desde hace tiempo que no me gusta tu amistad con la de la esquina, sé que vive con un policía. No dirá nada, es mi amiga. Qué esperanzas, es una mala mujer. ¿Mala porque no ha querido abrirte las piernas? No empecemos a pelear ahora. ¿Si movemos las tablas debajo de la cama y acomodamos algo? Y ¿las ratas y las cucarachas y las hormigas?, es mejor prender fuego a todo y así quedamos en paz. ¿No oís? Dormite y dejame en paz. Oí, por algún lado están cavando. Es cierto. Levantate y averiguá dónde y por qué. Esos son oficios de mujeres. Ni para eso servís. Bueno, voy a ver al pendejo que le hizo caso a la loca y está abriendo huecos.

La luna me da miedo, redonda y clara entre las nubes, parece el ojo de Dios, un solo ojo grande y dilatado, sin pupila, debe ser muy tarde, cuando salimos estaba por allá y ahora está ahí, la luna tiene algo de reyes y magos, de grandes acontecimientos extraños, de otras épocas, me recuerda un castillo donde las prince-sas nunca se atrevían a hablar en voz alta y casi silenciosas pasaban por los corredores en busca de una luna así, que les hablara de amantes, de escaleras, de magnolias, ¿te aburrís?, siempre te aburro cuando venimos de vuelta, ya estoy acostumbrada, soy la única que hablo y tu silencio es como un alfiler, me punza, me duele, espero que no haya pasado nada extraordinario y en la casa no hayan notado mi ausencia, eso de irme a la cama temprano y luego salir por la ventana, qué sé yo, es como si dejara algo incompleto y no estuviera nunca con todas mis partes, envidio a la luna tan entera... tu

silencio es de color morado y me ahoga, si fuera asmática me daría asma, cualquiera pensaría que venís de una cámara de tortura, cada vez que te veo así me prometo no verte más, después se me olvida como se me olvidan tantas cosa, decí algo por favor, siquiera para espantar ese ojo vigilante, estás arrepentido, lo sé, aunque me resulta raro que te arrepintás tantas veces, te remuerde la conciencia, no estás viendo la luna si no la cara redonda de tu mujer y de tus hijos, no se ilumina la noche sino el peligro de tu carrera y de tu prestigio, nosotros somos de esa gente que no sabemos decir adiós, vamos a tener que aprender, supongo que ahora debo esconderme, estamos entrando, no lo haré hoy, no se ve nadie, ¿por qué tanta policía? ... algo ha pasado, algo extraño, no me veás así, ya me voy a sentar en el piso.

La policía pudo hacer muy poco, no tiene el entrenamiento ni las armas necesarias para parar un movimiento de ese tipo. El asunto se acabó por el efecto mismo de la rapiña. Conforme llegaba más y más gente, empezaron los pleitos entre los revoltosos, disputándose objetos y artículos, así fue fácil controlar la situación. Todos los heridos están a la orden de la policía porque en una y otra forma están complicados. Los daños materiales son cuantiosos, pero todavía no tenemos los datos. Estamos levantando un informe muy completo. Tenemos varios investigadores en la calle para determinar el número de negocios afectados. Dentro de unas horas, contaremos con un inventario aceptable. ¿Las víctimas? Todavía el número no está establecido, pero en una forma aproximada se pueden estimar en 15. Por el momento todo está tranquilo y no se ha podido deducir con claridad las causas políticas de los hechos.

Edición especial, en la primera página, a cinco columnas: en poder de la barbarie, luego las fotografías,

una composición perfecta de los principales hechos, aquí está el editorial y luego los reportajes "saqueo", "crímenes", "el asalto del banco", "la toma del mercado", "incendios", y "causas y consecuencias". El resto se rellena con lo ya preparado, sin ningún anuncio. Por supuesto hay que tirar más ejemplares. Mañana superaremos el récord de circulación.

¿Dígame por qué está aquí un ciudadano honrado como yo? Me metí unos tragos, es cierto, no lo niego, pero unos tragos se los mete cualquiera, sin que eso sea pecado ni contra la ley ni contra la moral, hasta en la misa los curas se meten en ayunas sus buenas cuartas de vino.

Corramos. Ya no tengo aliento. Falta muy poco para la plaza, dos cuadras más y estamos a salvo.

Muchachos, nos equivocamos en todo. Nuestra estrategia falló, nos hemos precipitado. En vez de conciencias despertamos apetitos. Inocencia, juventud, ilusiones, como se quiera llamarlo. No se sale a caminar para enseñar a otros los caminos. Primero hay que enseñar a andar. Ahora sólo nos queda esperar a que nos llamen.

Muchachos, me siento bien, es como si me hubiera liberado de las ideas.

Corramos, la plaza está a unos pasos.

La casa encendida y papá en la puerta, no me podés dejar aquí, ¡te lo ruego! ... no me bajo, dormiré en tu carro, en cualquier parte ... no me bajo ... tu silencio me importa un pito ... tu cara de mártir me da risa ... ¡no me bajo!, podés hacer lo que querás ...

Tiene que ser más hondo, dejame y te ayudo un poco, nunca has servido para nada, ni siquiera para manejar una pala.

La mataron cuando terminó el rosario, pobre abuela, y lo único que sacamos fue su cuerpo y los collares que se había puesto. Ya debe estar en el cielo.

Arrastrémosnos, despacio, silencio, esta luna es una hijoeputa.

Todo tranquilo, pero allá veo dos bultos. ¡Ey!, ¡alto o disparo!

Nos están gritando a nosotros. ¡Pues corramos!

¡Mañana verán que con el gobierno no se juega! Descansá un poco, tomate una píldora de dormir y olvídalo de todo, ya estoy cansada de acostarme con los problemas del país.

Hablemos de otra cosa, ya cansa lo mismo.

Te digo que este entierro es peor que quemar las cosas. Dejá de hablar y ayudame.

Los silbatos no matan. ¡Están tirando! Por algún lugar hay una zanja y después no agarrarán ni las sombras. ¡Me dieron!

Están asustando, no es con nosotros.

INDICE

	Página
Primera parte	
Hilos	7
Segunda parte	
Claves	223
Tercera parte	
Tejidos	261

Este libro se terminó de imprimir en el mes de setiembre de mil novecientos setenta y cuatro, en los talleres tipográficos y foto-offset de Editorial Texto Ltda., San José de Costa Rica. La edición consta de tres mil cien ejemplares.



COLECCION SEPTIMO DIA

DIARIO DE UNA MULTITUD no es una novela más de Carmen Naranjo. Es ya la obra de madurez que la consagra como una de las mejores novelistas de Costa Rica. Todo lo que en las novelas anteriores fue intento audaz de nuevas formas expresivas para contenidos largamente saboreados y reflexionados, adquiere plena realización en esta novela que conformando una imagen local de una sociedad de clases de una sociedad de explotadores y explotados, destaca la tragedia del hombre del Siglo XX agobiado por el mecanicismo y la tecnología, desamparado en un universo que le es ajeno y con el cual ha perdido armonía.

Voces de una muchedumbre angustiada por la monotonía y la ausencia de motivaciones para la vida, conforman una sola voz, la del ser humano de hoy, atónito ante la crueldad de las guerras, los genocidios y los alcances fabulosos de la ciencia y la técnica, que han sabido prolongar la vida y alcanzar la luna pero que no han podido consolidar la fraternidad y afianzar la solidaridad humana.

Carmen Naranjo, poetisa, ensayista, dramaturga y novelista estremecerá la conciencia de los lectores con esta narración que muestra, sin tapujos, la derrota de la dimensión humana de los valores espirituales del hombre de hoy.

Pero no se crea por esto que la narración de nuestra escritora es escéptica o derrotista, tampoco podemos decir que sea optimista. Es un enfrentamiento valiente de una problemática que a todos incumbe y que, indefectiblemente, debemos afrontar para salvar los valores espirituales del hombre amenazados de muerte por una sociedad que corre tras el lucro y el placer desmedido.

MARIA ROSA DE BONILLA



**EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA
(EDUCA)**